



*Como la luz
del agua*

R. Tovar

Como la luz del agua

R. Tovar

© 2017, R. Tovar

Contacto con la autora: charotovar63@gmail.com

Imagen de cubierta: © José Luis Sánchez Gómez

Diseño y maquetación: MarianaEguaras.com

Impreso por Amazon - *Printed by Amazon*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Inma

*La mujer que se presenta al espectador
como un “cuadro” compuesto y acabado es,
para la mente contemplativa, el mayor de los peligros.*

DJUNA BARNES. El bosque de la noche

Sumario

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Eran las ocho menos veinte y Lucía se dirigía a su trabajo como cada mañana... Pero aquella no era como las otras. Sí, seguían estando ahí el ceño fruncido y las pocas ganas de trabajar; seguían estado la sensación de hastío y la presión constante... Pero ya no iba a aguantar más. Lo había decidido. Si la cosa no cambiaba, y si es que no la echaban antes, se prepararía el temario de una vez y mandaría a la mierda la consultora. Ya bastaba de hacerse sangre. Agustín Lerma, el director, se había pasado tres pueblos y Barcelona no había movido un dedo para remediarlo, y ahora que se había largado como técnico a la Universidad de Huelva mandaban a un pisaverde de la central para que dirigiera algo que llevaban ellos haciendo desde hacía cinco años, pasando por encima de Alberto, que le daba treinta vueltas a cualquiera que le pusieran por delante; o de ella, ¿por qué no?, que les daría otras tantas; pues la empresa en Granada subsistía gracias al trabajo que ellos venían realizando. Ellos y sus compañeros. El exdirector se había limitado a ponerse unos galones que no le correspondían y a hacerles la vida imposible, hasta tal punto que por su causa habían perdido personal muy competente. ¿Y dónde estaba Qualitas Consulting Barcelona en esos momentos? Sí, Agustín Lerma tenía un master en calidad y hablaba dos idiomas, pero era un desastre como gestor y un pésimo líder. No lo tragaba nadie en la oficina de Granada y era un fantasma ladino y maquiavélico. Sorprendía que la central no hubiese auditado su liderazgo. Era un perfecto paradigma de mala praxis. Pero ya se sabe, en casa del herrero... Qualitas Barcelona se había despreocupado de la sucursal granadina a pesar de sus quejas, pues los números no eran malos. Se habían mantenido los principales clientes en el ámbito universitario y se habían ganado otros en torno a la hostelería, pero aquello no había sido gracias a Agustín; aquello lo habían conseguido Alberto y ella, principalmente, gracias a sus buenas relaciones con la Universidad de Granada, que les había abierto las puertas de otras instituciones en Andalucía oriental e incluso en Sevilla.

La insospechada marcha de Agustín había sido un alivio para todos, pero la llegada de otra persona ajena a la oficina le hacía temer a Lucía lo peor; por eso no esperaba mucho del inminente cambio. La única esperanza a la que se aferraba era que no viniera para quedarse, sino para presentar las directrices de Barcelona, nombrar a Alberto como encargado y volver a la central. Pero

presentía que aquel no iba a ser el caso. Les habían anunciado que esa mañana conocerían la nueva dirección y con ella la nueva estrategia empresarial. Total, Lucía auguraba chaparrones. Con la crisis, la pérdida de clientes institucionales, la carta blanca para los despidos y el abaratamiento de los sueldos no se podía esperar nada bueno.

Y quizá era lo mejor, pensó. Quizá era el momento de dejarlo y prepararse las oposiciones o dar cursos...

... *Como el hijo de puta de Agustín.*

—Perdona, ¿sabes dónde puedo encontrar un quiosco de prensa por aquí?

Lucía se paró en seco. Una rubia que le sobrepasaba en más de un palmo y la miraba con una sonrisa aguamarina la sacó de su ensimismamiento. Vestía vaqueros y chaqueta negra sobre un polo gris de cuello alto, la melena apenas rozando unos hombros muy desarrollados. Lucía se quedó anclada a sus ojos durante los tres interminables segundos que tardó en procesar la pregunta adornada de afiladas eses.

—¡Ah! Sí. Hay una tiendecilla dos calles más arriba; allí, a la derecha, donde está la Caja —dijo, señalando con el dedo hacia una sucursal bancaria—. Es una papelería, pero venden periódicos. Lo que no sé es si estará abierta a estas horas.

—Muchas gracias, muy amable.

Lucía permaneció mirando cómo la mujer le daba la espalda y se marchaba. Era elegante y tenía un cuerpo que no pasaba desapercibido. Sería modelo o podría serlo, y era muy atractiva y sin afeites... Aún tenía impresa su mirada insistente. Le recordó a la de Marlene Dietrich en sus primeras películas cuando aún conservaba sus cejas rectas y no era la diva en que se convertiría después. Pensó automáticamente en Felipe... Pero a él le gustaban las mujeres más femeninas y simples. Esta tenía cierto aire de sofisticación que no encajaría con su estilo.

Cuando llegó a la oficina unos minutos después, todos menos Patricia se encontraban en el local. La expectativa del nuevo director les había hecho madrugar más de lo habitual. Felipe tenía una taza en la mano y le señaló la cafetera, interrogante.

—No gracias —le contestó ella—. Lo único que necesito ahora es otro café para ponerme aún más de los nervios.

—¿Mala noche? —preguntó Alberto.

—No he pegado ojo —dijo de mala gana—. Felipe —se dirigió al joven moreno con hoyuelos en la sonrisa—, acabo de ver a la mujer de tus sueños.

—¿Dónde?

—Ahí en la calle, cuatro bloques más arriba. Una tía espectacular, altísima y con un cuerpazo de modelo.

—¿Pero estaba buena? —preguntó él, llevándose las manos a la altura del pecho.

—Tan buena, no —resopló—. Quizá demasiado inteligente y fina para ti. Felipe soltó una carcajada.

—Qué graciosa vienes esta mañana —dijo con retintín.

—¿Sabéis algo? —Alberto zanjó la conversación.

—No, no he hablado con Patri. No sé si llamaría a su amiga de la central —respondió su compañero, antes de darle un sorbo al café.

—De haberlo hecho te habría llamado, ¿no crees? —apostilló Lucía.

—Anoche me quedé sin batería y hoy, con la prisa, ni siquiera lo he mirado. —Felipe había sacado el móvil del bolsillo y manipulaba la pantalla—. Pues sí, tengo una llamada perdida de ella...

—Algo sabe, seguro. —Lucía se mordió el labio y miró hacia la ventana con el ceño fruncido—. A ver si viene y nos cuenta...

En ese momento se oyó el portero. Todos se miraron interrogantes.

—No puede ser... —La joven consultó el reloj del móvil. Las ocho menos cinco. Se dirigió al interfono y descolgó el auricular—. ¿Sí?

—Soy Blanca Torrás, de Qualitas.

Cuando Lucía abrió la puerta de la oficina, se encontró frente a la altísima rubia que le había preguntado por el quiosco poco antes, con su chaqueta negra, su maletín y dos periódicos debajo del brazo. Confusa, se quedó muda y sin reacción durante unos segundos. Luego se disculpó y la invitó a pasar. La mujer, tras su propia sorpresa, le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Qué coincidencia!... Por cierto, estaba abierta —le dijo, señalando los periódicos.

—¡Ah! Ya veo... —respondió, devolviéndole la sonrisa—. Soy Lucía Medina —añadió, dudando si darle dos besos. Al final extendió el brazo.

—Hola Lucía, soy Blanca. —La mujer le dio un firme apretón de manos—. No esperaba llegar tan pronto, pero aún no controlo las distancias en Granada.

Aún... Esta viene para quedarse, pensó con desazón, mientras la conducía hacia la sala principal. En ese momento entró Patricia con ímpetu por la puerta. Al ver a la extraña pareció cortarse.

—Blanca, esta es Patricia Linares, nuestra administrativa. Patri, ella es Blanca Torres...

—Torrás, de Barcelona —corrigió, provocando el embarazo de la joven.

Lucía trató de sofocar su rubor, mientras veía cómo su menuda compañera, con poco más de metro y medio de estatura, se empequeñecía aún más ante el cuerpo portentoso de la jefa mientras se daban la mano. Por la ancha puerta de la sala, Felipe y Alberto observaban expectantes. Lucía presentó a sus compañeros.

—Alberto Martín, el decano de la empresa en Granada —dijo con una sonrisa—, y Felipe Girela. Blanca Torrás, de Barcelona.

Ella les dio la mano con soltura y una seguridad que no admitía dudas. Después, tras unos cuantos comentarios sobre su llegada a la ciudad y sobre el buen tiempo que hacía, fue directamente al grano.

—Imagino que ya sabéis que soy socia de Qualitas, y que me han asignado la dirección de la sucursal —dijo dirigiéndose a todos—. Me gustaría tener una puesta en común para ver el estado de la empresa después de los últimos acontecimientos, e informaros de las directrices que traigo desde Barcelona. También quiero hablar personalmente con cada uno de vosotros para saber vuestra opinión, y qué esperáis de esta nueva andadura —añadió con una sonrisa, mirándolos uno a uno—. No quiero que os sintáis cohibidos. Me gustaría escuchar vuestras sugerencias, vuestras dudas y por supuesto vuestras quejas, que sé que las tenéis.

Lucía miró significativamente a Alberto y luego a Felipe. Patri bajó la cabeza.

—Pero antes —continuó—, necesitaría que me mostrarais cuál va a ser mi despacho o me digáis la wi-fi, pues tengo que enviar un adjunto antes de las ocho y media. No había manera de conectar con la del hotel...

—Por supuesto, ven por aquí —respondió Patricia, que se ofreció rápidamente a guiarle por el amplio piso adaptado como oficina.

—¡Qué pedazo de tía! —susurró Felipe, sacudiendo la mano lentamente tras verla desaparecer por la puerta de la oficina.

—Mira por dónde, esta era la mujer que te decía antes... De haberlo sabido la habría mandado a comprar los periódicos a la Gran Vía; nos habría dado más tiempo...

—¿Para qué? Lo hecho, hecho está. —Alberto suspiró con cierta amargura

—. Al menos es más guapa que Agustín.

—¿Habéis oído cómo ha dicho lo de las quejas? Está claro que alguien ha largado... —Lucía se mordió el labio con gesto de preocupación.

—Agustín no se iba a ir sin meternos una puya. Habrá que ver lo que ha ido diciendo por ahí...

—Lo mismo ha sido la amiga de Patri... —intervino Felipe, mirando hacia el pasillo, los brazos en jarras.

—Vete tú a saber... —Alberto se metió las manos en los bolsillos y se aproximó a la ventana. Era un hombre de pelo castaño, con grandes entradas que le hacían parecer mayor de lo que era. Cerca ya de los cincuenta, tenía la misma estatura que Lucía, con la que mantenía una buena sintonía, coincidiendo con ella en la desmotivación por los últimos acontecimientos de la empresa.

Por un momento, todos parecieron perderse en sus reflexiones. Patricia apareció entonces por el pasillo, hojeando el contenido de una carpeta.

—¿Dónde está? —gesticuló Felipe.

—Se ha quedado en el despacho de Agustín; está mandando el correo. Y ya me ha dado trabajo. —Señaló el portafolio—. Dice que ahora vuelve.

—¿Has hablado con tu amiga? —inquirió Alberto, susurrando.

—Sí, anoche. Te llamé, pero estabas sin cobertura —afirmó mirando a Felipe—. Dice que es una tía muy maja y muy competente. Muy seria en su trabajo, dice. Y que viene para rato... —Miró significativamente a Alberto y a Lucía—. Es buena, dice. —Bajó aún más la voz—. Parece que está pasando por una crisis personal, una ruptura o algo así, y quiere cambiar de aires.

Lucía resopló.

—Mira tú que suerte hemos tenido...

—Montse la puso fenomenal, desde luego... —continuó Patricia, mirándola—. Y qué ojos más bonitos, ¿no? Eso sí, tiene más hombros que tú —dijo señalando a Felipe con un movimiento de cabeza—, y a mí me hace enana, enana, enana...

—Tiene buena pinta, aunque vete tú a saber... Al menos no parece una estirada. —Alberto miró a Lucía—. ¿Por qué querrá hablar con nosotros por separado?

—Querrá conocer todas las versiones... Pues no me voy a cortar ni un pelo con la mía, bien lo sabe Dios. —La joven apretó la mandíbula, el ceño fruncido, la mirada perdida en la ventana—. Como si me echan...

—No digas tonterías, Lucía —interrumpió Alberto—. No *hagas* tonterías

—enfaticó después.

—Espera al menos a ver cómo van las cosas —añadió Patri con preocupación.

—Nadie puede ser peor que Agustín, Lucía; partiendo de ahí, las cosas deberían ir a mejor —intercedió Felipe, poniendo una mano en el hombro de su compañera.

—Además, lo ha pedido ella. El venir aquí, digo. —Todos miraron a Patri sin comprender—. Quiero decir que no ha venido obligada. No va a venir de mala leche, digo yo...

—Y quiere cambiar de aires porque se ha separado... —intervino Felipe, asintiendo con la cabeza—. Bueno, pues lo mismo en Granada le alegramos un poco la vida, ¿no? —dijo, y se llevó las manos a las caderas, enderezando la espalda y hundiendo el vientre.

Lucía lo miró incrédula. Patricia, con sorna; luego, divertida.

—Pues tú no vas a ser, bonito. —Le sonrió con maldad y continuó en un susurro, vocalizando lenta y exageradamente—. Es lesbiana.

—¡No me jodas!

Capítulo 2

Cuando Blanca llegó al hotel eran las cuatro de la tarde. Hacía una hora que había salido de la oficina, tan cansada que apenas tenía hambre. Se metió en el primer bar que le pareció decente y se tomó un par de cañas, mientras hojeaba los periódicos que había comprado por la mañana. Las tapas que le pusieron con la cerveza satisficieron su escaso apetito. Ahora, en la habitación, sólo quería descansar un rato antes de salir a ver pisos. Durante la mañana, los de la inmobiliaria habían contactado con ella para decirle que tenían tres apartamentos que podrían interesarle, y había quedado con ellos a las cinco y media de la tarde.

Encendió el televisor, se quitó la chaqueta y los zapatos, y se tumbó en la cama. Buscó algún canal de noticias y bajó el volumen. Su intención no era tanto ver algo como tener un sonido de fondo que le mitigara la sensación de soledad y desarraigo que sentía en los hoteles. Cerró los ojos y se relajó, evitando pensar en nada que la sacara del sopor en que la habían sumido el cansancio y la cerveza.

Media hora más tarde el sonido de su móvil la sobresaltó, despertándola del profundo sueño en el que había caído sin darse apenas cuenta. Se incorporó para cogerlo de la mesita y comprobó el número con la intención de no responder si la llamada era de trabajo. Era Ariadna.

—Hola Ari —dijo con voz somnolienta.

—¡Ay, te he despertado! Lo siento Blanca...

—No te preocupes, sólo era una cabezada —interrumpió, pasándose la mano por el rostro.

—Te llamo más tarde, perdona.

—¡No, no! —insistió—. Tengo que salir dentro de un rato y me viene bien despabilarme.

—¿Apenas llevas dos días en Andalucía y ya se te ha pegado la siesta?

Blanca sonrió.

—Llevo un día muy intenso y todavía no ha terminado...

—¿Qué tal por ahí?

—¿Te refieres a Granada o a la oficina? —preguntó, mientras apoyaba la cabeza en el brazo.

—A las dos cosas.

—En Granada bien, muy buena temperatura; demasiado buena, quizá. Por la mañana hace frío y a mediodía te asas. En cuanto le coja el truco, acertaré con la ropa, imagino. El camarero del hotel dice que hace más calor de lo habitual porque aún no ha nevado. Hay mucho ambiente, eso sí; da gusto pasear por la calle.

—Este año podrás esquiar —interrumpió Ariadna—, tienes la nieve muy cerca, según creo.

—Bueno, es una tentación, pero no sé si atreverme. Tengo miedo por la rodilla, lleva mucho tiempo sin molestarme y no me gustaría hacer nada que la forzara. —Como para tranquilizarla, dobló la pierna y la masajéo—. Cuando encuentre casa, lo primero que haré será buscar una piscina. Tengo que retomar la natación... Con este sinvivir de las últimas semanas, tengo abandonado el deporte.

—¿Has visto algo ya?

—No, hoy empiezo. Lo he dejado en manos de una inmobiliaria y me han encontrado tres apartamentos. Esta tarde los veo. Cuanto más pronto mejor —dijo como para sí—, los hoteles me deprimen.

Se hizo un pequeño silencio al otro lado de la línea. Blanca imaginó el curso de los pensamientos de su amiga.

Ya. Que son los hoteles los que me deprimen...

—Todavía no puedo creer que te hayas ido de Barcelona... —Escuchó finalmente.

—Es temporal, Ari. No pienso instalarme aquí para toda la vida. —Una pausa—. Me ahogo allí, necesito cambiar de aires. —Blanca notó cómo se le activaba el modo a la defensiva.

—Lo que tú necesitas es una novia y pasar de Rosa de una vez, Blanca. Barcelona no es el problema. —Ariadna fue al grano.

—Ari, lo último que me apetece ahora es empezar una relación cuando aún tengo el veneno de otra en el cuerpo. He salido bastante escarmentada de esta historia como para...

—No vamos a volver con lo mismo —interrumpió—, pero creo que te equivocas. Ya sabes lo que pienso: largarte no es la solución. Te arriesgas a seguir igual, pero a mil kilómetros de tus amigos.

Blanca notó cómo le subía la rabia. Estaba harta de aquella conversación, que había sido monotema desde que les comunicó su intención de asumir la dirección en Granada. Respiró profundamente, intentando calmarse para evitar soltarle un exabrupto a la que era su mejor amiga. Sabía que tanto ella como

Marta estaban preocupadas, pero ese mismo exceso de preocupación les llevaba a la intromisión. Además, demostraba una evidente falta de confianza en ella y eso le dolía.

—Ari —dijo finalmente con un tono de cansancio y exasperación—, yo no estoy huyendo de nada. Estoy harta de Barcelona, y punto. Se me ha presentado la ocasión de venir a Granada y la he aprovechado, y ya está. Vosotras lo deriváis todo a Rosa. Vale que me ha dejado hecha polvo, pero es que además no estoy a gusto con mi vida y me apetece cambiar de casa, de ciudad y de gente.

Ariadna guardó silencio. Blanca se dio cuenta de la implicación de lo que acababa de decir y se lamentó al momento.

—Joder, Ari, no lo digo por vosotras —el tono era ahora de súplica—, sois lo único que voy a echar de menos de allí, pero sé que este cambio me va a venir bien. Y vosotras en el fondo también los sabéis. Lo de venir a Granada no es definitivo, pero la temporada que pase aquí me va ayudar a ver las cosas con perspectiva. Me estaba ahogando en Barcelona, Ari; hasta en la empresa estaba empezando a tener roces. Es una cuestión de salud mental...

—Ya... Espero que no te ahogues en Granada, es más pequeña... —ironizó su amiga. Sin ánimo de tensar más la situación, decidió cambiar de tema—. ¿Cómo te han recibido en la oficina? ¿Qué personal tienes?

Blanca sintió alivio ante el giro que daba la conversación.

—Ha sido una mañana interesante —confesó—. Por lo que he visto no se esperaban a nadie de Barcelona para dirigirlos. Creían que íbamos a nombrar a alguien del equipo de Granada en sustitución del anterior encargado y, como mucho, contratar a otra persona; así que mi llegada los ha dejado fríos, por decirlo así.

—¿Te han recibido mal? —Se extrañó Ari.

—No. Han sido muy correctos, pero he notado ciertas reticencias...

—¿Cuántos empleados tenéis allí? —interrumpió su amiga.

—Cuatro. Tres técnicos y una administrativa. Uno de ellos, Alberto, ejerciendo claramente el liderazgo. Bueno —dudó—, hay otra chica que parece tener mucho peso también, aparte de carácter...

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque me he entrevistado con ellos, por separado, y...

—¿Por qué has hecho eso? —Ari estaba intrigada.

—Pues porque hubo problemas y muy mal ambiente con la dirección anterior, y quería saber qué tenía que decir cada uno. En grupo algunas

personas no expresan lo que piensan. Quería tantear el ambiente.

—¿Y? ¿Has salido de Barcelona para meterte en un avispero?

—No. —Sonrió Blanca—. Al menos no me ha dado esa impresión. He notado complicidad entre ellos. También preocupación por la empresa y sus puestos de trabajo. Creo que temían que fuésemos a echarlos. Bueno —lo pensó mejor—, todos menos *miss* España.

—¿Quién?

El tono de extrañeza de Ariadna hizo reír a Blanca.

—Esta chica que digo que tiene carácter, es bastante guapa —dijo enfatizando el adverbio.

—¿Tanto?

—Mucho...

—Para que lo digas tú tiene que serlo... Me dejas intrigada. —Blanca notó la curiosidad de su amiga—. Pero guapa... ¿Al estilo de quién?

—Bueno, pues no sabría decirte... Al estilo de ella misma... Rasgos finos, *typical spanish*, ya sabes: morena, pelo largo algo rizado, piel clara, ojos grandes, entre marrones y verdes, alta, tipazo... Vamos, que podría ser *miss* España, cumple todos los tópicos. No sé qué hace trabajando de consultora cuando podría forrarse como modelo.

—Sí que te has fijado bien, ¿eh?

—¡Oye, has sido tú quien ha pedido la descripción! —protestó— ¿Y cómo no me iba a fijar si he estado hablando con ella casi media hora? Es que no pasa desapercibida, créeme.

—No, si te creo. —Rio Ariadna—. Y por qué dices que tiene carácter.

—Pues porque, de todos, es la que menos se ha cortado en expresar su crítica a la central por el tema de Lerma, el anterior director. No parecía tener miedo a posibles represalias por nuestra parte. Ha sido de una franqueza temeraria y admirable, considerando que no me conoce; pero me ha causado buena impresión. Habrá que ver luego...

—Ya he visto que te ha causado buena impresión... —bromeó, riendo—. ¿Y no la conocías?

—No, ni a ella ni a nadie. Era Lerma quien tenía las reuniones con nosotros y asistía a los congresos en representación. No conocía a nadie de Granada, excepto a él. —Blanca sonrió—. Lo curioso con esta chica, Lucía se llama, es que nos encontramos sin saber quiénes éramos esta mañana antes de entrar en la oficina. Estaba buscando un quiosco de prensa cuando la vi por la acera y le pregunté. —Blanca recordó su expresión ensimismada, y después su mirada

sorprendida anclada en la suya hasta reaccionar. Cómo olvidar esos ojos—. Cuando me abrió la puerta de la oficina, nos quedamos alucinadas.

—¿Entiende? —Ari la sacó de la ensoñación momentánea.

—¿Ella? Lo dudo mucho. No es una Barbie, pero seguro que tiene novio —dijo convencida.

—¿Y en la oficina saben que te van las chicas?

—Pues no creo, Ari, no voy con un cartel en la frente —protestó—.

—Como era *vox populi* entre tus compañeros... Y eso no es Barcelona.

—Ya. Tampoco es África, mujer. Son jóvenes, no tienen aspecto de carcas. E imagino que lo último que les interesa ahora es mi sexualidad. Parecen majos y competentes... Al menos esa es mi primera impresión.

—¿Cuándo nos vas a invitar a ir a verte? —Ariadna cambió de tema.

—Cuando tenga casa. De cualquier modo, ya podéis estar mirando vuelos, los hay baratos, así que id buscando hueco. Aquí hay muchas cosas que ver y Marta no conoce Granada. Por cierto, ¿dónde está? —Se extrañó. —No la oigo por ahí y hemos estado hablando de mujeres. —La risa cómplice de Ari le hizo sonreír. Ambas sabían lo que Marta disfrutaba de un cotilleo.

—Ha ido a ver a su madre. Tiene problemas con el frigorífico y están viendo, bueno, más bien discutiendo si merece la pena cambiarlo. Espero que no se tiren los platos a la cabeza. Han tenido una buena por teléfono. En mi vida he visto dos personas más testarudas.

—Hay amores que matan —suspiró Blanca, que conocía la tormentosa relación entre madre e hija.

—Sí, si no me matan a mí antes a disgustos... A ver cómo viene... Me pondrá la cabeza como un bombo —se quejó.

—Cuéntale lo de *miss* España, seguro que se le olvida. —Blanca la oyó reír por el otro lado de la línea.

—¡Seguro!

Tras colgar, Blanca se relajó mientras pensaba en la conversación con Ari. En el fondo entendía su preocupación por ella. La ruptura con Rosa, hacía algo más de un año, la había sumido en una profunda depresión de la que estaba saliendo ahora. Durante ese tiempo rehuyó la compañía de sus colegas y si siguió viendo a Ariadna y Marta, fue más por el esfuerzo de sus amigas que por su interés. Tenía que agradecerles que no se hubiesen distanciado de ella, pues lo había merecido en muchas ocasiones. El hecho de que mantuvieran su

amistad con Rosa le hizo separarse de ellas y ponerlas en una tesitura incómoda e injusta. Ahora podía verlo claramente, pero en su momento ese tema le había emponzoñado la amistad. Lo que más se reprochaba era haberse permitido entrar en el proceso autodestructivo, a todos los niveles, en el que se había sumido y regodeado por una persona a la que ahora detestaba tan profundamente. No se reconocía amando a Rosa, por lo que ya no podía ser la Blanca que la había acompañado toda su vida; había perdido la perspectiva de sí misma. En ella ahora no quedaba más que desprecio de lo que una vez entendió como amor; por lo que, o nunca fue verdadero o el amor en sí era una basura. Después de todos aquellos meses a la deriva, este era el puerto al que su naufragio la había llevado.

Capítulo 3

Lucía metió la llave en la puerta y la giró, esperando encontrar la pequeña resistencia de siempre en el mismo ángulo.

El día menos pensado esta cerradura nos dejará tirados cuando peor nos venga, pensó mientras cerraba la puerta. Se quitó la chaqueta de cuero y la colgó en la percha, dentro del armario empotrado que había en la entrada. Se descalzó y se puso las zapatillas de andar por casa.

—¡Jorge! —llamó, dirigiéndose al salón.

—¡Hola! —Oyó venir de la cocina.

Fue hacia allí siguiendo el aroma de la comida. En ese momento se dio cuenta del hambre que tenía. Cuando llegó, encontró a su novio ajustando el fuego de la vitrocerámica. Vestía una larga camiseta azul, salpicada de manchas de agua y aceite, que le hacía parecer aún más alto y delgado de lo que era. Tenía una corta melena ondulada y castaña que echó hacia atrás con un rápido movimiento de cabeza. Después se agachó ligeramente para poner su cara al alcance de ella. El flequillo le vino de nuevo a los ojos.

—Hola bonito, ¿qué estás haciendo? —Lucía lo besó ligeramente en los labios. El bigote le hizo cosquillas en la comisura y se rascó.

—Lomo con ajos —respondió, mientras movía el contenido de la sartén con una cuchara de madera.

—¡Por favor, huele para morirse! —Acercó la nariz al guiso—. ¡Humm!... Tengo un hambre horroroso.

—¿Cómo ha ido todo? —La miró con interés, mientras se rascaba la barba—. ¿Cómo es el nuevo director?

—Altísima —. Ante la cara de confusión del joven, aclaró—. Es directora.

—¿Altísima? ¿Más que tú?

—Bastante más. Me saca dos cuartas, por lo menos —exageró.

—¿Y cómo es?

—Altísima.

—Venga ya, Lucía —protestó. Ella se sentó de lado junto a la mesa de la cocina y se apoyó contra la pared. Se encogió de hombros.

—No sé qué decirte... Parece enrollada, pero yo qué sé... Habrá que verla funcionando. Patri dice que es buena, por lo menos esas son las referencias de Barcelona según su amiga.

—¿Es joven? —añadió rápidamente.

—Sí, treinta y tantos largos —Lucía se mordió el labio, pensativa—. Un pedazo de tía. Rubia, ojos claros, pedazo de hombros, buen tipo... Aspecto ejecutivo, ya sabes: rápida, seria... Bastante atractiva, la verdad... —Se sorprendió por sus propias palabras, pues estaba en su ánimo no darle concesiones.

—Vaya descripción... Otro bombón para Felipe, ¿no? —dijo él con cierta acritud. Habían coincidido en algunas salidas de copas con Lucía, y Jorge detestaba su forma de lisonjear a su novia y a cualquier tía que le entrara por los ojos. Para colmo era el tipo de hombre que caía bien a las mujeres.

—No lo tragas, ¿eh? —Sonrió.

—Es un tontopollas integral y un machista.

—No lo conoces. Es muy bocazas, pero no es mala gente.

—Porque a ti te gusta...

—¿A mí? —Soltó una carcajada—. Felipe no es precisamente mi tipo. Si lo fuera, no estaría contigo. Sois como la noche y el día, te lo puedo asegurar. Lo que pasa es que Felipe es como un crío. Alberto lo tiene a raya y yo también. A la mínima que lo llamas al orden, recula. —Puso el codo en la mesa y apoyó la cabeza en la mano, pensativa. Luego continuó—. De todas maneras ten por seguro que tampoco va a ser el tipo de esta tía.

—¿Y eso cómo lo sabes tú? ¿Está casada? Espera que coja confianza...

—Porque es lesbiana.

—¡Cojones! —Jorge la miró incrédulo—. ¿Y cómo os habéis enterado de eso? ¿Os lo ha soltado sin más?

—Por Montse, la compañera de Patri de Barcelona. Debe saberlo todo dios allí... Y que se viene a Granada por una separación o una crisis o algo así.

—Qué cotillas sois las tías, yo alucino...

—¡Oye, no nos metas a todas en el mismo saco! —protestó indignada—. Como si vosotros no lo fuerais. A ver, si no, si el Marca iba a ser el periódico más vendido.

—Eso es deporte...

—Sí, ya... Que Ronaldo no mete goles porque le ha dejado la novia. Venga ya... —Resopló.

—Lo que le faltaba a Felipe —musitó él con sorna—, una competidora... Pues ten cuidado tú, a ver si esta ahora te...

—¡Qué! —le interrumpió Lucía, mirándolo con incredulidad—. ¿Que me va a violar? Qué gilipollas eres cuando quieres, Jorge...

—Era una broma, joder. Ya veo que no estás de humor...

Ni hoy ni nunca últimamente, pensó él. Luego añadió:

—Bueno, ¿va a haber cambios en la empresa o no?

Lucía suspiró, mientras le veía cortar la lechuga para la ensalada. No tenía ganas de ayudarle en la cocina sin cambiarse de ropa y tampoco quería interrumpir la conversación.

—Por lo pronto, no parece que vayan a echar a nadie. Quieren organizar la oficina por sectores de mercado o por departamentos, lo cual me parece bien, mientras a mí no me quiten las universidades. Se va a lanzar una campaña de captación de clientes en la hostelería, porque es el sector que está resistiendo mejor la crisis, sobre todo por el turismo; así que habrá que ponerse a visitar hoteles. Y digo yo que ya está, porque tú aquí te vas a un bar a hablarle al dueño de estándares de excelencia y proponerle que pague por ello, y te dice que te los metas por donde te quepan. Bastante tienen con cumplir con lo que les imponen las licencias. —Suspiró—. También se va a hacer campaña en los grandes ayuntamientos, y lo veo jodido, tal como está la administración. Hasta las universidades están empezando a pagar tarde y mal. —Apoyó la cabeza en la pared y miró al techo—. Debería prepararme las oposiciones...

—Lo que tendríais que hacer vosotros es montar vuestra propia empresa.

—Sí, para competir con las grandes consultoras.

—Aquí ya os conocen, seguro que os darían las contratas —insistió él.

—Vale. Y cuando tarden seis meses o más de un año en pagar, te comes las contratas. Eso sólo se lo puede permitir una empresa grande, y Qualitas tiene mucho mercado en Cataluña, aparte del nuestro. Al menos cobramos todos los meses, aunque no sea una bicoca. Hay empresas que están cerrando porque la administración no paga, y en Granada ella es nuestro mejor cliente.

Lucía se miró las manos durante unos segundos, pensativa, el ceño fruncido. Luego continuó hablando como para sí.

—Lo que no entiendo es porqué nos ha entrevistado por separado... Nos ha mosqueado un montón. Lo lógico habría sido hacer una reunión con todo el equipo, pero lo primero que ha hecho es hablar con cada uno de nosotros.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha preguntado por mi currículum que, por cierto, ya se lo había mirado, y me ha hecho un sondeo sobre la empresa y cómo me sentía en ella. Y me he explayado. Los he puesto a caldo perejil por el tema de Agustín. Si no me echan de esta...

—¿Estás loca? —interrumpió Jorge, enfadado—. Está el patio como para

ponerse a buscar trabajo. Al menos cuida el que tienes. ¿Qué le has dicho?

—Más o menos, que han pasado de nosotros. Que han dejado que Agustín hiciera de su capa un sayo. Que nos ha hecho la vida imposible sin darle un palo al agua, y que para él han sido todos los honores. Y que cuando le ha visto las orejas al lobo se ha largado, llevándose toda la documentación que ha podido, incluido el material de los cursos, que son de la empresa y que los he elaborado yo. —Se dio tres veces con el índice en el pecho—. Y ahora ha organizado uno en la Universidad de Huelva que tiene los mismos contenidos. Ni siquiera se ha molestado en cambiar los enunciados.

—¿Y ella qué te ha dicho?

—Me ha pedido que le diera información del curso, y yo le he enseñado la página de Internet. —Hizo una pausa. Revivió la imagen de su jefa haciéndose a un lado para dejarle el teclado del ordenador, y su perfume pareció inundarla de nuevo. Olía muy bien. Tendría que preguntarle a Patri, seguro que conocía la marca—. Dice que va a consultar con el abogado de la empresa por si pueden denunciarlo, aunque yo creo que lo ha dicho por decir... —Se quedó pensativa—. Ojalá le metieran un paquete al capullo ese... También le he dicho que en Granada se va a dar cuenta de quiénes han sido los que han sacado el trabajo de la oficina adelante.

Jorge la miró con admiración e incredulidad.

—A veces me sorprendes, y mira que te conozco bien. —Sonrió—. Le habrás dejado con las patas colgando... ¿Qué te ha dicho ella?

—Nada, que las quejas sobre Agustín les llegaron muy tarde e indirectamente; que tenían intención de destituirlo, pero que él se adelantó al largarse. Que les deberíamos haber informado mucho antes, y que lo sentía. Me ha asegurado que las cosas no van a ser lo mismo, al menos en cuanto a la dirección y al trato, dice. Esa palabrería...

—Bueno, pero parece sensata, ¿no?

—Eso espero, porque esta tía es socia fundadora de la empresa. Si nos sale rana, ¿a quién nos vamos a quejar?

—¡Joder! Socia fundadora... ¿Y cómo se ha venido a Granada?

—Vete tú a saber... Si ha sido por una crisis, sí que ha tenido que ser gorda.

Jorge, que estaba aderezando la ensalada, echó una rápida ojeada a Lucía, perdida ahora en sus pensamientos. Cuando constató que no iba a continuar con la conversación, le preguntó:

—¿Te has quedado más tranquila ya? Porque estos días estabas un poco insoportable, la verdad.

Ella le miró con cara de incredulidad.

—¿Un poco insoportable? Lo que estaba era estresada, Jorge. ¿Qué querías? Y lo único que necesitaba era un poco de apoyo por tu parte —dijo esto último como para sí, sin evitar el tono de reproche. Él no quiso entrar en el tema, y ella se tragó las ganas de seguir haciéndolo—. Bueno, al menos este verano sí que podremos ir a Italia... —Había aplazado la idea hasta saber qué iba a pasar con su trabajo. Se veía preparando oposiciones y para eso había que ahorrar.

Jorge frunció el ceño y guardó silencio mientras movía la ensalada. Ella notó algo en su mutismo y no supo si estaba molesto por su reproche.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente para salir de dudas.

—Lucía, no sé si voy a poder ir a Italia —dijo él sin mirarla.

—¿No lo sabes? ¿Por qué? —se alarmó.

—Ha salido un curso de fotografía en Barcelona y no me gustaría perdérmelo. —Le echó un vistazo con precaución y siguió con la ensalada—. Son dos meses, de mediados de enero a la mitad de marzo, y me voy a tener que gastar las pelás entre el curso y la estancia.

A Lucía se le cambió la cara. Volvió la cabeza negando insistentemente, llena de contrariedad. Al final rompió a hablar, conteniendo la voz para no elevarla.

—El verano pasado fue por tu madre. El anterior te fuiste con tus colegas dos meses a correr mundo por el norte de África, y este año es por un curso. Tú y siempre tú —enfaticó el pronombre, subiendo el tono—. ¿Cuándo entro yo en tus planes?

—¡Joder, Lucía! —se defendió él—. Es mi futuro. Es mi trabajo. Me niego a fotografiar bodas, por ahí no paso. Y este curso lo organizan cada dos años y viene lo mejor de la fotografía de España y parte de Europa. ¡Joder!, es una oportunidad para mí y quiero aprovecharla. Ya habrá tiempo para ir a Italia... O vete tú con Carmen, seguro que iría encantada.

—Yo con quien quiero ir es contigo —dijo con voz gélida. Se levantó rápidamente y cogió el mantel para poner la mesa en la salita. Luego volvió y abrió un cajón para sacar los cubiertos. Mientras cogía los platos, continuó sombríamente—. Llevamos cinco años juntos y no tengo conciencia de que me hayas dado un gusto ni una sola vez. Siempre vas a tu puta bola.

—Eso no es justo, Lucía. Tú tienes tu trabajo y has estudiado para eso. Pues eso es lo que estoy haciendo yo. Si tuviera pelás iría de viaje, pero ahora tengo que elegir y elijo aprovechar mis oportunidades.

Lucía salió con los platos y los cubiertos. Al momento regresó.

—Ya. Tú siempre aprovechas tus oportunidades, que por una razón o por otra nunca coinciden con las mías. A veces tengo la sensación de que nuestra vida en común se limita a compartir piso y a follar de vez en cuando.

Jorge la miró ofendido y visiblemente enfadado.

—Sabes que no tienes razón —dijo finalmente, conteniendo la rabia.

—Vale, es tu futuro; pero el de nuestra pareja da asco. Nosotros damos asco.

—¿Qué quieres, Lucía? —Levantó la voz—. Mis colegas no te gustan; yo me aburro con los tuyos... Pensé que estábamos de acuerdo —le reprochó—. ¿Quieres que nos estemos comiendo los mocos todo el día?

Ella lo miró sin dar crédito, negando repetidamente con la cabeza.

—Si nunca entiendes lo que te digo, qué mierda hago yo sacando este tema otra vez —dijo con acritud, como para sí, zanjando la conversación, mientras se dirigía al dormitorio a cambiarse de ropa.

Se le había quitado el hambre.

Capítulo 4

Para Lucía, la asunción de la dirección por parte de Blanca tuvo dos efectos inmediatos. El primero fue la recuperación del sueño. Las noches de su peor época con Agustín Lerma habían sido insoportables. La constante tensión y la impotencia las habían emponzoñado, y el desvelo o los sueños pesados la castigaban con asiduidad. Ahora, al menos, no se despertaba a las cuatro de la mañana deseando que amaneciera ya, o que no lo hiciera, pues para el caso... El segundo efecto fue la recuperación de la sonrisa. Siempre había tenido buen sentido del humor, pero la guerra y la crispación constante que Agustín le provocaba lo habían reducido a la mínima expresión en la oficina. De cualquier modo, su actitud con Blanca seguía siendo fría. Correcta y muy profesional, pero con un pozo de desconfianza que Lucía se negaba a cegar. Era una cuestión de principios; seguía pensando que Alberto se merecía dirigir la empresa. Además, por muy maja y agradable que fuera, no la sentía como parte del grupo. Después de casi dos meses de su llegada, Lucía seguía siendo la más exigente respecto a la gestión de Blanca, aún sin tener motivos para la crítica en la mayoría de casos. Esta actitud no había pasado desapercibida ante sus colegas.

Tres días atrás, mientras hacían tiempo para la cita de la auditoría de la Biblioteca Universitaria, el tema había surgido indirectamente durante una conversación con Alberto en la cafetería del Hospital Real, sede del Rectorado.

—No me negarás que estamos bastante mejor que antes, Lucía —había afirmado su compañero en respuesta a un comentario crítico que ella había dicho respecto a la jefa.

—Cualquier persona es mejor que Agustín...

—¡Hombre, ya! Pero ella está más preparada que nosotros y lo está demostrando. Su fuerte es la hostelería y se nota su mano.

—Vale —había afirmado con terquedad—, pero tú podrías hacerlo tanto mejor que ella.

—Lo dudo mucho. Tendrías que haberla visto en el Center. Se cameló al gerente del hotel con un aplomo que habrías alucinado. Felipe está encantado, dice que tiene una habilidad tremenda como negociadora.

—Felipe está encantado con cualquier cosa que lleve falda.

No era verdad y supo que se había pasado en el mismo momento en que lo dijo. El símil, además, tampoco había sido acertado. Hasta el momento, Blanca nunca había vestido falda.

—No estás siendo justa, Lucía, y no te pega.

El tono de Alberto no había sido de reproche, pero ella lo encajó como tal. No había sido justa con Felipe y no estaba siendo justa con Blanca. Tampoco lo era con Jorge, según se encargaba él de recordarle. ¿Qué le estaba pasando? ¿Se le había agriado el carácter? ¿Por qué esa negatividad constante? En el fondo, tenía la sensación de que no se encontraba cómoda con nada ni con nadie; en la boca del estómago siempre rumiando un regusto de insatisfacción.

Las palabras de Alberto la habían dejado preocupada. De cualquier modo, las cosas estaban a punto de cambiar respecto a su actitud con Blanca y, para su sorpresa, el cambio iba a venir de la mano de quien menos podía imaginarse.

Por la mañana había coincidido con ella en el ascensor. Llevada por los efectos del toque de atención de Alberto, intentó ser cortés interesándose por algo que no tuviera que ver con el trabajo. Le preguntó si ya se había instalado del todo en su apartamento y si se encontraba a gusto en él y en la zona que había elegido para vivir: la Plaza de la Trinidad. Incluso le dijo que ella había estado buscando piso por aquel barrio antes de decidirse por el Albaicín. Estuvo tan agradable que temió que Blanca se preguntara qué había detrás de aquel cambio de actitud respecto a ella.

Cuando entraron en la oficina, solo estaba Patricia, que se aplicaba en llenar de agua el depósito de la cafetera. Era costumbre que la primera persona en llegar preparase el café, que tomaban después, mientras cambiaban impresiones antes de ponerse a trabajar. Era uno de los momentos más agradables de la mañana, pues les ayudaba a relajarse y a arrancar el día con cordialidad. Blanca pareció aceptar bien esa costumbre, ya que contribuía a mejorar el clima laboral y fomentaba el compañerismo entre ellos, y siempre que podía participaba. Al principio, por cierto compromiso, a entender de Lucía; luego, según iba conociendo más al equipo, por puro gusto. Parecía que, poco a poco, se sentía más integrada con sus empleados.

Aquella mañana, Alberto y Felipe se encontraban en Málaga visitando hoteles, por lo que Lucía auguró que el encuentro cafetero sería más breve. Su

laconismo habitual con la jefa quedaría en evidencia con la ausencia de sus compañeros. Sin embargo, un comentario deportivo casual de Patri llevó la conversación a este tema y le dio pie a Lucía para seguir siendo considerada.

—¿Encontraste piscina? —le preguntó a Blanca. Semanas atrás, ella les había pedido información sobre dónde podía ir a nadar en Granada.

—Sí, en un macrogimnasio que hay al final de la calle Recogidas.

—Tienes cuerpo de nadadora —comentó Patricia—. ¿Has competido alguna vez?

—Sí, en la escuela y en el instituto. Nado desde que era una niña. Era buena. —Sonrió, mientras daba un sorbo a su café—. Pero en lo que más he competido es en waterpolo. Era boya en el Granollers. Hasta que me lesioné la rodilla; entonces lo dejé —concluyó encogiéndose de hombros.

Lucía captó cierta nostalgia en el tono de Blanca.

—¿Qué es boya? —preguntó Patri—. No entiendo mucho de waterpolo. Yo sólo he jugado al voleibol. Era colocadora en el equipo del instituto. Con mi estatura no valía para otra cosa, y poco duré.

—Bueno, boya es un puesto parecido al de colocadora en el vóley, pues ayuda a la distribución del juego —le explicó—. Es la jugadora que se pone en el centro cuando estás atacando, ¿sabes? —dijo, dibujando el esquema con las manos.

—¡Ah, ya se! La que está más tiempo debajo del agua que encima...

Blanca se rio divertida por la apreciación de Patri. Tenía una risa grave y aterciopelada que sugería calidez. Lucía se percató de que no había burla en ella, más bien franqueza y algo parecido al afecto.

—Sí, es una buena manera de decirlo, porque recibes por todos los lados. Es una posición muy ofensiva y provoca muchas faltas; así que la persona que la ocupa tiene que ser fuerte. Aun así, a veces terminas hecha un cristo.

—¿Tan duro es como para lesionarse la rodilla? —preguntó Lucía con sincera curiosidad, el ceño fruncido.

De alguna manera, este interés no pareció pasar desapercibido a una Blanca acostumbrada a su corrección indiferente. La miró sonriendo, mientras negaba con la cabeza y le respondió con la misma sinceridad y exclusividad que ella había captado en la pregunta.

—No me lesioné durante un partido. Fue al terminar un entrenamiento. Resbalé fuera de la piscina cuando corría hacia las duchas; fíjate, como si fuera una novata —apostilló, llevándose la mano a la rodilla derecha—; con tan mala suerte que me rompí el ligamento cruzado. Me tuvieron que operar.

Lucía hizo un gesto de dolor, como si hubiera presenciado la caída.

—¿Y tuviste que dejar el waterpolo?

—Bueno, perdí la temporada. El equipo tuvo un mal año. No por mi lesión —aclaró rápidamente—, en general, y pensé que era el momento de centrarme en mi carrera. Me fui a Londres a hacer un master. —Se encogió de hombros—. De cualquier modo, nunca he dejado la natación. Me entona y me relaja mucho. Así tengo estos hombros de albañil... —dijo con una sonrisa mientras los elevaba.

Lucía no pensaba que tuviera hombros de albañil, pensaba que más bien tenía cuerpo de amazona, y se la imaginó tensando un arco. Pero no dijo nada.

—¡Mujer, qué exagerada! —Patri se apresuró a desdecirla—. Tienes espalda de nadadora, como la Belmonte.

—Ya me gustaría a mí nadar como ella...

Blanca se interrumpió al oír el timbre de la puerta. Patri dejó su taza, ya vacía, en la mesa y se dirigió hacia la entrada. Se escuchó un intercambio de saludos y a Lucía se le heló la sangre. La sensación debió reflejarse en su rostro por la mirada de extrañeza que vio en Blanca. Al momento, y con cara de circunstancias, Patri apareció por el pasillo acompañada de Agustín Lerma.

—¡Buenos días, Blanca! —Agustín se aproximó, solícito, adelantando su mano hacia la directora. Esta la estrechó con firmeza.

—Buenos días, Lerma. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... —respondió. Luego, con un indiferente y breve saludo de cabeza, se dirigió hacia su ex compañera, que lo miraba con la mandíbula apretada—. ¿Lucía? —dijo apenas, y se volvió hacia Blanca de nuevo.

—Me comentó Sergi que habías asumido tú la dirección de Granada —añadió con un tono cordial algo forzado, mientras dejaba el maletín del portátil en una de las sillas de la mesa de reuniones de la sala y se desabrochaba la cazadora de piel que llevaba puesta. La familiaridad con que hizo estos gestos, como si aquella oficina aún fuera su territorio, crispó aún más el rostro de Lucía, que miró a Patri buscando complicidad en el sentimiento de profunda aversión que Agustín le provocaba.

—Sí. Granada es una ciudad que siempre me ha gustado, y además es un placer trabajar con este equipo —le respondió Blanca con exquisita corrección, mirando a su vez a sus compañeras con simpatía.

—Sí, ya veo... —dijo Lerma, evasivo—. Me gustaría hablar contigo... ¿Podrías darme unos minutillos?

—Por supuesto. Pasa a mi despacho. —Blanca le hizo un gesto con el brazo

y los dos se dirigieron hacia el pasillo.

En ese momento a Lucía se le ocurrió que la directora no estaba tan sorprendida como ellas por la llegada de Agustín Lerma, y se convenció de que algún tema se traían entre manos. El desprecio que le tenía a su excompañero, rayando en el odio, le llevó a indignarse por el trato cortés y amable con que Blanca lo había recibido; después de lo que les había hecho a ellos y a la empresa... Y su indignación la llevó a su vez a subestimar a Blanca por blanda y sin carácter, ratificando su desconfianza en ella y lamentándose por el interés que había puesto esa mañana en mostrarse más agradable.

Blanca observó a Agustín con detenimiento mientras este, sentado frente a ella en su despacho, le hacía alguna observación sobre los cambios que había observado en aquella oficina que una vez fuera suya. Había algo en él que le desagradaba. Físicamente podría considerarse atractivo. Se cuidaba muy bien en el vestir y tenía buen gusto. Era alto, moreno de piel y cabello, con unos rizos que mantenía a raya con fijador o algo parecido... No soportaba a los hombres con gomina, pensó. Sus ojos eran pequeños, rasgo que cuando se combinaba con una determinada sonrisa, dotaba a su mirada de una luz falsa. *Ladino*. Le vino a la mente el adjetivo favorito de Lucía para referirse a él, e intentó quitarse esta imagen de la cabeza para no dejarse influir por el concepto que ella tenía de Agustín. Pero no pudo evitar detestar su excesiva familiaridad y su aire chulesco, nunca le habían gustado.

—Lerma, tú me dirás —fue directamente al grano. De algún modo esperaba esta conversación y quería terminarla cuanto antes.

—Bueno, imagino que ya sabes por lo que vengo. He recibido una citación judicial por una denuncia por plagio y todavía no doy crédito. Estuve hablando con Barcelona y Sergi me dijo que era cosa de Granada —la miró como si creyera que todo había sido una equivocación y esperara que ella lo ratificara con una disculpa.

Cosa de Granada. A Blanca le molestó su forma de insinuar que tenía aliados en Barcelona. De hecho, fue la central la que más empeño puso en la denuncia.

—Lerma, tenemos pruebas indiscutibles, créeme, de que estás utilizando materiales de Qualitas para hacernos la competencia. Como comprenderás, la empresa no puede quedarse de brazos cruzados. —Le miró fijamente a los ojos, sin acritud—. Sinceramente, creí que eras más inteligente.

A Agustín se le intensificó el moreno, por rabia o por vergüenza, o por ambas cosas.

—Esos cursos los he hecho yo, por lo tanto son de mi propiedad intelectual —protestó, elevando el tono de voz.

Su propiedad intelectual... Blanca dudó que tuviera alguna

—Vamos a ver, Lerma —dijo, intentando mantener la calma—, esos cursos no los has redactado tú; pero aunque así fuera, que no lo es —enfaticó—; se han hecho a iniciativa de Qualitas, para Qualitas y para ejercer una actividad formativa que es uno de los servicios que oferta Qualitas. Ya que hablas de propiedad intelectual, léete la ley, lo pone bien claro y nos da la razón.

—Esos cursos los he firmado yo, y soy tan autor como la empresa — Agustín se echó hacia delante para marcar sus palabras con golpes de nudillos contra la mesa.

Blanca empezó a perder la paciencia.

—Efectivamente, a eso te has limitado, a poner tu firma en ellos. A efectos legales, la propiedad no es tuya; ni siquiera de Lucía, que es quien realmente los ha elaborado...

—¡Ah! ¡Haced empezado por ahí! ¡Cómo no iba a ser la niña! — interrumpió él.

La expresión ladina se le dibujó tan nítidamente en el rostro que Blanca llegó a la conclusión de que no era sólo una cuestión de cómo se combinaban sus ojos con una cierta manera de sonreír; la sensación se desprendía de todo él, le salía de dentro; y entonces entendió el intenso desprecio que sus compañeros sentían por Agustín.

—Mira Lerma —zanjó ella, elevando el tono por primera vez—. Puedes agradecer que sólo te hayamos denunciado por plagio. También lo podríamos haber hecho por apropiación indebida y destrucción de datos de la empresa. Te cuidaste bien de borrar todos los archivos del disco duro y de llevarte documentación relativa a la dirección de la sucursal. He tenido que ir pidiéndola al equipo y a la central.

Blanca observó un atisbo de temor en su rostro, tan ligero y breve como el tiempo que tardó en regresar su altanería.

—¿Y quién te ha dicho que haya sido yo?! —se defendió, ofendido—. ¡Estos han ido a por mí desde el principio...!

—¡Lerma! —le cortó, exasperada—, no subestimes mi inteligencia. Hasta yo he podido comprobar la fecha del borrado en los logs, y tu estuviste toda esa mañana aquí. ¿Tengo que recordarte las llamadas que me hiciste y te hice

el veintidós de septiembre? —Lo miró intensamente, retándolo—. Mira, no vamos a retirar la denuncia. Te estás lucrando con nuestro trabajo y eso nos lo tendrás que indemnizar. Y punto. Y ahora, si no te importa, tengo muchas cosas que hacer...

Él se levantó bruscamente y salió del despacho sin despedirse.

Lucía, que continuaba en la sala hablando con Patri, sorprendidas las dos por la llegada de Agustín y, más aún, por las voces que se oían procedentes del despacho de Blanca, vio cómo éste aparecía por el pasillo dando zancadas, mientras se cerraba la cremallera de la cazadora, visiblemente alterado. Cogió el maletín de la silla y se dirigió directamente a ella en un tono gélido y lleno de resentimiento.

—No has parado, ¿eh?

—¿Qué dices? —Lucía no entendía a qué se refería.

—No has parado hasta joderme, ¿eh? —La miró con fuego en los ojos—. Tú y ese gilipollas. —Señaló con un mohín hacia el despacho de Alberto—. Pero sobre todo tú. ¡Esos cursos son tan míos como tuyos, porque yo los he revisado! —dijo, elevando la voz.

Lucía comprendió de pronto lo que estaba hablando y reaccionó con un ataque de rabia.

—¡Y una mierda! ¿Serás bacín? —Se sorprendió usando una expresión que sólo había oído en su niñez en boca de su madre, mientras le temblaba todo el cuerpo incontroladamente por la inyección de adrenalina—. ¿Cómo tienes la cara de decir que esos materiales son tuyos? ¡¿Cómo puedes tener tanta cara?! —

Lucía intuyó, más que vio, a Blanca aparecer por el pasillo, seguramente alarmada por el volumen de las voces. Al momento se lamentó de perder los nervios de esa manera. Agustín, que no se percató de su presencia, siguió acercándose, esta vez bajando un poco el tono y con una sonrisa retorcida en el rostro.

—Cara la tuya, bonita, que qué bien te ha venido para camelarte a la jefa, ¿eh? —La miró con la expresión más sucia que pudo sacar de él—. ¿No?

Lo dijo con tal intención que no necesitó ser más soez para que Lucía y Patri lo entendieran a la primera. La sola idea fue tan burda que se ruborizó y se quedó sin reacción. Más aún al ver la mirada de Blanca, cuyas pupilas aguamarinas parecían haberse oscurecido de pronto.

—¡Lerma! —casi gritó—. Si no sales ahora mismo de aquí, serán dos los

pleitos que tenga contigo. —Se acercó a menos de medio metro de él, mirándolo amenazadoramente desde los centímetros que le sacaba en altura—. Y que no te quepa la menor duda de que pagaría con gusto la indemnización por partirte la boca.

Agustín parpadeó repetidas veces, azorado y sorprendido por la reacción de Blanca. Finalmente se giró y se dirigió hacia el pasillo de salida, pero antes de desaparecer por él, ella volvió a llamarlo.

—¡Lerma!

Él se detuvo, girando la cabeza.

—La próxima vez que tengas que hablar con esta empresa, envía a tu abogado.

Blanca permaneció inmóvil hasta verlo salir por la puerta. Cuando se giró, Lucía observó que tenía enrojecida la piel del cuello y la parte inferior de las mejillas. Con el ceño aún fruncido e intentando atemperar la voz, se dirigió hacia ella, y esta notó cómo la sangre, después de haber desaparecido de su propio rostro durante unos momentos, volvió a él como un tsunami, turbada aún por la insinuación del vínculo sexual entre las dos.

—¿Cambiasteis la cerradura de la puerta cuando se fue... —Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo— ...Este?

Le salió un tono grave que Lucía nunca le habría reconocido.

—No —contestó ella, ni siquiera se les había ocurrido—.

Blanca miró a Patri.

—Llama a un cerrajero para que vengan a cambiarla —dijo y se retiró a su despacho con paso largo y apresurado.

Capítulo 5

El enfrentamiento con Lerma había ensombrecido el humor de Blanca durante todo el día, y no se sintió con fuerzas para dar explicaciones a Lucía sobre los motivos de la visita de Agustín; aunque imaginaba que ya se habría hecho una idea. Así que permaneció en el despacho toda la mañana, intentando sacarse la mala baba que Lerma le había dejado en el cuerpo.

La sucia insinuación que había hecho a su compañera le había llenado de rabia y de vergüenza. Rabia, porque era indignante para Lucía que se le acusara de sacar partido a su físico para obtener favores en el trabajo. Era una empleada ejemplar, no le cabía la menor duda. Había tenido ocasión de comprobarlo desde que asumiera la dirección en octubre. Su comportamiento era intachable, por mucho que mostrara cierta frialdad con ella. Era inteligente, rápida y con una gran habilidad de comunicación. Era perfecta para la formación, como bien indicaban las encuestas de satisfacción de sus alumnos, y en todo ese tiempo nunca le había visto un gesto de coquetería ante nadie.

Y vergüenza. Vergüenza e indignación al ver cómo se utilizaba su propia orientación sexual para atacar a una empleada y denigrarla a ella misma como jefa. Se sentía humillada. Si había pretendido mantener este aspecto al margen de su trabajo en Granada —algo que no pudo conseguir en Barcelona—, el cerdo de Lerma se había encargado de impedirlo. El estigma la perseguía, se lamentó. Luego se le ocurrió que estaba exagerando. Si fuera un hombre, la acusación no habría sido diferente. El estigma de Lucía sería siempre ser asombrosamente guapa, y el suyo, ser jefa. Lesbiana, sí, pero ante todo jefa.

El verdadero problema eran las personas como Agustín.

La ocasión para explicarse ante Lucía se presentó al día siguiente con la visita de la empleada a su despacho. La joven se quedó a dos pasos de la puerta y la notó algo cohibida, como durante toda la mañana. De alguna manera, el episodio con Lerma había afectado al modo que tenía de dirigirse a ella. Se preguntó qué parte del mismo habría sido el que había provocado el cambio. Después pensó que prefería no saberlo.

—Blanca, acaba de llamar Daniel Calvente, de la Universidad de Málaga, para darnos las fechas del curso de EFQM. Lo han retrasado hasta junio. Espero que no coincida con el congreso, no lo he comprobado.

—El congreso es la primera semana, creo. —La miró preocupada; llevaban una ponencia—. Espera, voy a ver... —Consultó el ordenador durante unos segundos—. Sí, la primera.

—¡Uf! —resopló Lucía—. Por poco... El curso es la segunda semana. No sé por qué lo han retrasado tanto este año. Cuando reciba el programa, te lo mando —dijo, y se dispuso a salir por la puerta.

—Lucía, siéntate un momento, por favor; quiero hablar contigo.

La joven pareció dudar. Mientras se sentaba, Blanca vio en su entrecejo un atisbo de preocupación.

—Te debo una disculpa —le dijo. Luego hizo un rápido gesto con la mano—. Bueno, más de una.

Lucía la miró intrigada, con expresión seria y tensa, las cejas resaltándose levemente, enmarcando su rostro y dando una intensidad trágica a sus ojos grandes. A Blanca le vino a la mente la imagen una de esas vírgenes de Semana Santa a las que los andaluces eran tan devotos.

—Te debo una disculpa por no haberos informado, sobre todo a ti —apostilló—, de que hemos denunciado a Lerma por plagio. Después de lo de ayer, imagino que ya te habrás hecho una idea.

Lucía asintió, muda.

—Trasladé a Barcelona lo que me dijiste, y se hicieron cargo —continuó—. Matricularon a un colaborador en el curso de la Universidad de Huelva y ha conseguido los materiales. Tenías razón, no ha cambiado ni una coma. Se ha cuidado de quitar nuestro logotipo y modificar el diseño, y los ha colgado en una plataforma virtual... Hasta para eso es bobo.

El último comentario hizo que a Lucía se le subieran las comisuras levemente en un indicio de sonrisa que reprimió con rapidez.

—Tendría que haberos contado todo esto mucho antes, pero en su momento quise esperar a que me enviaran el informe con los detalles, y me lo pasaron ayer, después de insistir y después de informar de la desagradable visita de Lerma. —Blanca la miró con sinceridad—. Siento mucho que te llevaras la peor parte de este incidente sin ni siquiera saber qué estaba pasando. Ese hombre es un cerdo.

—Da igual, Blanca. —Lucía negó con la cabeza—. Saberlo no habría cambiado nada. Agustín no me soporta. No hizo que me largarais de la empresa, porque le hacía falta, y con esto no quiero echarme flores. Llevamos varios años trabajando para la universidad y me conocen mucho allí, y él no se iba a arriesgar a que os pudieran llegar quejas. Hemos tenido más de una

bronca por culpa de los cursos. Siempre ha tratado de apropiarse de los méritos de los demás, y yo nunca me he callado. Por eso ayer fue directamente a por mí. Por eso y porque no estaban Alberto ni Felipe. Con ellos habría estado más suave, porque Alberto le tiene ganas también. —Bajó la mirada; su tono denotaba cansancio—. Casi mejor que no estuvieran...

Blanca asintió sin apartar sus ojos de Lucía. Por primera vez desde que la conociera la había visto sin coraza frente a ella. Quizá fuera un espejismo, pero tuvo la sensación de que era lo más cerca que habían estado nunca, y eso la animó a sincerarse.

—Te debo otra disculpa... —dijo, y vio como ella la miraba más intrigada que antes, toda ojos en aquella cara tan delicada—. La verdad es que cuando me hablaste la primera vez de Lerma, pensé que estabas exagerando. Tampoco es que yo haya simpatizado mucho con él —aclaró—, pero interpreté en tus críticas un sesgo personal. —Se echó hacia adelante y apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Pensé incluso que tu acusación respecto al curso podría estar más motivada por resentimiento que por otra cosa. Y es evidente que me equivocaba... Viéndolo en su salsa, casi que te has quedado corta. Imagino que ha tenido que ser muy duro trabajar con una persona tan despreciable como él, más aún ocupando un puesto de subordinación. En esto hemos fallado como empresa, lo cual no dice mucho de nosotros considerando que somos expertos en calidad. —Bajó la cabeza, pensativa, y luego volvió a sus ojos—. Créeme que lo lamento. Habría sido una pena perder un equipo tan válido como el vuestro por culpa de Lerma. Sólo espero que las cosas vayan mejor ahora y que al menos os sintáis a gusto —dijo, y la miró intentando encontrar un indicio de que así era. Lucía bajó los ojos, y Blanca sintió un pequeño pálpito de decepción—. El lunes, cuando estéis todos, os daré más información sobre la denuncia.

La directora guardó silencio y miró el reloj del móvil. Lucía pareció entender que había terminado la conversación. Se levantó de la silla con gesto nervioso, indecisa, como si estuviera rumiando algo. Cuando casi se disponía a cruzar la puerta, se volvió y le habló:

—Blanca... —titubeó—. Te agradezco lo que hiciste ayer con Agustín. Aunque tuvieras tus propias razones, yo me sentí muy respaldada.

Ella asintió levemente con la cabeza. Luego levantó las cejas y sonrió.

—Es lo menos que podía hacer. Lo siguiente hubiese sido partirle la cara. Me habría quedado más a gusto, pero habría sido complicar las cosas, ¿no crees?

Lucía esbozó una sonrisa que le llegó a los ojos, asintiendo a su vez.

—Sí, porque yo te habría acompañado.

Blanca rio.

Lucía salió del despacho con la cara iluminada y se dirigió a su mesa. Las últimas palabras habían creado cierta complicidad entre las dos, y esto la reconfortó. También el hecho de que compartiera su desprecio por Agustín, lo que la incluía en el club y la acercaba al grupo. Alberto tenía razón, había sido demasiado exigente en sus juicios respecto a Blanca. Esta incluso se había disculpado con ella. Se había sentido responsable del ataque del exdirector y se había lamentado por su desconfianza inicial a sus palabras. Y parecía sincera. Su actitud desdecía la imagen de empresaria fría, profesional e indolente que se había empeñado en crearle para así justificar su escaso interés en darle un voto de confianza y enrocarse en la oposición a su decisión de asumir la dirección en Granada. La sinceridad de Blanca la había desarmado y le hacía lamentar el no haber aprovechado la ocasión para disculparse por su actitud y frialdad con ella.

Patricia interrumpió el curso de sus pensamientos al aparecer por la puerta de su despacho, poco después de haberse sentado frente a la mesa.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó con curiosidad; era la primera vez que la había visto salir sonriendo de allí. ¿Te ha comentado algo de lo de ayer?

—Han denunciado a Agustín por usar nuestros materiales en el curso de Huelva.

—¡Toma! —exclamó, levantando un brazo como si hubiera metido un tanto ganador. Después dudó— ¿Y tú crees que va a prosperar? Puede decir que los ha elaborado él.

—Da igual lo que diga. Ese material es de Qualitas. Según la ley, tiene todas las de perder. La empresa no se iba a meter en este fregado si sus abogados no lo tuvieran muy claro. Nos va a contar los detalles el lunes cuando estemos todos aquí. ¿Sabes que te digo? —Levantó las cejas, mirando a Patri con complicidad—. Que le den por saco al muy cabrón. Hay que ser muy rastrero para decir que los cursos son suyos porque ¡los ha revisado! —Levantó la voz—. ¡Ese, que no ha dado un palo al agua en su vida y se ha limitado a poner su nombre a todo lo que hemos hecho nosotros!

—Más rastrero fue lo que te dijo a ti. ¡Es un cerdo con toda la cuerda dada!

—Sí, eso no lo hubiera dicho delante de estos. Le hubieran partido la cara.

—Pues no hizo falta que estuvieran. ¿Tú viste la que se le puso a Blanca? Pensé que lo iba a coger por las solapas... Se quedó helado el gilipollas. Le tenía que haber dado un guantazo con todas las ganas, con ese pedazo de mano que tiene de waterpolista. —Patricia abrió la suya y emuló el gesto.

Lucía rio. La próxima vez observaría sus manos, nunca se había fijado en ellas. Sí en los hombros y en los brazos...

—De todas maneras —continuó la chica, bajando la voz— imagino que a ninguna lesbiana le gusta que le llamen lesbiana en toda su cara, y menos delante de sus empleados.

—Ya. Ni a ninguna mujer le gusta que le insinúen que está flirteando, o peor, con su jefa para conseguir favores. Hay que ser retorcido... —Lucía negó con la cabeza—. ¿Cómo sabría Agustín lo de Blanca? Porque lo dijo con toda la intención.

—Hombre, él ha tenido más contacto con Barcelona que nosotros. Siempre está hablando de su amigo Sergi —pronunció el nombre con retintín, haciendo un mohín estirado—. Si estaba liada con otra de las socias de la empresa, imagino que lo sabrían todos.

—¿Y cómo te enteras tú de eso? —se maravilló su compañera.

—Es que ayer llamé a Montse para preguntarle si sabía algo respecto a Agustín y me dijo que no, que todas las cuestiones legales las lleva el abogado de la empresa. Cuando le conté lo que te había dicho, flipó. Y flipó más todavía cuando le dije cómo había reaccionado Blanca. No podía ni imaginárselo —Patri miró hacia la puerta para cerciorarse de que la jefa no la oía y bajó la voz—. Me dijo que su expareja era socia y compañera de la empresa, y que se largó con otra tía que para colmo trabaja para la competencia, dejando Qualitas y todo. Ahora trabaja con la otra. Dice que Blanca estaba hecha polvo, que adelgazó un montón de kilos.

—¡Uff! No me extraña... Qué putada... Es como si te traicionaran dos veces.

—Ya verás... —asintió pensativa—. Que digo yo que la otra tendrá que ser muy guapa, muy rica, un portento o yo qué sé para dejar a esta mujer.

Lucía la miró confusa, esperando a que se explicara.

—Quiero decir que Blanca es una tía encantadora, inteligente, guapa, deportista, con un cuerpezco que te cagas, y no parece que le falten las pelotas. Vamos, que si a mí me fueran las tías, se me caería la baba nada más de verla. Si casi me gusta para mí... —bromeó riendo— La otra tiene que ser un portento si su ex ha dejado a una mujer así para irse con ella.

Patricia se marchó del despacho dejando a una Lucía perdida en sus reflexiones. Se sorprendió al constatar el buen concepto que su compañera tenía de Blanca. Y no era una cuestión de envidia por su físico. Patri no llegaba al metro sesenta, pero tenía un cuerpo equilibrado y era mona, con un pelo moreno cortado a la moda y unos ojos vivaces. Vestía siempre a la última y sabía en todo momento lo que se llevaba o se iba a llevar, de tal modo que se había convertido en la consejera estilista de toda la oficina. Era atractiva y no le faltaban los pretendientes. Pero era su carácter desenfadado y divertido lo que más le gustaba a Lucía, aparte de su amistad y lealtad al grupo. Oírla hablar así de Blanca ratificó la postura que Alberto había verbalizado en su conversación en la cafetería de la universidad, y evidenció aún más la distancia que en aquel aspecto había tenido con sus compañeros. Todos la estimaban, por unas razones o por otras. Todos excepto ella. Se había negado desde el principio a darle la mínima oportunidad. Se preguntó por qué, y si la causa había sido únicamente por la oposición a su jefatura. Cuando la vio por primera vez en la calle, pensó que era una mujer atractiva por su físico. La transparencia de sus pupilas aguamarinas le daba a sus ojos una luz sosegada, y los párpados inferiores, ligeramente gruesos, dotaban a su mirada de una expresión sonriente, ratificada por sus labios, con las comisuras levemente hacia arriba. Aquellos rasgos, por sí solos, abrían cualquier puerta. Pero, además, era una persona agradable, discreta y muy conciliadora. Atributos que Lucía había achacado, desde su empecinamiento, a un interés por caerles bien. La respuesta que había tenido frente a la soez insinuación de Agustín había provocado su admiración desde la perspectiva de su propio bloqueo para defenderse. Había visto su transformación en una *Mr Hide* amenazadora y fríamente atractiva, las pupilas tan dilatadas que nunca le había visto los ojos tan oscuros. Ganó enteros ante Lucía, a la que siempre habían atraído las heroínas en la ficción. Pero además, la información sobre su vida personal le había impresionado. Le dibujaba una dimensión emocional que se negó a considerar al principio cuando Patri afirmó que venía a Granada huyendo de una ruptura. Ahora, tras conocerla mejor, la imagen de una Blanca sufriendo en cuerpo y alma por una traición le despertó compasión y simpatía.

Y todo ese proceso en menos de dos días.

Y todo gracias a Agustín.

Capítulo 6

—¿Quién es esa? —preguntó Carmen con admiración.

Lucía había quedado con ella en El Botánico, restaurante que frecuentaban en sus quedadas para almorzar. Regresaba de la oficina, acompañada de Blanca, y se detuvo en mitad de la calle para terminar la conversación con su jefa, que se dirigía a su piso en la Plaza de la Trinidad. Desde hacía algunas semanas compartían camino a la salida del trabajo siempre que coincidían sus horarios, y este hecho había contribuido a derribar el resto de muro que aún quedaba en pie tras el episodio con el exdirector. Lucía había conseguido relajarse en presencia de Blanca y la recompensa había sido el hallazgo de una compañía agradable. Era difícil no sentirse a gusto con ella, su templanza y su fino sentido del humor la convertían en una interlocutora grata e interesante; de tal modo que en poco tiempo pasaron de conversaciones sobre temas laborales a charlas algo más personales que iban matizando, con detalles de su vida cotidiana, el esbozo que tenían de ellas mismas.

—Mi jefa —contestó Lucía, dándole dos besos a su amiga.

—¿Esa es tu jefa? —exclamó—. Qué pedazo de tía, ¿no? ¿Juega a baloncesto o algo?

—Al waterpolo. Jugaba.

—¡Mira! Y lo he dicho por decir...

Entraron al local y pasaron directamente al comedor. Carmen se quitó el abrigo y la bufanda. Era algo más baja de estatura que Lucía; el pelo castaño claro, casi rubio, le llegaba a los hombros. Tenía los ojos marrones y la boca algo grande, sobre todo al sonreír, lo que confería a su rostro una cierta simpatía aun sin pretenderlo. Habían sido compañeras en la facultad y se habían convertido en amigas inseparables a lo largo de los años.

Una camarera se acercó y les ofreció asiento en una mesa. Les entregó las cartas y anotó las dos cervezas que pidieron para beber.

—Así que esa es la catalana... —continuó Carmen—. Llama la atención, la verdad.

—Es muy alta y muy guapa. Y buena gente...

—¡Anda! Sorprende oírte decir eso. Al principio estabas que echabas chispas con ella... ¿Qué ensalada pedimos?

—La parmesana, si no te importa... No echaba chispas con ella —prosiguió

—. Estaba mosqueada con la empresa por no haber nombrado a Alberto. Yo quiero *tajine*. ¿Tú?

—Yo un atún teriyaki... Perdona que te diga, pero estabas mosqueada con ella. Que era una pija haciéndose la guay y que... —Carmen se interrumpió ante la llegada de la camarera con las cervezas. Las dos aprovecharon para pedir lo que iban a comer.

—Vale, vale —concedió Lucía cuando se retiró la chica—. Reconozco que tuve prejuicios, pero fue por el cabreo. La verdad es que no tiene nada de pija. Es una profesional como la copa de un pino y un encanto de tía. Está a leguas de Agustín. ¿Sabes que lo ha denunciado por plagio?

—¡No me digas!

—¿Y que vino a la oficina y Blanca lo echó por no pegarle dos hostias?

—No me lo puedo creer. ¿Por lo del plagio? —preguntó Carmen entusiasmada.

—No. Porque soltó un par de burradas de la suyas, y ella se lo iba a comer. Tendrías que haberla visto.

Por una razón que no acertaba a comprender, Lucía no quiso contarle los detalles exactos. Quizá por discreción no desveló el lesbianismo de Blanca, dado que ella no había confesado nada al respecto, a pesar de las palabras de Agustín. O quizá porque no le apetecía reproducir la burda acusación de que había usado sus encantos para ponerla en su contra y hacer que lo denunciara. La afirmación, por muy descabellada que fuera, le seguía incomodando. La vinculación sexual que implicaba la perturbaba.

—Hija, es que hace un siglo que no nos vemos. Entre mi madre y lo ocupadísima que estás siempre... —se quejó con un leve tono de reproche.

—Ya... Es que en noviembre solemos tener muchas auditorías, y después hay que hacer los informes. Además, hemos subido la clientela en la hostelería, con lo que a veces apenas podemos contar con Alberto. Llevamos un diciembre que no paramos.

—Mejor para vosotros, ¿no? —Carmen hizo espacio en la mesa al ver a la camarera llegar con la ensalada.

—Sí, pero a veces es estresante.

—Seguís teniendo vacaciones, ¿no?

—Hombre, claro. Las condiciones laborales no han cambiado, faltaría... Tendremos que hacer turnos, así que me tocará julio o agosto.

—Pues es un problema para tu viaje a Italia. Cuanto más pronto saques... —Carmen se interrumpió al ver cómo a su amiga se le cambiaba la cara—.

¿Qué pasa?

—No me hables de Italia... —Lucía comenzó a servir la ensalada.

—¿No os vais?

—No, hija, no. Jorge se va en enero a Barcelona a hacer un curso que dura dos meses y que cuesta una pasta, así que a tomar por saco vacaciones. Otras más... —dijo, aún resentida. Desde aquel día, no habían vuelto a hablar del tema para evitar otro enfrentamiento, pero el clima entre los dos se había enrarecido.

—Págaselo tú...

—¿Yo? ¡Y una mierda! —respondió indignada—. Bastante le pago con mantenerlo día sí, día también. Será por lo que él me regala a mí... Ni su tiempo.

—Uy, uy, uy... Tenemos mosqueo —dijo Carmen, llevándose el tenedor a la boca.

—Sí, de eso tenemos bastante últimamente.

—¿Habéis discutido?

—Discutir, como discutir, nosotros nunca discutimos. Simplemente tenemos un encontronazo y luego nos pasamos dos semanas evitándonos. Estoy bastante harta, la verdad. El otro día por una chuminada, ya ves. Porque no nos entendimos sobre quién compraba el pan... Llevamos una temporada que es una detrás de otra.

—¿Pero habláis?

—Cada vez menos, Carmen, ese es el problema. Lo del curso ya me lo podía haber dicho antes, pero tengo la sensación de que nunca cuenta conmigo para sus planes —se quejó—. Y a mí me dan ganas de hacer lo mismo, porque estoy harta de ser yo la que tira del carro. Pero sé que como lo haga, nos vamos al garete.

—Pues díselo...

—¿Tú crees que no lo he hecho? ¡Un montón de veces! Pero siempre llegamos al mismo punto. Él dice que le condiciono la vida y que le coarto en su trabajo. Ya ves. Que le condiciono la vida, ¿no te jode? ¿No somos una pareja? Y su trabajo... Cuatro fotografías para el Granada Hoy en ocho meses —dijo, metiéndose el tenedor en la boca.

—Hombre, ser *freelance* no es fácil en los tiempos que corren y menos en periodismo.

—Ya lo sé, Carmen, por eso nunca le he pedido un euro. Gracias a Dios que la casa es mía, y tengo mis ahorros. Entiendo que él contribuya cuando

puede. Lo que me fastidia es que lo poco que ahorra se lo gaste sólo en él. Por eso me niego a pagarle el viaje. De todas maneras hasta dudo de que le apetezca hacerlo...

—Anda ya, mujer, cómo va a ser eso... —atemperó Carmen. Aunque no tenía una amistad estrecha con Jorge y a veces cuestionaba su forma de tratar a Lucía, le caía bien y creía que su relación era buena para ella, después de haberla visto zozobrar en más de una ocasión en cuestiones afectivas.

—Es que estoy un poco sensible últimamente —se justificó—. Lo pasé muy mal con Agustín y no me sentí muy apoyada por Jorge. Él tiene sus propios problemas, vale, pero yo siempre he estado ahí cuando le ha hecho falta cualquier cosa —protestó, con el ceño fruncido.

—El problema es que eres tan visceral que parece que sobredimensionas las cosas. —Ante la mirada de Lucía, Carmen añadió rápidamente—. No quiero decir que lo hagas, sino que lo vives de tal manera que parecen cuestiones personales.

—Es que lo del trabajo se convirtió en una cuestión personal; lo que no minimiza el problema ni el hecho de que yo necesitara todo su apoyo, Carmen. Vale que tengo mucho carácter, pero es que Agustín me hizo la vida imposible. Me he pasado un año durmiendo fatal. He estado a punto de dejar el trabajo un montón de veces.

—No sabía que hubieses llegado a ese punto.

—No quería calentarte la cabeza con mis problemas de siempre. Bastante tenías tú con tu madre, que no es poco —dijo Lucía, repartiendo el resto de la ensalada entre los dos platos—. Por cierto, ¿cómo sigue? ¿Cómo llevó los últimos sueros?

—Está bastante mejor después de que se le pasaran los efectos de la *quimio*. Tiene revisión dentro de veinte días... A ver cómo salen los marcadores. Ahora está en casa de mi hermana en Motril, así que tengo un poco de respiro. —La miró, señalándola con el tenedor y continuó:

—Anda que no tienes tú suerte ni nada con tener a tu hermana en el pueblo con tu padre.

—Carmen, parece que se te olvidan las cosas —protestó—. ¿Quién se chupó toda la enfermedad de mi tía? ¿Cuántas noches se quedó mi hermana en el hospital y cuántas me quedé yo? ¿Quién estuvo a su lado desde el primer al último día?

—Mujer, tú vivías con ella...

—Ya, pero mi hermana bien que heredó —replicó—. Yo cuidé a mi tía

porque era como mi segunda madre. Casi que hizo más de madre que la mía propia —miró hacia un lado, pensativa—. Pobrecita, si me oyera mi padre... Ya habría querido ella habernos visto madurar, con los ratos que le hicimos pasar...

—¿Qué edad tenía cuando murió?

—Cuarenta y ocho... Y yo catorce.

—Qué putada. Para ti sería un palo... —dijo, y se interrumpió momentáneamente ante la llegada de la camarera con los segundos platos.

—Para todos. Imagínate para mi padre, encontrarse de la noche a la mañana viudo y con dos hijas. Y para colmo trabajando casi todo el día fuera... —Se quedó mirando el *tajine* durante unos segundos, rememorando; luego miró a Carmen—. Para mí fue terrible al principio. Imagínate; con esa edad la muerte aterra. No es que ahora no de miedo —añadió rápidamente—, pero tienes más capacidad de procesar las cosas. Fíjate —dijo asintiendo con la cabeza—, creo que sentí más la muerte de mi tía que la de mi madre. Es la primera vez que verbalizo esto.

—Ha sido más reciente —justificó Carmen, mirándola con curiosidad. Desde que se conocieran en la universidad, nunca habían hablado mucho de este tema. Lucía parecía evitarlo.

—No, no es por eso. Cuando eres una cría, te aterra perder a tu padre o a tu madre. El cambio es tan brutal que te da pánico. El sentimiento de orfandad es horrible. Pero mi madre nunca fue muy cariñosa, y mi relación con ella desde los once o doce años tenía sus más y sus menos. Yo era una salvaje. —Sonrió—. Eso me generó luego mi complejo de culpabilidad, no creas. Mi tía Luci era otra historia. Siempre era super-afectiva, sobre todo conmigo. Fue mi madrina —apostilló—, y fue la que me animó a estudiar. ¿Tú crees que yo estaría aquí si no hubiera sido por ella? Yo estaría como mi hermana. Habría dejado los estudios y viviría en el pueblo, casada con un albañil y con dos chaveas. Mi tía era la mente más abierta de la familia, por eso de vivir en Granada, supongo, y se empeñó en que yo tenía que estudiar en la capital. Mi padre vio el cielo abierto, así que me fui con ella, y todos contentos: mi padre se quitaba la hija más problemática y se quedaba con la mayor, que llevaba la casa perfectamente; mi hermana se quedaba con la habitación para ella sola; mi tía cuidaba de su sobrina favorita y ejercía de madre, cosa que nunca había hecho, pues no pudo tener hijos con mi tío; y yo encantada de vivir en Granada, qué quieres que te diga. Mi tía Luci se volcó conmigo como con nadie, sola como estaba la pobre... Mi tío murió tres años antes de lo de mi

madre...

—Hija, qué familia —interrumpió Carmen, tocando madera. Lucía rio y palpó la mesa también.

—La vida es así de jodida a veces. Yo lo pasé fatal con lo del cáncer de mi tía, porque no esperaba que fuera tan agresivo. Porque ella era mi apoyo y mi amiga. Fue como quedarme huérfana otra vez. —Resopló y luego se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta—. Por eso te digo que creo que sentí más su muerte que la de mi madre. ¿Por qué crees, si no, que me costó la misma vida vender el piso?

—Ya lo sé, pero hiciste lo que tenías que hacer. Te habría costado una pasta rehabilitarlo, con lo grande y antiguo que era. Seguro que tu tía Luci te hubiera aconsejado lo mismo. Al menos, te dio para comprarte otro más pequeño y con más luz, y para poder amueblarlo, que no es poco.

También le había dado para tener unos pequeños ahorros que le sirvieran de colchón ante la posibilidad de quedarse en paro, pero eso no se lo dijo a Carmen.

—Ya... Para colmo a mi hermana no le gustó que lo vendiera, cosa que no ayudó a quitarme el sentimiento de culpabilidad.

—¿Y qué tiene ella que decir? —protestó—. No era suyo. ¿Acaso le has dicho tú lo que tiene que hacer con lo que heredó en el pueblo?

—Ya... Mi hermana siempre tuvo celos de la relación de mi tía conmigo...

—Bueno, pero ese es su problema. Ella siempre quiso quedarse en el pueblo, ¿no?

—Sí, ¿cómo iba a dejar a su novio?

—Pues entonces. De todas maneras eso lo tenéis más que superado, ¿no?

—Digo yo que sí. Nunca hemos vuelto a hablar del tema.

Las dos guardaron silencio y se emplearon en sus platos por un momento. Luego Lucía miró a Carmen y preguntó.

—¿Tú qué vas a hacer este verano?

—No lo sé todavía. Depende de cómo esté mi madre. ¿Por? —Carmen le devolvió la mirada con curiosidad.

—Por si te seducía lo de Italia...

—¡Uf! Lo veo complicado... —respondió con cara de circunstancias, y Lucía supo al momento que no iba a ser posible—. Claro que me seduce. El problema es que no me atrevo a hacer planes a largo plazo por mi madre. De todos modos, de aquí al verano seguro que os sale otro plan y os vais los dos. Deja Italia para otra ocasión...

—No sé si me apetece hacer otro plan con Jorge... —dijo, agrupando los restos de comida en el plato.

Carmen la miró como si lo hiciera por primera vez.

—De verdad que eres cabezona, Lucía. —Comenzó a reír—. Cuando te da por una cosa...

—¡Anda! —protestó—, ¿y tú por qué te pones siempre de parte de él?

—Porque creo que aquí estás exagerando un poco, de verdad.

Lucía miró a su amiga intentando captar un sesgo crítico en su expresión, pero sólo vio una mirada amable y cómplice. Carmen tenía la habilidad de desmontarle las películas que a veces se creaba. Era una inyección de perspectiva.

—Si tú lo dices... —concedió; luego resopló—. Joder, parece que últimamente no doy una derecha.

—Venga, venga, no dramatices y termínate eso, que nos vamos a pedir un postre como un demonio.

Capítulo 7

—¿Tu chico sigue en Barcelona? —Blanca miró a Lucía mientras subían por la Cuesta Gomérez. Como muchos viernes tras salir de la oficina, habían estado de cañas hasta las cinco de la tarde. Era un brillante día de primavera de un marzo que estaba resultando más cálido de lo habitual, y apetecía estar en la calle disfrutando de la luz y de la temperatura. Blanca había propuesto dar un paseo y Lucía había aceptado. El resto de compañeros se despidieron; tenían cosas que hacer. Estaban en Plaza Nueva y a la granadina se le ocurrió un recorrido por la Alhambra y la Cuesta de los Chinos.

—¿Jorge? Sí, termina dentro de diez días —respondió.

—Cuentas los días... —Sonrió—. Estarás deseando que vuelva.

Lucía no dijo nada. En realidad se le habían pasado volando los casi dos meses desde su partida, y lo que más le había sorprendido era que apenas lo había echado de menos. Sí, en algún momento puntual, algunas noches, pero la sensación de ligereza había sido más intensa que el deseo de su compañía. Se habían visto en Málaga, en febrero, aprovechando una visita de Jorge a sus padres, y el encuentro le había procurado más insatisfacción que alegría. No se sentía cómoda con la familia de su novio, y tenía la impresión de que él estaba más interesado en las cosas que tenía que llevarle del piso que en verla. Por otro lado, había redescubierto que le encantaba estar sola en su casa.

—¿Has estado en Barcelona? —preguntó Blanca.

—No, no la conozco.

—¿Nunca has estado en Barcelona? —Su jefa la miró, sorprendida—. ¿Cómo es eso?

—No se ha presentado la ocasión...

—¿Por qué no me acompañas el fin de semana que viene y después vuelves con él? —le propuso en un impulso—. Seguro que hay vuelos. Podría enseñarte la ciudad. Enseñaros —corrigió—, aunque imagino que él ya la conocerá bien.

Lucía se sintió tentada por la oferta, pero luego pensó en él y la declinó.

—No puede ser. Jorge está muy liado ahora con los trabajos que tiene que presentar para que le den el título, y sería un problema para él. Por eso no he ido a Barcelona. Las fechas que me venían bien a mí a él le venían fatal. Ha

estado muy liado. Además, se te olvida que tenemos que ir a Almería. Me voy a Barcelona y Alberto nos mata, a mí por irme y a ti por dejar que me vaya — Lucía se rio al imaginarlo y Blanca se contagi3 de su risa.

—¡Uf, tienes raz3n! Se me hab3a pasado. De cualquier modo, mantengo la invitaci3n. Es un crimen que no conozcas mi ciudad, de adopci3n —apostill3.

—¿No eres de Barcelona? —Luc3a la mir3 con extrañeza.

—No, nac3 en Vich. Mi padre es de all3 y mi madre de Girona. Pero he vivido en Barcelona la mayor parte de mi vida.

Blanca se detuvo. Hab3an llegado al Arco de las Granadas.

—Lo recuerdo m3s oscuro... —dijo pensativa, mirando el monumento mientras se quitaba la chaqueta. La subida la hab3a acalorado.

—¿M3s oscuro? ¿Cu3ndo lo viste?

—¡Buff! —resopl3—. Hace mil añ3s. Vine con el instituto; de viaje de estudios, ya sabes.

—Es que lo restauraron hace seis o siete añ3s. La piedra estaba negra porque el tr3fico pasaba por aqu3. Ahora est3 restringido.

Tras pasaron la puerta que daba acceso al bosque de la Alhambra y tomaron el camino derecho, en direcci3n a la Puerta de la Justicia.

—Entonces, ¿viniste a Granada de viaje de estudios?

—S3, con el profesor de arte. S3lo para ver la Alhambra, la Catedral y el Monasterio de la Cartuja —dijo, y sonri3 para s3—. Lo que m3s recuerdo es la Alhambra, pues el arte con aquella edad me importaba poco. Est3bamos m3s interesados en la marcha y en ligar que en estilos arquitect3nicos.

En concreto, y eso no se lo iba a contar a Luc3a, su verdadero inter3s estaba entonces en su compañera Beatriz, con la que comparti3 unos besos tras una borrachera de cerveza, y que se empeñ3 durante todo el viaje en jugar a dos bandas con ella y con Pau, el delegado de la clase.

—Nuestro mayor descubrimiento fueron las tapas —continu3—. El problema es que no las serv3an con los refrescos, y eso nos cost3 alguna que otra borrachera. Recuerdo la Alhambra especialmente porque por aquel entonces hab3a le3do *Las mil y una noches*, y el interior del Palacio y los jardines eran como escenarios para el libro. Me gustaba al estilo de Washington Irving, ¿sabes? De hecho me compr3 aqu3 los *Cuentos de la Alhambra*. Me llamaban m3s la atenci3n las historias de los rom3nticos que pasaron por ella que su inter3s art3stico. De todas maneras me parece maravillosa, y este bosque aqu3 en plena ciudad es una gozada.

—S3, afortunadamente la grafiosis no ha acabado con 3l, aunque se ha

cargado casi todos los olmos. Los estuvieron tratando, pero se han perdido miles.

Se detuvieron en mitad de la cuesta para observar los árboles. Una ligera brisa movía las ramas, y el sonido de las hojas parecía dar voz a la respiración del bosque. Era primavera. Se notaba en el verdor nuevo de los tallos y en el canto de los pájaros.

—Yo lo veo igual de magnífico. —Blanca se metió las manos en los vaqueros y siguió caminando. Lucía la siguió.

—Es curioso, a mí me encanta el arte. Decidí estudiar empresariales por cuestiones prácticas, pero en el instituto era la asignatura que más me gustaba —dijo; luego la miró—. ¿Tus padres viven en Barcelona? —le preguntó más por cortesía que por curiosidad.

—No. Mi padre vive en Vich y mi madre entre Girona y Roses. Están separados —aclaró.

—Ah... Lo siento.

Tras decirlo, se sintió ridícula; no se habían muerto... Notó cómo se ruborizaba y apartó la vista. Blanca la observó y sonrió ante su reacción. Lucía era una de las personas más transparente que había conocido, y aquella transparencia le confería un aire de vulnerabilidad y honestidad que le inspiraba afecto y simpatía.

—Fue hace mucho tiempo, y resultó la mejor decisión que pudieron tomar en su momento, pues era terrible escucharles las broncas... O los silencios, no sé qué era peor... —lo dijo como para sí—. Yo tenía quince años y la decisión no me gustó nada, aunque se viera venir desde hacía tiempo. Mi madre se quedó conmigo en Barcelona y mi padre se marchó a vivir a Vich; tiene una empresa cárnica allí. Cuando terminé la carrera me independicé, y mi madre se fue a Girona. Tenemos un piso en Roses y le gusta pasar temporadas en la playa. En verano a veces paso algunos días con ella, pero lo cierto es que somos una familia muy poco convencional. Bueno, en realidad no somos muy familiares —concluyó, mirando al suelo.

No, sus relaciones no eran muy estrechas. Habían sido correctas hasta que Blanca comenzó a imponerles sus parejas. Sus padres, burgueses y democristianos de pro, nunca las tomaron en serio, entendiendo su sexualidad como una fase y prefiriendo echarse en cara mutuamente el origen de esa *disfunción*. La indiferencia que mostraron con Rosa convenció a Blanca de que había cosas que nunca podría compartir con ellos, y a partir de ahí sus relaciones se enfriaron aún más.

—A mi padre, además, no le sentó muy bien que montara una empresa en vez de trabajar con él, como era su deseo. Creo que aún tiene esperanza de que alguna vez cambie de opinión..

A Blanca le sorprendió su propia franqueza. No le gustaba hablar sobre su familia, y menos en el entorno laboral; pero la sencillez y honestidad de Lucía le hicieron bajar la guardia. Afortunadamente, la llegada a la Puerta de la Justicia le dio pie a cambiar de conversación.

—Me encanta esta puerta —dijo abriendo las manos para buscar un encuadre—. Subes por el bosque y de pronto te la encuentras ahí, tan sencilla pero tan majestuosa a la vez, y cuando la traspasas es como si entraras en otro mundo y en otro tiempo.

—Es verdad —asintió Lucía—. Es mi favorita desde que era una cría, por la leyenda.

—¿Qué leyenda? —Blanca la miró, intrigada.

—La de la llave y la mano. ¿No la sabes?

—No, no recuerdo que nos la hubieran contado.

Lucía se acercó a su jefa y subió el brazo, señalando un punto de la fachada. Blanca percibió el fresco olor a cítricos de su perfume.

—¿Ves la mano que hay sobre el primer arco?

—Sí.

—¿Y ves la llave que hay sobre la puerta en el segundo arco?

Blanca asintió con la cabeza ante su mirada.

—Pues la leyenda dice que cuando la mano coja la llave, la Alhambra se vendrá abajo. Mi tía nos la contó a mi hermana y a mí, y yo me la creí totalmente; pero en mi lógica me imaginaba que eso sólo podría pasar con un gran terremoto que partiera el edificio e hiciera que se tocaran los dos bloques al caer. —Sonrió—. Ya sabes, Granada es tierra de terremotos... También hay otra versión que dice que si eso pasara, sería el mundo el que se destruiría. Al parecer, las dos leyendas se refieren a lo mismo, a lo solido e inexpugnable que es el recinto.

Pasaron por el interior de la puerta en el momento que lo hacía un numeroso grupo de turistas. Las dos se pegaron a la pared del corredor para facilitarles el paso. Al salir Lucía comentó:

—Cada vez se ven más chinos en Granada.

—Bueno, creo que estos son japoneses —contestó Blanca—. Les he entendido algunas palabras.

—¿Sabes japonés? —Lucía la miró ladeando la cabeza.

—Sólo un poco. Lo estudié un par de años por *hobbie*. Me gusta mucho la cultura japonesa.

—¡Anda, como a Jorge! Es un friki del manga. Se lo traga todo, incluso en versión original. Su sueño es vivir una temporada en Tokio.

—Pues ya tenemos algo en común, a mí me gusta el anime. He sido una gran consumidora desde adolescente. Y Tokio es una ciudad fascinante; como Osaka y los parques naturales de Japón, que no todo el mundo conoce... — Blanca había pasado un mes recorriendo el país con Rosa, viaje que fue su regalo de aniversario en un tiempo en que su novia bebía los vientos por ella. Ahora le parecía que le hubiera pasado en otra vida.

—¿Te gusta el manga de verdad? —Lucía la miró, sonriéndole y con cara de incredulidad.

—Sí, ¿por qué te extraña? —Blanca le sostuvo la mirada, divertida, y notó cómo sus ojos conectaban en un plano lúdico que las acercó.

—Es como que no te pega —Lucía apenas se aguantaba la risa.

—Pues, sí. Soy una verdadera *otaku* —le respondió, exagerando un gesto digno.

—¿Y eso qué es? —le preguntó entre risas.

—Pregúntaselo a Jorge.

—¡Como que me voy a acordar de la palabra!

Las dos estallaron en risas, mientras cruzaban la Puerta del Vino y se dirigían hacia el Generalife por el exterior de la muralla.

—En serio, a Jorge le encantaría hablar contigo porque yo no comparto demasiado sus gustos, quitando alguna película que otra. El manga me parece machista y violento. Últimamente ha estado viendo una serie que se llamaba Iki tos o algo...

—¿*Ikkitousen*? —interrumpió Blanca.

—¡Esa misma! Está claro que vosotros os llevaríais bien —apostilló—. Bueno, pues intenté verla con él, y cuando me harté de ver tetas enormes y bragas, le dije: mira, esto te apasionará a ti, pero a mí no sólo no me gusta, sino que me cabrea.

Blanca estalló en carcajadas.

—Es que le va el *Ecchi*.

Ante la cara que puso Lucía, aclaró:

—Es manga para adultos, para hombres más bien, con muchas connotaciones sexuales, pero sin llegar a ser explícito. No es la serie que más me gusta, pero reconozco que es divertida a veces y que tiene algunos

personajes soberbios.

—¿Soberbios...? —La miró con sorna.

—Sí, soberbios. De todos modos hay muchas clases de manga, muchos estilos para diferentes públicos, y hay verdaderas obras de arte.

—Miyazaki me gusta mucho, y la película *Ghost in the Shell* me parece muy buena. La serie, menos. Para mí, poco más...

—¿Has visto? Ya tenemos algo en común. *Ghost in the Shell* me encanta. Es una película magnífica con unas imágenes y una banda sonora impresionantes. Y con otro personaje soberbio...

—¿La protagonista? —Lucía la miró, interrogante y Blanca asintió, sonriendo con satisfacción.

—La Mayor Kusanagi, sí. Además, los créditos de la película con la música son espectaculares. ¿Sabes que los hermanos Wachowski, bueno, ahora hermanas —apostilló—, se basaron en ella para algunas de las escenas de *Matrix*?

—Algo le he oído hablar a Jorge...

La conversación derivó en cine, y ambas compartieron sus gustos y sus películas favoritas mientras recorrían el lateral de la muralla hasta llegar a la altura del restaurante *Las Mimbres*. Una vez allí giraron hacia la Cuesta de los Chinos en dirección al Río Darro.

—No tenía ni idea de la existencia de este camino. Es como retroceder quinientos años en el tiempo. Parece no haber cambiado en siglos...

Blanca estaba sorprendida por la belleza del recorrido: la conjunción del rojo de la muralla y el de la tierra, unido al verde intenso de la vegetación, salpicado con las primeras flores silvestres que ampliaban con pequeñas pinceladas la paleta de colores; y al fondo, apareciendo por la estrecha cañada, el mosaico blanco del Albaicín... Y gran parte de aquel escenario acompañado por el eterno y omnipresente sonido del agua.

—Imagino que así se encontraron Granada los románticos extranjeros hace dos siglos —continuó—. Es maravilloso este paseo, a pesar del empedrado, no apto para todos los calzados.

—Por eso le llaman Cuesta de los Chinos. En origen era Cuesta del Rey Chico, otro de los accesos a la Alhambra. Es mejor hacerlo bajando, pues te cansas menos y tienes las vistas del Albaicín, muy bonitas sobre todo al atardecer.

Descendieron el camino sin apenas hablar, Blanca admirando cada detalle del recorrido, y Lucía redescubriéndolo con los ojos y la admiración de

Blanca. Al llegar al río, esta se detuvo y la miró con una sonrisa tan cálida que hizo vibrar una cuerda en alguna parte recóndita del interior de Lucía. Ella se la devolvió, tomando consciencia en ese instante de que, a pesar de que apenas habían cruzado una palabra durante un buen rato, en ningún momento se había sentido violenta, cansada o aburrida de su compañía. Más bien al contrario. Se sentía muy a gusto con Blanca.

—Te agradezco el paseo. Me ha encantado el recorrido, y esta última parte me ha parecido una maravilla. Gracias por mostrármelo, eres una guía estupenda.

Lucía se sintió halagada y no pudo evitar ruborizarse un poco.

—Anda ya, no exageres... —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Si te ha gustado, aún te queda otra parte por conocer, a no ser que lo hayas hecho ya. ¿Has estado alguna vez en la Fuente del Avellano? —preguntó, señalando hacia su derecha.

—No, creo que no...

—¿Te apetece que vayamos? —propuso Lucía—. Está aquí al lado.

—Vale, me encantaría.

Tomaron el camino que transcurría entre las paredes del Cerro del Sol y la ribera del Darro, oculto a sus ojos por la masa de arbolado, cruzándose de vez en cuando con algún viandante que paseaba con su perro o algún deportista haciendo *footing*; sin nada que turbara la calma y el silencio, apenas roto por las pisadas y el canto de los mirlos.

—Resulta sorprendente estar en pleno campo a unos pocos metros de la ciudad.

—Sí que lo es —respondió Lucía—. Hay algún carmen que otro cerca del río, pero afortunadamente esta parte apenas está edificada. Antiguamente venía mucha gente a por agua a la Fuente del Avellano, está más adelante —apostilló—, pues decían que era muy buena. Ahora no siempre tiene, depende de la época y de lo lluvioso que resulte el año, pero el paseo es una gozada y las vistas del Sacromonte son bonitas; y las de la Alhambra también, pero desde otra perspectiva.

Pasaron por un ancho monolito de cemento con una placa metálica plagada de grafitis en la que apenas podía leerse un poema.

—¿Y esto?

—Los pusieron hace algunos años, pero ya están hechos polvo. La gente es muy incívica y este ayuntamiento pasa olímpicamente de mantenerlos, es una pena. Era una manera de homenajear al camino y a su fuente, porque han sido

muy cantados por poetas.

Blanca se detuvo frente a uno de los monolitos.

—Mira, este es de Antonio Carvajal... Granada tiene buenos poetas — comentó y comenzó a leer el texto.

—Bueno, Lorca tiene mucho peso...

—No me refiero sólo a Lorca —le aclaró—. También están los modernos. Montero, Álvaro Salvador, Aurora Luque... Carvajal también, aunque lo he leído menos.

—¿Los has leído a todos? —Lucía la observaba como si lo hiciera por primera vez.

—En alguna ocasión. —Le devolvió la mirada con un ligero brillo de sorna—. Aunque me guste el manga, me gusta aún más la poesía. La he leído y la sigo leyendo mucho.

—Eres una caja de sorpresas...

Blanca sonrió y siguieron andando.

—¿Por qué? ¿No te gusta la poesía?

—No mucho, la verdad; me gusta más la novela —Lucía perdió la mirada en el suelo—. Creo que los comentarios de texto en el instituto acabaron con mi aguante. Nunca se me dieron bien... Además, aunque me guste mucho el arte, soy más bien de matemáticas. Supongo que no tengo paciencia para la poesía. Quizá me aburre porque no la entiendo, pero la verdad es que ni siquiera hago el esfuerzo por intentar entenderla.

—Leer poesía no es fácil. Cuesta que entre, pero cuando lo hace, te atrapa. Me gusta su capacidad de evocación. Un pequeño verso, por muy simple que sea, puede transmitirte un mundo. Los poemas suelen ganar cuanto más los lees. Tienen la virtud de conectarte con las emociones del poeta, que en definitiva no son diferentes de las nuestras —Blanca se acercó a otro monolito, buscando un ejemplo—. ¡No me lo puedo creer! —exclamó al ver el nombre escrito al final del poema— ¿Qué hace Emily Dickinson entre todos estos poetas andaluces? ¡Parece que la han elegido para mí!

Lucía la miró intentando entender si lo que acababa de decir era una crítica o una alabanza. Blanca se explicó.

—Me encanta esta mujer, por muy triste y melancólica que sea. Su poesía es contemplación pura, es pura vida...

Lucía observó cómo leía el poema, fascinada; nunca había visto tanta pasión en Blanca.

—...*Mis labios de granito*... Es bellísima la imagen del último párrafo.

¿No te parece?

—Sí —reconoció Lucía, contagiada por la propia visión de su compañera —, es triste, pero muy bonita.

—Como su propia vida. Una mujer con un gran intelecto y una inquietud tremenda por el saber, condicionada totalmente por la sociedad, la religión y el tiempo en que le tocó vivir; tanto, que terminó autorrecluyéndose en su casa durante años. ¿Te imaginas cómo sería nuestra vida si hubiéramos nacido hace dos siglos en el seno de una familia americana, rodeadas de pastores protestantes?

—¡Uf! Prefiero no hacerlo, la verdad...

—Es triste pensarlo. De ella, al menos, se han conservado sus escritos, gracias a otras dos mujeres con inquietudes, por cierto. Pero qué sabemos de tantas otras que no tuvieron esa suerte. ¿Te imaginas si Emily Dickinson o Sor Juana Inés de la Cruz hubieran nacido en nuestra época? —La miró con pasión—. Es posible que ni siquiera hubieran destacado entre tantas escritoras, o quizá publicaran en revistas científicas, pero ¿y lo que hubieran disfrutado haciendo lo que más deseaban hacer? A la pobre Sor Juana Inés le prohibieron leer y escribir durante los últimos años de su vida; una mujer que vivía por y para eso. Afortunadamente sus escritos se publicaron en España antes de morir, si no, es posible que la propia Iglesia los hubiera quemado. ¿Has leído algo de ella?

—No, creo que no. —A Lucía la pregunta le había cogido desprevenida.

—Es de las escritoras más inteligentes que he leído. ¿No te suena el poema que dice: *Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis?*

—Ese sí me suena...

—Es uno de los más conocidos, y es una muestra perfecta de su ingenio y de su dominio del lenguaje. Te recomiendo sus poemas de amor, son muy buenos. A pesar de ser monja, por elección —aclaró—, tuvo una vida fascinante hasta que la propia Iglesia la defenestró, pobrecita...

—Ahora que lo dices, me suena haber visto una película sobre ella, hace muchos años...

—¿La de Assumpta Serna y Héctor Alterio?

—Sí, creo que era ella; pero apenas me acuerdo de detalles.

—Yo, la peor de todas...

—¿Tú tampoco te acuerdas? —preguntó Lucía, mirándola confundida.

La risa ronca y aterciopelada de Blanca surgió como una cascada,

sobresaltándola.

—¡No! —dijo entre carcajadas, poniéndole una mano en el antebrazo—. ¡Que es así como se llama la película!

—¡Ah! —Lucía se ruborizó, pero lo cómico del malentendido fue superior a su sonrojo, y comenzó a reír a pleno pulmón—. ¡Pensé que te referías a ti!

Siguieron riendo camino adelante, alimentando la hilaridad con otras interpretaciones hasta llegar a una plaza empedrada, y allí se detuvieron. Blanca se limpió los ojos con el borde de las manos; tenía una abrumadora facilidad de llorar cuando se reía.

—¿Así que esta es la Fuente del Avellano? —preguntó, señalando el discreto pilar con dos caños y la placa de cerámica granadina dedicada a Ángel Ganivet.

—Sí, y lleva agua —Lucía se aproximó para remojarse las manos y beber. Blanca la secundó.

—Está helada —dijo, acercando la mano a la boca—. Y muy rica... Sobre todo con la sed que tengo.

Luego se aproximaron al muro formado por el extenso banco de piedra y observaron el paisaje. Eran casi las siete y el sol estaba bajo en el horizonte, tiñendo de rojo la ladera del Sacromonte y el cielo sobre la ciudad y la Alhambra, que quedaban ocultas por el arbolado y el propio Cerro del Sol. Las pocas nubes, incandescentes, daban más espectacularidad a un atardecer que las dejó mudas. Lucía se subió al banco y se sentó sobre el murete del respaldo, mirando hacia el horizonte; y Blanca permaneció de pie un paso más adelante, apoyándose sobre él, disfrutando de todo el entorno hasta terminar por demorarse en el cielo; observando cómo los colores cambiaban la tonalidad según iba descendiendo el sol entre los árboles. Solas, con la única compañía del canto de dos mirlos que se retaban desde las copas distantes de dos álamos.

Subyugada por la belleza y la quietud del escenario, a Blanca se le ocurrió que la felicidad no era un estado, sino una emoción compuesta por pequeños instantes que alimentaban el alma. La suma de todos ellos daba sentido a la vida. Y tuvo la certeza de que aquel era uno de ellos.

Lucía cerró los ojos un momento. El canto de los mirlos entre los árboles le recordó al río de su pueblo y a las excursiones que hacía con la pandilla algunas tardes de verano. Se había levantado una fresca brisa que le acarició el cabello y le trajo retazos del perfume de Blanca. Al abrir los ojos, la descubrió con la mirada perdida en el horizonte, hierática, algunos mechones

de su pelo moviéndose sobre la frente. Se fijó en el perfil relajado de su boca; las comisuras hacia arriba le trajeron a la mente los rostros serenos de las esculturas de Mitoraj, y se le ocurrió pensar cómo sería besar esos labios y, dado el caso, cómo sería besar a una mujer. Se sorprendió al constatar que la idea no le había producido repulsión, más bien sana curiosidad, y le vino a la mente el estribillo de la canción de Katy Perry. *I kissed a girl and I liked it...* ¿Sería un sentimiento común de todas las mujeres alguna vez en su vida?

—Empieza a hacer un poco de frío —Blanca la sacó de sus reflexiones mientras se colocaba la chaqueta.

—Sí, desde el momento en que se pone el sol, cae en picado la temperatura. —Lucía se incorporó y saltó del banco—. Además, mejor hacer la vuelta con luz; este sitio no me gusta tanto a oscuras.

—¿Es inseguro?

—No sé, por si acaso.

Las dos emprendieron el regreso sin apenas hablar, disfrutando de la compañía mutua sin incomodarse por los silencios prolongados; gozando de la espectacular paleta de colores del cielo y, tras recorrer un trecho, del perfil de la Alhambra entre los árboles. Lucía estaba tan relajada que comenzó a silbar a medio tono. Cuando cayó en la cuenta de que era el estribillo de la canción de Katy Perry se cortó, y miró en dirección contraria a la de Blanca para ocultar su rubor. Esta, que se había percatado del detalle, miró a su vez hacia el otro lado, mordiéndose el interior de la mejilla para sofocar una risa.

Capítulo 8

El último viernes de marzo, Ariadna y Marta llegaron a Granada. Blanca las había animado a venir en Semana Santa, pues tendrían más días para pasar juntas, pero sus amigas habían planificado un viaje de aniversario a París para esas fechas. Hacían diez años de pareja y querían celebrarlo de una manera especial.

Blanca las había recogido en el aeropuerto con un coche que había alquilado para moverse con ellas por Granada, pues —además— querían esquiar en Sierra Nevada. Su BMW estaba en Barcelona, pero se resistía a traerlo por el tráfico caótico de la ciudad. La experiencia le decía que la mejor manera de moverse por ella era andando o en taxi. La solución del alquiler de un coche la había utilizado en alguna ocasión para visitar la provincia o alguna otra ciudad andaluza cercana. Le resultaba más cómodo y económico que pagar una plaza de garaje en el centro.

La noche del viernes la dedicaron a pasear por el Albaicín y a tapear por los bares más típicos que había conocido con sus compañeros de trabajo. Y ya el sábado por la mañana subieron a Sierra Nevada, donde estuvieron esquiando hasta las cinco de la tarde; incluida Blanca, que se animó por las pistas más fáciles para evitar forzar la rodilla. Luego volvieron a la ciudad. Tenían entradas a las diez para una visita nocturna a la Alhambra.

Tras ducharse y descansar un poco en el piso, salieron un par de horas antes de la cita con la intención de tapear algo por los alrededores. Blanca las llevó a Plaza Nueva, e intentaron tomarse algo en el Julio y en Los Diamantes, pero ya estaban atestados. Iban a entrar a La Gran Taberna cuando le sonó el móvil.

—¡Uf! Es mi madre —dijo, viendo la pantalla del aparato—. Entrad vosotras e id cogiendo sitio.

—Que te sea leve... —le deseó Marta, mientras abrían la puerta del bar. Sabían que estaba molesta por no haberla visitado en Navidad; prefirió pasar la Nochebuena con ellas y luego viajar a Berlín. No se habían visto desde que se trasladó a Granada, decisión que, además, le había parecido descabellada.

La llamada era rutinaria. Después de ponerla al día sobre su salud con todo lujo de detalles y de preguntarle brevemente por la suya, su madre entró a saco con la crítica velada sobre su lejanía y el reproche por su falta de voluntad de

ir a verla las últimas veces que había estado en Barcelona. Blanca capeó el temporal como siempre, diciendo que tenía mucho trabajo y muy poco tiempo; que ya vendrían las vacaciones e intentaría pasar con ella unos días. Cuando colgó y entró en el bar se topó con Lucía. Estaba en uno de los toneles que hacían de mesa en la entrada del establecimiento, tomándose una caña con Jorge y otra pareja. Cuando la saludó con dos besos, la joven pareció cortarse.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó sorprendida y un poco azorada.

—He venido con Marta y Ari para tomar unas cañas. —Señaló al fondo de la barra, donde sus amigas se habían sentado en unos taburetes—. Tenemos entradas para ver la Alhambra a las diez y queremos picar algo antes de subir.

—¡Ah, qué bien! ¡Qué pena que no tengáis luna llena! Es impresionante verla desde los palacios —añadió Lucía, con cierto nerviosismo—. Ya conoces a Jorge, ¿no? —dijo, señalando a su novio.

—Sí —contestó Blanca sonriéndole mientras le daba la mano—. Nos vimos una vez en la oficina.

—Y esta es mi amiga Carmen y él es Manolo, colega de Jorge... —Blanca le dio dos besos a ella y la mano al joven.

—Encantada de conocerte, Lucía nos ha hablado tanto de ti...

Ella miró a su amiga con ganas de matarla, y Blanca sonrió.

—Espero que de cosas buenas —rio, y clavó unos ojos amables en Lucía, que pareció sonrojarse aún más.

—Por supuesto que sí —añadió Carmen.

Se hizo un breve e incómodo silencio que Blanca rompió señalando a sus amigas y diciendo:

—Bueno, me voy. Si no, no nos va a dar tiempo de comer algo antes de la visita. —Miró a Lucía primero, después al resto—. Y encantada de conoceros, ella también me ha hablado mucho de vosotros.

Todos asintieron, despidiéndose. Cuando se iba a dar la vuelta, Manolo se dirigió a ella:

—¡Y *visca* el Barça! Mañana les vamos a dar a los merengones... —exclamó, clavándole el codo en el costado a Jorge, que se defendió con fastidio. El domingo se jugaba el clásico en el Nou Camp y estaba claro que Jorge era madridista. Blanca rio.

—¡Esperemos! —le contestó y se dirigió a la barra con una sonrisa radiante en el rostro, mientras escuchaba carcajadas por detrás.

—¿De qué te ríes? —preguntó Marta con curiosidad cuando se reunió con ellas.

—Del Manolo este que acaban de presentarme, es un culé convencido.

Pero la justificación no era del todo cierta. La verdadera causa de su sonrisa había sido el sonrojo de Lucía ante el comentario de su amiga. Le había halagado más su reacción que las palabras, a pesar de tener la certeza de que en ello algo habían tenido que ver las cañas que parecían llevar de más.

—¿Esa no será...? —comenzó a decir Marta, que ya se había fijado en la joven al entrar en el bar.

—Esa es Lucía, mi...

—¿Esa es la *miss* España? —interrumpió Ari, sorprendida.

—La misma. Pero no te vuelvas, que están mirando —gesticuló.

—Pues no te quedaste corta.

—¿A que no? Es muy guapa, ya os lo dije...

—Uyuyuy... Y a ti te gusta —intervino Marta, cantarina—, y mucho.

—Claro que me gusta. —La miró desafiante—. ¿A ti no?

—Ya sabes a lo que me refiero. —Le dio un pequeño achuchón.

—Sí, ya sé a lo que te refieres —dijo, asintiendo, sin apartar sus ojos de ella—. ¿Ves ese chico alto con barba que está a su lado? —Le hizo un leve gesto con la cabeza en su dirección—. Es Jorge, su novio.

—¿Qué lástima, no? —Ari la miró con sorna y complicidad.

Blanca se encogió de hombros y sonrió, exagerando la expresión de resignación.

—Tampoco es que eso quiera decir nada... —añadió Marta.

Ariadna miró a su chica con incredulidad. Blanca hizo lo mismo.

—Pues para mí, sí —dijo, ahora sin sonreír—. Y mucho más considerando que es empleada mía.

Marta pareció guardarse la contestación que tenía casi en la boca. Miró detrás de Ari y habló:

—Mira por dónde, ahí viene...

Blanca volvió la cabeza a su derecha y vio aproximarse a Lucía, que se dirigía a los servicios situados en el fondo del bar. Al percatarse de que su jefa la miraba sonriéndole, se acercó al trío y Blanca aprovechó para presentarle a sus amigas. Tras una breve conversación, Lucía se despidió y se fue al baño.

—¡Jesús! Sí que es guapa esta chica... Gana mucho más de cerca. —Ari estaba impresionada—. ¿No te parece, cari?

Marta asintió pero no dijo nada.

Blanca sonrió satisfecha, orgullosa como lo estaría una madre ante un

halago a su retoño.

—Y lo mejor es que no se lo cree —añadió—. No conozco una persona más sencilla. Es un verdadero encanto —se dirigió a Marta y observó cómo, al rato, esta miraba detrás de ella. Se volvió y vio a Lucía, que había salido del baño e iba al encuentro de sus compañeros. Al verla le hizo un gesto con la mano y le sonrió. Cuando regresó la mirada de nuevo a Marta, le captó una ausencia de expresión que no supo interpretar. Le resultaba extraño que estuviera tan callada. Después, le resultó más extraño aún que su amiga se mostrara tan cariñosa con Ari, poniendo la mano en su rodilla, pasándole el pelo por detrás de la oreja, cogiéndole la mano... Hasta tal punto que su pareja acabó por verbalizarle lo mimosa que estaba esa noche. Ese comportamiento prosiguió mientras estuvieron en el bar, unido a una cierta distracción que la tuvo poco activa en la conversación que mantenían Blanca y Ari. Parecía que su interés se dividía entre lo que se hablaba y lo que ocurría en el resto del establecimiento.

Cuando salieron del bar, tras despedirse brevemente de Lucía y sus acompañantes, Marta miró a su amiga con intención mientras subían por la Cuesta Gomérez.

—¿Sabes qué te digo? —le espetó—. Que a esta chica le va la marcha.

—¿Qué marcha? —Blanca no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Tu marcha, Blanca, tu marcha...

Ella puso los ojos en blanco y bufó.

—Marta, chica, para ti todo el monte es orgasmo...

Cuando Lucía vio entrar a Blanca por la puerta del bar, no supo si había sido la sorpresa de encontrarse con ella fuera de contexto la que le había provocado el vuelco en las entrañas, o si había sido la intensidad de éste el que le había cogido por sorpresa. La cuestión era que la impresión le había hecho actuar torpemente. Más aún al recibir los dos besos de su jefa.

Lo cierto era que, desde su paseo por la Alhambra y la vereda del Avellano, la relación entre ellas había adquirido un matiz más personal; había crecido en empatía y afecto, y estos se mostraban tanto en sus conversaciones como, en ausencia de ellas, en su mera compañía. La imagen que Lucía tenía de Blanca había cambiado también. Había comenzado a idealizarla, y eso la había colocado en una posición de admiradora platónica, llegando a sentirse vulnerable a veces ante la personalidad y la presencia extraordinarias de su

jefa.

En el bar, tras recuperar el resuello, se mostró encantada de presentarla a sus amigos. Con su notable físico y su simpatía, bien podía presumir de jefa. Pero no podía decir lo mismo de su cuadrilla. Llevaban tomando cañas desde las seis, pues habían quedado para dar una vuelta y ver el partido del Granada, y ahora el alcohol había afectado a sus composturas para mortificación de Lucía, que en otras circunstancias le hubiera importado poco, pero ante la presencia de Blanca, su mayor interés era causar buena impresión y dudaba que sus acompañantes estuvieran en condiciones de lograrlo. El comentario de Manolo sobre el Barça la había abochornado, y más aún las carcajadas que éste había provocado en Carmen. Jorge se había reído de la ocurrencia de su amigo, pero también le molestaba su manía de picarle con el tema de la rivalidad Barcelona—Madrid.

—¡Qué gilón eres, tío! Lo mismo no le gusta el fútbol o es del Español —le espetó.

—¡Anda ya, hombre! ¿A qué catalán no le gusta el Barça? ¿No, Lucía? ¿A que esta es culé?

—No sé —respondió sin mucho entusiasmo—, puede ser, siempre se alía con Felipe cuando se mete con Alberto, que es del Madrid.

—¿Has visto? —Manolo se dirigió a Jorge—. Lista que es la colega, y guapa también. —Ahora miró a Lucía—. Está buenísima tu jefa, aunque es demasiado alta para mi gusto...

—Más bien para tu estatura —interrumpió Carmen entre risas. Habían salido juntos durante unos meses, años atrás y, a pesar de que la relación no había llegado a cuajar, seguían manteniendo el buen tono.

El comentario de Carmen había interrumpido además el de Jorge, enmudecido ante la mirada de advertencia de Lucía, que entendió por la cara de sorna de su novio que lo que iba a decir tenía que ver con la sexualidad de Blanca. Lo último que ella quería era que se hablara de las intimidades de su jefa, y menos estando ella presente. Cuando estuvo segura de que Jorge no iba a sacar el tema, se dirigió al baño. Llevaba un rato posponiendo la visita, pero ahora, además, tenía curiosidad por ver a sus amigas, no se había fijado en ellas al entrar.

La mirada cálida e invitadora de Blanca hizo que se aproximara a saludarlas. Ariadna le pareció agradable y cercana. Sin embargo, los ojos de Marta le resultaron escrutadores, a pesar de su corrección. Era evidente que tenía referencias previas de ella y la estaba evaluando. Al menos eso fue lo

que le pareció a Lucía, a la que no le importó lo más mínimo. Sólo se quedó con la expresión de orgullo de su jefa al presentarla a sus amigas. Le había provocado un subidón de autoestima.

Cuando volvió con Jorge y los demás, Carmen, que las había estado observando, comentó:

—Son un poco pijas, ¿no? Sus amigas, digo —aclaró.

—¿Pijas? No me lo han parecido a mí. Visten bien, pero no les veo pinta de pijas.

—Lo que son es un poco raritas —dijo Manolo mirando hacia el fondo del bar. Lucía dirigió la vista al trío en el justo instante en que Marta le pasaba un mechón de cabello a Ariadna detrás de la oreja con la familiaridad de quien está acostumbrado a hacerlo, para luego dejar la mano descansando en su rodilla. Antes de que le diese tiempo de procesar lo que acababa de ver, Jorge ya estaba hablando.

—Como su amiga. Dios las cría y ellas se juntan..

Lucía lo fulminó con la mirada y él se defendió.

—¿Qué pasa? ¡A ti qué más te da! —dijo, dejándola en evidencia.

Ella miró a otro lado con expresión de disgusto. No soportaba la torpeza de Jorge con unas copas de más.

—¿Es lesbiana tu jefa? —preguntó Carmen, sorprendida.

—Lo que sea es cuenta suya. Yo todavía no la he visto con ninguna tía —dijo a la defensiva y miró a Jorge de soslayo, preparándose para intervenir si insistía en el tema. Él pareció captar la indirecta y guardó silencio.

—Ya decía yo que una tía con esa estatura... —dijo Manolo, afirmando con la cabeza.

Carmen estalló en carcajadas.

—¡Qué tendrá que ver la velocidad con el tocino! —le espetó—. ¡Qué cortico eres, hijo!

El comentario provocó un mano a mano de directas e indirectas entre los dos para alivio de Lucía, que observó cómo la conversación tomaba otro rumbo, desembocando en un debate sobre las reticencias de los hombres en salir con mujeres más altas que ellos. La concentración de los demás en la charla le permitió abstraerse y centrarse en lo que ocurría en el fondo del bar. La presencia de Blanca le atraía como un imán, y la compañía de sus amigas, que eran claramente pareja por sus constantes gestos de complicidad, por no decir por su permanente contacto físico, le despertaba una curiosidad casi morbosa; de tal modo que no fue hasta que el trío salió del bar, que Lucía pudo

volver a estar de nuevo con sus amigos; si bien aún con cierta distracción, pues parte de su sosiego se había quedado alterado por una rara sensación a la que no conseguía poner nombre.

Capítulo 9

Desde la llegada de Blanca y la mejora en las relaciones del equipo, la costumbre de tomarse unas cañas los viernes al salir de la oficina se había convertido en cita obligada y deseada por todos, siempre que la agenda no lo impidiera. Así, lo que en un principio sólo era un par de cervezas en el bar más cercano llegó a ser, en muchas ocasiones, toda una tarde de tapeo y alguna que otra noche de copas.

Blanca, que en los primeros meses había comenzado participando ocasionalmente para no imponerles la presencia de la jefa, terminó convirtiéndose, según se fueron intensificando los lazos de amistad con ellos, en una integrante más del grupo. Y ella se sentía cómoda en ese nuevo rol. En Barcelona, cuando estaba con Rosa, los viernes solían ir a comer a algún restaurante al salir de trabajar, la mayoría de las veces solas. Cuando se separaron y su novia abandonó la empresa, Blanca se recluyó en su casa y las relaciones con los compañeros fueron estrictamente laborales. No estaba para nadie. Sus únicas salidas las hacía con Marta y Ari.

Ahora, en Granada, sus únicos amigos eran sus empleados, y con ellos había ido descubriendo los locales de tapeo y marcha de la ciudad, especialmente los viernes. Y lo cierto es que aquello le estaba sentando muy bien después de tanto tiempo de duelo. Se divertía, sin más; se reía mucho, y eso ya suponía un gran avance en la recuperación de su autoestima. Y sí, también bebía de más en aquellas jornadas. No se solía almorzar o cenar cuando se iba de cañas, pues las tapas suplían la comida. Blanca aún no se acostumbraba al ritmo de bebida de sus compañeros. A veces, aún no había terminado su cerveza cuando ya tenía otra puesta en la barra. Tendría que aprender a controlar las rondas si no quería terminar alcoholizada.

Aquel viernes habían estado ultimando el programa y el material de la nueva edición de los cursos que tenía que impartir en Granada. Habían trabajado intensamente, el fin de semana había llegado y hacía un día especialmente cálido y primaveral. Decidieron ir a tapear a la zona de Plaza Nueva, pues Alberto estaba empeñado en que Blanca probara un Calicasas en las Castañeda. Ya en la taberna, después de haber recorrido otros locales de calle Elvira, Felipe le explicaba, con el vaso en la mano, en qué consistía más o menos el cóctel.

—Es una mezcla de vinos con algunos toques de alcoholes más fuertes. No me preguntes qué lleva exactamente porque eso sólo lo saben ellos —dijo, señalando a los camareros—. La cuestión es que entra fenomenal, pero como te tomes más de uno...

—Era la pea más barata cuando estábamos estudiando la carrera —habló Alberto—. Por menos de veinte duros salías más contento que unas pascuas. Ahora ya no me sabe lo mismo —terminó, mirando su vaso.

—¿Cuánto eran veinte duros? —le preguntó Patri con cara de sorna. Alberto la miró amenazadoramente.

—¡Jesús! ¿Y vosotros queréis que yo me beba una bomba de estas después de haberme tomado ya tres cañas? —dijo Blanca, mirando a sus compañeros—. ¿Y a Lucía no le insistís? Estoy empezando a sospechar...

—¡No, mujer! —interrumpió ella entre risas—. A mí es que me sientan fatal las mezclas. Tengo muy poca tolerancia al alcohol. ¡Mira Patri qué bien lo lleva con lo chiquitilla que es!

—Es que está muy bueno... —dijo su compañera después de dar otro sorbo al vaso—. Fuertecillo, diría yo, pero está rico. Es la primera vez que lo pruebo en mi vida.

—¡Y será verdad...! —exclamó Alberto con incredulidad—. ¿Y tú eres granaina?

—Sí, de Almuñécar, y ¡qué! No me conozco todos los bares de la capital, como vosotros —le espetó con sorna.

—Alberto —continuó Lucía aguantándose la risa—, estas bebidas las conoces tú, que eres un vejestorio, o Felipe, que es un borracho...

Todas rieron a carcajadas, mientras Lucía esquivaba el amago de puntapié de Felipe y el pescozón de Alberto.

—Tú también lo conocías, lista —le pinchó este.

—Sí, porque me lo dijiste tú —le respondió entre risas.

Blanca dio un trago a su vaso, observando divertida a Lucía. Tenía una complicidad envidiable con Alberto y le gustaba provocarlo constantemente. Cuando lo hacía, los ojos le brillaban juguetones, divertidos. Le parecía encantadora, como un diablillo, y su alegría en esos momentos era sumamente contagiosa.

—¡Qué! —se dirigió a ella con aquellos ojos.

—Qué, ¿qué? —respondió Blanca sin dejar de mirarla.

—Que si te gusta... —dijo, señalando el vaso.

—¡Ah! Sí, sí, mucho—. Aunque bastante menos que tú, pensó, dedicándole

una sonrisa aguamarina que duró dos segundos más de lo habitual y que Lucía pareció recibir como un regalo.

La tarde se alargó hasta la noche, gracias a la inconsciencia del tiempo que da la embriaguez, que persistía a pesar de haber tomado café y té en la Calderería; así como a las ganas de seguir de marcha. Estaban tan a gusto que cuando Alberto dijo que eran más de las diez y que se tenía que ir, pues de lo contrario su mujer no le iba a dejar entrar en casa, todos protestaron e insistieron en que se quedara para tomarse la última. Alberto no se dejó convencer y se marchó. El resto entró en un pub a echar la espuela.

Blanca tenía un punto de alcohol que la animaba a dejarse llevar, aun sin perder el control; se sentía contenta, relajada y cómoda. Felipe y Patri, más jóvenes, estaban despendolados; eran los que más habían bebido y los que parecían estar divirtiéndose más. Tras entrar al pub, medio lleno de gente, se habían puesto a bailar como locos la canción que estaba sonando en aquel momento, siguiendo las imágenes del vídeo que se proyectaba en una gran pantalla.

Para Lucía, que no era muy bailona, el volumen estaba más alto de lo que hubiera deseado, pues les obligaba a forzar la voz para entenderse. Ella, por su parte, hacía rato que había dejado de beber alcohol, por lo que era la más sobria del grupo.

Cogieron una mesa libre, alta, sin taburetes, junto a una columna en un extremo de la sala y, tras decidir que todos tomarían gin-tonics, incluida Lucía por insistencia de los demás, esta y Felipe se dirigieron hacia el mostrador para pedir las bebidas. Patri se fue al baño y en mitad de camino se paró a charlar con algún conocido. Blanca se quedó sola, apoyada en la columna con los ojos cerrados. Estaba cansada, pero la embriaguez le hacía sentirse bien. En ese momento se oyó en el pub la voz sonora y aterciopelada de Lana del Rey cantando *Summertime sadness*.

Kiss me hard before you go...

Su alma se abrió de par en par. Había escuchado mil veces aquel disco. Se había convertido en la banda sonora de su vida tras la ruptura con Rosa, y aquella canción en particular era catártica para ella, más aún con el efecto del alcohol en su cuerpo. Comenzó a bailarla sin apenas levantar los pies, moviéndose armoniosamente y con un sentido del ritmo que atraía las miradas; la cabeza hacia arriba meciéndose de lado a lado, los labios siguiendo una

letra que conocía a la perfección, los ojos entreabiertos fijos en la pantalla donde una chica rubia vestida de rojo, que bien podía haber sido ella hacía un año, se arrojaba elegantemente desde un puente.

Lucía la observó desde la barra, sorprendida y fascinada. Nunca había visto esa faceta de Blanca. Emanaba energía y sensualidad por todos los lados. A Felipe tampoco le pasó desapercibida.

—¡Joder que pedalón tiene! Nunca la había visto tan suelta, oye.

—Yo tampoco— respondió ella sin dejar de mirarla.

—Qué cuerpazo tiene la tía... —continuó él, mientras la miraba degustándola—. Y se mueve de puta madre.

—Sí...

—¡Jo, qué pena de desperdicio...! —dijo Felipe con un suspiro. Lucía lo miró incrédula y soltó una risa que era más un bufido.

—¡Flipo contigo! Por esa regla de tres, yo debo de serlo también—. Él se quedó mirándola, atónito. —Tengo novio —aclaró.

—¡Ah! ¡No, mujer!— Se rio. —Pensé que me ibas a decir que tú también eras lesbiana—. Rio aún más cuando vio el rubor de Lucía—. Tú todavía puedes separarte de tu artista. O tener un desliz... —continuó, mirándola pícaramente mientras subía y bajaba las cejas.

Lucía le dio con el codo en el costado.

—No tienes remedio —le respondió— ¿Sabes lo que te digo? Que me alegro por ese el diez por ciento.

—¿Qué diez por ciento?

—El que según las estadísticas puede disfrutar de ese desperdicio —le espetó haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la jefa; después le sonrió—. Y que no eres tú.

Lucía cogió dos copas y dejó a Felipe pidiendo la cuenta. A medio camino tuvo que detenerse para dejarle paso a una veinteañera de pelo corto, esbeltísima y muy morena, que pareció no verla y que a punto estuvo de derramarle las bebidas. Le iba a llamar la atención cuando observó que la chica se dirigía directamente hacia Blanca y que se le acercaba bailando, ajustándose a su ritmo poco a poco según se iba aproximando más y más, las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

I think I'll miss you forever...

Blanca le siguió el juego bajando la cabeza, buscándola, balanceándose las dos al compás de la música y del ritmo que ahora parecía marcar la joven, cuyo pómulo ya casi le rozaba el cuello de la camisa.

I've got that summertime, summertime sadness...

Lucía se quedó paralizada, hipnotizada ante la escena. Vio muda cómo las dos mujeres se mecían, girando lentamente sin tocarse, pero separadas por apenas unos centímetros. Luego la canción acabó y la chica se apartó sin decir una sola palabra, retrocediendo con las manos aún en los bolsillos y una mirada sonriente que se comía a Blanca.

Felipe pasó junto a Lucía y le susurró cerca del oído.

—¡La virgen santa con el diez por ciento! —y siguió en dirección a Patri con la intención de darle su copa.

Lucía carraspeó y se acercó a una Blanca que aún observaba cómo la veinteañera, ya de espaldas, se alejaba hacia el baño. Le pasó el gin-tonic sin palabras, un poco cortada. Ella cogió la copa y le dio un buen sorbo, mirándole divertida a los ojos, envalentonada por la embriaguez y el episodio que acababa de vivir, que le había electrificado el cuerpo. Se preguntaba qué pensaría Lucía, si se sentiría violenta por lo que había presenciado.

—¿Es este un sitio de ambiente? —le preguntó finalmente.

—¿De ambiente? —le respondió ella confusa—. ¡Ah!... No, no. No, que yo sepa.

Blanca asintió.

—La gente es muy atrevida en Granada... —dijo como para sí.

Lucía pensó que la chica tenía más pinta de Erasmus que de otra cosa, pero no dijo nada. Lana del Rey apareció de nuevo en la pantalla, con su larga melena y su mirada lánguida, cantando *Video games*. Blanca cerró los ojos, disfrutando.

—Me encanta esta mujer. Tiene una voz que me desarma...

—Sí, esta canción es muy bonita —dijo Lucía, mirando las imágenes—. Ella también—. Por qué he dicho esto, pensó e intentó ocultar su sonrojo.

Blanca la miró brevemente, sorprendida por el tono y por la reacción de su compañera a sus propias palabras.

—Este disco es muy bueno —continuó—, me gusta mucho. ¿Lo conoces?

—No —respondió Lucía.

—Te lo voy a pasar. La verdad es que he estado casi un año sin escuchar otra cosa. A ella y a Natalie Walker. ¿La has oído alguna vez?

—No, no la conozco—. Lucía se quedó mirando al frente. La joven morena volvía del baño sin apartar la vista de Blanca. Ésta giró la cabeza para ver qué había captado su atención y la vio cuando ya la tenía encima. La chica se le acercó, estirándose, hasta susurrarle algo al oído mientras le cogía de la

mano. Luego se separó sonriéndole, soltándola lentamente. Era guapa, con una belleza algo andrógina y descarada, y muy joven, ventipocos, pensó Lucía.

Blanca le mantuvo la mirada con ojos sonrientes, burlones, algo azorada. Luego miró fugazmente el trozo de papel que le había dejado en la mano y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Lucía apenas había vislumbrado un número y un nombre.

La llegada de Felipe y Patri salvó la situación, pues las dos se habían quedado sin saber qué decir. Él miró a Lucía en un desliz y le hizo un rápido mohín: ¡vaya tela! Ella desvió los ojos hacia Blanca para ver si se había dado cuenta de su gesto, comprobando con alivio que no, no se había dado cuenta; y constatando además, con cierta incomodidad, que no había podido hacerlo porque estaba mirando a la joven al fondo de la sala. Por la razón que fuera, la chica estaba empezando a caerle fatal.

Tras una hora de charla y de risas, Blanca anunció su intención de marcharse. Se había bebido la copa y su embriaguez ahora se mezclaba peligrosamente con el cansancio. Decidió pasarse antes por el baño.

Lucía la vio dirigirse al fondo del local, peinándose el flequillo y el pelo hacia atrás en un gesto muy suyo y desapareciendo tras la puerta. Al momento, y sin que los otros lo percibieran, la joven morena pasó a su lado en dirección a los servicios. Lucía frunció el ceño. Una curiosidad malsana le estaba carcomiendo las entrañas, apenas podía concentrarse en lo que estaba contando Felipe. Tras varios minutos eternos y viendo que Blanca no regresaba, decidió ir también al baño. Se sentía inquieta y no sabía bien por qué.

Cuando entró en el recinto se la encontró apoyada de espaldas en la encimera de los lavabos, las palmas de las manos sobre el silestone azul sujetando el peso de su cuerpo. La joven morena estaba a un palmo de ella, los dedos de una mano agarrándole la cintura del pantalón, los de la otra apoyándose en la encimera; las dos mujeres ejecutando el lento movimiento de aproximación de un beso.

Fueron dos segundos. Dos segundos en los que Lucía se quedó clavada al suelo, la vista atrapada en los ojos de Blanca que la miraban, a ella, lánguidamente, antes de cerrarse al contacto de las bocas en un beso que Lucía sintió en su cuerpo.

Impactada, bajó la cabeza y se metió en el váter. ¿Qué había pasado? ¿Qué había visto en aquella mirada? Sólo había sido un segundo. Un segundo para darse cuenta de que su relación con Blanca ya no iba a ser la misma. Un

segundo en el que cabía un mundo que no tenía nada que ver con ella, pero que le atraía como un agujero negro. Un segundo que podía cambiar una vida entera sin que apenas hubiera pasado nada. Y una sensación en las tripas que amenazaba con poner sus esquemas patas arriba.

Cuando salió del baño, Blanca ya no estaba.

Aquella noche Lucía le habría hecho el amor a Jorge de haber estado en casa; pero era viernes y él también solía salir con sus colegas. Se quedó tan profundamente dormida que ni siquiera le oyó llegar ni meterse en la cama. Ya de madrugada soñó con él. Bailaban en el mismo pub en el que había estado horas antes. Lucía, llena de deseo, se lo había llevado al baño con la intención de meterle mano; pero entonces el baño ya no era el del bar, sino el de la empresa, y Jorge ya no era Jorge, sino Blanca con la barba de Jorge, que la besaba con los mismos ojos con que la había mirado esa noche y le introducía la mano por la cintura del pantalón hasta su sexo. Lucía se despertó con el fugaz estertor de un orgasmo y con el eco de un gemido, el suyo, aún en los oídos. Con la respiración agitada miró a Jorge, que dormía junto a ella dándole la espalda. Se pasó la mano por la cara, confundida y excitada por el sueño. Sonrió al recordar la imagen absurda de Blanca con barba. Luego, apretó los ojos al rememorar el intenso placer de su beso.

Capítulo 10

Tras la noche del viernes, la percepción que Lucía tenía de Blanca cambió sensiblemente. No era sólo que pensara en ella con frecuencia; con demasiada frecuencia, más bien; era el hecho de que sus pensamientos le hacían sentir ansiedad. El recuerdo de la sensualidad del sueño era recurrente, provocándole entre el rechazo y la complacencia; como una inflamación en la encía a la que la lengua regresa una y otra vez.

Por otra parte, le obsesionaba la imagen de la mirada de Blanca en los baños. Se preguntaba si la sensación que le había producido había sido fruto de su imaginación o si era el reflejo de una emoción dirigida a ella. La lógica le decía que debía interpretar el gesto dentro del contexto en el que se produjo. Blanca estaba besando a aquella chica, y era ella la causa y la destinataria de aquel efecto. Lucía sólo había sido una espectadora involuntaria del momento. Eso es lo que le decía la razón, pero sus entrañas le decían otra cosa. Había sentido los ojos de su jefa clavados en los suyos, pero no había visto sorpresa en su mirada, ni vergüenza; era... *Anhelo*. Blanca estaba compartiendo el instante con Lucía. Y todo podría haberse quedado ahí, como el gesto desinhibido de una mujer a la que le atraen otras mujeres, de no haber sido por el dichoso sueño. Este la hacía partícipe del episodio de tal manera que ya no podía estar segura de su objetividad. ¿Le atraía Blanca? ¿Era eso lo que su inconsciente trataba de decirle? ¿Estaba malinterpretando su mirada en el baño porque en el fondo deseaba ser ella la destinataria del deseo que mostraban sus ojos?

Pero qué cosas se me ocurren...

Lo cierto era que se estaba obsesionando con Blanca y no sabía la razón y, menos aún, el porqué de que sus emociones se estuvieran desbocando.

Durante la semana siguiente su obsesión no mejoró. Más bien empeoró. El martes habían tenido reunión de coordinación y Lucía no podía evitar desconcentrarse cuando veía hablar a Blanca. Su atención terminaba derivando a su boca; la misma que la había besado en sueños y que desde entonces le resultaba casi familiar. La sensación la distraía constantemente. Nunca hubiera imaginado que los bordes de unos dientes asomando apenas

tras los labios pudieran seducirle tanto en una mujer. En aquella mujer que tenía enfrente en concreto, no cualquier otra, se justificaba. Después de rebelarse una y mil veces contra aquellos pensamientos, dejó que la habitaran, convencida como estaba de su inocuidad. El que sintiera atracción por Blanca no significaba que fuera a acostarse con ella. Eso era impensable. La imaginación no implicaba riesgo, así que aprovechaba su discurso para explorar sus rasgos. Se perdía en el borde de sus labios y las comisuras, risueñas casi siempre, sobre todo cuando era a ella a quien miraba; el pequeño lunar en el mentón; las manos —ahora sí que se fijaba en sus manos—, tan grandes y tan largas, pero a la vez femeninas, que no dejaban de moverse mientras hablaba, ejecutando una danza seductora que hacía hipnóticas sus palabras. Cuando escuchaba, una iba su sien o se apoyaba en la mejilla en un gesto de concentración que le resultaba muy atractivo. Pero lo mejor eran sus ojos, a los que apenas se atrevía a mirar por miedo de desvelar el hilo de sus pensamientos. Estaba segura de que si su mirada se clavase en ella en aquel momento, el suelo se abriría para tragársela. La abduciría como hizo con su raciocinio la noche del viernes. Aquellos ojos tenían la cualidad y la luz del agua: invitaban a ahogarse en ellos.

El clima de buen entendimiento en la oficina no ayudaba a Lucía a desvincularse de su obsesión. Previo al episodio en la pista de baile que casi todos vieron, y al de los baños, que sólo ella vio y se guardó de comentar a sus colegas, Blanca había comenzado a verbalizar su lesbianismo indirectamente en conversaciones con los compañeros; sin dar detalles personales, pero dejando clara su preferencia por el sexo femenino. La última anécdota tuvo lugar aquella misma semana, durante el café de las ocho, y vino a colación de un debate entre Lucía y Patri sobre quién era más atractivo, si Brad Pitt, defendido por la segunda o George Clooney, del gusto de la primera. Ante la inhibición en el tema de sus compañeros, las dos se dirigieron a Blanca en busca de apoyo. Ella confesó que Clooney le parecía más interesante, pero que coincidía plenamente con Brad Pitt en el gusto. Lo que generó varias risas y el respaldo de Felipe y Alberto. Así como cierto rubor en Lucía, que se sorprendió dudando de a quién elegiría ella misma si le dieran la opción de hacerlo entre Clooney y Blanca.

Este clima de entendimiento y la propia apertura de la directora dieron pie a algunas bromas e indirectas sutiles que tenían que ver con sus preferencias, siempre de buen grado y en un contexto de sano humor. La última había implicado a la misma Lucía un día antes, cuando al regreso de Blanca y Felipe

de una visita a un hotel, vistiendo ambos sus mejores galas, Patri había exclamado que eran la pareja más espectacular de Granada. A lo que Alberto añadió, dirigiéndose a Blanca: “solo superada por la que hacéis Lucía y tú, y si no, que le pregunten a toda la universidad, que os hace fiestas cuando toca auditoría”.

Dos meses atrás, el comentario habría sido totalmente inocente, pero en el contexto de la última semana ella lo recibió cargado de doble sentido, y notó, para su horror, cómo le ardían las orejas y cómo su propia reacción había hecho ruborizar a Blanca.

Y no tardaría mucho en comprobar que, efectivamente, algo había cambiado en ella respecto a la relación con su jefa. La prueba la tuvo aquella misma mañana tras llamarla a su despacho, y no por fortuita resultó menos evidente. De partida, a Lucía se le aceleró el pulso y se exasperó por su propia reacción. Cuando entró en su oficina, encontró a Blanca sentada en el sillón, inclinada sobre sus muslos, mirando debajo del asiento mientras manipulaba algo con dificultad.

—¿Qué haces? —le preguntó, sorprendida— ¿Vengo después?

—No, pasa, por favor —insistió ella, incorporándose y haciéndole un gesto de invitación con la mano—. Es esta silla, que debe tener rota la palanca que regula el respaldo, porque se suelta y tengo que estar intentando encontrarle el punto para que se mantenga donde a mí me gusta. Es un fastidio.

—¿Quieres que Patri le eche un vistazo? Es una verdadera manitas con estas cosas.

—No conocía yo esa faceta de nuestra Patri... Le comentaré luego. —Se aproximó al ordenador—. Te he llamado porque no entiendo de dónde te han salido estos datos del informe de Almería.

—¿Qué datos? —Lucía se acercó a la mesa.

—Esta cantidad de aquí —especificó, marcando la cifra con el puntero.

—¿Por qué? La he sacado con una fórmula de Excel.

—Ya lo veo, pero el dato no concuerda...

—No me he dado cuenta. Déjame ver...

Lucía se aproximó a Blanca, más preocupada por el posible error en el informe que por su cercanía. Ésta se separó un poco de la mesa, dejándole espacio, y ella se inclinó para coger el ratón del ordenador con intención de comprobar la fórmula, apoyando el antebrazo izquierdo en la parte superior de la silla. La directora se reclinó al mismo tiempo y la conjunción de las dos fuerzas venció el respaldo del sillón, desbloqueado como estaba, lanzando

hacia atrás a una Blanca que, ante la perspectiva de caer de espaldas, se irguió como un resorte, dando con las rodillas debajo de la mesa para catapultarse hacia una Lucía que, perdido el apoyo de la silla, se desplazaba hacia abajo. Blanca se empotró de cara en su cuello y se agarró a su espalda para estabilizarse, desestabilizando a su vez a Lucía, que habría caído sobre ella, de no haberse apoyado sobre la mesa con la mano que sostenía el ratón, dando un golpe desmedido que hizo crujir el dispositivo.

—¡Puto sillón! —gritó la directora, intentando recomponerse mientras soltaba a Lucía.

Esta sintió que la mitad de su sangre se había reunido en el rostro y en el cuello; la otra mitad, en la zona de la espalda en que la mano de Blanca había contactado al sortear la camisa en la urgencia y brusquedad del gesto de agarrarse. Lucía resopló, sin saber si lo hacía por el susto que se había llevado o por el impacto de sentir la piel de Blanca en su carne.

—Creo que me he cargado el ratón —balbució, aún impresionada, mirando el aparato como sin comprender.

Blanca lo miró también y, fuese por la tensión del momento o por lo absurdo de la situación, comenzó a reír a carcajadas en un ataque casi histérico. Lucía la secundó, más por su reacción y su risa contagiosa que por la hilaridad del episodio. El jolgorio atrajo a Patri y a Felipe, que asomaron sus caras por la puerta.

—¿Qué os pasa? —preguntaron divertidos, mientras Blanca se levantaba del sillón y se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Lucía salió del despacho con la excusa de comprobar el dato en su ordenador, pues, efectivamente, el ratón no funcionaba, y se dirigió directamente al baño. Entró, cerró la puerta y se apoyó en el lavabo. Se miró en el espejo y encontró lo que esperaba ver, su cara congestionada y los ojos brillantes. La ola de calor que había recorrido su cuerpo al contacto con Blanca había sido tan intensa que aún notaba el sudor en la base de la espalda y en el escote. Se pasó la mano por la frente y observó que estaba temblando y que le palpitaba en el dorso. Solo entonces se dio cuenta de que era del golpe con la mesa. El dolor había pasado desapercibido, sofocado por la sensación de la cara de Blanca en su cuello y su mano tibia en la espalda. La blandura firme de su pecho en el brazo... Sintió cómo regresaba el calor. Se agachó para refrescarse el rostro y el gesto revivió su perfume. Cerró los ojos y respiró hondo,

impactada por el cúmulo de reacciones de su cuerpo ante el contacto fortuito con Blanca. Se echó agua por la cara una y otra vez, hasta notar cómo su frialdad se iba imponiendo sobre sus sensaciones. Luego se quedó apoyada sobre el lavabo, viendo cómo las gotas escurrían por su nariz y caían hasta golpear la superficie cerámica. Se hubiera quedado así toda la mañana, paralizada sobre el lavabo, observando el agua salpicar y discurrir lentamente hasta llegar al desagüe y desaparecer; deseando que sus pensamientos desaparecieran con ella cañerías abajo. Todo, por no enfrentarse al hecho de que le había gustado sentir el cuerpo de Blanca aferrado a ella. Y todo, por olvidar que la sensación la había excitado.

Esa misma noche, en la cama, buscó a Jorge y lo encendió a base de caricias. Él, sorprendido por la determinación de su pareja, algo fría desde hacía meses, se empleó con pasión; devorándole el cuerpo y penetrándola con más dominación que ternura. Lucía pasó de la excitación morbosa a una mezcla de atracción—repulsión que no le permitía abandonarse. Justo cuando comenzó a constatar que sus placeres tomaban rumbos diferentes que no le iban a llevar a la misma meta, Jorge clavó la cara en su cuello, mientras se apoyaba con la cabeza en la almohada para liberar una mano y pellizcar su pezón. El gesto le trajo a Blanca, y la imagen de ella poseyó a Jorge y le trajo el placer nuevamente, derivando en un orgasmo que empezó liberador y terminó culpable; para dejarle, al final, más insatisfecha que al principio.

Capítulo 11

Eran las tres y diez cuando Blanca apagó el ordenador. Recogiendo su chaqueta, se dirigió al despacho de Lucía, que en aquel momento salía por la puerta.

—¿Te vas ya? —le espetó—. Me voy a almorzar. ¿Vienes conmigo?

Lucía la miró evasiva, nerviosa, intentando ocultar el rubor que le había estallado ante la sorpresa de la invitación, preguntándose si Blanca se refería al almuerzo o al paseo que compartían parcialmente de camino a sus respectivos domicilios.

—Bueno, si vas para tu casa y te viene bien... —aclaró, ante la reacción incierta de su compañera, mientras buscaba en sus ojos una respuesta.

—Si, por supuesto, voy para mi casa —contestó finalmente, con una sonrisa y una mirada tímida y fugaz que reconfortaron a Blanca.

Desde la noche del pub, la relación con ella había cambiado de alguna manera, se había enrarecido, y Blanca se preguntaba si la exteriorización de su lesbianismo había molestado a Lucía. No podía creer que aquella fuera la razón, pues, por sus conversaciones, parecía ser una persona abierta. Le preocupaba más lo que ella pudo captar en los baños del pub. El alcohol la había desinhibido hasta tal punto de no reconocerse, y se censuró por haber permitido que su atracción aflorara como lo hizo. Porque le atraía Lucía, y mucho; pero eso era algo que se guardaba para sí misma y que nunca iba a salir del rincón al que lo había relegado. El episodio del sillón no había ayudado a relajar las cosas. Fue consciente de su reacción y no sabía cómo interpretarla. ¿Estaba avergonzada? ¿Por qué se había azorado tanto? Había parecido una colegiala que se topa de bruces con el profesor que le gusta. Pero claro, podría ser también que su atracción por ella le llevara a malinterpretar las señales.

Durante el trayecto a su casa apenas se habían mirado, pero la tensión que Blanca notaba en Lucía era tan grande que tenía la sensación de que podría sonar como la cuerda de un piano al mínimo roce. Una tensión que se le fue contagiando, haciéndole hablar y hablar por miedo a lo que pudiera revelar el silencio.

Cuando llegaron a la altura de su portal, las dos mujeres se detuvieron. Tras unos segundos incómodos sin palabras, le propuso:

—¿Por qué no comes conmigo y ya te enseño el piso?

Lucía le clavó los ojos durante unos interminables segundos, dudando, con una mirada tan intensa, ansiosa y llena de turbación que Blanca pudo captar la emoción con claridad. El impacto le hizo desviar la mirada y entreabrir los labios para tomar aire, pues la respiración se le había acelerado casi imperceptiblemente.

—Será mejor que no —respondió finalmente Lucía, volviendo la cara a un lado y mordiéndose el labio—. Además, no he avisado a Jorge.

Además... Además de qué...

—Como quieras —le contestó Blanca, mirándola ahora con intención—. Hasta el martes, entonces —se despidió. Al día siguiente tenía vuelo a Barcelona.

—Hasta el martes. Que tengas buen viaje —dijo aceleradamente con una sonrisa algo forzada.

Blanca entró en el ático. Tras dejar las llaves, se quedó inmóvil frente al aparador del pasillo, aún conmocionada y confusa por la revelación que acababa de tener. Las palabras de Marta le vinieron nítidas a la cabeza. Tu marcha... A esta chica le va tu marcha.

—¿Cómo puedes ser tan intuitiva, Marta? —musitó.

¿Y cuándo había pasado aquello exactamente? Se preguntó mientras colgaba la chaqueta en la percha y se quitaba anillos y pulseras en el baño para lavarse las manos. Se las secó mecánicamente, sumida en un estado de estupefacción. Lo había visto claramente en los ojos de Lucía, en su nerviosismo, y de pronto todo tuvo sentido: la forma de evitarla, sus dudas, sus silencios, su timidez...

¿Cómo ha pasado esto?

La alarma del interfono la sobresaltó. No podía ser el correo, no a aquellas horas. La sangre empezó a fluirle con fuerza.

—¿Quién es?

—Soy yo. Al final, subo.

Cuando Blanca abrió la puerta, Lucía entró con la mirada en el suelo.

—No me he quedado con la letra. He llamado a tu vecino... —sonrió azorada.

Blanca cerró y permaneció junto a la entrada, mirándola, esperando una respuesta a su repentino cambio de parecer; esperando una explicación a aquel cúmulo de sensaciones y preguntas que ahora flotaban en el aire. Lucía le mantuvo la mirada algo nerviosa, pero con la convicción de quien ha claudicado y asume las consecuencias. Al momento supo que ya estaba expuesta y que le importaba un bledo. Dejando el bolso y la chaqueta en el aparador, avanzó con decisión los tres pasos que le separaban de Blanca y la besó sin pensárselo dos veces. Un beso que comenzó tímidamente en los labios al principio, y que después descendió a los abismos de la embriaguez al encontrar respuesta.

Sin barba... Pensó. No, no era como en el sueño...

Blanca no había llegado a anticipar tanto. Sorprendida por una impulsividad que no conocía en Lucía, se entregó a su boca sin defensa alguna, mientras se recobraba del impacto. La sensación de sorpresa fue dando paso a un deseo que comenzó lento, pero que fue creciendo más y más, al ritmo de su respiración y de los latidos de su pecho. Fue entonces cuando tomó las riendas. Valiéndose de su mayor estatura rodeó con un brazo los hombros de Lucía, la mano entre su cuello para levantarle la barbilla, mientras posaba la otra en su mejilla, inmovilizándole la cabeza para mirarla a los ojos, primero, demorándose en los párpados y las largas pestañas; y a los labios, después, acariciando su delicadeza con el pulgar, rozando las puntas de sus dientes; para besar finalmente su boca, lenta y largamente, hasta quitarle el aliento y hacerle jadear.

El abandono de Lucía fue total. Abrazándose a Blanca, embriagada por su perfume y por el calor que exhalaba su cuerpo, se dejó devorar la boca, el cuello, la mandíbula, la piel bajo la oreja, el lóbulo... Excitada, la nuca erizándose en oleadas, se sumió en el compás de la respiración acelerada de Blanca, que iba sustituyendo su anterior gentileza por un deseo doloroso e impaciente. Lucía le introdujo las manos por debajo de la camisa, acariciando su cintura, dura y tersa como una escultura de Bernini; para subir luego por su espalda, palpando sus músculos fuertes y tensos, la piel húmeda, receptiva, haciéndole anhelar el contacto de su propia piel con aquel cuerpo de nadadora.

Ya no había vuelta atrás. Blanca se separó de Lucía, tomándola de la mano y conduciéndola por el pasillo hasta su habitación. A los pies de la cama la volvió a besar con besos cortos, poco profundos y sensuales, lamiéndole las puntas de los dientes y los labios en embestidas sin tregua. Hasta aquel

momento sólo se había atrevido a acariciarle los brazos, la nuca, las mejillas. Ahora el deseo la aventuraba torso arriba hasta sus pechos, notando su dureza a través de la camiseta, haciéndole cerrar los ojos de placer. Placer mutuo según la respiración entrecortada de una Lucía que, arrebatada por el deseo, desgarró levemente una de las costuras de la prenda en su urgencia por quitársela. La melena le cayó como una cascada desordenada sobre los hombros. Blanca la peinó con sus dedos, acariciando las sienes, disfrutando del rubor en las mejillas de Lucía, de su mirada, más brillante y oscura que nunca; disfrutando de sus labios húmedos y enrojecidos por los besos, de la piel delicada de su garganta y sus hombros, del paisaje que le regalaba su cuerpo en su semidesnudez.

—Quítatelo —le dijo en un susurro, mientras le mordía en el cuello y le bajaba uno de los tirantes del sujetador.

—Quítamelo tú —le contestó ella en el mismo tono, besando la cavidad de su oreja.

Blanca no se acostumbraba a aquella nueva Lucía, tan diferente de la contenida y tímida que conocía. El descubrimiento le fascinaba. Con una sonrisa le desabrochó la prenda y se la deslizó por los brazos, dejando al descubierto unos senos proporcionados y firmes en un torso delicadamente femenino.

—¿Cómo eres tan hermosa, Lucía...? —le dijo con admiración, abrazándola.

La condujo junto al borde de la cama y la sentó, besándole la boca, el cuello y los hombros; para luego arrodillarse ante ella y acariciarle la cintura y el vientre con las manos, siguiendo con sus labios la línea de la clavícula izquierda hasta llegar al hueco de la garganta y demorarse allí con suaves mordiscos. Mientras sus dedos ascendían lentamente hasta la base de sus pechos, cubriéndolos con delicadeza, su boca descendió por el esternón y el nacimiento de los senos, hasta dar con uno de los pezones y rozarlo con los labios y la parte inferior de la mejilla. Lo besó con suavidad, mordiéndolo con la lengua y los dientes, acariciando el otro con el pulgar y pellizcándolo entre los dedos.

Mi jefa me está comiendo los pechos.

La imagen le resultaba tan esperpéntica y a la vez tan sensual, que era difícil casar aquella dualidad. A través de la puerta, sonó débilmente el *I will survive* de Gloria Gaynor.

Mi móvil. Jorge...

Lucía gimió, debatiéndose entre un mar alborotado de placer y sentimientos encontrados. Pero no había resquicio para echarse atrás, porque el deseo era ahora tan intenso y tan real que no había pensamiento que pudiera detener los acontecimientos. Ni la imagen de Jorge, ni la de sus compañeros de trabajo, ni la de su familia, ni la del día después... No cabía nada, no tenían efecto. No al menos en aquel momento, en el que sólo había un ansia irrefrenable por dejarse ir adonde Blanca la quisiera llevar o, lo que era igual, al lugar al que ella misma deseaba llevar a Blanca.

Y así, sin darse apenas cuenta, se encontró echada en la cama, colcha y sábana retiradas, y a su jefa a horcajadas sobre ella, forcejeando con el botón de su pantalón.

—Déjame a mí —le dijo con la respiración acelerada—. Está un poco difícil.

Blanca le bajó la cremallera e introdujo sus manos hasta rodearle las caderas y hacer bajar un poco el vaquero. Lucía se imaginó desnuda antes de que ella se hubiese quitado algo de ropa y se azoró. Incorporándose un poco, tomó los bajos de la camisa de Blanca y tiró hacia arriba. La prenda, entallada, se le quedó atascada a la altura del pecho.

—Espera, espera... —le pidió con una sonrisa—. Deja que me desabroche los botones.

Lucía se dejó caer de nuevo, mirando cómo Blanca, de rodillas sobre ella, se quitaba la camisa y la arrojaba a la butaca de la esquina. Después, llevándose una mano a la espalda, deshizo el cierre de su sujetador con un rápido y hábil movimiento, deslizándolo y lanzándolo en dirección a la camisa sin ni siquiera girar la cabeza. El gesto marcó la musculatura de su brazo, esculturalmente torneado.

Lucía pudo observar sus hombros desnudos por primera vez, aquellos que tanto le habían atraído desde el principio. Lo que había anticipado bajo la ropa, ahora se mostraba con toda su belleza. Blanca tenía un cuerpo soberbio. A pesar de su musculatura moldeada por el deporte, no había perdido su feminidad. Tenía los hombros anchos y fuertes de una nadadora habitual; el pecho, algo más pequeño en proporción, había perdido en tamaño lo que había ganado en firmeza; y su piel era clara y satinada, con una blancura solo interrumpida por un finito universo de pequeños lunares.

Sin dejar de mirarla, erotizada y fascinada por el efecto que aquel cuerpo le producía, Lucía comenzó a bajarse los pantalones, despacio, con los ojos clavados en los iris aguamarina de Blanca. Ella, sin apartar la mirada, se hizo

a un lado para facilitarle la maniobra, mientras se iba desabrochando los suyos, para después echarse sobre una Lucía que la recibió con una larga expiración.

Todo le era extraño y nuevo. El modo en que sus cuerpos encajaban; la sensación de unos senos sobre los suyos, sorprendentemente excitante; la suavidad de la piel y la ausencia de vello; la caricia fresca del pelo de Blanca sobre el rostro y el pecho. La morbidez sin rozaduras de su boca en sus pezones y en su vientre. El ritmo lento, acompasado, delicado... Todo era nuevo, sí, pero a la vez extrañamente familiar. Se sorprendió cómoda, confiada. Como si conociera su cuerpo de toda la vida. No había defensas, ni necesidad de controlar. No había condiciones, ni límites... Ni hubo reparo, ni rubor o torpeza al bajarle los vaqueros y el bóxer a Blanca, pues sentía ya aquel cuerpo como suyo, un reflejo de sí misma. Como tampoco los hubo cuando ésta le bajó las bragas, mientras le comía el vientre desde el ombligo al nacimiento del pubis, en un itinerario lleno de cálidas humedades; pues en cuestión de minutos, Lucía traspasó un umbral y se descubrió bailando al mismo ritmo una danza ancestral en la que encajaba perfectamente.

—Dios... —musitaron al unísono, cuando Blanca introdujo los dedos entre sus piernas. Ésta sonrió.

La sonrisa de Lucía fue fugaz, pues todo pasó a un segundo plano. Sólo existía su sexo y la mano hábil que lo acariciaba. Sólo existía la boca de Blanca en su boca, el escorzo poderoso de su hombro tenso al soportar el peso del cuerpo; la dureza de sus propios pezones y el hambre de las caderas que, en su excitación, comenzaron a marcar la cadencia...

Por la respuesta de Lucía supo Blanca que iba demasiado rápido, pero ya era tarde para cambiar el ritmo. Ella prefería alargar las caricias, disfrutar más de la piel, pero la urgencia de su amante le hizo intensificar la presión sobre su sexo. El orgasmo llegó casi en silencio, sin apenas anunciarse, con una ronca expiración que recibió en su boca, pues no había dejado de besarla en ningún momento.

Lucía se abandonó inmóvil a la laxitud durante unos minutos, mientras recuperaba el ritmo normal de su respiración. Después de tanta tensión contenida, el orgasmo la dejó con los miembros blandos y sin fuerza, la mente torpe y confusa. Debería hacer algo por ella, pensó. Bajó la mano por sus caderas, insegura, buscándole el sexo; pero Blanca la detuvo, abrazándola y acariciándole la mejilla y el pelo.

—Shhh. No te muevas, yo estoy bien.

—¿Cómo vas a estar bien? —protestó con la garganta seca y una voz débil y lánguida.

—Estoy bien —dijo con firmeza—. ¿Cómo estás tú?

—Tengo la boca seca... —respondió, intentando tragar saliva.

—Espera, voy a por agua.

Lucía intentó detenerla, pero Blanca ya se había girado y estaba incorporándose de la cama. La vio salir desnuda por la puerta, pasándose la mano por el pelo alborotado. Su cuerpo magnífico, que ahora podía admirar con perspectiva. Si Miguel Ángel la hubiese conocido, pensó, habría hecho una versión femenina de su David... También la podría haber caracterizado como Judith, con una daga en la mano en el momento previo a cortarle la cabeza a un barbudo Holofernes, que aquel día bien podría ser Jorge. La imagen le dejó un regusto de amargura.

Blanca regresó al instante con una botella de agua y un vaso. Lo llenó, sentándose en el borde de la cama, junto a ella, y se lo pasó. Lucía, tras incorporarse un poco, lo cogió y se lo bebió completamente sin pararse a respirar.

—Sí que tenías sed... ¿Quieres más?

Lucía negó con la cabeza. Se sentía expuesta en su desnudez, pero le avergonzaba cubrirse con la sábana. Mientras apoyaba la cabeza en su brazo, dobló la pierna derecha, más próxima a Blanca, ocultando así su sexo en un gesto natural. Blanca aprovechó el movimiento para apoyar la mandíbula en su rodilla, acariciando con la mano la parte superior del muslo, los ojos amables y sonrientes. Lucía miró la habitación, la luz dorada de la tarde de abril que entraba a través de las cortinas. En la pared de enfrente una lámina enmarcada de Alphonse Mucha mostraba una joven desnuda apenas cubierta por un velo, con una bandeja en la mano izquierda y una mirada sensual e insolente. Lucía contempló su rostro.

—¿Estuvo ella aquí también?

—¿Quién? —Blanca frunció el entrecejo.

—La chica del bar —dijo Lucía con timidez. Desde la noche del pub, la duda le había reconcomido.

Blanca sonrió.

—No. No pasamos de unos de besos en el baño —se rio, un poco azorada—. Casi podía ser mi hija... —le dijo, mirándola intensamente.

El móvil de Lucía sonó otra vez y ésta se tensó.

—¿Es tu móvil? —Era una afirmación más que una pregunta.

—Sí, es Jorge. No le he avisado de que no iba a comer —Blanca desvió la mirada.

—Contéstale —sugirió—. Dile que estás en mi casa.

Sí, y que acabamos de hacer el amor. Lucía sacudió la cabeza con rapidez.

—No, luego lo llamo —dijo, mirando hacia la puerta—. De todas formas debería irme... —continuó como para sí, con gesto de preocupación. Blanca la miró con insistencia, intentando ocultar su decepción mientras trataba de averiguar qué le estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos.

—¿Estás bien, Lucía? —le preguntó, poniendo la mano en su vientre, la muñeca rozando levemente su vello púbico.

El gesto le produjo un hormigueo. Desviando la mirada, tras un silencio, le contestó:

—Nunca en la vida le había puesto los cuernos a Jorge. Ni a él ni a nadie. No estoy acostumbrada a esto. No es que me sienta muy bien...

Blanca percibió un halo de reproche en sus palabras. *Como si yo lo practicara todos los días*, pensó con ironía. Se enderezó un poco, retirando la mano del vientre para volver a colocarla sobre la rodilla.

—En los seis años que estuve con Rosa, nunca miré a otra persona, Lucía —le dijo con ojos sinceros y algo sombríos. Lo que no le impidió a ella mirar a todas las que quiso, pensó con amargura—. Nunca he roto nada que no estuviera roto ya.

No se refería a ella, pero Lucía lo encajó como un puñetazo en la boca del estómago.

Tiene razón, mi relación con Jorge lleva meses muerta y no ha sido ella quien se la ha cargado, pensó.

Se sentía culpable, por aquello y por poner a Blanca a la defensiva.

Ante la mirada mortificada que percibió en su compañera, Blanca sintió compasión. Le acarició la pierna con ternura.

—Mira, Lucía —le dijo con tono conciliador. Ésta fijó unos ojos tristes en ella—. Me gustas mucho. —Miró momentáneamente hacia el suelo, buscando las palabras—. Eres una persona inteligente, encantadora, noble... —Bajó la mano de nuevo a su vientre, acariciándolo con el pulgar y con el dorso de los dedos—. Eres preciosa, por dentro y por fuera, y tienes un cuerpo increíble —le sonrió con gentileza—. Me gustas muchísimo.

El corazón de Lucía comenzó a acelerarse, el vientre hormigueándole hasta las ingles.

—Lo último que tenía en la cabeza cuando te invité a subir —continuó—

era llevarte a la cama, y lo último que me podía imaginar es que me llevaras tú —Blanca la miró intensa y largamente, con deseo—. Y la verdad es que, aquí y ahora, no me arrepiento de nada...

Le subió la mano por el interior del muslo, acariciándolo con el dorso sin dejar de mirarla. La respiración de Lucía fue creciendo en agitación. Blanca percibió que sus palabras o sus manos, o ambas cosas, estaban transformando la anterior angustia en excitación.

—Pero no te voy a pedir nada que tú no quieras —concluyó, besándole la rodilla.

Lucía tragó saliva sin apartar la mirada de sus ojos verdeazulados.

Tú también me gustas... Pensó, pero no se atrevió a decirlo.

Le gustaba demasiado.

La mano de Blanca acariciaba ahora la parte posterior de su muslo, desde la corva hasta la nalga. Cada descenso aumentaba su nivel de excitación. En uno de ellos, cerró los ojos y Blanca, al ver su respuesta, demoró la caricia. Le pasó luego los dedos por el vello del pubis, provocándole una rápida inspiración. La mano voló a la otra pierna y descendió por el interior del muslo, para ascender suavemente hasta la ingle, rozando su sexo con el pulgar en el trayecto. Blanca ya no la miraba. Se limitaba a seguir con sus ojos el recorrido de sus dedos, disfrutando la piel y el efecto que estos tenían en su amante, que con los párpados cerrados, se abandonaba a las caricias. Pasó las uñas, sin presión, por el bajo vientre, peinando de nuevo el vello moreno y suave, una y otra vez. Abrió la mano sobre él, mirando ahora su rostro, y la cerró, agarrándolo y tirando de él hasta que Lucía abrió los párpados para mirarla, sorprendida, con una inspiración entrecortada. En ese momento, le pasó tres dedos por los labios y el clítoris y Lucía echó la cabeza hacia atrás, volviendo los ojos al cerrarlos, emitiendo un suave y gutural gruñido. La humedad de su sexo y la imagen le erizaron la espalda y el cuero cabelludo a una Blanca erotizada por la respuesta. Se recostó de lado junto a ella, besándole los senos, sin dejar de estimularla. Lucía volvió la cabeza para buscar su boca y Blanca la besó posesivamente, lascivamente, pasándole la otra mano por debajo de la espalda en dirección a su trasero.

—Levanta las caderas —le dijo con voz ronca. Luego deslizó el brazo izquierdo bajo su cuerpo, hasta llegar a la entrada de la vagina, donde comenzó a acariciarle con la yema de un dedo, superficialmente. La doble estimulación incrementó el nivel de excitación de Lucía, que se agarró al cuello de Blanca, jadeando en su boca. Entonces la penetró, suavizando y

enlenteciendo a la vez la caricia sobre el clítoris, a pesar de la urgencia de su amante, que demandaba más rapidez con el movimiento de sus caderas. Pero Blanca quería alargar el placer. Con la palma de la mano sobre el hueso del pubis, controlaba y contrarrestaba las embestidas de una Lucía que comenzó a gemir y aferrarse a su espalda, los dedos crispados sobre la piel, las uñas marcándola, la boca abierta clavándose sobre el hombro. Así la mantuvo en el borde durante una eternidad, sin bajar la intensidad, pero sin alcanzar el clímax; la columna arqueada, cada jadeo un gemido, perdido todo control de su cuerpo.

—Por favor...—pidió.

Blanca le introdujo otro dedo en la vagina, profundamente, moviéndolos a la par que intensificaba la presión sobre el clítoris con la otra mano, incrementando el ritmo, sudando por el esfuerzo, su propia excitación y el sudor del cuerpo que estimulaba. Lucía llegó al orgasmo con una intensidad brutal, magnificada por el alivio de una tensión que ya era insoportable, e hizo lo que nunca hacía, gritó, aulló como un gato en celo, hasta que, liberada toda la energía, colapsó sobre el colchón, con la cintura dolorida por el arco forzado de la espalda y un zumbido en los oídos, al borde del mareo por una hiperventilación tan prolongada.

Y entonces se sintió gelatina, humo, cuerpo sobre arenas movedizas... Luego se sintió avergonzada, débil, humillada, entre los brazos de una Blanca que la acariciaba, reconfortándola. Y volvió a hacer otra cosa que nunca antes había hecho en aquellas circunstancias. Comenzó a llorar, silenciosamente, imparable, sin control; sin saber cómo ni porqué, sintiéndose absurda y más avergonzada.

Blanca notó la humedad sobre su pecho. Sobrecogida por la intensidad de la emoción de Lucía, sin saber qué decirle, se limitó a abrazarla fuertemente y a acariciarle el pelo y el rostro, limpiándole las lágrimas de vez en cuando y besándole la frente y la cabeza para tranquilizarla. Así estuvieron durante un tiempo incalculable, sin decir palabra, hasta que a Lucía se le vació la mente, como ya antes se le había vaciado el cuerpo.

Capítulo 12

Cuando Lucía salió de casa de Blanca eran las siete y media. Miró el móvil y vio tres llamadas perdidas de Jorge y varios wasaps. Le escribió uno rápidamente. *Perdona, comida de trabajo. Estoy en el cine con Blanca. Luego te cuento*, y silenció el móvil. No se sentía con fuerzas para hablar con él; sabía que notaría algo. Por lo mismo, tampoco podía volver a casa, así que comenzó a caminar por la calle sin saber adónde iba.

Estaba noqueada. Desde el mismo momento en que subió al ático de Blanca había dejado de ser ella misma. No conseguía reconocer a aquella Lucía que se había lanzado ciega a su boca. No era propio de ella. No se reconocía en su pérdida total de control. Se le había ido la cabeza. Le vino la imagen de la espalda de Blanca cuando se levantaron de la cama, tenía marcas enrojecidas a la altura del hombro izquierdo.

Dios, esa no soy yo...

Se pasó la mano por la cara, como queriendo borrarla, pero el olor a champú le revivió la esencia de su pelo mientras le devoraba los pezones. El espasmo que atravesó su vientre fue tan fuerte que se paró frente a un escaparate para recobrase.

No podía quedarse en la calle. Estaba cerca del Madrigal y decidió meterse en el cine. Había sesión a las ocho, una película japonesa de la que ni siquiera se fijó en el título. Sacó la entrada y se introdujo en una sala medio vacía. Se sentó cerca de la pantalla, donde sabía que nadie lo haría con tanto sitio libre; así ni la verían cuando accedieran al cine ni lo harían si miraban hacia atrás. Lo último que deseaba era encontrarse con alguien conocido. Cuando apagaron las luces se relajó en la butaca, cerrando los ojos, agotada física y mentalmente. Al menos tendría hora y media para esconderse del mundo.

Inconscientemente se llevó las dos manos a la nariz, aspirando el perfume que tenía asociado a Blanca. Antes de salir del ático, Lucía había aceptado su ofrecimiento de ducha, pues tenía la sensación de que olía a sexo por todos los poros. Había usado su gel y su champú, y ahora su esencia estaba con ella; y con su esencia, su cuerpo. Y se dio cuenta de que habría dado lo que fuera por estar en aquel momento refugiada entre el hueco de su cuello y de su hombro, como lo había estado antes, mientras se recobraba de las lágrimas. Y le dieron

ganas de llorar otra vez.

Era un desastre. Había engañado a Jorge, se había acostado con su jefa... Nada menos que con su jefa. La había cagado en su casa y en el trabajo. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara esa noche? ¿Cómo iba a volver a mirar a Blanca? Afortunadamente ésta se iba a Barcelona y no volvía hasta el martes; al menos tenía un margen para que las cosas se fueran calmando. Pero Jorge...

Lo peor de todo es que estaba colgada con Blanca. *¿Cómo puedo decir esto, Dios mío?* Pensó, agobiada. Se pasó la mano por el rostro. Sí, se había colado por ella. ¿Cómo, si no, se iba a lanzar de aquella manera? Nunca antes se había sentido atraída de ese modo por una mujer. *¿Seré lesbiana?* Se preguntó. ¿Sería puro y simple morbo? Había tenido uno de los orgasmos más intensos de su vida con una mujer. Eso sí, una mujer muy hábil. Una mujer magnífica, pensó recordando su cuerpo. Una mujer maravillosa, pensó reviviendo su ternura con ella... *Le he puesto los cuernos a Jorge con una mujer, que además es mi jefa.* No quería ni pensar si se enteraban sus compañeros. Volvió a pasarse la mano por la cara.

Intentó huir de su mente concentrándose en la película, pero ya se había perdido la mitad y no se enteraba de nada. De cualquier modo, el pensamiento regresaba a Blanca una y otra vez, como un boomerang obsesivo. Cansada de resistirse se dejó habitar. Se recreó en la suavidad de sus manos al acariciarle; en sus besos, en la sensación de su boca en el vientre, en el descaro de sus dedos... Y tanto su cuerpo como su mente se sumergieron en un letargo sensual, una flojedad llena de abandono. Hasta que se quedó dormida.

Despertó sobresaltada con la luz de las lámparas y el ruido de la gente al levantarse de las butacas. Esperó a que la sala se quedara vacía y luego salió. Se fijó en la cartelera, tenía que memorizar el título por lo menos. Lo pensó mejor y leyó la sinopsis. Miró el teléfono y vio un wasap de Jorge.

“Por fin das señales de vida, pensé que habías perdido el móvil. Me voy de cañas con Manolo”.

Se sintió aliviada; tenía más margen para recomponerse e intentar construir una coartada convincente.

Luego se sintió una mierda.

Cuando Jorge volvió a la casa, Lucía estaba ya en la cama. No eran todavía las doce. Pareció extrañado al verla ya en la habitación, pues solían irse más tarde a dormir. Se metió en el baño y, tras salir, se fue directamente al

dormitorio. Ella, dándole la espalda, ni se movió cuando él se introdujo entre las sábanas.

—¿Estás dormida? ¿Lucía? —insistió.

—Estaba en ello —contestó de mala gana.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?—le preguntó extrañado.

—No, sólo que estoy reventada. Ha sido un día muy largo.

—¿Qué ha pasado? Te llamé a la oficina para ver si estabas allí. —A Lucía se le dispararon las alarmas—. Patri me dijo que librabas y que no sabía dónde estabas.

—Estuvimos de cañas, Blanca y yo, con Alfredo de la universidad, y luego me fui con ella al cine. En el bar no oí el teléfono.

—¿Qué peli habéis visto?

—La del Madrigal. *De tal padre, tal hijo*. Un dramón japonés que no me ha gustado nada, ni siquiera a ti te gustaría; me he quedado medio dormida con las cañas. Tengo la cabeza cargada...

—¿Te has tomado algo?

—No, durmiendo seguro que se me pasa.

Jorge se arrimó a ella y le pasó el brazo por la cintura, acurrucándose contra su nuca. Lucía se tensó imperceptiblemente. Su cercanía le molestaba, le pinchaba. Últimamente ya ni se abrazaban para dormir. Entendió el gesto como consecuencia del alcohol y temió que fuera a pedir algo más.

—Hueles diferente —le dijo él, extrañado, y a ella se le aceleró el pulso. ¿Cómo no había pensado en ello?

—Será el champú... Patri me ha pasado una prueba del suyo. Es una mascarilla para el pelo —dijo evasiva. Después añadió moviéndose incómoda:— Jorge, tengo calor y me duele la cabeza—. Él se separó, molesto por su brusquedad, volviéndose para darle la espalda.

—Deberías tomarte una pastilla —respondió en un tono seco.

Lucía despertó a las cinco y media de la madrugada. Una molestia en las lumbares al cambiar de postura en la cama la había conectado con la realidad. Y la realidad era que tenía la cintura resentida tras el encuentro sexual con Blanca que, lejos de llevarla a revivir el placer, le recordaba su descontrol y la difícil situación en la se había metido. En la oscuridad de la habitación y de su mente, no conseguía salir del círculo vicioso de sus pensamientos, que la castigaban con altas dosis de ansiedad, dudas y culpabilidad. Se llevó la mano

a la cintura y se dio un pequeño masaje, luego se hizo un ovillo, deseando concentrarse y reducirse sobre sí misma hasta desaparecer, como un agujero tan negro como el futuro cercano que vislumbraba desde su angustia.

Dado que le iba a ser imposible conciliar el sueño, sin conciliarse antes consigo misma, y eso en aquel momento parecía impensable, decidió levantarse. Quizá la luz le diera mejores perspectivas. Preparó y enchufó la cafetera, y se metió en la ducha. Si hubiese sido verano, se habría atrevido con el agua fría, el shock le habría venido bien para paralizarle la mente; pero en abril la impresión podría acabar en enfriamiento. Antes de abrir el grifo se llevó el brazo a la nariz, buscando inconscientemente a Blanca en su olor. Apenas quedaban retazos. Cuando el agua resbaló finalmente por su cuerpo, cálida y reparadora, la piel recordó y la trajo junto a ella con toda la fuerza de su presencia, provocando un hondo suspiro que le surgió de lo más hondo del deseo y la desazón.

Capítulo 13

Blanca salió de la central a las tres de la tarde. Había llegado a las doce y media directamente de El Prat para reunirse con la directiva. Después de informar sobre la situación de la oficina de Granada, se emplazaron el lunes para celebrar la reunión anual en la que se estudiaría el informe de tesorería y se abordaría la situación general de la empresa. Estaba agotada. Había dormido poco y sin sensación de descanso, pues la resaca del sexo con Lucía no había dejado de acompañarla en ningún momento durante la noche, y ahora se sentía derrotada entre el agotamiento físico y el vacío mental en que la habían sumido su lucha interna y la reunión.

Ya en la Diagonal, sacó el móvil y llamó a Ariadna. Había hablado con ella cuando llegó al aeropuerto y habían quedado para almorzar.

—Acabo de salir de la oficina. ¿Comemos fuera o en vuestra casa?

—En casa. Marta está preparando unos *fetuccini* a la Marta que te vas a chupar los dedos, dice.

—Seguro que llevan nata...

—Ni lo dudes. ¿Preferías comer fuera?

—No, mejor en vuestra casa. Así descanso algo; he dormido poco y he madrugado. ¿Llevo algo aparte del postre?

—¿Pero traes el postre?

—Sí, desde Granada. Os he traído unos piononos.

—¿Unos qué?

—Piononos. Son unos pastelitos típicos de Granada, una especie de bizcocho borracho con yema o algo así.

—Entonces a Marta seguro que le gustan. Espera. ¡Cari! —La oyó decir— ¿Necesitas que Blanca traiga algo? Ya ha comprado el postre.

—¡Sí! —La escuchó gritar entre el ruido del agua de un grifo—. ¡Una novia! —Blanca rio.

—Ojalá... —contestó con un cierto tono de añoranza—. Ya hubiera querido yo.

—¿Has ligado?! —exclamó Ari.

—¿Qué me dices! —oyó decir a Marta.

—¡Parad ya las dos, que no es verdad! Bueno, no del todo...

—¡Lo sabía! ¿Quién es? —Marta le había quitado el móvil a Ari, entre las

protestas de ésta.

—Qué pesadas... Ahora os cuento.

—No tardes.

Cuando Blanca entró en el piso de sus amigas, ambas la abrazaron y besaron con afecto. Llevaba meses sin visitarlas y, al encontrarse otra vez con ellas en aquel salón donde habían pasado tan buenos ratos, sintió una felicidad inmensa. Casi se le saltaron las lágrimas. Luego pensó que aquello quizá tenía más que ver con la emotividad a flor de piel que le había dejado la tarde con Lucía que con el propio reencuentro.

—¿Cerveza o cava? —preguntó Marta. —Espera, ¿tienes que volver a la oficina esta tarde?

—No, hasta el lunes.

—Vale, entonces cava. Seguro que éste no lo encuentras en Andalucía; nos lo ha dado mi madre —le dijo con un guiño acercándole una copa. Luego se dirigieron a la mesa y se sentaron a comer.

—Blanca, estás muy guapa. —Ari, le pasó una fuente de ensalada para que se sirviera.

—Estás enamorada, seguro... —interrumpió Marta—. A ti el amor te favorece mucho.

—Ya, Rosa me vino muy bien para la línea —respondió Blanca con sorna, pensando en los kilos que perdió en la separación.

—He dicho el amor, no el desamor— replicó, sirviéndose un poco de ensalada en el plato—. Eso le sienta fatal a cualquiera.

—Bueno —intervino Ari—, ¿hay alguien o no?

Blanca apretó los labios y esbozó una sonrisa resignada, mientras intentaba pinchar un tomatito. Luego la miró con cara de circunstancias.

—En realidad no lo sé —respondió.

—¡Qué críptica eres, chica! —Marta comenzaba a impacientarse. Después, observando la silenciosa pelea de Blanca con la ensalada, continuó dirigiéndose esta vez a su pareja—. Ari, te he dicho mil veces que cortes los cherrys por la mitad.

—Si es que son muy pequeños, Marta —protestó.

Blanca rio, tomando consciencia por primera vez de su lucha con el tomate, mientras se preparaba para presenciar el debate de sus dos amigas sobre la conveniencia o no de cortar los cherrys en la ensalada, aliviada por la tregua

que le proporcionaba.

—Blanca, ¿te has acostado con alguien o no? —retomó Marta con impaciencia.

—Tú siempre tan directa... —replicó con un leve tono de reproche. Luego concedió a regañadientes—: Sí, me he acostado con alguien, pero no es nada serio.

—Por la cara que has puesto, diría yo que es más serio de lo que dices —respondió Ari. Blanca se llevó la mano a la frente, rascándosela con nerviosismo, mientras desviaba la mirada.

—Es que es complicado...

Marta la miró pensativa, intentando descifrarla, procesando. Como atando cabos, dijo:

—Te has llevado a la cama a la morena de Granada. ¿Cómo se llama...? —arrugó los ojos, intentando recordar.

Blanca la miró incrédula; la cara le pasó del blanco al color del cherry que poco antes había estado intentando trinchar.

—Lucía... —musitó finalmente—. Y fue ella, más bien, la que me llevó a mí.

—¡Lo sabía! —exclamó y luego se dirigió a Ari apuntándole con el índice—. ¿Te lo dije o no?

—¿A esta bruja tú no le ocultarás nada, no? —interrumpió Blanca mirándola también.

—No me atrevo ni a pensarlo...

Marta volvió a la carga.

—Pero esa chica, Lucía, ¿no tenía novio?

—Esa chica tiene un novio —respondió, enfatizando el verbo— con toda la barba, y nunca mejor dicho.

—¿Y fue ella la que te llevó a la cama, dices? —Ari la miró con extrañeza.

—No literalmente, porque no sabía dónde estaba mi dormitorio; pero sí en teoría, pues fue ella la que me abordó.

—¿Y tú no hiciste nada? —volvió a preguntar, incrédula.

—Yo la llevé a la habitación —contestó con sorna.

—Tonta, me refiero a si tú no hiciste algo para que te abordara.

—Yo me limité a invitarla a almorzar. Castamente, te lo juro.

—¿Y previo a eso? —continuó Ari.

—Previo a eso, nos hemos tomado algunas cañas, hemos paseado, hemos charlado de todo, muy a gusto... Pero nunca me he insinuado con ella, no se me

ocurriría... Vale que veces la he mirado, me gusta mucho —concedió—. Es preciosa, Ari, es encantadora...

—Tiene un novio con barba... —interrumpió Marta parafraseando a Blanca con su mismo tono, mientras le servía la pasta. Esta se molestó.

—Sí, y además es mi empleada —dijo cortante.

—Blanca, tienes una rara habilidad para elegir a las mujeres. Cuanto más guapas resultan, más grande es la complicación. Y esta es muy, muy guapa.

—No estoy saliendo con ella —dijo con sequedad.

—¿Pero te gustaría? —le preguntó Ari con un tono más amable, mirándola fijamente a los ojos. Blanca desvió la mirada y no respondió. Marta resopló, sacudiendo la cabeza.

—No me lo puedo creer, Blanca. Sales de Guatemala y te metes en *guatepeor*. Es hetero, joder, y tiene novio.

—Tengo mis dudas sobre lo de hetero, al menos no me parece que lo sea exclusivamente.

—¿Ha estado con mujeres antes, entonces?

—No lo sé. No hablamos mucho. —La miró cortante—. No hubo tiempo.

La impaciencia de Marta iba en aumento.

—¿Te tocó al menos, te corriste?

—¡Marta! —interrumpió Ari—. ¡Qué burra eres, hija!... —Blanca había desviado la mirada, con el ceño fruncido.

—¿Ni siquiera eso? —continuó Marta, suavizando el tono.

—No, Marta, no la dejé. —¿Qué habría pasado si la hubiera dejado?, se preguntó. Tenía sus dudas—. Lo que sí puedo decirte es que se hartó de llorar después de correrse la segunda vez, para más detalles, puestas a ser francas... —le dijo con una mirada desafiante—, y que sé que no lo hizo por Jorge, ni por arrepentimiento.

Eso lo tenía claro. No sabía el porqué de la reacción de Lucía, pero sentía en las tripas que tenía más que ver con ella que con su novio.

—¿Lloró? —preguntó Ari con curiosidad.

—Bastante.

—¿Y no hablasteis?

—En esos momentos no hablas, Ari. Abrazas... —Calló, no quería dar detalles de un momento que la había unido a Lucía más íntimamente que el propio sexo—. No sé, tengo la impresión de que para ella la experiencia fue muy fuerte. Y lo cierto es que para mí también lo ha sido. Marta —se dirigió a su amiga—, no me estoy montando castillos con esta historia. No espero nada

de ella. Y además está la empresa. No puedo perdonarme el haberme ido a la cama con alguien de mi trabajo...

—Ya lo hiciste con Rosa.

—Es diferente. Nos conocíamos desde el master y ya estábamos juntas cuando nos metimos en la empresa. Lucía trabaja para mí y es muy buena. Ella y Alberto son de lo mejorcito que tenemos, y no hablo sólo de Granada. Lo que más me preocupa es que esto pueda afectar a nuestra relación laboral y a la suya con los compañeros. No quiero ni pensar que puedan enterarse.

—¿Y no te preocupa que pueda hacerte daño?

—Rosa me hizo polvo —dijo enfatizando el nombre—. No creo que nadie pueda hacerme más daño, y mucho menos Lucía.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo sé, Marta. No me preguntes porqué, pero lo sé. Tú que eres tan bruja, ¿no te lo parece a ti?

—No la conozco tanto...

—Pero te diste cuenta de que yo le gustaba o algo así.

—No hacía más que mirarte en el bar, y cuando entraste y te vio se ruborizó. No me pareció que fuera sólo porque eras su jefa. Y tú sabes que yo siempre estoy pensando en lo mismo. —Le sonrió con picardía, sintiendo alivio por la recuperación de la cordialidad en el tono. Había temido que Blanca volviera a cerrarse como solía hacer tras la ruptura con Rosa

—No sé qué va a pasar el martes...

—¿Cuándo os liasteis? —preguntó Ari.

—Ayer por la tarde.

—¡Jesús, chica, lo traes fresquito...! —exclamó Marta.

—¿Habéis hablado después? —Ari seguía escrutándola con la mirada—. ¿Te ha llamado?

A Blanca le regresaron los sobresaltos que sentía cada vez que sonaba el móvil.

—No, no nos hemos llamado. Prefiero que llame ella; imagino que tiene que estar hecha un lío. Me gustaría preguntarle cómo está, pero creo que es mejor dejarle espacio.

—Tú sabrás lo que haces, Blanca, pero guárdate las espaldas. Dudo mucho que esta chica deje a su novio. Lo normal es que esté aterrada por haberse acostado con una tía y salga corriendo —dijo Marta, enrollando la pasta en el tenedor con destreza.

—Puede haber tenido más relaciones con mujeres, ¿no? —Blanca la miró a

la defensiva.

—¿A ti te dio esa impresión en la cama?

No, a ella no le había dado esa impresión. Aparte de lanzarse a su boca, Lucía se había limitado a acariciarle la nuca, las mejillas, la espalda, la cintura... Y, si, le había mordido y arañado los hombros; aún tenía las marcas por la mañana, pero no había pasado de ahí. Blanca tuvo la súbita sensación de que Lucía no se había atrevido a tocarla más íntimamente quizá por timidez. O quizá porque prefería ser tocada... Cuando levantó los ojos hacia Marta, ésta aún esperaba la respuesta, y Blanca no tenía intención de expresarle sus dudas. Se tiró del cuello de la camiseta hacia un lado y le mostró el hombro izquierdo. Aún le quedaban las rojeces provocadas por la boca o los dientes de Lucía.

—¿Eso es de ella? —preguntó Ari sorprendida.

—¡Guao! —exclamó Marta, entusiasmada—. ¡Es una leona! ¡Con lo modosita que parecía!

Blanca sonrió, azorada. Este era el tipo de carnaza que le encantaba a su amiga. El gesto pareció responder satisfactoriamente su curiosidad, pues no insistió en el tema. Ari tampoco se lo permitió.

—Hablando de leonas —interrumpió—. ¿Has hablado con Rosa últimamente?

Blanca frunció el ceño.

—No, desde que me pidió el resto de sus cosas —respondió seria—. ¿Le disteis las cajas? Ni os pregunté...

—Sí, hace ya tiempo. Hemos salido un par de veces con ella.

—¿Con su novia también?

A Blanca le escocía el sólo pensarlo, pero no podía molestarse por ello. Tras romper, les había pedido que no le contaran nada que tuviera que ver con ella, y Marta y Ari lo habían respetado, sirviendo de mediadoras en algunas transacciones violentas entre las dos. No es que Blanca se negara a hablar con Rosa, pero prefería mantener la distancia todo lo posible. El que hubieran sacado el tema la sorprendió, más aún por parte de Ari.

—No, Carla tiene una vida laboral y familiar muy ajetreada —Marta respondió con retintín, no la tragaba. Ari la amonestó con la mirada.

—¿No te comes la pasta? —le preguntó Marta.

—No puedo más, Marti, estoy más cansada que hambrienta. Está buenísima, de verdad, me tienes que dar la receta... A pesar de la nata —apostilló con sorna, ahondando en su broma habitual de que Marta sólo sabía

preparar la pasta con este ingrediente.

—¡Qué pesada eres con lo de la nata, chica!

Se produjo un breve silencio, mientras Marta retiraba los platos.

—¿Cómo está? —Blanca preguntó a Ari con cautela, retomando la conversación con cierto miedo de que la respuesta pudiera hacerle daño.

—¿Rosa? —Tras verla asentir, contestó—. Bien...

—Aburrida —interrumpió Marta, que volvía con los platos de postre.

Blanca la miró con interés, tragando saliva

—La vida familiar no es lo tuyo, ya la conoces... —concluyó.

Blanca siguió observándola, esperando que se explicara.

—La hija de Carla les está haciendo la vida imposible —aclaró Ari—. Lleva fatal la separación de sus padres, y lleva mucho peor que su madre esté con una mujer.

Como si fuera la única con la que ha estado, pensó Blanca, recordando con asco la mirada depredadora de Carla cuando la conoció.

—Ya sabes cómo se las gastan las adolescentes. Dios nos libre... —dijo Marta, abriendo mucho los ojos.

—Quiere irse con su padre, y ni él ni Carla están por la labor —prosiguió Ari—. La custodia la tiene ella y él está encantado. Parece que pasa tres pueblos de su hija. La niña debe ser insufrible, por lo que cuenta Rosa, y mira que no da muchos detalles.

¿No querías sopa...? Blanca se regodeó en la complacencia que le produjeron oír aquellas palabras. No se arrepentía por ello. Le había hecho tanto daño... Después se sintió mal. La necesidad de reparación no era más que un síntoma de que aún no había superado lo de Rosa, y aquel era el punto al que Blanca quería llegar, a que le importara una mierda si rompía con Carla o si se casaba con ella. A que el nombre de Rosa dejara de tensarle hasta el último músculo de la espalda.

Como en un acto reflejo, se estiró en el respaldo de la silla; después intentó relajarse. Estaba tan cansada...

—¿Qué tal si nos comemos los piononos con un café y vemos una peli, y así puedo echar una cabezadita en el sofá hasta roncar?

—¿Para eso vienes a vernos? —dramatizó Marta, suspirando—. Ten amigas para esto...

Capítulo 14

Lucía se dirigía a Plaza Nueva. Era sábado y había quedado con Carmen en la Gran Taberna. No tenía ganas de salir, pero llevaba dos semanas sin ver a su amiga y habían acordado ir de cañas hacía seis días. No se había sentido con fuerzas para llamarla y aplazarlo, pues Carmen se lo habría tomado mal si no tenía una buena excusa, y mentir no se le daba bien.

¿Le habría creído Jorge el jueves? Se preguntó mientras caminaba sin prisa. Apenas si habían cruzado dos palabras desde entonces. La mañana del viernes recibió un mensaje escueto diciendo que se iba a Málaga a ver a sus padres. Estaba molesto. Ella lo sabía y se sentía culpable. Pero también sentía alivio ante la expectativa de un fin de semana sola. Por eso no lo había llamado para preguntarle si estaba bien e intentar suavizar las cosas, y esto, seguro, se sumaría al saco de reproches que estuviera rumiando para ella. Seguía demasiado confusa aún para abordar sus problemas con Jorge. La cuestión Blanca acaparaba toda su atención ahora, o peor, su desatención; pues la tarde con ella le había sumido en un estado de estupor del que aún no se había recuperado. Le costó vida y milagros concentrarse en el trabajo. Afortunadamente no había tenido reuniones con clientes, y la mayoría de sus compañeros estaban fuera; por lo que se había encerrado en el despacho con el ordenador y había evitado cualquier compañía; hasta el punto de que Patri le había preguntado dos veces si le pasaba algo, y tuvo que excusarse de tomar las cañas del viernes por un incipiente dolor de cabeza.

Era el alma lo que le dolía.

Cuando entró en el bar, Carmen ya la esperaba en una mesa. Le dio dos besos y pidió una caña. Quizá si se tomaba cuarenta se le pasaría un poco la congoja, pensó con ironía.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su amiga.

—¿Por qué lo dices?

—Estás seria. Tienes mala cara.

—No es nada. Tengo la cabeza cargada, nada más.

—Tengo paracetamol en el bolso. ¿Quieres uno? —le ofreció.

—No, tengo yo también. No llega a dolor de cabeza. Es que llevo una

semana muy larga...

—¿Seguís con problemas en el trabajo?

—No, para nada —respondió Lucía—. Desde que está Blanca las cosas han cambiado mucho —Y tanto... Pensó—. Ya no hay malos rollos.

—Y del otro ¿qué sabéis?

—Nada. Estamos esperando a que salga el juicio.

—Qué capullo... Lo que no entiendo es que la empresa no se diera cuenta antes de lo cerdo que era —dijo Carmen.

—Porque los números eran buenos, gracias a Alberto y al resto de compañeros, y las medallas se las colgaba él. Hasta Blanca nos pidió disculpas en nombre de la empresa. La pena fue Miguel, que se largó porque ya no pudo soportarlo más, y ese sí que valía. ¡Ahjjj! —exclamó con rabia—, mejor cambiamos de tema porque me estoy poniendo de mala leche.

—Te noto alteradilla de todos modos. ¿Qué te pasa? ¿Jorge?

Lucía desvió la mirada, tomó su cerveza y vació el vaso de dos tragos.

—¿Llenamos? —preguntó. Ante el asentimiento de Carmen, Lucía fue a la barra y pidió dos cañas más. Al sentarse de nuevo, su amiga la escrutó con curiosidad.

—Está en Málaga viendo a sus padres —respondió evasiva, buscando con los ojos al camarero para ver si le servían las cervezas.

—¿Os habéis peleado?

—No, pero no pasamos por nuestro mejor momento, la verdad —dijo sin apenas mirarla—.

—Pero, ¿qué os pasa? —insistió su amiga.

—Pues no sé, Carmen, la verdad. Desde hace ya bastante tiempo tengo la sensación de que vivo con un compañero de piso. A eso se limita la relación que tenemos. —Se interrumpió ante la llegada del camarero con las bebidas y un plato de carne al curri. Lucía dio un trago a su cerveza y comenzó a dibujar líneas en la condensación del cristal del vaso—. Cada vez compartimos menos cosas. Apenas los amigos, nada las aficiones ni los intereses...

—Pero de todas maneras vosotros siempre habéis sido una pareja muy independiente...

—Sí, tan independiente que sólo nos falta un referéndum para separarnos —dijo con una ironía no exenta de amargura. Carmen se rio con ganas de la ocurrencia de Lucía, y ésta terminó sonriendo divertida ante la risa de su amiga.

Es la primera vez que lo hago en dos días, pensó con alivio, pero luego

recordó la tarde del jueves y la sonrisa se esfumó. Frunciendo el ceño se empleó en barrer con el dedo las gotas de agua que descendían por del vaso.

—Estoy hecha un lío, Carmen —confesó finalmente.

—¿Y por qué no hablas con él?

—No tiene nada que ver con Jorge. Bueno, no directamente —aclaró para confusión de su amiga, que la miraba en silencio esperando a que se explicara. Lucía dio otro trago a la cerveza, debatiéndose entre hablar o no. Carmen bajó los ojos para no presionarla, pues intuía su deliberación. Cuando estaba a punto de decirle que no se lo contara si no quería, Lucía habló.

—Le he puesto los cuernos —dijo mordiéndose el labio inferior y observando su expresión de sorpresa.

—Pues para no tener nada que ver con él...

—Créeme, Carmen, mi comedura de tarro no tiene que ver con él. Es más complicado todavía.

—¿Todavía?...

—Todavía —asintió Lucía.

—¿Te has acostado con Alberto? —La observó expectante.

—¿Con Alberto? —sonrió—. No, por Dios... —Luego la miró con intensidad, mordiéndose nerviosamente el labio, dudando, tensa.

—¿No será con Felipe...? —le espetó, incrédula.

Lucía sacudió la cabeza, el ceño fruncido.

—Con Blanca —confesó finalmente.

—¿Con quién?!

Lucía miró tímidamente a diestra y siniestra, temiendo que hubieran captado la atención de todo el bar.

—¿Con quién? —repitió Carmen bajando la voz en un susurro.

Lucía se llevó la mano derecha a la frente y comenzó a frotársela nerviosamente, los ojos cerrados.

—Tía, me dejas sin habla...

—Así estoy yo, Carmen.

—Pero ¿cómo?... ¿Estabas borracha o algo?

Lucía bufó una risa.

—Ojalá...

—No lo entiendo, Luci. ¿Te ha acosado?

—No, Carmen, no —respondió escandalizada. Se recordó lanzándose a su boca en el pasillo—. En todo caso la he acosado yo...

—No te entiendo, Luci —dijo Carmen, escrutándola, incrédula—. Es que

no sé ni qué decirte.

Lucía suspiró, alternando nerviosamente la mirada entre el vaso y su amiga. No esperaba otra reacción, pero en aquel momento no sabía cómo responder ante la confusión de Carmen.

—¿Es serio? —preguntó finalmente ésta.

—Me he acostado con mi jefa. ¿Te parece una broma? —respondió con ironía—. Aunque pensándolo bien, resulta bastante poco serio por mi parte —acabó con amargura.

—Por serio me refería a si estás enamorada o algo...

—¡No! —enfaticó, frunciendo el ceño. Luego pensó en los temblores, en el nerviosismo cuando estaba con ella, en su boca... Se pasó la mano por el rostro—. No lo sé —musitó finalmente.

—Pues sí que es serio... No sabía que te gustaran las mujeres.

—No me gustan las mujeres, Carmen —respondió a la defensiva, mirando de soslayo a la mesa de al lado—. Me gusta Blanca. Nunca me han gustado. Me gusta ella, ella... Creo que me gustaría así fuera una jirafa.

¿Qué estoy diciendo, Dios mío...?

Lucía apuró su cerveza, incómoda, y preguntó:

—¿Llenamos?

—Sí, será mejor —Carmen le hizo un gesto al camarero y pidió otras dos cañas—. ¿Lo sabe Jorge?

—¡No! —exclamó escandalizada.

—¿Y se lo piensas decir?

—¿Cómo se lo voy a decir si todavía no lo he digerido ni yo? Ni siquiera sé lo que siento, y menos lo que siente ella. ¿Cómo se lo voy a decir? ¿Y si le da un atacón de celos y me la monta en la empresa, o se la monta a ella, que es peor?

El camarero se acercó y puso las cañas y la tapa en la mesa. Las dos guardaron silencio, pensativas, mientras bebían de sus vasos.

—¿Qué piensas hacer? —continuó Carmen.

—No sé... Tengo la sensación de que la he cagado del todo; me he acostado con mi jefa. Sólo ha sido una vez, pero qué leches, es mi jefa... ¿Cómo la voy a mirar en la oficina? ¿Y si se enteran mis compañeros? No quiero ni pensarlo. ¿Cómo voy a separar yo este follón de mi trabajo? —Se pasó la mano por la cara, agobiada—. Es que la he jodido, Carmen, la he jodido del todo...

—Tranquila, Luci, las cosas no tienen por qué descontrolarse si vosotras no queréis. Tendréis que hablar y ver en qué posición estáis. ¿Ella está

enamorada de ti?

—¡No! —exclamó, como si el sólo pensarlo fuera una locura—. ¿Cómo va estar enamorada de mí? —continuó—. Dice que le gusto... Pero es lesbiana, joder. Y tampoco quiero yo una relación con ella. —Se figuró con Blanca de la mano y la imagen le devolvió un escalofrío.

Y qué es lo que quiero entonces...

—¿Qué es lo que quieres tú? —le preguntó Carmen, leyéndole el pensamiento.

—No lo sé —dijo mirando hacia un lado con amargura; luego bebió de la cerveza otro largo trago.

—Come algo, que la vas a pillar —la animó su amiga, acercándole el plato de las tapas.

—Es que tengo cerrado el estómago —admitió, forzándose a darle un bocado al montadito de lomo.

—Y con Jorge, ¿qué? —preguntó de nuevo.

—¿Con Jorge? —Suspiró—. Mira, Carmen, sinceramente, si me preguntas hoy, te aseguro que no doy dos euros por nuestra relación. Por muy crudo o frío que resulte lo que estoy diciendo, no deja de ser una realidad como un templo. Con Blanca o sin ella. Nuestra vida de pareja se ha reducido en el último año a la mínima expresión. No paro de darle vueltas. Sinceramente, yo no sería capaz de irme a la cama con nadie si aún sintiera algo por él.

—Pero con una mujer...

—Es Blanca... —interrumpió Lucía.

—Blanca o no Blanca, es una mujer, Luci —le espetó con impaciencia—. No lo entiendo. Tú siempre has estado con hombres, ¿no?

Lucía respiró hondo, pensativa, rascándose la frente, buscando argumentos para hacerse entender frente a la incompreensión de su amiga.

—Carmen, ¿te has emocionado alguna vez después de hacerlo? Quiero decir, estando con alguien en la cama. Quiero decir, ¿has llorado alguna vez? —preguntó nerviosa, a trompicones.

—No te entiendo, Luci.

Ella se frotó la frente con las dos manos, deliberando, dudando.

—Mira Carmen, pensarás que se me ha ido la cabeza con lo que te voy a decir... —confesó, mirándole los ojos para enfatizar su sinceridad—. Te juro que nadie me ha hecho sentir en la cama como me ha hecho sentir ella en una sola tarde. Nadie, ni Jorge, ni siquiera Ángel, y fíjate que estaba colgada de él como una loca.

—No hace falta que me des detalles, ¿eh? —dijo medio en broma, medio en serio—. ¿Te has hecho lesbiana?

Lucía bufó.

—Joder, no es tan simple. —exhaló con impaciencia—. ¿Qué más da, Carmen? Lo que te estoy diciendo es que he tenido una experiencia muy fuerte con una persona que me ha movido todos los cimientos, y que ahora mismo no sé cómo afrontar lo que tengo en ciernes.

Su amiga pareció estar procesando lo que le había dicho.

—¿Y lloraste con ella? ¿Te sentiste mal?

—No lo sé... —Se quedó pensativa, intentando conectar con aquel torbellino de sentimientos—. No sé, creo que ha sido de las pocas veces en las que yo no he dirigido. Quiero decir, yo no sé tú, pero a mí me cuesta perder el control... En la cama, vamos. Es como si mi cerebro monitorizara lo que hago o me hacen. No me suelto. Y el otro día... Se me fue la cabeza totalmente, Carmen. Nunca me había pasado eso, y fue tan fuerte que después me emocioné. Como si tuvieras una compuerta y de pronto estallara y se desbordara todo... No podía parar de llorar. Imagino que fue por tanta tensión acumulada, no sé. —Sonrió como para sí—. Blanca se quedaría alucinada.

—¿Que te dijo?

—Nada. —Luego continuó con timidez—. Me abrazó. Fue... —*lo más bonito que me ha pasado en mucho tiempo*, pensó— ...Un encanto conmigo. —El rubor le hizo bajar la mirada y beber nerviosamente.

En aquel momento hubo un clamor en el bar. La gente miraba hacia la pantalla de televisión, que mostraba muda un campo de fútbol.

—¡Hombre! Parece que ha marcado el Granada... —dijo Carmen echando un vistazo a su alrededor.

—¿Sabes lo que te digo, Lucía? —continuó—. Que por lo pronto deberías hablar con Jorge; daros un tiempo. Seguro que os sirve para aclararos, sobre todo a ti, que creo que eres la que más lo necesita.

Lucía asintió con el ceño fruncido.

—Y respecto a Blanca —continuó—, también deberías hablar con ella y ver de qué va la cosa. Lo mismo ha sido un desliz por vuestra parte, sin consecuencias.

—Ojalá... —Sus ojos se humedecieron y volvió la cara.

Carmen la miró con preocupación, no se le había escapado el gesto de sufrimiento.

—No te lées, Lucía. La vida es demasiado complicada para que la

complicuemos nosotras aún más. Y anda, come, que la estás pillando, te lo noto.

Ella se terminó el montadito, ante la mirada persistente y protectora de su amiga. Luego la vio entornar los ojos, pensativa.

—¿Qué?

—Que aún estoy flipada.

Lucía se encogió de hombros.

—Dímelo a mí.

—¿Has tenido alguna vez ganas de enrollarte conmigo?

—¡Carmen, por favor! —dijo en un tono lastimero.

—¿Qué pasa? Sólo era curiosidad.

Capítulo 15

Desde el mismo momento en que Lucía entró por la oficina, supo Blanca que las cosas no estaban donde las habían dejado. Su mirada huidiza o, peor, la poca disposición de sus ojos a hacer contacto ni una décima de segundo le dejaron claro que Lucía no sólo no estaba en el mismo punto que ella, sino que se encontraba muy lejos de estarlo. Y la cuestión no habría sido más que una anécdota entrañable si lo que Blanca hubiera percibido en Lucía hubiese sido timidez. Lo preocupante fue que era vergüenza y violencia lo que desprendía cada vez que se le acercaba. Recordó las palabras de Marta y sintió un amago de rabia e impotencia. ¿Por qué siempre tenía razón? El tema era que aquella mañana se había dirigido a la oficina con nervios y el estómago lleno de mariposas ante la expectativa de volverla a ver, y después de observar su respuesta y constatar que no tenía intención de cambiarla, las mariposas se habían vuelto de plomo y le estaban envenenando el ánimo.

Pensó que era mejor dejar correr el aire hasta que Lucía se relajara, pero le parecía una estrategia fría que no iba con ella ni con su forma de encarar las cosas, y que además resultaba desconsiderada, pues obviaba los sentimientos de la propia Lucía. Era evidente que no lo estaba pasando bien. Poniéndose en su lugar, entendía que estuviera confusa.

Decidió que tenía que coger el toro por los cuernos y hablar con ella antes de que la relación se enrareciera. Pero una cosa era la intención y otra la ocasión. Durante toda la mañana, Lucía no pareció estar dispuesta a dársela. El trabajo tampoco la favorecía. Se había acabado el período de auditorías en la universidad y ahora estaban preparando el congreso de Bilbao y el curso de Málaga, ambos trabajos de despacho. Pensó que el momento oportuno vendría al salir de la oficina, en el trayecto que compartían de vuelta a sus casas. Mas la llegada de este sólo supuso otra frustración. Lucía le comunicó al salir que se dirigía al Hipercor, donde había quedado con Jorge. La justificación le pareció pobre y forzada, y llegó a la conclusión de que ella no sólo no tenía intención alguna de tratar el tema, sino que rehuía cualquier ocasión que pudiera favorecerlo.

Aquel estado de cosas se mantuvo durante tres días más, hasta que la situación se hizo insoportable para Blanca. Se sentía rechazada por Lucía. Y de la comprensión pasó a la susceptibilidad, y esta acabó con el poco humor

que le quedaba. Decidió que puesto que ella no le iba a dar la oportunidad, tendría que provocarla.

Aprovechando que Alberto no estaba, la llamó para que le enviara los contenidos de su presentación para unirlos a los que ella había elaborado para el congreso. Una vez estudiados, la convocó en su despacho con objeto de que le diese su opinión sobre el modelo que había elegido para exponerlos.

Cuando Lucía entró por la puerta el aire de la habitación se densificó de tal manera que casi costaba respirar. Blanca la miró y la vio tan tensa que pensó que le dolerían todos los músculos del cuerpo.

Después de mostrarle los modelos que tenía de presentaciones previas y escuchar su opinión sobre sus preferencias, decidió abordar el tema antes de que saliera huyendo por la puerta.

—¿Lucía, estás bien?

—Sí, sí, ¿por qué? —respondió a la defensiva.

—Me gustaría hablar contigo fuera de la oficina... —Eludió la materia, era evidente—. ¿Te parece que tomemos un café esta tarde? —concluyó, mirándola, para constatar cómo la expresión de su rostro pasaba de la tensión al pánico.

—Esta tarde no puedo, he quedado —balbuceó por fin, tan torpemente que, aunque fuera cierto, era imposible que resultara creíble.

—¿Mañana entonces? —probó.

—Es que estoy muy liada... —comenzó a excusarse, y Blanca sintió cómo su frustración se tornaba en ira.

—Muy bien, pues hablemos aquí —dijo secamente—. Lucía, llevas toda la semana evitándome. Si algo te incomoda, dílo antes de que esta situación empiece a afectar a nuestro trabajo, como ya ha empezado a hacerlo con nuestra relación en la oficina.

—No, Blanca, es que con todo este lío... —La cara de mortificación de Lucía era una oda a la angustia, pero la jefa no iba a parar hasta poner las cosas sobre la mesa.

—¿Te refieres a nuestro lío? —interrumpió, y pudo ver cómo se ruborizaba y balbuceaba un mísero *no*, para luego volver la cara en un claro gesto de rendición. Blanca mantuvo los ojos clavados en ella, persistentes, sin dar tregua, esperando la respuesta de una Lucía que ya no sabía dónde esconderse. Como un cachorro acorralado, empezaba a dar lástima.

—Blanca, perdona, yo... —comenzó, nerviosa—. No sé lo que me pasó el otro día, de verdad. Yo no soy así, te lo aseguro. —La miró avergonzada.

Por supuesto, todo fue una equivocación, pensó ella con ironía.

—Me equivoqué dejándome llevar de esa manera. No me conozco... — continuó torpemente, eludiendo su mirada.

Blanca habría sonreído por su anticipación de no haberse sentido tan decepcionada. Bajó la cabeza para evitar que Lucía captara sus sentimientos y luego la miró con brevedad.

—Vale —concedió finalmente—. Visto el resultado, tampoco yo debí permitir que sucediera. —A pesar de su intento, no pudo evitar cierto amargor en el tono.

El comentario pareció ser lapidario para Lucía, que fijó una mirada triste en sus manos mientras jugaba nerviosamente con su anillo de oro, regalo de Jorge en su último cumpleaños. Blanca la observó durante unos interminables segundos. Cuando constató que no tenía intención de decir nada más, se movió en la silla y tomó una carpeta de encima de la mesa con la intención de ponerse a trabajar. Lucía vio el gesto y se levantó para marcharse. Se disponía a abrir la puerta cuando se volvió.

—Blanca, de veras que lo siento... —dijo, nerviosa—. Solo espero que esto... —Dudó—. Quiero decir que espero que lo que ha pasado no interfiera... Ya sabes, que no influya en nuestra relación laboral.

La jefa observó la preocupación y la dificultad de Lucía al expresar aquella obviedad y su posterior mortificación, y sintió un palpito de rabia.

—Lucía, sinceramente —dijo mirándola con frialdad—, pensé que tenías mejor concepto de mí.

Blanca vio cómo salía del despacho cabizbaja y oyó cómo, tras hacerlo, se metía en el baño. Sabía que sus palabras la habían dejado hecha polvo, pero no es que ella se sintiera mucho mejor. Apoyó los codos sobre la mesa, exasperada, soltó una larga expiración y cerró los ojos mientras se llevaba los dedos a las sienes y a la frente. Se le había despertado una migraña.

Lucía entró en el aseo de la oficina sintiéndose una mierda y con unas ganas locas de llorar. La semana había empezado mal y estaba acabando mucho peor. Había sido incapaz de manejar la situación desde el principio y ahora se le había ido de las manos para terminar provocando el enfado de Blanca. Porque era evidente que estaba enfadada y decepcionada con ella.

¿Cómo había podido ser tan torpe? ¿A quién se le ocurriría decir lo que le había dicho? Se odiaba. Odiaba su descontrol e incapacidad de enfrentarse a

sus sentimientos, de expresarlos con valentía. Con lo fácil que hubiera sido decirle que estaba hecha un lío. Que tras el encuentro del jueves su mundo había dado un vuelco y estaba tratando de reubicarse en él, con más pena que gloria. Que se sentía atraída por ella, pero que ese sentimiento la aterraba, no sabía bien por qué. Hubiera sido tan fácil sincerarse... Pero no, desde el momento en que la vio en la oficina el martes, había entrado en pánico y su primera reacción fue huir. Tenía la sensación de que la mirada insistente y significativa de Blanca desplegaba un cartel ante sus compañeros, delatando lo que había pasado entre las dos. Temía la perspicacia de Patri y la intuición de Alberto, y ella no quería ni pensar que pudieran captar algo, que se les pudiera pasar por la cabeza. Y ese terror a la posibilidad le hizo rehuir toda ocasión que la facilitara, huyendo así de Blanca, rehuyendo así de sus propios sentimientos. Y ahora, a la angustia de su torbellino emocional, había que añadir la honda desazón que le había producido la respuesta de Blanca a su torpeza, que hacía que se le formara un nudo en la garganta y amenazaba con hacerle perder el control.

Cuando consiguió atemperar el ánimo, salió del baño y se dirigió a su despacho. Patri la abordó antes de atravesar la puerta.

—¿Qué le pasa a Blanca?

—¿Por qué lo dices? —Lucía se había quedado helada.

—Porque acaba de irse a su casa, diciendo que le dolía la cabeza. Y la verdad es que tenía mala cara. ¿Te ha comentado algo?

—No... Hemos estado viendo la presentación para el congreso. Y luego he estado en el baño. Yo también tengo mal cuerpo —se excusó.

—¡A ver si vais a tener un virus!

Sí, menudo virus...

Lucía salió de la oficina con la sensación de que el alma le pasaba un mundo, y de que una garra le apretaba el corazón. Se preguntó quién le habría echado el mal de ojo para llevar más de un año sin levantar cabeza. Sus enfrentamientos con Agustín, su insatisfacción con Jorge, su lío con Blanca... Era como si el mapa de su vida se hubiera alterado y nada pareciera estar donde debía. No hacía más que dar vueltas sin rumbo por sus propios entresijos.

Echó de menos a su tía. Tenía la habilidad de ir al núcleo de los problemas por muchos adornos que tuvieran; y ella tenía la sensación de que todo lo que

le estaba pasando no era más que la humareda de un incendio más profundo. Si no conseguía controlarlo, acabaría por consumirla.

¿Qué había en su cabeza que la llevaba a actuar como si no tuviera cerebro? Su madre siempre le decía que su carácter la iba a perder. Y fue este el que dictó el guion de su relación laboral y personal con Agustín, llevándola de enfrentamiento en enfrentamiento con el consiguiente desgaste. Y ahora que todo parecía haberse estabilizado e ir sobre ruedas, al menos en su trabajo, ella iba y la jodía —nunca mejor dicho—. ¿Qué había sido de su sentido común? ¿Por qué esa manía de complicarse la existencia últimamente?

Lo que le había hecho a Blanca no tenía ni pies ni cabeza. Se le había lanzado como una perra en celo para luego salir corriendo con el rabo entre las piernas. Volvió a ver la expresión de decepción de su jefa y se le disparó la pesadumbre y la rabia contra sí misma. Y así llegó a su casa, para encontrarse a un Jorge con una cara de disgusto que le llegaba al pecho.

La guinda que le faltaba a mi pastel de mierda, pensó con amargura, pasándose la mano por la cara en un gesto de infinito cansancio.

Jorge. Apenas habían hablado desde que vino de Málaga y seguía como parecía haberse ido: molesto. Sí, molesto era como él estaba con Lucía. Y, sí, molesta era como ella sentía, cada vez más, su relación con Jorge.

Mientras se cambiaba de ropa, apareció por la puerta del dormitorio con dos camisas blancas arrodaladas con distinta intensidad de morado. Se las expuso, clavándole una mirada de fuego.

—¿En qué cojones estabas pensando esta mañana? —le dijo, elevando una voz llena de resentimiento.

Lucía lo observó sorprendida. Luego, muda, cerró los ojos y se le volvieron en las cuencas al comprender. *Mejor no quieras saberlo*, pensó, dejando escapar un suspiro de impotencia, antes de abrir la boca para disculparse.

—¡Era mi mejor camisa, joder! —interrumpió él, sacudiéndola en su dirección—. ¡Me costó una pasta en Barcelona!

Sí, para esas pijadas siempre tienes pelás, se tragó con acritud.

—Perdona, te juro que no me he dado cuenta al meter la ropa... —comenzó a justificarse—. A lo mejor en la lavandería...

—¡Esto ya no vale ni para un puto pies negros, joder! —interrumpió, arrojando las camisas al suelo con toda la rabia acumulada mientras salía por la puerta.

Lucía apretó los ojos con impotencia, luchando por enfriar el pozo de ira

que se le estaba formando en el mismo centro de su frustración. Terminó de cambiarse y se dirigió al lavadero. En el trayecto Jorge la abordó de nuevo.

—Yo no sé lo que te pasa últimamente, pero yo ya estoy hasta los huevos, Lucía. ¿Todavía me estás castigando por lo de Barcelona? —le increpó.

—¡Joder, Jorge! ¡Es la primera vez en mi vida que me pasa esto! ¡No lo he hecho a propósito, coño! —se defendió, conteniendo la rabia mientras salía al lavadero para ver lo que temía: toda la colada teñida de diferentes tonos de morado. Aún estaba en el barreño sin tender. La camiseta púrpura causante del desastre sobre la puerta del tambor de la lavadora. ¿Cómo había estado para no verla? Debió colársele oculta entre las sábanas... Examinó la ropa. Estaba para ponerla en lejía; la que se pudiera poner, claro. Cogió su camisa blanca estampada. Esa no, ni su pantalón beige, ni parte de su ropa interior...

Jorge atacó de nuevo.

—¡Llevas más de una semana en tu puta bola, pasando de mí como si fuera un apestado, y yo estoy hasta los huevos! ¡Y ahora esto!

A Lucía el pozo de ira acumulada, ya caliente por lo que le tocaba, se le inflamó de golpe.

—Te he dicho mil veces que no metas la ropa de lavar a mano en la canasta. ¡Mil veces te lo he dicho! —estalló, apuntándole con la camiseta—. ¡Pero tú no sabes leer una puta etiqueta!

—¿Y tú no tienes ojos para distinguir el blanco del morado? ¡Vete a la mierda, Lucía! —gritó.

Jorge volvió a la cocina y ella se quedó frente al barreño, paralizada por la intensidad de la rabia, que le hacía respirar agitadamente. Luego, como si el calor generado por esta hubiera derretido el mismísimo Polo Norte sobre su cabeza, salió del lavadero y fue a buscarlo.

—¿Sabes lo que te digo, Jorge? —le habló con una calma afilada como una esquirla de hielo—. Que te vayas *tú* a la mierda y allí pongas *tus* propias lavadoras.

Jorge la miró intensamente, intentando interpretar el verdadero sentido de sus palabras, y ella le mantuvo la mirada con determinación, ratificándosele por si le quedaba alguna duda. Tras unos segundos mudos que pesaron como siglos y que parecieron congelar toda la estancia, Jorge salió como una exhalación de la cocina, cogió una mochila del armario de la entrada y se metió en la habitación. Luego pasó por su estudio y por la sala. Cogió su móvil y la tablet, se cargó la mochila al hombro y se marchó sin apenas dar un portazo.

Ella, que se había sentado en el sofá, permaneció como estaba, con la mirada perdida en el televisor apagado; el hielo bloqueándole aún el cuerpo y su capacidad de reacción.

Bravo, Lucía, has tenido la rara habilidad de cargarte en un mismo día una colada entera y la relación con las dos personas que más te importaban.

Se dejó caer hacia un lado del sofá, mientras unas lágrimas lentas le bajaban por el puente de la nariz y la mejilla.

El hielo había comenzado a derretirse.

Capítulo 16

—¿Qué tal por África? —preguntó Marta aparentando despreocupación.

Le habían estado mandando varios wasaps durante la semana, a los que Blanca había respondido con evasivas al principio y a los que luego hizo caso omiso. Y aquello, teniendo en cuenta la perspicacia de sus amigas, había sido como pulsar las alarmas con toda su intensidad. A las dos de la tarde había recibido la primera llamada de Marta. No estaba en condiciones de responder. Eran las cuatro cuando sonó de nuevo el teléfono, y a Blanca el dolor de cabeza aún no le había remitido totalmente, pero decidió contestar antes de que sus amigas comenzaran a preocuparse.

—Si te oyeran por aquí, con el cariño que nos tienen a los catalanes... —Le dijo un poco molesta.

—Yo puedo permitírmelo, soy charnega.

—Con más razón entonces.

—¿Qué te pasa? —Marta fue al grano.

—Nada, que tengo una migraña desde esta mañana.

—¿Te han vuelto otra vez? —el tono era ahora de preocupación.

—Bueno, hacía meses que no me daba una.

—¿Qué le pasa? —Oyó preguntar a Ari a través del teléfono.

—Que tiene una migraña —le respondió. El sonido de un clic, poco después, le anunció que Ariadna había cogido el otro inalámbrico.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó directamente.

—Nada, mucho lío en el trabajo.

—¿Qué más? Eso no explica que no hayas contestado a nuestros wasaps. ¿Qué tal con la Miss España?

Blanca no tenía ganas de hablar del tema, pero sabía que no podría eludirlo ante sus amigas mucho tiempo más.

—No hay *tal*...

—¿Habéis hablado? —inquirió Ari con impaciencia.

—Sí... —comenzó a responder, lacónica.

—Y seguro que te ha dicho que lo siente mucho, que lo pasó muy bien, pero que ella no es como tú, y se ha vuelto con su Becquer —interrumpió Marta.

—¿Con su quién? —preguntó Blanca, fastidiada.

—Con su novio —aclaró—. Se parecía a Gustavo Adolfo Becquer.

—¿A Becquer? —exclamó su compañera con un bufido—. Cari, ¿estás segura que viste al mismo chico que yo?

—No, no me ha dicho eso —cortó Blanca con sequedad.

—¿Qué te ha dicho, pues? —Ariadna suavizó el tono, sabía que Marta le había molestado y que no quería hablar.

—Nada, apenas hemos cruzado palabra. Creo que está confusa y ha salido por la tangente. Dice que se ha equivocado, pero lo que yo pienso es que está aterrada.

—Y tú vas a esperar a que se le pase el miedo y se eche a tus brazos otra vez...

—Yo no voy a esperar nada, Marta —interrumpió malhumorada—. Estoy harta de decepciones.

—Ya te lo dije. ¿A quién se le ocurre liarse con una hetero? Y con novio además.

—¡Marta! —censuró su compañera.

—Vale, tenías razón —respondió Blanca con acritud—. Puedes hacer una convocatoria pública de lesbianas del Estado español para que me lapiden en la Plaza de Catalunya. —Se hizo un silencio en el auricular—. Mirad, me duele mucho la cabeza, voy a colgar.

—¡Espera, espera Blanca, por favor! —rogó Ari—. Marta, cuelga el teléfono.

—He sido yo la que ha llamado —protestó ésta.

—¡Marta, por favor!

Blanca escuchó la diatriba de su amiga antes de oír el click de la desconexión del aparato. Estaba enfadada y esto la malhumoró aún más.

—Mira Ari, no tengo ganas de hablar, de veras. Luego te llamo...

—Espera, dime al menos cómo estás —insistió.

—Pues ahora mismo cabreada y con dolor de cabeza.

—¿Has discutido con Lucía? —Probó Ari.

—No ha hecho falta. Me ha dejado las cosas muy claras.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

Blanca suspiró, no le apetecía entrar en el tema, pero su amiga sabía cómo tirar del hilo.

—Que se ha equivocado, que ella no es así, y supongo que ahora estará con su Becquer. Dile a Marta que ha acertado en todo, menos en lo de que se lo ha pasado bien —respondió con ironía.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Más o menos, sí.

—Vale, ¿y tú qué has visto? —insistió.

—Pues lo que yo he visto es que está muy avergonzada, y eso para mí ya es suficiente.

—Pues lo que yo veo es que ella está acojonada y tú estás muy susceptible —dijo su amiga, concluyente.

—No quiere ni mirarme, Ari. Ha sido muy frustrante para mí.

—No creo que lo esté pasando bien...

Estoy de acuerdo —interrumpió Blanca—, pero tampoco es agradable sentirse rechazada, o que has sido parte de un experimento. Lo peor es que se ha cargado la relación que teníamos antes. Costó llegar a ella, pero a mí al menos me gustaba.

—¿Te refieres a Lucía? —malinterpretó a propósito.

—Me refiero a la relación, pero vale también para ella. Eres perversa, Ari —dijo sonriendo.

—¿Estás muy colada?

—No estoy *muy* colada, pero después de la tarde que pasamos me había ilusionado un poco. Ahora no puedo evitar sentirme utilizada.

—Pues si es tan falsa...

—No, Ari, no —interrumpió—. Te aseguro que Lucía no es falsa. Eso es lo que no consigo entender. Es una de las personas más transparentes que he conocido nunca. Es transparente a su pesar. Por eso sé que ahora está avergonzada y que lo está pasando mal, y por lo mismo sé que lo que vivimos juntas fue muy intenso y que fue verdad. Estoy segura de que no estoy adornando nada —insistió—. Es más, sigo teniendo la sensación de que está enamorada de mí y que no se lo permite.

—Eso es peligroso, Blanca. Tanto si son imaginaciones tuyas como si es cierto.

—Lo sé. Es como meterse en un campo lleno de zarzas...

Y pretender salir sin un rasguño, pensó luego, pero no dijo nada.

—¿Estás enamorada de ella? —El tono de su amiga era cómplice y conciliador. Blanca guardó silencio durante unos segundos.

—No lo sé, Ari...

A ésta no pareció tranquilizarle la respuesta.

—Ten cuidado, Blanca. Apenas se te han cicatrizado las heridas que ya tenías, no te abras otras nuevas.

Cuando Blanca colgó el teléfono fue a la cocina. No había comido nada desde el desayuno y, a pesar de que no tenía hambre, pensó que un chai no le vendría mal. Lo preparó mecánicamente sin apenas reparar en lo que estaba haciendo. Tenía la mente llena de imágenes de su conversación con Lucía, no podía quitársela de la cabeza. Ahora, además, se mezclaban con retazos de la charla con sus amigas. Tendría que disculparse con Marta, por su bordería, pero también estaba harta de que la juzgara siempre por sus relaciones. Ya tenía una madre suficientemente crítica como para tener otra entre sus amigas. Bastante mal se sentía ella para que además le echaran sal en la herida.

¿Cómo hacerles entender lo que había vivido con Lucía? Era tan privado, tan personal... Era difícil expresar con palabras lo que habían compartido aquella tarde. Porque tenía la certeza de que había sido mutuo, de que no se trataba de una ilusión ni de un engaño del deseo. La desnudez de Lucía no fue sólo física, descubrió en ella matices que nunca hubiese soñado conocer y tenía la sensación de que habían sido veraces.

Como veraz había sido su sentimiento de vergüenza y su mortificación aquella misma mañana.

Blanca se sentó en la silla de la cocina, abatida. El proceso de mentalización que se había impuesto para no hacerse ilusiones con Lucía después de su encuentro no le había evitado la profunda decepción que había sentido ante su rechazo. Y se preguntó en qué había fallado. No necesitaba una Marta para advertirle de las dificultades que podría conllevar involucrarse afectivamente con una persona como Lucía: heterosexual, con pareja estable, y empleada suya, además. Se había rendido a su impulsividad sin defensas ni salvoconductos, en un exceso de confianza provocado por el escepticismo emocional que le dejó su naufragio con Rosa. Y lo cierto era que la intensidad del encuentro había desbloqueado la maquinaria de su afectividad, ya engrasada por la propia complicidad con Lucía, y el corazón había comenzado a latirle de nuevo después de casi dos años congelado. Y a pesar de todo el derroche de consciencia, el sentimiento le había cogido desprevenida. No, pensó, fue Lucía la que le había cogido desprevenida desde el mismo momento en que se había despojado de su ropa y se había entregado libre, sin doblez; como si ya se hubiesen conocido en otra vida y su unión fuese la consecuencia lógica de sus respectivas existencias. Lucía había tocado, quizá sin pretenderlo, las cuerdas que sostenían su alma y, para sorpresa de Blanca, el sonido que emergió había sido armónico.

Desde aquella perspectiva no había sido clara con Ari al expresar sus sentimientos por ella, pues no hay amor sin armonía. Y desde aquella misma perspectiva, Blanca tenía razón respecto a Lucía, pues era difícil inspirar armonía sin al menos un poco de amor. Por eso, lo que más le había sorprendido fue que, a pesar de aquel contexto, su actitud terminara siendo discordante y esquiva. Recordó la advertencia de Ari y pensó que tal vez esta había llegado demasiado tarde.

O que tal vez ella había ido demasiado lejos.

Quizá ya esté enganchada en las espinas del zarzal...

Capítulo 17

El transcurso de las primeras semanas de mayo no ayudó a Lucía a salir del torbellino emocional en el que se había sumido tras su encuentro sexual con Blanca y el posterior desencuentro con Jorge, pero contribuyeron a clarificar la situación de las respectivas relaciones. Si bien no había sido este un mérito que ella pudiera atribuirse.

La ruptura con Jorge se hizo efectiva seis días después de su enfrentamiento con una visita del joven que propició una conversación que Lucía hubiera deseado haber tenido mucho tiempo atrás. Quizá no tanto por el resultado como por el tono y la sinceridad de sus posturas. En definitiva, Jorge llevaba una larga temporada desencantado con ella. El período en Barcelona le había ayudado a darse cuenta de que no sólo no la necesitaba, sino que, además, se había sentido liberado sin ella. La actitud esquiva de Lucía y su posterior confrontación no habían hecho más que poner el colofón a una historia sobre la que él ya sólo sentía desapego.

A pesar del paralelismo con sus propios sentimientos respecto a la relación y el alivio que le suponía la ruptura, Lucía no pudo evitar el escozor en su orgullo. Jorge había verbalizado lo que ella llevaba sintiendo meses, pero la determinación de sus palabras y la ausencia de lamento alguno en ellas le hirieron su amor propio y la llevaron a ser tanto o más fría que él al expresar su proceso. Por supuesto, no se quedó sin decirle lo decepcionada que estaba por haberla dejado tirar del carro de su relación sola, cuando él parecía tenerlo tan claro desde hacía tanto tiempo, y para su propia sorpresa se oyó preguntarle si había habido alguna mujer en Barcelona; a lo que Jorge respondió con un lacónico no, que ni convenció a Lucía ni le resolvió la duda que al momento le había surgido de si la había ya en Granada. A ella, por su parte, apenas le dio tiempo de temer la contra pregunta cuando ya estaba formulada.

—¿Y tú? ¿Hay otro tío?

El tono chulesco con el que lo había dicho, ya fuera porque le había molestado la cuestión o porque quisiera responder a su desconfianza con desconfianza, evitó que la primera reacción de Lucía pudiera ponerla en evidencia. Todo lo contrario. Lo había mirado y le había dedicado una fugaz sonrisa de ironía, y había negado con la cabeza, apretando los labios sin

apartar los ojos de él. Efectivamente, no había ningún otro tío en su vida; había una *tía*. O, peor, *había habido*.

La sinceridad de su mirada pareció convencer a Jorge, más aún por lo irónica, pero la tristeza que al final le habían transmitido sus ojos le había dejado confuso, haciéndole bajar la cabeza. Lucía leyó cierta culpabilidad en su gesto, quizá por haberle hecho la pregunta en ese tono o haber dudado de ella, y al momento sintió lo mismo que él y no pudo evitar bajar también la mirada.

¿Qué le iba a confesar? ¿Qué le había puesto los cuernos con su jefa? Vistos los sentimientos de Jorge, su desliz no había influido en el curso de su relación, excepto quizá para precipitar el resultado. Y visto el propio resultado del desliz, tampoco era algo de lo que pudiera orgullecerse. Ya ni tenía sentido contarle ni tenía ovarios para hacerlo. Y más aún con aquel pálpito de que él también le ocultaba algo.

No dejaba de ser paradójico. Sus sentimientos eran un reflejo idéntico de los del otro, al menos en cuanto a su relación, y aun así parecían encontrarse ya a años luz de distancia. La constatación de este hecho la dejó deprimida.

Jorge le comunicó su intención de compartir piso con un colega de Manuel, y que en los próximos días se llevaría sus pertenencias de la casa. Quedaba por decidir qué harían con las cosas que habían adquirido los dos. Lo habían aplazado para después de la instalación de Jorge en su nuevo domicilio con objeto de determinar qué le haría falta a cada cual y quién se quedaría con qué. El nuevo piso estaba amueblado, por lo que la decisión podría alargarse. También le expresó que llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de irse de Granada, quizá a Barcelona, dónde había hecho algunos contactos, o a Madrid. Lucía entendió los motivos. Desaparecido el vínculo afectivo, sólo quedaba el laboral, y la perspectiva en Granada no era precisamente halagüeña.

La definitiva ruptura con Jorge le había dejado a Lucía un sabor agridulce. Al primer sentimiento de alivio provocado por la necesidad de poner su vida y sus emociones en orden, y al soplo de libertad que había respirado tras zanjar su relación con él de un modo tan consensuado, les siguió la melancolía. Todos aquellos años de convivencia para terminar como extraños. El sentimiento era descorazonador, como la sensación de pérdida, por mucho que ésta se hubiese fraguado meses atrás.

El hecho de que Jorge hubiera dejado de quererla comenzó a pesar más que

su propio desafecto por él. Su fiasco con Blanca había acentuado la sensación de fracaso, y en aquel contexto todo parecía confabular para hacerle sentir que su vida afectiva era un desastre, provocada por su propia incapacidad para saber lo que quería. Así, en las semanas que siguieron a la ruptura, Lucía se sumió en un caos emocional, potenciado aún más por la evolución de su relación con Blanca, pues ésta, a su pesar, no terminó por definirse según el mejor de los augurios.

Y es que, tras la fría charla que mantuvieron en el despacho, Lucía percibió un cambio de su actitud respecto a ella. Si bien el trato, cuando se producía, era correcto, Blanca lo evitaba. Y no es que ella lo propiciara precisamente, culpable como se sentía por el devenir de los acontecimientos, pero era evidente que éste se había reducido a lo estrictamente necesario en la oficina. La situación se mantuvo así durante las primeras semanas de mayo y luego derivó en indiferencia. Blanca dejó de evitarla. La trataba como a una más, pero aquella chispa que antes se producía cuando la miraba había desaparecido. Era como si hubiera erradicado todo lo que había singularizado su relación en los últimos meses y ahora sólo quedara lo estrictamente laboral. De algún modo, eso era lo que Lucía le había pedido, pero la intensidad del sentimiento de pérdida la sobrecogió. Allí estaba ella, sin la presencia de un Jorge que le pudiera provocar remordimientos, sin el interés de una Blanca que pudiera presionarle en la oficina, con todos los condicionantes de su vida reubicados en su mente según el orden que su conciencia le dictaba... Y tan profundamente insatisfecha.

Y allí estaba Blanca. Magnífica, ecuánime, indiferente... Tan indiferente.

De la culpabilidad pasó a la frustración y de ésta, al resentimiento. Y el cóctel devino en amargura y le agrió el carácter. Su malhumor no tardó en manifestarse en la oficina, y del mismo a la confrontación sólo había un paso.

Tres semanas antes del congreso Alberto entró en la sala cuando llevaban varios minutos tomando café. A Lucía le sorprendió que llegara tarde y con una evidente cara de cansancio.

—Tengo a mi suegra en urgencias desde ayer —dijo él mientras se servía una taza.

—¿Qué le ha pasado? —se interesaron al unísono.

—El corazón... Le tienen que poner un marcapasos.

—¡Vaya por Dios!... —lamentó Patri.

—No te preocupes, es una intervención que no suele tener complicaciones —aseguró Blanca—. Mi padre lleva dos años con uno y hasta el momento todo ha ido fenomenal.

—Sí, eso nos han dicho los médicos. El problema es que no tienen hueco para la operación hasta la primera semana de junio, por lo que me temo que no voy a poder ir al congreso —dijo mirándola con cara de preocupación.

—Eso no es problema, Alberto —añadió Blanca, tranquilizadora—; si no puedes ir ya haremos nosotras tu parte en la presentación. Mi interés en que estuvieras era porque te resultaría una experiencia muy enriquecedora, y dado que Lerma os la ha negado siempre, esta era una buena oportunidad.

Lucía percibió la cara de contrariedad de Alberto, que hacía juego con la suya y deseó estar en su lugar, y no por razones altruistas. La perspectiva de pasar dos días y medio sola con Blanca le había llenado de ansiedad.

—Patri, llama luego al hotel para anular la reserva —prosiguió la directora.

—Podría ir Felipe... —interrumpió Lucía, viendo quizá una luz en su túnel.

—No, no, no, no, no, morena —se defendió rápidamente su compañero—. A mí no me vas a poner a hablar delante de tanto sabelotodo de la excelencia. Se te olvida que yo no he preparado nada, y que además tengo visita en el Ayuntamiento de Nerja —concluyó, levantando el dedo índice.

Lucía captó de soslayo la mirada interrogante de Blanca, y al momento se sintió expuesta y ridícula.

—Pues ya va siendo hora de que se te quite el miedo —dijo con acritud, enfadada más consigo misma que con él.

—A tu artista voy a tener que decirle yo algo, que te tiene con la malafollá subida últimamente —dijo Felipe medio en broma, medio en serio, tratando de limar asperezas.

—Jorge y yo lo hemos dejado —respondió secamente, cortando a su compañero y sorprendiendo a los demás.

—Lo siento... —añadió él, consternado.

—No hace falta, tú no tienes la culpa —dijo átona, mientras cogía su taza y se dirigía a la pequeña cocina para limpiarla.

—¡Joder, no tenía ni idea! —Felipe estaba compungido—. ¿Tú sabías algo? —se dirigió a Patri.

—¡Qué va! Me he quedado alucinada. Estaban tan bien...

—No estaban tan bien —aseveró Alberto—. Ahora entiendo lo rara que ha estado estos días —dijo mirando a Blanca, esperando quizá a que ratificara su

impresión.

Pero ella se había quedado sin habla. La afirmación de Lucía la había golpeado como una bofetada, dejándola sin reacción. El primer fogonazo de alegría le había durado décimas de segundo, ahogado por el peso de la culpa, pues estaba segura de que, de alguna manera, algo había tenido que ver en la ruptura. ¿Cómo interpretar, si no, su actitud con ella? De la violencia y la vergüenza tras su conversación, Lucía había pasado a minimizarse hasta casi la invisibilidad; como si, ante la imposibilidad de desaparecer de su vista, intentase reducirse al máximo en su presencia. Pero esto había durado lo que la propia contrariedad de Blanca respecto a ella. Luego, los últimos días — como al principio de conocerla—, sólo había notado frialdad en su trato, con la diferencia de que ahora iba acompañado de algo parecido a la insolencia; de tal modo que su presencia en unas semanas había pasado de ser casi transparente a ser demasiado evidente. Y a pesar de que su conciencia le decía lo contrario, Blanca no pudo evitar vincular aquella transformación con la ruptura e interpretar el cambio de actitud de Lucía como resentimiento por el papel que ella podría haber tenido en la misma.

Y lo que vino momentos después sólo corroboró su teoría.

La agria confesión de Lucía había dejado un ambiente taciturno a la hora de la reunión de coordinación que tenían aquel viernes. Blanca iba a comunicarles la propuesta de la central de impartir cursos de excelencia para la siguiente temporada, destinados a empresarios de la hostelería. Era un producto que en Barcelona había tenido una acogida aceptable, y pretendían extender la experiencia desde Granada a Andalucía. La directora expresó la idea a los compañeros y la respuesta de Lucía no tardó en llegar.

—Ese producto no tiene futuro aquí —dijo tan tajante que todos la miraron sorprendidos. Blanca esperó a que se explicara—. En Granada no se van a gastar un duro en este tema.

La directora la observó con cara de perplejidad.

—No tengo que recordarte que ya lo están haciendo...

—No puedes comparar la universidad con las empresas hosteleras — interrumpió, desafiante—. La excelencia ha tenido proyección en la universidad desde el momento en que la Junta de Andalucía la vinculó con la productividad. Los hosteleros no se van a gastar un duro más en esto, no tienen la cultura de calidad que ha terminado desarrollándose entre el personal de las

universidades. Y además esta es la tierra del *chavico*.

Blanca no entendió la expresión, pero sí captó la idea, y su poca predisposición a implicarse en el tema.

—No me refería a las universidades cuando he dicho que ya lo están haciendo, y los cursos no están proyectados sólo para Granada. La idea es publicitarlos también en Málaga y Sevilla, por lo pronto. Y me gustaría que participaras en la planificación y en la adaptación de los materiales —dijo mirándola fijamente, dejando clara su decisión. Al momento vio como a ella se le endurecía la cara.

—Las empresas no son mi especialidad... —comenzó a protestar.

—Ya lo sé, Lucía —interrumpió Blanca, conciliadora—, y no te estoy pidiendo que te impliques en las auditorias ni en las visitas. Tu didáctica es excelente y la necesitamos para impartir los cursos.

—Alberto y Felipe son los que más controlan sobre este tema...

—Alberto también va a estar, y yo misma —interrumpió ella en un tono más cortante del que hubiera pretendido. La reticencia empecinada de Lucía había empezado a impacientarla—. Sólo te estoy pidiendo que colabores con nosotros; no es muy diferente a los cursos que das en la universidad.

Lucía pareció recibir sus palabras como un responso y guardó silencio, su orgullo visiblemente herido.

El posterior desarrollo de la reunión en un tono más amable no consiguió sacar a Lucía de su mutismo y, tras la finalización, Blanca se quedó preocupada. Lo que tanto había temido se estaba produciendo. Las consecuencias de su aventura inconsciente habían comenzado a afectar al clima laboral. Tenía que tratar de suavizar y solucionar las cosas con Lucía antes de que esto fuera a más. La perspectiva del congreso de Bilbao en aquellas circunstancias, y sin la presencia de un Alberto que armonizara el ambiente, podía ser un infierno. Le vino a la cabeza el hotel.

Al menos tenemos habitaciones separadas.

Cuando levantó la vista de la carpeta que había recogido de la mesa de juntas con la intención de volver a su despacho, se topó con la mirada de Alberto, que aguardaba de pie frente a ella. Se habían quedado solos tras salir el resto de los compañeros de la sala. Ella se la mantuvo algo inquieta, tenía la sensación de haber sido descubierta in fraganti.

—¿Qué piensas, Alberto? —le preguntó un poco nerviosa.

—No se lo tengas en cuenta, Blanca. Se nota que Lucía lo está pasando fatal con lo de Jorge. Nunca la había visto tan tensa desde Agustín.

Ella hizo un rápido gesto de negación con la cabeza, quitándole importancia. Luego, tras verlo salir por la puerta, se dejó caer otra vez en la silla.

Capítulo 18

—Nos vamos a comer una leche con esos cursos —dijo, sin levantar la vista del teclado del ordenador.

—No exageres, Lucía, eso no puedes saberlo. En Cataluña están funcionando bien —respondió Alberto con tono amable. La había abordado en su despacho el lunes siguiente a la reunión, aprovechando que estaban solos, pues ella seguía contrariada y susceptible.

—Ya lo verás. Y lo peor es que yo voy a tener que dejarme los cuernos haciendo los materiales. Como si no tuviera ya suficiente con el congreso, el curso de Málaga y lo que salga después —se quejó, visiblemente irritada. Él guardó silencio, y Lucía entendió que se había sentido aludido por lo del congreso.

—La presentación está más que terminada, y a mí ya me gustaría poder ir...

—Alberto, no quería echarte nada en cara, bastante tienes tú con lo de tu suegra —se disculpó—. Es que estoy bastante agobiada...

—Ya lo sé, Lucía —dijo él, conciliador—. De todos modos, los cursos son para la temporada que viene, y el material está prácticamente hecho por Barcelona, sólo falta adaptarlo al contexto andaluz y meter algo de nuestra propia cosecha. Eso podemos hacerlo en común, y con ayuda de Blanca y Felipe.

—Sí, pero ella quiere que yo también los imparta —protestó.

—¿Cómo no va a querer, Lucía? Eres la única persona que conozco que es capaz de enseñar el EFQM a una clase sin que los alumnos bostecen más de diez veces. Los tuyos no sólo no bostezan, sino que además se lo pasan bien. Eso tiene mucho mérito, y Blanca no es tonta.

Lucía sonrió débilmente. Su compañero tenía la habilidad de suavizar su malhumor y ponerla en perspectiva. A él fundamentalmente le debía el seguir en la empresa tras el difícil período de la dirección de Agustín Lerma. Su actitud templada y protectora le había ahorrado muchos sinsabores.

—Es que estoy muy cansada, Alberto... —dijo sin mirarlo, abatida.

—Cógete un par de días —le animó—, estás tensa y desanimada. Seguro que Blanca no te va a poner objeciones. Sabe que tienes dos semanas duras por delante con lo de Bilbao y Málaga. Y además te ha pillado lo de Jorge...

—Lo de Jorge no tiene nada que ver con esto —interrumpió a la defensiva

y se dio cuenta, por la susceptibilidad con que las había pronunciado, que sus palabras no se referían tanto al cansancio como a su tensión con Blanca.

—Bueno, lo que tú digas, pero deberías hablar con ella. El viernes te pasaste un poco y la vi preocupada.

Hablar con ella... —Pensó con amargura cuando Alberto salió por la puerta—. Para decirle ¿qué? ¿Que era una cabrona por haber tomado sus palabras a rajatabla? No, no tenía sentido hablar. Las cosas ya estaban muy claras, y había sido ella misma la que las había querido así. Blanca parecía haber pasado página, y ella, en vez de alivio, sólo sentía un malestar que la consumía. Y aquel era un problema suyo, no de Blanca. Tendría que aprender a mirarla como lo hacía antes, viendo a la jefa y no a la mujer que había detrás de ella, la Blanca que habitaba tras ese cuerpo de amazona que la había cautivado hasta el desvarío. Tendría que olvidar a la Blanca que había vislumbrado en su breve e insensato paso por el cielo. Su ternura, la luz sosegada de sus ojos...

Tendría, en definitiva, que aprender a olvidarse a sí misma, resetearse, reinstalar a la Lucía previa a esa Blanca.

Así de fácil...

Pero antes estaban el congreso y el hecho de que tenía que mentalizarse para convivir con ella, a pelo, un viaje a Bilbao y dos intensos días compartiendo hotel, tiempo y tensión.

El miércoles a media mañana, Felipe aprovechó una consulta en el despacho de Lucía para disculparse por lo que le había dicho sobre Jorge. Ella, sensibilizada aún por las palabras de Alberto, se mostraba más comunicativa. La evidencia dentro de la oficina de su estado de ánimo y su malestar le había inquietado, y había decidido esforzarse para que estos afectaran lo menos posible a la relación con sus compañeros. La relación con Blanca era harina de otro costal. Requería, además de esfuerzo, el control de sus emociones, y eso aún se le escapaba de las manos.

—Soy yo quien te debe la disculpa, tú no sabías que habíamos cortado. Además, creo que fui un poco desagradable contigo.

—No pasa nada. Se entiende que no estuvieras del mejor humor, y yo salté con lo que salté... ¿Cómo estás ahora?

—Mejor, intentando recuperarme a mí misma —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Pero habéis cortado del todo? —preguntó él sorprendido, con el ceño fruncido.

—Por lo que a mí respecta, sí. Y por su parte creo que también —La determinación de su tono no dejaba lugar a dudas.

Lucía no añadió más, y Felipe entendió que no quería hablar del tema.

—Bueno, ya sabes que si te hace falta cualquier cosa, estoy aquí, ¿vale? —se ofreció con una sonrisa.

—Muchas gracias. —Ella se la devolvió.

—Lo que sea, ya sabes —añadió él con un ligero tono de chanza—, que te arregle un enchufe, que te mire el aceite del coche, que te lleve a bailar, mi cuerpo serrano...

Lucía sofocó una risa y negó con la cabeza.

—No tienes remedio, Felipe —dijo con media sonrisa—. Pues mira, tengo un par de enchufes que están para cambiarlos... Por lo demás, estoy a dieta de cuerpos serranos.

—¿Qué cuerpos serranos? —Patri acababa de entrar en el despacho y los miraba con extrañeza.

—El de este menda, que lo ofrece —contestó, ladeando la cabeza en dirección al compañero.

—¿A cuánto? ¿Te has hecho *gigoló*? —le preguntó ella fingiendo sorpresa e interés. Luego miró a Lucía con complicidad y añadió—. Es que mi madre tiene unas amigas que estarían encantadas... —Las dos mujeres estallaron en risas.

—Uy, qué graciosas os ponéis cuando os aliáis —dijo él, achicando los ojos.

Cuando a Patri se le pasó la hilaridad, fue directamente al grano.

—Alberto acaba de llamar a Blanca —dijo recuperando el tono profesional.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? —se interesó Lucía, preocupada. Su compañero no había aparecido por la oficina esa mañana, y ellos habían interpretado que tendría alguna reunión con algún cliente.

—En el PTS, han operado a su suegra esta mañana. —Ante la cara de alarma de sus compañeros, añadió rápidamente para tranquilizarlos—. Por lo visto hubo un hueco en la lista y ayer tarde les dijeron que la metían a ella. Todo ha ido muy bien y parece que si sigue así, mañana o pasado le pueden

dar el alta.

—¿Tan pronto? —Felipe estaba sorprendido.

—Sí, eso he pensado yo, pero por lo visto estas operaciones no son muy complicadas —contestó—.

—Eso comentó Blanca el otro día... —intervino Lucía. Patri asintió con la cabeza.

—Debe ser así, pues ella misma me ha dicho que vuelva a reservar en el hotel. Parece que Alberto quiere ir al Congreso si a su suegra le dan el alta.

Lucía cruzó los dedos debajo de la mesa y se encomendó a todos los santos.

Para el viernes la suegra de Alberto estaba en su domicilio y Lucía le había agradecido a Santa Rita y a toda la cohorte celestial que él, al final, pudiera viajar a Bilbao. Su cuerpo se relajó perceptiblemente, tanto que le había vuelto la sonrisa. Este estado de semibeatitud le duró hasta recibir la llamada de Blanca pidiéndole que fuera a su despacho. Le extrañó. Si era para comentarle alguna cosa sobre del congreso, podría haberlo hecho por teléfono; y algo en el tono de su voz la había dejado intranquila.

Entró en el despacho con decisión, simulando una despreocupación que no sentía y que se agravó cuando su jefa la invitó a sentarse, pues la notó inquieta.

—Lucía, quiero consultarte esto en privado para que no te sientas presionada en la respuesta —dijo Blanca, y a ella se le aceleró el corazón. Se movió en la silla, echándose hacia atrás, temiendo quizá que pudiera oír sus latidos.

—Tú dirás —le contestó finalmente, ya con expresión preocupada.

—No sé si te ha dicho Patri que ya no quedan habitaciones en el hotel para Alberto...

—No... —interrumpió sorprendida, con el ceño fruncido.

—Y que no ha encontrado ninguna en el centro de Bilbao ni en el extrarradio...

—¿Pero cómo va a ser eso? —Lucía no daba crédito, la ansiedad comenzando a cocinarse en la boca del estómago.

—Parece que, aparte del nuestro, han coincidido en Bilbao un congreso de medicina interna, otro de urbanismo y unas oposiciones a Osakidetza. Los hosteleros deben estar muy contentos... —dijo con ironía—. Patri ha encontrado alguna posibilidad en Santurtzi y en Galdakao, pero están fuera de

la ciudad y los hoteles no es que estén muy bien.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó confusa, no sabía a dónde quería llegar.

—Porque hay otra posibilidad más —Blanca se mordió levemente el labio superior—. He vuelto a llamar a nuestro hotel para ver si había alguna reserva cancelada y me han dicho que no. La única solución que me han dado es cambiar una de las habitaciones individuales que tenemos reservadas, por una doble. Al parecer hay algunas asignadas a un solo cliente por toda esta demanda —apostilló—; lo que supondría compartir habitación con Alberto o conmigo. Por eso te consulto a ti antes de decirle nada a él —continuó, mirándola fijamente, escrutando su reacción—, y me gustaría que hablaras sin compromiso. Te adelanto que por mí no hay ningún problema en compartirla con cualquiera de los dos, pero entiendo que quizá Alberto no vea muy lógico el compartirla conmigo. Por eso dejo en tu mano aceptar esta solución o no, y de hacerlo, qué combinación prefieres. Y siento decirte que no disponemos de mucho tiempo, pues visto cómo está el tema hay que reservar lo más pronto posible.

¡Hala!, así, sin presiones.

Lucía apretó la mandíbula. Se sentía acorralada. Mandar a Alberto al quinto pino pudiendo quedarse en el mismo hotel que había propuesto la organización del congreso era una putada. Y lo de compartir la habitación con alguna de las dos era ponerlo a él en un compromiso y a ella en evidencia. Lo lógico era que ellas lo hicieran. Lo lógico, considerando la información que sus compañeros tenían hasta el momento. Cualquier otra combinación levantaría sospechas de algún tipo; cualquiera, excepto la que para Lucía era, de todas, la más comprometedoras. Pero no podía demostrarle a Blanca su ansiedad ante la perspectiva de pasar dos noches con ella cuando a la directora no parecía preocuparle más allá de su negativa y la dificultad de encontrar un alojamiento aceptable para Alberto.

—Si para ti no hay problema en compartirla conmigo, para mí tampoco —zanjó finalmente, eludiendo en todo momento su mirada.

Blanca la observó durante unos segundos, intentando analizar su respuesta o sopesando otras posibilidades, y Lucía temió que sacara el tema de su encuentro y posteriores desencuentros. Para su tranquilidad, sólo suspiró levemente y dijo.

—Voy a llamar al hotel ahora mismo.

Lucía se levantó y salió del despacho, cabizbaja, cabreada con el mundo y

abatida. Pensó en su suerte y en la cohorte celestial, y la irritación le subió un entero.

Dios no me iba a abrir una puerta sin darme antes con ella en las narices.

Capítulo 19

Vaya...

Lucía había cruzado la puerta de la habitación 314, siguiendo a una Blanca que parecía estar rumiando sus mismos pensamientos, para toparse con lo que se temía: una enorme cama de matrimonio formada por dos individuales. Ninguna dijo nada. La última vez que se acercaron a una habían estado devorándose a besos.

Lucía bajó la cabeza y comenzó a colocar la ropa en el armario. El movimiento le disimularía el temblor de las manos. Vio a Blanca de soslayo —no quería ni mirarla— sacando sus cosas de la maleta y dirigiéndose al baño. No se habían dicho ni una palabra desde que salieron del ascensor del hotel, sumidas en una tensión que se fue incrementando según se acercaban a la habitación. Ahora era casi insoportable.

—¿A qué hora era la entrega de credenciales? —habló finalmente Blanca tras un carraspeo, y Lucía captó su nerviosismo.

—A las diez —contestó ella, haciéndose a un lado y dejándole el armario para que colocara su ropa.

—No llegamos a la inauguración... —dijo mientras cogía algunas perchas.

—Ya...

La cercanía física de Blanca en el gesto tan privado de compartir un armario, por no decir una cama, y su esencia perturbadora le aflojaron las piernas. Se sentó a los pies del colchón y simuló que revisaba las cosas de su bolso.

—¿Estás muy cansada? —preguntó Blanca con cierta preocupación.

A Lucía le pilló desprevenida aquel interés. Quizá su jefa no pasara tanto de ella... O quizá era ella misma deseando que eso no pasara.

—Sí, aparte del madrugón, he dormido regular —se justificó. También era cierto.

Habían salido de Granada a las cinco de la mañana, rumbo al aeropuerto de Málaga en el coche de Alberto. Ya en el vuelo consiguió dar una cabezada, pero no fue suficiente. No dormía bien desde hacía dos meses, y en la última semana le habían vuelto los sueños pesados. El primero tras la conversación que mantuvieron en el despacho sobre los problemas de la reserva. Soñó que Blanca y Alberto eran amantes, y que finalmente compartían la habitación del

hotel, situado en el mismo edificio del Guguen. A pesar de lo absurdo del sueño, a Lucía le dejó un regusto amargo que aún no se le había borrado del paladar. A aquel le siguieron otros en los que, de un modo u otro, Blanca siempre aparecía. La unión del mal dormir con el mal soñar le había sumido en un cansancio físico y psíquico que se le notaba en el rostro.

—Bueno, esta tarde podemos escaparnos un rato y echarnos una siesta después de comer —dijo su jefa con tono fatigado.

Lucía se levantó de la cama como un resorte.

—No hace falta, con una par de cafés se me pasa —dijo; y luego, para justificar la brusquedad de su gesto, añadió:— Me voy abajo, a ver si ya está Alberto.

Lucía salió por la puerta, no sin antes percatarse de la breve e inquisitiva mirada que le había dirigido Blanca. Sí que necesitaría una siesta, pero ella era la última persona con quien la compartiría. Con suerte, por la noche estaría tan cansada que no le daría tiempo ni de pensar en quién estaba durmiendo a su lado.

Llegaron al auditorio de la Universidad de Deusto, organizadora del evento, cuando la primera ponencia estaba a punto de terminar. Lucía se sentó en la butaca y media hora más tarde estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no cabecear. Los ojos se le cerraban, a pesar del café que se había tomado antes de entrar en el recinto. Deseaba con toda el alma que llegaran las doce, hora en la que estaba programado un receso con un pequeño desayuno. Necesitaba otra dosis de cafeína para evitar hacer el ridículo. Para despejarse, comenzó a hacer dibujos de caras de ojos grandes y flequillos desmesurados en el cuaderno de notas que le habían entregado con las credenciales. Cuando ya llevaba tres, Blanca la sobresaltó bajando la mano a la cuartilla y escribiendo:

¿De veras no te gusta el manga?

Lucía no pudo evitar sonrojarse. Cuando levantó la vista para mirarla, ella atendía al ponente con interés, pero la delataban las comisuras claramente hacia arriba. A Lucía se le pasó la modorra.

Ya en el descanso, mientras los tres tomaban un café en el servicio de catering que había preparado la organización, se les acercó un joven trajeado que abordó a la directora con cara de felicidad.

—¡Hola Blanca! —exclamó encantado—. ¿Cómo estás? ¿Cuántos años hace que no nos vemos?

Tenía un ligero acento catalán y una sonrisa radiante y seductora.

—¡Hola David! —respondió ella gratamente sorprendida, dándole dos besos y cogiéndole la mano—. ¡Cientos! ¿Sigues en Valencia?

—Allí sigo, y muy a gusto. ¿Y tú? Me dijo Joan que estabas en Granada — la miró ladeando la cabeza, después, riéndose—. Te estarás atiborrando de tapas...

Blanca miró a sus compañeros, con complicidad.

—Sí, alguna que otra vez —le contestó con una sonrisa.

—Estuve con unos amigos el verano pasado en septiembre y pensamos que nos íbamos a morir de calor —continuó él—, así que la combatimos a base de cerveza y de tapas. ¡Qué locura! —volvió a reír—. ¿Y qué tal por la tierra de la malafollá, como dicen ellos?

—¡Muy bien! Mira, te presento a mis compañeros antes de que digas una inconveniencia.

Blanca hizo los honores. David había trabajado para Qualitas en Barcelona hacía cuatro años hasta que una empresa valenciana le ofreció un puesto en su equipo directivo.

—¿Vosotros sois los de la ponencia? —preguntó, dirigiéndose a Lucía.

—Sí —respondió ella con una sonrisa.

—¿No te habrá molestado lo que he dicho de tu tierra? —le dijo él, mirándola con un interés creciente.

—Para nada, yo no soy de la capital, a mí no se me aplica —le contestó y luego miró a Alberto, que intervino:

—Perdona, pero la malafollá es una característica que afecta a toda la provincia de Granada, sin excepción —dijo, dirigiéndose a su compañera. Luego, mirándolo a él, continuó en un tono serio—. De todos modos, la malafollá no es exclusiva de Granada, existe en todo el territorio nacional. En unos sitios la llaman malaje, en otros mal carácter, hosquedad... ¿Cómo la llamáis en Valencia?

La respuesta dejó confuso a David, que no supo interpretar el tono de Alberto. Después, tras agarrarle suavemente el brazo, le dijo prudente.

—¿No te habrá molestado, no?

—¡Qué va! —interrumpió Lucía—. Sólo te estaba haciendo una demostración gratuita —le dijo, riendo con complicidad.

¿*Estoy flirteando?* Pensó, tras sonreírle y mantenerle la mirada un segundo más de lo necesario.

—A propósito de capital —el joven volvió al tema profesional—, ¿habéis

oído que quieren vender la empresa a los americanos?

—¿Kapital Audit? —preguntó Alberto y David asintió—. ¿A cuáles de ellos?

—A los *number one*, los de esta mañana —dijo bajando el tono y señalando con la cabeza a un grupo de personas a su izquierda.

—Se van a quedar con todo —resopló el granadino.

—Había escuchado rumores... Pero no es seguro, ¿no? —intervino Blanca.

—No sé, dicen que el trato ya está cerrado.

Lucía siguió la conversación con interés, hasta que en uno de los cambios de plano entre David y Blanca se fijó en una mujer que los miraba en un extremo de la sala. Su persistencia hizo que Lucía volviera a ella una y otra vez, entre curiosa e intrigada. Pensó que quizá la conociera; pero no, no le sonaba su cara. Por su aspecto la habría recordado. Era rubia y esbelta, con un corte de pelo muy atrevido en su opinión y un bronceado que sugería mucha playa o mucho monte... Y un descaro en la forma de mirar que la estaba poniendo nerviosa. Hablaba con dos de las organizadoras del congreso, pero su interés parecía estar en el grupo que formaban los cuatro. Sobre todo en ella, y en Blanca... Tras unos minutos, la vio aproximarse y algo debió de notarse en su propio rostro que hizo que esta se girara para mirar hacia donde ella lo estaba haciendo. Cuando Blanca vio a la mujer, se le cambió la cara. Se le tensó la expresión y pareció buscar una vía de escape a su alrededor. Luego bajó la cabeza en el mismo momento en que la rubia se acercó al grupo.

—¡Hola David! Estamos abonados, ¿eh? —dijo con una perfecta sonrisa de dentífrico y una voz aterciopelada. Tenía los ojos castaños y almendrados con una luz viva e insolente.

—¡Hola Rosa! Por supuesto, no me pierdo ninguno. Es la mejor manera de volver a ver a los amigos, ¿no te parece?

—Sí —interrumpió ella—, aunque ahora todos estemos en la competencia —rio, mirando de soslayo a Blanca.

—Sí... Por cierto, ¿y Carla? No la he visto por aquí.

Lucía percibió cómo la mujer volvía a mirar brevemente a Blanca, que se movió inquieta, la mandíbula apretada.

—No ha podido venir. Cuestiones familiares de última hora... —dijo evasiva, luego se dirigió a ella.

—Hola Blanca, ¿cómo te va por Granada? Ari me dijo que diriges la sucursal.

—Muy bien —respondió mirándola con un cierto tono altanero que Lucía

nunca le había conocido y que denotaba tensiones previas—. ¿Y tú, cómo estás?

—Un poco estresada ahora, pero bien... —De nuevo el gesto evasivo—. ¿Estos son tus compañeros de Granada? —añadió, mirando a Lucía con curiosidad.

—Sí, parte de ellos. Alberto —le presentó, dirigiéndose a él—, y ella es Lucía. Rosa, colega de EAQ Asociades —dijo y la señaló brevemente con la mano.

—He visto que traéis una ponencia... ¿Cuándo la presentáis?

Lucía se sintió invadida por la mirada de Rosa. Buscó apoyo en Blanca, esperando que fuera ella quien respondiera, pero ésta consultaba su reloj para luego excusarse ante el grupo:

—Perdonad, ya es la hora de entrar y tengo que pasar por el baño.

—Disculpadme, voy yo también antes de que empiece esto —dijo precipitadamente Alberto, y ambos se marcharon. Lucía se vio en la tesitura incómoda de atender a sus colegas.

—La presentamos mañana a las once —contestó finalmente.

Rosa, que había observado la marcha de Blanca con expresión seria, volvió a dirigirse a ella con cierta exclusividad.

—¿Cuánto tiempo llevas en Qualitas?

—Cinco años.

—Nunca coincidimos... —dijo extrañada, mirándola como si la conociera de toda la vida.

—Tampoco conmigo —intervino David, sonriéndole—, te habría recordado. De la sucursal sólo me presentaron a aquel de la gomina...

—¿Agustín Lerma? —Lucía se congratuló interiormente por el tono ligeramente despectivo del joven.

—Ese mismo... Ya me dijo Joan que se fue de la empresa. Qué diferencia ahora con Blanca, imagino...

—No hay color, es una jefa excelente y una profesional como la copa de un pino. —Hasta a ella misma le sorprendió su tono y captó en Rosa una media sonrisa que la incomodó.

—Por supuesto —dijo mirándola con toda la intención—, no hay otra como ella.

Lucía se metió en la cama a las diez y media después de deliberar durante

unos minutos en qué lado lo hacía. Blanca no estaba para preguntarle por su preferencia, así que se había decantado por el derecho al recordar los libros en la mesita de noche de su habitación. Coincidió que además era su lado de la cama. En eso al menos parecían compatibles.

La había dejado con Alberto, David y dos colegas más que conocían de Barcelona en un bar de pintxos cerca del hotel, después de haber estado paseando juntos por la ría y el casco viejo. La última ponencia no era muy relevante, y la habían sustituido gustosos por una vuelta por la ciudad. Tras unos vinos y sin apenas cenar, Lucía anunció que se retiraba, aprovechando que sus compañeros estaban enfrascados en un debate profesional que su cansancio no le permitía seguir con interés, a pesar de los intentos de David por hacerla partícipe. Blanca la había observado con cierta preocupación. La de Lucía era que su jefa decidiera retirarse al hotel con ella.

Al llegar, se había cruzado con Rosa, que se dirigía al bar con dos compañeras más. La saludó con aquella mirada suya y luego la invitó a tomarse un vino con ellas, no sin antes, como quien no quiere la cosa, preguntarle por Blanca. Lucía, por supuesto, había declinado la invitación.

Ya en la cama, pensó en Rosa y recordó sus palabras de la mañana. *No hay otra como ella*. Era un halago, pero también era un mensaje dirigido a Lucía. Lo que no había conseguido era interpretar el sentido. Se rebulló incómoda entre las sábanas, intentando encontrar la postura que la relajara y la conectara directamente con el sueño. Estaba tan agotada que no le quedaban energías para procesar la sorpresa de haber conocido a la ex de Blanca, la impresión que le había causado su reacción ante su presencia, y la sensación de incomodidad que aquella mujer le provocaba. Así que aplazó sus pensamientos para analizarlos en otra ocasión e intentó dormirse, y lo consiguió hasta que un ruido en el pasillo de la planta la sobresaltó poco después. Falsa alarma, no era Blanca. Así estuvo un rato, entre sobresaltos y falsas alarmas, hasta caer definitivamente rendida. Tanto que ni siquiera la oyó entrar en la habitación dos horas después. Sólo se percató de su llegada por la vibración de la cama al meterse en ella. A partir de aquel momento el desvelo eternizó la noche. No había movimiento, respiración o roce de sábanas provenientes de Blanca que Lucía no captara, por muy leves que estos fueran. Su presencia era como un enorme imán, como un agujero negro que atrajera toda su atención y absorbiera su sueño y su sentido común. Se habría liado una manta a la cabeza por no oírla respirar, por no sentirla moviéndose en la cama. Habría dado lo que fuera por estar en aquel momento a mil kilómetros de ella.

O a un milímetro. Cualquier cosa antes que percibirla de aquella manera y a aquella distancia.

Perdió la cuenta de las vueltas que dio en la cama, a pesar de sus esfuerzos por no molestar a Blanca. Ya de madrugada la sintió pegada a su espalda, la respiración calentándole el cuello, la mano en su pecho, y se fundió mansamente en su blandura... Hasta que el despertador rompió la imagen para sustituirla por una Blanca vestida y preparada para salir de la habitación.

La desilusión le sirvió para corroborar que al menos algo había dormido.

Capítulo 20

El segundo día del congreso pasó para Blanca como un suspiro. Los nervios previos a la ponencia se minimizaron al presentarla en grupo. Ayudaron el aplomo de Alberto y la habilidad comunicadora de Lucía, quien parecía transformarse delante de un micrófono, a pesar de su evidente cansancio. Sorprendía pensar que era la misma persona que se replegaba frente a ella en las distancias cortas.

Las dos jornadas habían sido muy provechosas, al menos en lo profesional. Se veían movimientos en el mercado que tendrían que tener en cuenta si querían mantener la competitividad. Se encontraban en un momento de cambio, y tendrían que estar alerta para saber interpretar estratégicamente los acontecimientos. Aquello en cuanto a lo laboral, porque en lo personal había vislumbrado otras estrategias igualmente competitivas y emocionalmente más preocupantes que la habían agotado más que todo el congreso mismo.

A la una de la madrugada, Blanca se puso el pijama, se metió en la cama y se cubrió con la sábana y la colcha. Hacía calor. Diez minutos después soltó la pierna y se quedó con la ropa por la cintura. Estaba tan cansada... El reencuentro con Rosa, desplegando todos sus encantos como un pavo real, como si nada hubiera pasado entre ellas, le había alterado los nervios más de lo que pensaba que podía hacerlo a aquellas alturas. Y el continuo desencuentro con Lucía, que se cerraba ante ella como una campanilla por la noche, le había minado la moral. Desencuentro... No se podía llamar de otra manera a la constante huida por su parte. Huida de su mirada y huida de su cercanía. La paradoja era que esa misma preocupación por cerrarse la hacía más presente, enfatizaba su vínculo con ella. Las circunstancias del congreso no ayudaban. Blanca percibía su esfuerzo por mostrarse natural, pero a la vez notaba el halo de incomodidad que desprendía siempre que se acababa la conversación profesional y se hacía el silencio entre las dos. Precisamente ella, con la que hacía apenas dos meses podía compartir una tarde en agradable compañía sin decirse una sola palabra.

Echó de menos a aquella Lucía.

Se llevó las manos a la cara. Necesitaba dormir, necesitaba aparcarse el pensamiento y relajarse. Apenas había pegado ojo la noche anterior. La presencia de Lucía en su misma habitación no ayudaba nada. No podía dejar

de pensar que estaba allí, a un metro de su cuerpo. Le atraía dolorosamente. La había notado dar vueltas en la cama durante toda la noche; no creía que hubiera descansado mucho, como ella. Lo peor había sido la desagradable sensación de tener la consciencia de estar despiertas, compartiendo la misma tensión, mientras simulaban que estaban dormidas.

Y ahora, por si fuera poco, estaba inquieta por ella. La había dejado en el restaurante con un solícito David, que se le había pegado como una lapa durante todo el congreso, y un grupo de colegas algo pasados de alcohol, incluida ella. Le había insinuado volver juntas al hotel, pero Lucía le había dicho que quería quedarse un rato más. Se preguntó si terminaría en la cama de David y un nudo de celos se le hizo en la boca del estómago.

Sólo me faltaba eso...

Se dejó llevar por la exasperación y la infelicidad para regodearse en su mala fortuna en el amor; para volver a caer en la autocompasión, su compañera de viaje habitual tras la ruptura con Rosa. Y de la autocompasión pasó a la mente en blanco y de la mente en blanco, al sueño casi sin darse cuenta.

Cuando escuchó cerrarse la puerta de la habitación no supo si había pasado un momento o unas horas. Iluminada por la tenue luz de emergencia, vio a Lucía aproximarse titubeante, siguiendo la pared del pasillo hasta encontrar a tientas la puerta del baño. La escuchó entrar en él y allí permaneció tanto rato que Blanca volvió a dormirse. Despertó de nuevo con los ruidos provenientes del armario. Lucía había dejado la puerta del baño entreabierta para ayudarse a buscar el pijama, imaginó. Desde su posición en la cama, apenas podía verla, pero lo poco que vislumbró fue suficiente para constatar que venía como una cuba. Tras cambiarse, se apoyó en la pared para dirigirse de nuevo al baño y apagar el interruptor. La luz de emergencia pareció no ser suficiente para ubicarla, pues al dirigirse a la cama calculó mal y se dio de bruces con los pies del somier.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes.

Cuando Blanca encendió la luz de su lamparita, vio a Lucía intentando incorporarse torpemente de la cama.

—¿Estás bien?

—Si... Perdona, no quería despertarte —dijo con una lengua de trapo—. Me he pegado un viaje como un demonio en la espinilla... ¡Uf! —Y comenzó a reírse.

—¿Te duele? ¿Quieres que le eche un vistazo? —Blanca se apoyó en el

codo con la intención de aproximarse.

—¡No, no, no...! No te preocupes, no es nada, ya se está pasando.

Lucía gateó por encima de la colcha y se metió entre las sábanas, después de pelearse con ellas para sacarlas de los lados del colchón.

—Aquí hace un calor exagerado... —dijo lánguidamente y miró a Blanca por primera vez, reparando en su cuerpo, sus hombros y su cuello marcándose a contraluz; uno de los finos tirantes caído sobre el brazo, dejando entrever el nacimiento del pecho... Apartó rápidamente los ojos, pero Blanca ya había captado su mirada, su arrobamiento; y tuvo la certeza de que Lucía la deseaba; fuera por el alcohol o por lo que fuera, pero la deseaba. Lucía echó las sábanas a un lado y se quedó cubierta sólo con la camisa del pijama, no se había puesto el pantalón. Luego dobló la rodilla izquierda y se cubrió el rostro con el brazo flexionado, movimiento que subió aún más su camisa, dejando al descubierto las bragas y parte de la cintura. El gesto, consciente o no, no pasó desapercibido para Blanca, que lo interpretó como una invitación.

¿Una invitación a qué?

—Sí que lo hace... —dijo turbada, recostándose de nuevo.

Lucía inspiró profundamente y dejó salir el aire con un largo y suave resoplido.

—Creo que he bebido demasiado —musitó como para sí—, la cama me da vueltas.

—¿Te sientes mal? ¿Quieres que deje la luz encendida?

—No, no... Gracias Blanca. Te estoy dando la noche, lo siento. Apaga la luz y duerme.

Sí, así de fácil...

—No te preocupes —dijo finalmente, incorporándose para darle al interruptor de la lamparita.

La habitación se quedó a oscuras. Lentamente, cuando las pupilas fueron adaptándose a la escasa luz de emergencia, pudo distinguir el cuerpo de Lucía, el perfil insinuante de su rodilla que le trajo sensaciones de aquella tarde de sexo. Se recostó en la cama, llevándose también el brazo a la cara, mientras intentaba silenciar el suspiro que le había salido de lo más hondo de la desazón.

Vaya par de idiotas que somos. Cualquiera que nos viera...

—Blanca... —musitó Lucía; luego pareció dudar.

Ella la miró expectante, sorprendida

—Eres una mujer extraordinaria... —continuó— Y yo me estoy portando

contigo como una imbécil. No sé lo que me está pasando...

Blanca se había quedado paralizada. Se incorporó hacia ella, preocupada.

—Lucía... ¿Estás bien?

—No...

Blanca se acercó, apoyándose en el codo, esperando a que siguiera hablando. Lucía bajó el brazo y volvió la cabeza para mirarla. El gesto le ocultó el rostro, que ahora quedaba a contraluz. Por el contrario, sus propios rasgos se mostraban ahora tenuemente, irreales, a una Lucía que aprovechó para observarla durante unos interminables segundos. Luego volvió el cuerpo hacia ella sin dejar de mirarla. Cuando levantó el brazo para acariciarle el pelo, Blanca se quedó sin aliento, incapaz de moverse, incapaz de hablar. La mano fue después a su mejilla, avanzó detrás de la oreja y descendió por el cuello hacia el hombro, apretándolo desde el trapecio hasta el extremo, como apreciando su firmeza, mientras Blanca cerraba fuertemente los ojos, la respiración ahora agitada. Tan agitada como la de Lucía, que se incorporó para tener mejor acceso a ella y comenzó a descender su caricia hacia la clavícula y, lentamente, hacia el pecho. Cuando le rozó el pezón, Blanca no pudo soportarlo más.

—Lucía... —rogó.

Pero ella no pareció oírla ya. Se lanzó a su boca con todo el peso del cuerpo, invadiéndola con una lengua voraz entre oleadas de aliento que ardía en alcohol y dentífrico.

—Lucía... —consiguió decir, intentando incorporarse. Luego sintió sus manos por debajo del pijama, reptándole por el vientre hasta sus senos y Blanca creyó morir. Se estremeció cuando le subió el top y gimió al notar sus labios en los pezones. Lucía se había puesto a horcajadas sobre ella y le estaba comiendo los pechos con tal entrega que Blanca comenzó a temblar incontroladamente, debatiéndose entre el placer de aquella boca y el deber de parar a Lucía, que no sabía lo que estaba haciendo. ¿O sí?

—Espera... Espera... —volvió a rogar, metiendo los dedos entre su cabello. Ella se interrumpió de pronto, respirando pesadamente a unos centímetros de su pecho. Al momento Blanca notó un espasmo y Lucía salió disparada a trompicones fuera de la cama en dirección al baño. Escuchó la puerta golpear contra la pared al abrirse, la tapa del váter al dar contra la cisterna. Escuchó las toses, las arcadas y después la oyó vomitar. Blanca se llevó la mano a la frente, atónita, mientras intentaba apaciguar su respiración, su corazón desbocado.

Lucía, vas a acabar conmigo...

A las ocho sonó el despertador del móvil. Blanca lo apagó con un gesto rápido. No quería despertar a Lucía, que parecía dormir pesadamente a dos palmos de ella. En algún momento de la madrugada se habían separado. Estaba ovillada, con el pelo cayéndole por la cara, la camisa del pijama por encima de la cintura y las manos unidas sobre el pecho. Tenía un aspecto lamentable, pero a la vez parecía una niña abandonada. Inspiraba ternura.

Menuda noche que has pasado y me has hecho pasar... Pensó, mirándola con preocupación. Pues tras echar los higadillos la primera vez, había vomitado una segunda, que la había dejado para el arrastre y envuelta en sudores fríos. Estaba tan destemplada que Blanca la había abrazado por la espalda para intentar que recuperara la temperatura. Cuando Lucía dejó de temblar, se dio la vuelta y se acurrucó entre sus brazos, sin moverse, sin decir una sola palabra, hasta quedarse vencida por el sueño y el efecto de la borrachera. A Blanca le dio mucho tiempo de pensar antes de dormirse ella. Le preocupaba profundamente el comportamiento errático de Lucía. No tenía motivos para sentirse culpable, pero de alguna manera se sentía partícipe del torbellino de emociones por las que estaba pasando, arrastrándola a ella misma; como aquella noche. No podía seguir así. Tenían que hablar y dejar las cosas claras antes de que terminara haciendo alguna tontería de la que tuviera que arrepentirse. Aunque, conociendo el carácter de Lucía, quizá ya fuera demasiado tarde.

Por otro lado, había sido tan agradable la sensación de dormir abrazada a ella...

Se levantó sin hacer ruido y se metió en el baño. Se demoró en la ducha con la esperanza de que el agua caliente le relajara los músculos del cuello, que notaba duros como piedras. Se dio cuenta que tenía los pezones sensibles. Para el poco tiempo que Lucía estuvo con ellos, se había empleado bien... Se preguntó si el gesto había sido sólo consecuencia del alcohol. Estaba desatada. La tarde que estuvieron juntas, aparte de los besos, no pasó de unas caricias tímidas, y anoche la estaba devorando. ¿Qué habría pasado si no hubiera vomitado? ¿Hasta dónde habría llegado?

Se acarició los pechos, calmándolos. El episodio le había dejado una excitación agrídulce en el cuerpo. El deseo mal satisfecho que le producía Lucía se había ido acumulando durante las últimas semanas y lo de anoche no

había hecho más que empeorar las cosas. Se acarició el sexo y tuvo la tentación de aliviarse, pero no era el momento ni el lugar. Salió de la ducha y se secó con la toalla. Se envolvió en ella con la intención de entrar en el dormitorio, por si su compañera se hubiera despertado; pero lo pensó mejor y se la quitó.

Esto es lo que hay...

Después de todo, también estaba dolida y molesta con Lucía.

Salió desnuda a la habitación y constató que ella había cambiado de postura. Se había colocado boca arriba, la rodilla izquierda flexionada y el tobillo bajo la otra pierna, la cabeza ligeramente ladeada. Blanca se detuvo para mirarla. Parecía dormida, aunque su respiración era más superficial ahora. Se había cubierto las piernas con la sábana, lo que le hizo sospechar que estaba despierta o en proceso de despertarse.

Abrió el armario con cuidado y se vistió. Después volvió a entrar en el baño y terminó de secarse el pelo y acicalarse. Cogió su bolso, hurgó en él y sacó un envase de pastillas, lo dejó en la mesita de Lucía y se marchó. Bajó al comedor para desayunar. Necesitaba urgentemente un café.

Ya en la sala se encontró con Alberto, que estaba acabando su desayuno. Se sentó con él.

—Tienes mala cara —observó su compañero.

—Llevo mal durmiendo dos días... ¿Y tú? ¿Has madrugado mucho, no?

—Sí, es que quiero comprar algún detalle para Lola y los niños antes de irnos. ¿Y Lucía?

—Lucía se ha quedado en la cama —dijo con cara de circunstancias—. Ha pasado mala noche. Parece que le sentó mal lo que comió o lo que bebiera, y se ha pasado la noche vomitando—. No quiso contarle que había llegado como una cuba.

—¡Hala...! —exclamó preocupado—. Cenar, cenó bien poco... Y cuando me fui ayer, ya estaba puestecita. Es extraño, porque Lucía no suele pasarse con el alcohol... Está muy rara. No sé, creo que la ruptura con Jorge le está afectando más de lo que ella piensa; la veo muy mal últimamente.

Blanca no quiso decir nada. Se levantó.

—Voy a por un café y algo dulce. Necesito despabilarme un poco.

Alberto la secundó.

—Y yo me voy a hacer las compras, porque si no, no me va a dar tiempo. ¿A qué hora sale tu avión?

—A las doce.

—Vale. Pues casi me despido, por si tardo y no nos vemos. Pásalo bien en Barcelona y descansa, que falta te hace... —le dijo, mientras le daba dos besos.

—Gracias y buen vuelo. Dale recuerdos a Lola. Nos vemos el martes.

Se tomó dos cafés y un cruasán que apenas le entraba mientras leía los wasap en el móvil. Decidió que tenía que hacer la maleta e irse si quería llegar con margen al aeropuerto. Cuando salía por la puerta del comedor, se encontró de bruces con Rosa.

No había hoteles en Bilbao...

—Buenos días, Blanca. ¿Ya te vas?

—Si... Buenos días —contestó un poco aturullada—. Tengo que marcharme al aeropuerto.

En ese momento se le ocurrió con pánico que quizá ella tuviera el mismo vuelo y que a lo peor se ofrecía para ir juntas. Después pensó con alivio que no le había dicho que iba a Barcelona. Tras lo cual cayó en la cuenta de que eso no evitaría que se encontraran en la puerta de embarque. ¿Por qué se alteraba tanto?

—Yo me quedo el fin de semana en Bilbao. Quiero ver la exposición del Guggen.

¡Uff!.. Pensó aliviada.

—Me gustaría hablar contigo, Blanca...

Rosa debió percibir su violencia, pues añadió al momento:

—Es respecto a la empresa.

—Tengo prisa...

—Ya —interrumpió—, pero tarde o temprano vamos a tener que hablar. ¿Sabes que los *Del lote* han comprado Kapital? —Era el mote despectivo que usaban para referirse a una de las empresas más potentes de su sector.

—Sí, algo me han dicho...

—Se van a quedar con todo el mercado, incluido el de la mediana empresa en Madrid. Y están tanteando otras consultoras en Cataluña. Superjefe se va a mear en los pantalones. —La miró sonriendo con la misma complicidad que antes compartían. Blanca reprimió una risa. Superjefe era el apodo con el que se referían al presidente cuando se mofaban de él. Era otro guiño.

—Me temo que... —Blanca se interrumpió momentáneamente— ...Sí.

Había visto aproximarse a Lucía, que pareció dudar cuando las vio hablando. Estaba lívida. La noche le había sentado peor de lo que esperaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó, aparentando más curiosidad que

preocupación.

—Fatal... Se me va la cabeza —respondió rehuendo su mirada.

¿Física o psicológicamente?, pensó Blanca con ironía, tratando de interpretar su rostro.

—Voy a tomarme una manzanilla y una de estas —continuó, enseñándole las pastillas que le había dejado sobre la mesita y esbozando una fugaz sonrisa—. Gracias... —La miró con precaución, tímida y brevemente, avergonzada, y se despidió algo precipitada, bajando la cabeza y haciéndose a un lado.

Cuando Blanca volvió los ojos a Rosa, se topó con la sonrisa socarrona que tan bien conocía y se dio cuenta de que su ex se había quedado con la copla. A la sibilina Rosa no podían escapársele esos detalles. Era su medio, su ambiente; se movía entre el morbo como pez en el agua.

—¿Qué le has hecho a la pobre chica?

No fue nada subliminal. Abusando del momento de complicidad que habían compartido minutos antes, sacó toda la carnaza intencionadamente para poner a Blanca a su nivel. Como si tuvieran algo que ver... Si su intención había sido decirlo sólo por picardía, se equivocó, pues Blanca lo entendió además como una sucia indirecta. La indignación le hizo enrojecer. ¿Quién era ella ahora para permitirse esas libertades, para meterse en su vida? Sin tener ni puñetera idea. Le volvió todo el rencor acumulado en aquellos casi dos años y se lo soltó con una mirada que le habría traspasado el cerebro de haberse hecho materia. Se volvió hacia el pasillo con paso apresurado y largas zancadas, mirando al suelo con ira, después de haberle mascullado entre dientes:

—Vete a la mierda, Rosa.

Capítulo 21

Lucía estaba mareada. Afortunadamente tenían asiento sobre las alas. Sólo esperaba un vuelo sin inclemencias, de lo contrario quizá tendría que visitar los baños del avión. El dolor de cabeza estaba remitiendo gracias a un segundo antiinflamatorio que se había tomado en el aeropuerto.

Tenía que devolverle las pastillas a Blanca...

Blanca. Sentía una profunda vergüenza al pensar en ella. La había liado en el hotel. Tenía que hablarle, disculparse. Tenía que pedirle perdón por haberle dado la noche, tenía que darle las gracias por haberla atendido... Le vino su propia imagen temblorosa entre sus brazos. Luego le vinieron instantáneas de ella misma lamiéndole los pechos y enrojeció. El estómago le dio un vuelco y sintió un sudor frío. Se movió nerviosa en el asiento, tirándose del cuello de la camiseta.

—¿Estás bien? —se interesó Alberto, que hojeaba la revista del avión a su lado.

—Regular... Voy a ver si me amodorro y consigo dormir un poco.

—Hay bolsas aquí para el mareo —le dijo, enseñándole una.

—¡Calla! Espero no tener que usarlas —le sonrió débilmente. Luego se volvió hacia la ventanilla y cerró los ojos.

Era una suerte tener a Alberto al lado. Había suficiente confianza como para no sentirse incómoda ni obligada a justificarse. Era una suerte también que Blanca no viajara con ellos. La situación hubiera sido muy violenta, aunque quizá les hubiera dado tiempo de hablar un poco.

Esa mañana, cuando Lucía volvió de desayunar, se la encontró saliendo por la puerta con su *trolley* camino del aeropuerto, y apenas habían podido cruzar cuatro palabras corteses de despedida. Lucía tuvo la sensación de que Blanca estaba molesta con ella. No la culpaba. La había abordado como una posesa y luego se había pasado la noche vomitando. ¡Qué espectáculo!

Sentía una profunda vergüenza. Su actitud contradictoria y sus impulsos la estarían volviendo loca, como a ella misma. Estaba confundida y desorientada. Nunca se había sentido de aquella manera, nunca tan bloqueada, tan perdida,

tan trabada... Nunca en su vida los afectos o la ausencia de estos le habían distorsionado tanto el entendimiento; a ella, que era la representación del equilibrio.

Tenía que hablar con alguien. Pensó en Jorge por inercia. *¡Buff! Jorge...* En Carmen. Pero Carmen no entendería su proceso, pensaría que estaba perdiendo los papeles. Le daba vergüenza decirle que se le había lanzado otra vez, y además como una cuba. Pensó en un psicólogo, en dejar la empresa.

Dejar la empresa...

Se le hizo un nudo en la garganta y se le humedecieron los ojos. Se volvió aún más hacia la ventanilla, no quería que Alberto se diera cuenta de que estaba a punto de llorar. Suspiró profundamente y se obligó a pensar en otra cosa; no podía hundirse en la miseria, y menos delante de su compañero.

Su mente volvió a Blanca, no conseguía quitársela de la cabeza. Volvió a aquella mañana, la imagen casi onírica de su cuerpo desnudo frente al armario, su espalda magnífica, el canal que descendía por su columna vertebral para desembocar en aquel trasero prieto y satinado. Aquellos hombros... Se imaginó acercándose a ella por detrás, pasándole los brazos por debajo de las axilas hasta anclarse en ellos; tan firmes... Se imaginó descansando su mejilla entre sus omóplatos, tan rectos... Se imaginó fundiéndose en su piel, mordiéndole la nuca.

Ya estamos...

Suspiró. Era un hecho que deseaba a Blanca, no podía negarlo. Decir que se trataba de una atracción morbosa o curiosidad era engañarse. Tenía fijación por su cuerpo y lo de sus hombros era digno de estudio. Le ponían más que cualquier otra parte de su anatomía. Su deseo empezaba por ahí y continuaba por su boca. Recordó sus besos aquella tarde, junto a la cama. Se sintió gelatina...

Otra vez no, se exasperó.

¿Qué había cambiado en los últimos dos días para hacerla tan presente, para desearla tanto? Quizá el tenerla tan cerca en la habitación, en la cama... Pensó. Sí, pero sentía que no sólo era eso. Había algo más. La respuesta le vino en forma de imagen.

Rosa.

Intuyó que era *aquella* Rosa por la expresión de Blanca cuando se vieron en el receso, y por sus palabras y las de David al referirse a la sucursal; aunque llegó a dudarle al principio, pues había mucho contraste entre su soltura y la frialdad de Blanca. Pensó que una persona que traiciona a otra

después de tantos años de convivencia tendría que mostrar al menos un poco de humildad o contrición. Si los hubo, a ella le pasaron desapercibidos. Fue Patri quien se lo ratificó por la noche tras una llamada de trabajo. *¿Has conocido a Rosa? Me lo tienes que contar.*

Rosa le pareció atractiva, pero tenía algo que no le gustaba. Le había caído mal, quizá por lo que le había hecho a Blanca. Luego pensó que ella no era la más indicada para juzgarla por esa cuestión precisamente.

Pero no era sólo eso. No le había gustado cómo la miraba, le hacía sentir incómoda. Al principio creyó que había sido algo puntual, pero aquella mirada se había repetido a lo largo del congreso. Tenía algo depredador y descarado que la inquietaba. Por la mañana además había vuelto a tener la sospecha de que sabía algo. Lo notó en su sonrisa burlona cuando se las encontró en la entrada del comedor, y se sintió amenazada. Para colmo, Lucía vio con sorpresa que la actitud de Blanca había cambiado respecto a Rosa, le estaba sonriendo...

La ansiedad le brotó en el pecho y se extendió como un tsunami por todo su cuerpo. Se rebulló incómoda en el asiento.

Si Blanca vuelve con esta tía, es que es tonta, pensó con acritud.

Llegaron a Málaga sin mayores incidentes y recogieron el coche de Alberto, que habían dejado en un parking privado cerca del aeropuerto.

—Me llevan los demonios que se hayan gastado un dineral en la ampliación de este aeropuerto, y al de Granada lo tengan abandonado —comentó él indignado—. Ya que no lo amplían, al menos podrían ampliarle los vuelos... Claro que si no lo amplían, ¿cómo le van a meter más vuelos? —se contestó a sí mismo—, si es como un céntimo... Me repatea las tripas que las agencias anuncien la Alhambra como una atracción de Málaga. Y para colmo van y le cambian el nombre y lo llaman Aeropuerto de Granada—Jaén. ¿No te jode? Por las mismas al de Málaga lo deberían llamar de Andalucía...

—Pero eso fue el dinero que puso la Diputación de Jaén —intervino ella sin gana. Si había un tema que más encendía a Alberto, era el de las malas comunicaciones que tenía Granada por tierra, mar y aire, a pesar de ser una de las ciudades más turísticas de España. Lucía no tenía energías para entrar a saco; bastante tenía ella con lo suyo.

Alberto apartó los ojos brevemente de la carretera para mirarla.

—¿Cómo estás?

—Parece que se me ha pasado el dolor de cabeza —dijo—. Lo peor es el estómago. Vomitar me deja hecha polvo, y me he tenido que tomar dos pastillas. Y estas curvas no están ayudando.

Alberto disminuyó la velocidad.

—¿Tanto bebiste?

—No es que bebiera tanto, es más bien lo que bebí. Fui de riojas, como todo el mundo, y yo no estoy acostumbrada al vino... Después lo arreglé con un *gin- tonic* de esos de fantasía. —Hizo las comillas con los dedos—. Bien cargadito, y me terminó de rematar.

—Lo que me sorprende es que no te controlaras. Tú para eso eres muy templada —la observó brevemente. Lucía volvió la cara hacia la ventanilla, perdiéndose en el verde de los riscos y colinas de la cuenca del Guadalmedina. Luego se miró las manos, que descansaban en su regazo, y comenzó a chasquear las uñas de los pulgares.

—Supongo que me dejé llevar. Yo qué sé...

La verdad era que había bebido impulsivamente, guiada por la ansiedad, y apenas había comido dos pintxos en toda la noche. En ningún momento había dejado de controlar a Blanca, que estuvo hablando una hora con una conocida. Era como un imán angustiante. Le estuvo escrutando hasta el mínimo de sus gestos, buscando el posible interés que pudiera tener por la mujer que tenía enfrente, a la que sonreía continuamente con aquella mirada suya... Y tampoco pudo dejar de observar a Rosa, que la estuvo acechando como una pantera toda la noche. A Blanca, acercándosele de vez en cuando, siempre en compañía, siempre solícita y agradable con su ex. Y a ella misma cuando Blanca se retiró. La había abordado mientras estaba con David, interesándose por la ponencia y por su trabajo en Granada. Mirándola también con ojos descarados...

—¿Cómo estás llevando lo de Jorge? —Alberto atacó.

—¿Lo de Jorge? Bien, ¿por qué lo dices? —lo miró con suspicacia.

—Porque te veo mal últimamente y me pregunto si no te habrás precipitado al cortar.

Lucía se quedó observándolo, sorprendida, mientras sopesaba sus palabras.

—Alberto, no voy a volver con Jorge —dijo finalmente con aplomo—. La convivencia no es fácil para nadie, y menos para dos personas que ya tienen muy poco en común. Si a eso le quitas el amor, sólo queda el conflicto. Yo a Jorge le tengo mucho cariño, pero sé desde hace tiempo que no lo quiero. Y a él le pasa lo mismo —confesó.

—Pues sí que lo tienes claro... —musitó como para sí, admirado por la sinceridad y contundencia de su respuesta. Le había dejado sin su principal argumento, pero se aventuró por otro frente.

—¿Qué te ha pasado con Blanca?

—¿Por qué lo dices? —El tono a la defensiva y la expresión de pánico la delataron

—Porque estáis raras de un tiempo a esta parte. ¿Habéis discutido?

—No... —Lucía jugaba nerviosamente con su anillo.

—¿No la tuvisteis por el curso de los hosteleros?

—¡Qué disparate! —protestó—. Eso fue puntual. Me molestó que me implicara sin contar antes conmigo, pero de ahí a pelearme...

—Entonces ¿qué os pasa? —insistió Alberto, observándola inquisitivamente durante un momento, alternando fugaces miradas a la carretera.

A Lucía se le había desbocado el corazón. Se sentía acorralada. Cada segundo sin hablar era una vida y la delataba. Comenzó a temblar ante su incapacidad de idear una evasiva y su miedo a confesarse.

Alberto captó el conflicto y la reticencia de su compañera, por lo que volvió de nuevo a la carretera y añadió rápidamente:

—No tienes que decírmelo, si no quieres.

El comentario le alivió la urgencia de darle una respuesta, pero no la angustia que sentía. Después de unos tensos y eternos segundos se atrevió a decir.

—Blanca y yo... —titubeó, intentando encontrar las palabras. Se mordió el labio inferior; después emitió una exhalación exasperada y soltó a bocajarro:

—Me he acostado con Blanca.

Hala, ya está...

Alberto no dijo nada ni apartó la vista del camino. Sólo una leve sucesión de parpadeos indicaba que estaba digiriendo la noticia. Luego carraspeó.

—No me extraña que estés así hoy... —comentó finalmente como para sí. Lucía lo miró intentando interpretar las connotaciones de su respuesta.

—No ha sido esta noche, Alberto —*no del todo*, pensó—. No ha sido en el congreso.

Alberto le devolvió la mirada sin comprender. Si se había hecho una composición de lugar, Lucía la había deshecho de un plumazo.

—Fue hace dos meses —añadió.

Alberto guardó silencio; parecía estar procesando la información. El

resultado se hizo evidente cuando preguntó:

—¿Te ha acosado? —preguntó suspicaz—. Me sorprendería mucho de Blanca...

¿Por qué todo el mundo pensaba lo mismo? Se indignó.

—¿Tú crees que Blanca sería capaz de acosar a alguien? —dijo escandalizada.

—¡No! —enfaticó—. Por eso te he dicho que...

—Entonces ¿qué te ha hecho pensar eso? —interrumpió ella, vehemente.

—¡Yo qué sé, Lucía. No te lo tomes así! —se defendió—. Supongo que porque ella es lesbiana y la jefa, y tú, su empleada y con novio. Hasta hace poco... —corrigió—. Vale, supongo que he visto muchas películas...

—Porno... —volvió a interrumpirle con evidente disgusto. El calló un momento para luego admitir:

—Tienes razón. Supongo que son prejuicios...

—Sí, supones bien. —Miró para otro lado—. Todos suponemos demasiado —dijo. Después, volvió su cara hacia él—. Ni siquiera fue suya la iniciativa, Alberto, fue mía.

Ahora sí que te has quedado con las patas colgando, pensó, tras ver la expresión de pasmo y el ceño fruncido de su compañero.

—Pues mejor me lo cuentas, Lucía, porque yo ya no tengo argumentos.

Ella sonrió por primera vez ante su confusión.

—Simplemente pasó, Alberto, y ahora estoy hecha un lio.

—No sabía que te fueran las mujeres.

—Y no me van —protestó—. No creo que el acostarme una vez con una tía me haga ya lesbiana. Las cosas no son sólo blancas o negras. Hay matices... —añadió mientras miraba por la ventanilla. *Qué bonita forma de decirlo*, pensó con ironía, *yo me he topado con uno bien gordo*.

—¡Eh, que lo de lesbiana lo has dicho tú! —se defendió él. Luego aventuró:— ¿Por eso has roto con Jorge?

—No, no ha sido por eso, ya te lo he dicho antes. Pero me ha ayudado a aclararme. No es que sepa mucho lo que quiero, pero sí que sé lo que *no* quiero.

—¿Y ahora en qué punto estáis? —continuó él—. Se os ve tensas, la verdad. Pensaba que habíais discutido. ¿O es que habéis discutido por eso?

—No estamos en ningún punto. Tampoco hemos discutido, pero todo se ha enrarecido. —Miró hacia la ventanilla—. Me dio el panicazo y empecé a actuar como una gilipollas. Imagino que Blanca estará harta de mí. No he

hecho más que rehuirla... Y ahora, para colmo, lo de anoche. —Comenzó a darle vueltas al anillo en su dedo.

—Vómitar es de humanos, mujer...

—Vómitar, sí... —dijo y no quiso dar detalles—. Estoy hecha un lío, Alberto. No me conozco, te lo juro, y no puedo seguir así. Estoy pensando hasta en dejar el trabajo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y esta vez no hizo nada para esconderlas.

—¿Qué dices, Lucía?! —exclamó él alarmado—. ¡No digas tonterías, mujer! Háblalo con Blanca y dejad las cosas claras. Las dos sois muy sensatas. ¿Cómo has llegado a este punto? —le dijo con preocupación.

Lucía miró por la ventanilla, acongojada.

—No lo sé...

—Pero ¿tú que sientes por ella? —inquirió.

—No lo sé...

Estás colada hasta el cuello, se dijo.

—Pero ¿a ti te gusta o no?

—Me gusta... Mucho. —Terminó por admitir con cierto rubor.

—¿Y tú a ella?

—No lo sé... No creo que esté muy contenta conmigo últimamente.

—Pues habla con ella y díselo. Es una mujer encantadora, ¿qué miedo tienes? ¿No has dicho que te gusta? Mira, Lucía, no vayas a salir corriendo porque hayáis tenido un rollo —insistió.

—Estoy bloqueada.

—¿Qué es lo que te bloquea, haberte acostado con Blanca o haberte acostado con una mujer? —preguntó él, intentando llegar al *quid* de la cuestión.

—Haberme acostado con Blanca... y haberme acostado con la jefa.

—¿Pero ella te ha presionado en algún momento por ser tu jefa?

—¡No! —protestó alarmada.

—¿Entonces qué problema hay? —dijo con vehemencia—. Sois adultas; habladlo y no dejéis que esto interfiera en vuestro trabajo o en vuestra amistad. Mira Lucía, el que te hayas liado con Blanca sólo tiene la importancia que tú le quieras dar. Y el que te hayas acostado con la jefa sólo importará si alguna de las dos lo usáis para sacar provecho; cosa que, conociendoos, dudo mucho que hagáis. Relájate, aclárate y habla con ella, de verdad —enfaticó.

A Lucía se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Tragó saliva, haciendo verdaderos esfuerzos por no sollozar. Sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos. Respiró hondo y trató de calmarse. Cuando se vio capaz de hablar sin peligro de derrumbarse, miró a su compañero y le dijo:

—Gracias, Alberto... No sabes cómo me he torturado estas semanas.

—No me extraña... Y no te preocupes por los niños, no voy a contar nada.

—Gracias. No quiero ni imaginar lo que diría Felipe...

—¡No me jodas! —Imitó—. Eso lo primero, luego te pediría que le contaras los detalles —bromeó.

Lucía sintió que le ardía las mejillas.

Capítulo 22

Blanca llegó al Prat cerca de las dos de la tarde. Había conseguido dormitar algo en el vuelo, pero no había sido suficiente para aliviarle el profundo cansancio que sentía. De cualquier modo, sabía que ni aun durmiendo veinticuatro horas se recuperaría, pues el agotamiento no estaba tanto en su cuerpo como en su mente.

Su vida afectiva iba de mal en peor, y en el horizonte laboral comenzaba a vislumbrarse algún nubarrón que le inquietaba. Tenía que mover piezas. Tenía que hacer algo con Lucía. Le preocupaba profundamente el proceso casi autodestructivo en el que la estaba viendo caer los últimos días. Comenzaba a pensar que el episodio de abril había sido un desastre, visto el resultado. Era evidente que Lucía se sentía atraída por ella. La forma de mirarla a veces, la manera en que la había besado y devorado aquella misma noche no daban lugar a dudas, por mucho alcohol que hubiera por medio. El problema era cómo estaba digiriendo la atracción. Era evidente que le aterraba. Y Blanca no podía ayudarla en aquella tesitura; era algo que tenía que superar ella misma. Aun así, tenían que hablar, tenían que poner los sentimientos sobre la mesa antes de que su amistad se fuera al carajo, pues Blanca estaba empezando a perder la paciencia.

Cuando atravesó las puertas de salida de pasajeros, vio a Marta y Ari entre la gente que esperaba a familiares y amigos.

—¿Pero qué hacéis aquí? —exclamó sorprendida y con una sonrisa de oreja a oreja. No imaginaba que fueran a recogerla.

—Queríamos darte un sorpresa —Ari la abrazó y le dio dos besos. Marta la secundó. Tras varios achuchones y preguntas por la salud, se dirigieron al parking del aeropuerto.

—¿Qué tal el vuelo? —inquirió Ari—. Tienes cara de cansancio.

—El vuelo, tranquilo; estos días, muy largos y muy intensos —respondió con un suspiro mientras se dirigían a por el coche.

—¿Qué tal en el congreso? —se interesó Marta.

—Bien y mal —respondió criptica.

—¿En qué parte entra Rosa?

—En la de mal.

—¿Y Miss España entonces? —continuó.

—En la de peor...

Marta resopló, mientras abría la puerta del maletero del Corsa. Le cogió el *trolley* a Blanca y lo introdujo en él. Luego se subieron al coche y lo condujo de camino a Barcelona.

—¿Qué ha sido lo bueno entonces? —se interesó Ariadna, volviéndose hacia el asiento trasero, donde Blanca se había arrellanado con las piernas abiertas para evitar que las rodillas le dieran en los sillones delanteros.

—El congreso en sí y nuestro trabajo. Hemos hecho una presentación estupenda que ha gustado y que nos ha promocionado bastante bien, diría yo.

—¿Quién la hizo?

—Los tres. Alberto, Lucía y yo. Cada uno en su especialidad. Rápida, pero muy completa.

—¿Y Barcelona no presentaba nada? —preguntó Marta mirándola a través del retrovisor.

—Bueno, yo soy Barcelona, pero si te refieres aparte de mí, no. Este año sólo Granada. Y con un nivel muy bueno. Qué pena lo de Lerma... —lamentó—. Lo que nos hemos perdido por su culpa.

—¿A qué te refieres? —Ariadna se volvió de nuevo para mirarla.

—Pues a que durante estos últimos años, Alberto y Lucía, que son los verdaderos creativos de Granada, se han negado a hacer nada fuera de lo habitual, hartos de que él se llevara las flores de sus iniciativas. Aparte de cerdo, era un pésimo gestor.

—Pero tú dijiste que el volumen de negocio era bueno —insistió su amiga.

—Sí, pero no gracias a él.

—Al menos en el trabajo te va bien... —apostilló Marta con cierta sorna.

—No lo digas muy alto, se aproximan tiempos complicados. Los americanos han comprado la segunda consultora de Madrid y puede que estén tanteando a otras en Cataluña. Son muy agresivos y van a por la clientela de nuestro segmento. ¿Y por qué boca he sabido los detalles?... —Buscó los ojos de Marta a través del espejo retrovisor—. ¡Bingo! Por la de vuestra amiga Rosa.

—¿Has hablado con ella entonces?

—Por supuesto —dijo con ironía—, me la he encontrado varias veces. Demasiadas, para ser exacta.

—¿Y qué ha ido mal? ¿O sólo ha sido el volverla a ver? —insistió Marta.

Blanca miró por la ventanilla, sopesando, reconstruyendo su último encuentro en la cafetería.

—Es una imbécil. —Negó con la cabeza—. ¿Sabéis lo que me ha dicho esta mañana?... —Al momento se interrumpió, una idea le había venido a la mente como un *flash*. Observó a Ari con curiosidad—. ¿Qué le habéis contado? Le habéis dicho algo sobre Lucía, ¿verdad? —Hubo un rápido cruce de miradas entre la pareja.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ari

—¿Qué le habéis contado? —insistió molesta.

—Nada, que tenías una historia con una granadina guapísima —le espetó Marta—. Pero no hemos dado detalles, te lo juro.

Blanca miró hacia su ventanilla con claro disgusto. Marta observó su reacción y aclaró rápidamente.

—Es que estábamos hablando de ti, y Rosa todavía daba por hecho que estás colgada por ella. No lo pude soportar y le solté que tenías un rollo en Granada con una tía buenísima, cosa que es cierto —apostilló—, para que deje de creérselo tanto. Perdona si te ha molestado —se excusó—, pero me encantó la cara que puso; se sorprendió mucho. ¿Qué es lo que te ha dicho?

—¿Que qué le estaba haciendo a la pobre chica? —enfaticó con un tono irónico.

—¿Por qué te ha dicho eso? —se extrañó Ari— ¿Y por qué sabía que era ella? Nosotros no le dimos detalles ni nombres, te lo prometo.

—Guapísima y de Granada... Tampoco es que Rosa necesite muchos detalles. De eso se dio cuenta por sí misma. No había más que ver cómo la miraba.

—Cualquiera miraría a Lucía, es muy guapa —dijo Marta buscando su mirada a través del retrovisor.

—Sí, pero no como lo hace ella. Me dan ganas de darle una bofetada... Claro que ahora entiendo muchas cosas —añadió con el ceño fruncido.

—Pero ¿por qué te ha dicho eso esta mañana? —insistió Ariadna.

—Porque la vio bajar de la habitación con la cara descompuesta, ha pasado muy mala noche, y la imbécil me lo ha dicho como si la hubiera violado o poco más. Pero ¿cómo se atreve a hacer insinuaciones de ese tipo? —se desahogó llena de indignación—. ¿Cómo se atreve a dirigirme siquiera la palabra? La he mandado a la mierda.

—¡Joder! —Marta miró a su pareja significativamente.

—Rosa ha dejado a Carla —Ari se aseguró de captar la reacción de Blanca.

—¿Qué?

La noticia la dejó descolocada unos segundos, le costaba entender el significado de lo que acababa de oír. Después de todo aquel tiempo, Rosa y Carla formaban un tándem y, aunque ella había deseado profundamente su fracaso, la ruptura de la pareja le sorprendió.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. Creo que se ha hartado de la niña y de la madre. Bueno, no lo ha dicho así, pero es lo que parece —aclaró Ari.

—Ya decía yo... Me ha extrañado no verla en el congreso —dijo Blanca pensativa. Se preguntó por las implicaciones que podría tener la ruptura.

—¿Y la empresa?

—En principio sigue allí, no ha dicho nada de dejarla.

—Ahora entiendo aún más su actitud durante el congreso... Y su interés por hablar de trabajo. —Miró sin ver a través de la ventanilla; seguía sopesando las consecuencias del acontecimiento. Pensó también en las implicaciones que este hecho podría tener para ella misma. —Algo tiene en la cabeza, la conozco... Y Carla, ¿cómo se lo ha tomado?

—No sabemos —dijo Marta—. No ha dado muchos detalles, pero imagino que mal. Si por ella fuera no se habrían separado, estoy segura.

—Pues no le va a resultar nada fácil seguir trabajando en la misma oficina. A mí al menos me facilitó las cosas cuando se fue —concedió Blanca—. De cualquier modo, no te voy a decir que lo lamento por ella; que pruebe la misma medicina que tuve que tragar yo.

Se produjo un breve silencio que rompió Ariadna.

—¿A qué te referías con lo de peor con Lucía? ¿Por qué ha pasado mala noche?

Blanca apartó la mirada de los ojos de su amiga para perderla por la ventanilla. Tras un hondo suspiro se explicó.

—Porque ayer bebió más de la cuenta, y se ha pasado la noche vomitando. Ella, que apenas prueba el alcohol...

—¡Uy, pobrecilla!

—Después de meterme mano como una posesa... —Ahora miró a Ari con toda la franqueza.

—¿¿Qué?! —exclamaron a coro.

—Lo que oís. —Blanca se pasó la mano por la cara, frotándose los ojos con los dedos en un claro gesto de cansancio—. No sé qué voy a hacer con ella. Está fatal, y a mí me está volviendo loca. Ha roto con su novio, pero se pone de los nervios cada vez que me acerco, y creo que tiene un cacao mental

bastante importante. Esta noche casi me viola...

—¿Qué dices! —ahora fue solo Ari.

—Bueno, no ha sido para tanto... —rectificó—. Estaba muy pasada y se me ha tirado con una desesperación... Casi me come viva. No sé si ha sido por el alcohol, pero no está bien. El problema es que está afectando al grupo y un poco al trabajo. Y yo ya me estoy cansando —añadió mirándose las manos. Luego vio los ojos de Marta a través del espejo retrovisor—. Vale Marta, tenías razón. No vayas a sermonearme ahora.

—¿Habéis hablado? —preguntó Ari preocupada.

—¿Hablar? Después del *día después* en que me dejó las cosas claras, se ha limitado a evitarme cuando estamos solas o a envararse cada vez que me acerco a ella. Eso no impide que a veces la descubra mirándome y cortándose.

—Esa chica tiene lesbianitis aguda, mezclada con un ataque de terror, y aún no sabe que eso sólo se cura relajándose y disfrutando —intervino Marta.

—Tú siempre con lo mismo... —Blanca negó con la cabeza.

—¿Qué le pasa, si no? —insistió su amiga con la mirada fija en la carretera, donde el tráfico se había densificado—. Lucía se ha acostado contigo por un impulso o por morbo, y se ha encontrado que le ha gustado más de lo que se imaginaba. Le has puesto su mundo patas arriba. Ha dejado a su novio, porque ahora sabe que no le satisface; pero no tiene ovarios para reconocer sus verdaderos sentimientos por ti, básicamente porque eres una tía.

—No creo que sea tan sencillo —Blanca volvió a negar con el ceño fruncido.

—Pues yo creo que sí. Si no, ¿por qué cuando se desinhibe se te lanza como una loca? —Buscó su mirada a través del espejo—. Esa chica no te va a hacer bien, métetelo en la cabeza. Hasta que no se aclare, te vas a tener que tragar sus marrones; así que deberías hablar con ella y dejar las cosas en su sitio. O pasar de ella tres pueblos. Quien se acuesta con heteros...

—Acabas de decir que es lesbiana, Marta —apostilló su novia.

—Sí, pero ella no lo sabe todavía.

Blanca resopló.

Capítulo 23

La semana que siguió al congreso fue un bálsamo para Lucía. Impartir el curso en Málaga supuso un cambio de escenario que impuso distancia con Blanca y le ayudó a relativizar las cosas. Llevaba tres días en la ciudad, y el contacto con los alumnos y colegas de la universidad le había mantenido tan ocupada como para no pensar exclusivamente en ella. Eso ya era un logro, pues durante el fin de semana su obsesión había sido un calvario que la dejó física y mentalmente agotada.

En Málaga, además, estaba Daniel. Era técnico del servicio de calidad de la universidad y se conocían desde hacía tres años, gracias a las auditorías y a los cursos de formación de evaluadores. Congeniaron desde el primer momento de tal modo que habían construido una peculiar amistad que se había prolongado fuera del entorno laboral. Dani solía quedar con ella siempre que visitaba Granada. Era homosexual declarado y tenía una pluma que minimizaba hasta casi la desaparición cuando trabajaba, pero que se le disparaba en cuanto salía de la universidad y se tomaba unas cervezas en confianza. Esto maravillaba y divertía a Lucía, que se había dejado adoptar por la especial protección y predilección que por ella sentía su amigo.

El miércoles, tras acabar la jornada y el curso, salieron a tapear por la ciudad, acompañados por un reducido grupo de alumnos y compañeros de la universidad. A las once y media se habían despedido de ellos. Cuando Lucía le comunicó su intención de retirarse también, Dani, que había quedado con su chico para tomarse una copa, le insistió:

—Vente con nosotros a Torremolinos, Lucía. Hay un local de los que creo que no conocerás muchos, pero que seguro que te encanta —dijo, cogiéndole las manos para convencerla—. Vale, es de ambiente, pero no nos comemos a nadie, ¿eh?, y hoy hay espectáculo.

A Lucía la perspectiva de salir del centro para ir a un bar de copas no le sedujo demasiado.

—Pero ¿cómo vamos a ir a Torremolinos con lo que hemos bebido? ¿Merece la pena coger un taxi? —protestó con la intención de quitarle la idea de la cabeza.

—Por eso no te preocupes, mujer. Conduce mi Alex, que no bebe —respondió, enlazándola por el brazo y dirigiéndola a la fuerza a algún punto

que sólo él sabía—. ¿Dónde se habrá visto un maricón abstemio...? Abstemio y que no se drogue. Una vez se tomó dos pastillas y casi terminamos en urgencias —continuó soltando una carcajada mientras su pluma se iba haciendo cada vez más evidente—. Ahora me río, sí, pero vaya susto que me dio el gachón. ¡Es más sano que una pera! Por eso me gusta —dijo, y le puso la mano en el antebrazo—. Por eso y porque la tiene como un banano.

Dani estalló en risas al ver su rubor; luego le pasó el brazo por los hombros, estrechándose los, y la besó en la cabeza.

—¡Ay mi Luci, qué chiquitilla es!

A los cinco minutos llegaron a una rotonda donde esperaba un Golf blanco con matrícula extranjera. Alex se bajó del coche y saludó a Dani castamente con dos besos en las mejillas. Era un joven alto, un poco desgarrado, rubio y con ojos azules. Se presentó a Lucía con un marcado acento alemán y la invitó a entrar en el vehículo.

Eran las doce cuando llegaron al local, y Lucía pensó que se había equivocado al aceptar la invitación. Temía la hora en que acabaría la velada, pues al día siguiente, a las nueve, tenía cita en la Universidad con el comité de calidad. Al menos le tranquilizaba el hecho de que Dani también estaba convocado a la reunión, por lo que suponía que la noche no se iba a alargar demasiado. Al entrar al discopub —pues era esto lo que a primera vista le pareció el establecimiento—, volvió a arrepentirse. Estaba llena de chicos y parejas gays, mayoritariamente masculinas, y tenía la sensación de que la miraban como si se hubiese escapado de un zoológico. También había algunas chicas, y ellas la miraban como... Bueno, no sabía exactamente cómo, pero comenzó a sentirse violenta, y eludió cualquier contacto con unos ojos que no fueran los de Dani o Alex.

Tuvo que pasar casi una hora, conversando a duras penas entre la música, para que Lucía comenzara a atreverse a observar a la gente que se encontraba en el local. Vio a unos jóvenes besándose con todo el descaro del mundo, y el hecho le sorprendió por la connotación exhibicionista que interpretó en el gesto, pero no le desagradó. Luego la imagen de una chica captó su atención. Bailaba de espaldas junto a otra en un extremo de la pista, el pelo castaño claro, alta. No se parecía a Blanca, pero su camiseta negra sin manga le hacía resaltar unos brazos torneados que le recordaron los suyos. También la cintura y sus caderas estrechas, que movía sugestivamente. Se sorprendió disfrutando con la vista. Era como si su encuentro sexual con Blanca hubiera abierto una nueva dimensión en la forma de mirar a otras mujeres, percibiendo una

sensualidad en ellas que antes no veía. Se recordó deslizando las manos por debajo del pijama de su jefa hasta tocar sus pechos y la imagen le excitó. ¿Se excitaría del mismo modo si se lo hiciera a la joven de la pista? Posiblemente no, pero ahora ese pensamiento no le resultaba descabellado.

En la mesa próxima a ellos, dos chicas hablaban ajenas a su entorno, las cabezas muy cerca para hacerse oír sobre el volumen de la música, los ojos enlazados en una mirada de devoción que no ofreció dudas a Lucía. El beso que vino después le cogió desprevenida y le conmovió en lo más profundo, desatando todo el anhelo que trataba de maniatar en su alma.

—¿Cuánto hace que lo dejaste con tu novio?

Las palabras de Dani la sobresaltaron. Cuando se volvió hacia él, se dio cuenta de que Alex no estaba y de que, por su expresión, debía llevar observándola unos minutos. Habría captado su reacción mientras miraba a la pareja comerse amorosamente la boca.

—Un par de meses —le contestó, un poco avergonzada.

—¿Lo echas de menos?

—No. Bueno, un poco, sí. La complicidad y eso que teníamos sobre todo al principio —se explicó—, pero nuestra historia estaba acabada desde hacía ya tiempo.

Dani asintió, atento.

—¿Y es la primera vez que vienes a un sitio de ambiente?

—Sí —le respondió, intrigada—. Se nota, ¿no? —Lo miró con curiosidad.

—Un poco. Sobre todo al principio, cuando hemos entrado y has visto a aquella locaza del bigote y las transparencias, que debió darle un ictus hace veinte años y se quedó en los noventa —apostilló—. O a aquella camioneraca de la columna —le señaló con la cabeza.

—Bueno, esa es que da miedo... Vamos, ni pasando al lado de una obra me han echado esa mirada —dijo ella, abriendo los ojos desmesuradamente. Dani rio, disfrutando, le encantaba la provocación.

—Sí, se nota que no estás muy acostumbrada a estos personajes. Pero de todas formas esto para ti no es nuevo, ¿no? ¿Ni siquiera has estado en *La sal*, allí en Granada?

—Te aseguro que no —insistió—. De verdad que es la primera vez que vengo a un bar de ambiente. Comimos una vez en el *Gayedra*...

—No, ese no cuenta —interrumpió él.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó, un poco a la defensiva.

—Pues a que no parece que sea primera vez que ves dos chicas besándose,

¿no? Y no creo que sean amigas tuyas, porque si no ya habrías estado en *La Sal*, digo yo. Es más, por la forma en que estabas mirando a esas dos de ahí, diría que hay o ha habido una mujer en tu vida, y no me refiero a tu madre.

Lucía se quedó boquiabierta, noqueada por la clarividencia de su amigo y preocupada por la vulnerabilidad de su propia transparencia. ¿Tanto se le notaba?

—Y por la cara que estás poniendo ahora —prosiguió—, ya sé que no me equivoco, ¿no?

A Lucía se le humedecieron los ojos y bajó la mirada para no delatar su reacción, dudando si abrir la compuerta. Fuera por las cervezas acumuladas, por el ambiente que la rodeaba, por la naturalidad de Dani o por su propia necesidad de reventar, se escuchó hablar como si no fuera ella misma.

—No.

—¿Cómo se llama o se llamaba?

—Blanca...

—Te pega ese nombre —dijo él sonriendo, satisfecho de su propia perspicacia—. ¿Y dónde está la afortunada?

—En Granada... No estamos juntas, Dani.

—¿Por ti o por ella?

—Supongo que por las dos —dijo Lucía, encogiéndose de hombros. Él, escamado, se echó a un lado para tener mejor perspectiva.

—¿Es ciega? —Ante la mirada de extrañeza de su amiga, aclaró—. Porque tiene que estar ciega para no pelearse a la tía más guapa de Granada.

—¡Venga, hombre! No empieces... —protestó, haciendo un gesto con la mano. Le molestaba que siempre la estuviera piropeando.

—¿Exagero? Mira a tu alrededor... —le dijo, señalando levemente con el dedo—. Tienes a todas esas lomas con el chocho hecho Pepsi—Cola por tus huesos.

Lucía echó un vistazo a la discoteca con timidez, y se encontró con varias miradas directas y persistentes que le incomodaron. Le recordaron a Rosa. Dani se le acercó y le dijo casi al oído.

—Seguro que la rubia de la camiseta blanca sería capaz de dejarse partir la cara por echarse un par de lentas contigo. No te digo ya por un par de polvos.

Lucía se ruborizó, pero miró hacia la barra. Allí, una joven muy masculina, con un corte de pelo a lo Grace Jones y bronceada hasta la probabilidad de melanoma, no apartaba sus ojos de ella.

—Dani, no se te ocurra separarte de mí ni un momento —le dijo poniéndole

la mano en el antebrazo. Su amigo rio escandalosamente, dándole unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, mujer, seguro que no muerde... Bueno, lo mismo sí... — Otro ataque de risa.

—¡Joder, Dani! —protestó.

—Mira, Luci, yo no tengo ni puta idea de tu historia, pero lo que sí sé es que si esa Blanca no está contigo es porque es tonta...

—O mi jefa... —interrumpió ella.

—¿Tu jefa? ¿La nueva? —exclamó con los ojos muy abiertos y el cuello hacia atrás—. ¡Joder! Esto se pone interesante... ¿Y está felizmente casada y con niños?

Lucía sacudió la cabeza, conteniendo una sonrisa.

—No. Es lesbiana abierta y soltera...

—¿Cuál es el problema entonces? ¿Podría ser tu madre? ¿Es un camión? — probó de nuevo. Lucía lo miró como si estuviera loco.

—Sólo nos llevamos seis o siete años, Dani. Y es... bueno, —dudó, ladeando brevemente la cabeza y elevando los hombros—, una persona extraordinaria —dijo, haciendo un ligero gesto de negación.

—¡Ay, mi niña que está coladita por su jefa! —exclamó él, dándole un beso en la sien.

—Es un encanto —se le saltaron las lágrimas.

—¿Y cuál es el problema? —Daniel se puso serio por primera vez en la noche.

—Yo soy el problema —dijo, limpiándose los ojos con los dedos en un rápido ademán.

—¿Por qué, Luci?

—Porque estoy aterrada —respondió, mirándole con sinceridad.

—Pero ¿por qué? —insistió él.

—Por todo, Dani, por todo —expresó con vehemencia—. Por lo que siento; porque he perdido el control y la he cagado no solo una, sino dos veces; porque es la primera vez en mi vida que me enamoro de una tía, mi jefa para colmo, y no sé ni cómo mirarle a la cara; ni a ella ni a mis compañeros —apostilló—. Porque no sé cómo se lo tomará mi familia si se entera, y eso me acojona... Porque ella está muy por encima de mí, y yo no me siento a su altura; y porque tengo verdadero terror a que me haga daño. Tengo terror a lanzarme a corazón abierto y luego que se vuelva a Barcelona con la arpía de su ex, o con otra más lista o que tenga las cosas más claras que yo. Por todo

eso yo soy el problema —Lucía le miró a los ojos, enojada consigo misma.

—¡Ay, la Virgen Santa! —exclamó él, agitando las manos—. ¿Por qué os gusta tanto complicaros la vida a las mujeres? ¡Con lo fácil que es relajarse y disfrutar! ¡Que lo vivas, niña! ¡Que lo vivas! —Le cogió las suyas, apretándoselas mientras enfatizaba—. Que te sueltes. Si a ti te gusta y tú le gustas, métete en la cabeza que esa tía es para ti, y sácate esos miedos y esas chuminadas. No estoy a su altura... Es una mujer... Qué va a decir mi familia... —imitó, exagerando una cara de pena— ¡Que digan lo que quieran! ¡Aquí la que importa eres tú, métetelo en la cabeza! —Le tocó la frente con los dedos. Luego señaló a su bolso—. A ver, enséñame una foto de ella, porque alguna tendrás; quiero verla.

Lucía dudó, reticente. Luego echó mano al móvil y buscó en el WhatsApp del grupo de la oficina. Cuando encontró lo que buscaba se lo mostró con timidez. Era una fotografía de la presentación en el congreso en la que Blanca aparecía sentada en la mesa como ponente.

—Umm... Parece guapa, pero aquí se ve muy poco, enséñame otra, anda.

Lucía siguió buscando en el grupo hasta dar con una foto de ella misma junto a Blanca, Alberto y Patri en la plaza de la Romanilla, tomada por Felipe en uno de sus viernes de cañas.

—¡Dios mío! ¿Cuánto mide, uno noventa?

—Algo más de uno ochenta, creo.

—Y parece muy guapa... Niña, tú no puedes dejar que se te escape esta loba... ¿Tú has visto qué piernas?

—Sí...

—¡Y mira qué hombros tiene la gachona!

—Sí...

—¿Tiene los ojos claros...? —preguntó, ampliando la pantalla.

Lucía buscó la foto del perfil de WhatsApp del número de Qualitas de Blanca. Era el primer plano que tenía en su currículum empresarial. Le mostró la imagen del móvil.

—Sí, verdeazulados muy claros...

—¡Qué mirada, y qué sonrisa! Esta mujer es muy atractiva, niña —le dijo serio, enfatizando sus palabras—. Menuda jefa tenéis... Me gusta hasta mí. —Soltó una carcajada—. Y hazme caso, nosotros sabemos apreciar la belleza femenina mejor que vosotras mismas y, por supuesto, mejor que cualquier macho man que se os ponga por delante. Niña, te prometo que si tú sales con este portento natural, a vosotras os sacan en la portada del *Hola*. Se acabó

Brangelina, de aquí en adelante Blanlucía —dijo, marcando un titular con la mano.

—Mira que eres tonto... —le espetó sonrojada y con una sonrisa tímida, mientras bloqueaba el móvil.

—¿Y cómo es en la cama?

—¡Joder! —Lucía protestó, dejando caer los brazos en los muslos.

—¡Niña, eso es fundamental! ¿No me digas que no te ha metido en ella?

—¡Joder, Dani!

—¿Es buena o no? —insistió.

Lucía resopló, con una sonrisa llena de embarazo mientras negaba incrédula con la cabeza. Luego claudicó.

—Muy buena.

—¡Lo sabía! Con ese cuerpazo no podía ser de otra manera. ¿No lo habías hecho nunca con una tía?

Lucía volvió a negar.

—¿Y te gustó? —Dani vio la reticencia de su amiga ante la pregunta y continuó hablando—. Porque mi primera experiencia sexual realmente sería con un tío fue horrorosa, pero qué quieres que te diga, me enganché lo mismo. Luego ya hubo tiempo de mejorar las cosas...

—Me gustó mucho —dijo ella tímidamente. Después, mirándole a los ojos, se lanzó con toda la sinceridad que pudo—. Uno de los mejores polvos de mi vida, la verdad, lo que pasa es que luego no sabía dónde meterme.

Dani rio, asintiendo, sin apartar de ella unos ojos comprensivos y llenos de complicidad.

—Pues eso no se olvida nunca, niña... Y no te preocupes, no tienes por qué meterte en ningún lado —le aseguró con aplomo. Luego la miró divertido—. O sea, que te ha hecho tortillera a la primera. ¡Sí que tiene que ser buena!

Lucía le dio con el codo, pero no pudo evitar una risa. Por primera vez desde que soñara que Blanca la besaba en el baño, se había relajado hablando de sus sentimientos por ella. Dani había conseguido desmitificarle el tema, quitarle gravedad, normalizarlo de algún modo. Esto, unido al ambiente del bar, donde cualquier relación, por muy extraña que fuera la pareja, parecía familiar, la estaba ayudando a liberarse de un peso que ella misma había sobredimensionado. Además, se había sentido orgullosa y halagada al mostrarle su foto a Dani y, por vez primera también, y aunque fuera fugazmente, no le pareció un disparate imaginar a Blanca como pareja.

La experiencia de la discoteca y la conversación con Daniel le dejaron tal efervescencia en el cuerpo que, ya en el hotel, no conseguía conciliar el sueño. Volvía una y otra vez a las palabras de su amigo. Todo parecía tan fácil desde su perspectiva... Tenía razón. Quizá ella se había empeñado en complicar las cosas desde el principio. En su atracción por Blanca, se había figurado como una polilla que se acerca a la luz de una vela para acabar en el suelo con las alas quemadas. ¿Por qué esa insistencia suya en considerarla como algo vetado e inalcanzable? Dani tenía razón, la barrera estaba en su cabeza. Blanca se había mostrado receptiva hasta que ella colocó el muro de pánico entre las dos. Ahora, tras su comportamiento en Bilbao, el muro parecía una broma pesada y sus sentimientos, un hormiguero al que le faltaba la reina.

Dio la enésima vuelta en la cama y, visto que no iba a poder quitarse la efervescencia de su cabeza, encendió la luz de la lámpara y cogió el volumen de la mesita. Era una antología de poemas líricos de Sor Juana Inés de la Cruz. Lo había visto en el puesto de libros de ocasión de la estación de autobuses y lo compró en un impulso, esperando encontrar a Blanca en ellos. Lo había empezado durante el viaje, pero lo cerró tras leer los cuatro primeros sonetos. No entendía qué podía ver ella en aquella poesía tan rebuscada y llena de alegorías. Ahora, sin embargo, podría venirle bien para dormirse. Lo abrió aleatoriamente por la mitad y leyó el título sin mucha fe.

En que se describe racionalmente los efectos irracionales del amor.

Muy apropiado, pensó, y comenzó por la primera estrofa. Luego la releyó, conmovida. Después la segunda, y la tercera. Siguió con la cuarta:

*Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano.*

Cuando terminó de releerla, las lágrimas se le habían unido en la barbilla.

Paradojas de la vida, buscando a Blanca en Sor Juana Inés de la Cruz se había topado consigo misma.

Capítulo 24

Blanca entró en la sala en el momento en que Lucía lo hacía por la puerta de la oficina. Se sorprendió al verla, pues no la esperaba hasta el viernes; menos aún a las dos de la tarde cuando era evidente que acababa de llegar de Málaga. En el justo instante en que se cruzaron sus miradas, supo que algo había cambiado en ella. Percibió un arrojito que no le había visto desde abril.

—¿Cómo tú por aquí? —le preguntó extrañada.

—He venido a dejarle esto a Patri... —dijo señalando los justificantes del curso y las facturas de las dietas.

Nada que no hubieras podido hacer mañana, pensó.

—...Y a comentarte algunas cosillas —continuó, algo nerviosa ahora, pero con la misma determinación. Luego, tras escuchar el sonido de tacones proveniente del pasillo, la vio desviar la vista en aquella dirección. Blanca pudo ver nítidamente el efecto que la entrada de Rosa tuvo en Lucía. Se había quedado muda, la expresión congelada.

—Ya conoces a Rosa —intervino ella para desbloquear el momento—. Ha venido con unas propuestas de su empresa... —añadió con cierta ambigüedad.

—Hola Lucía, tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi —le dijo ella con naturalidad y una sonrisa seductora.

Esta es Rosa, capaz de lanzarte un piropo que es a la vez un insulto. Y viceversa. Pensó Blanca, y apretó la mandíbula al ver el gesto mortificado de Lucía y la mirada curiosa de Patri.

—¿Urge lo que me tienes que decir? —intervino rápidamente—. Tenemos reserva en el Cunini...

—No, no, mañana hablamos —dijo mirándola apenas, y Blanca notó cómo se había cerrado de nuevo.

—¿El curso, bien? —insistió, más por conectar otra vez con ella que por interés en la respuesta.

—Bien, muy bien... —La conexión no se produjo.

Cuando salían por el pasillo hacia la puerta, Rosa se acercó a Blanca.

—Esta chica no se alegra mucho de verme —le susurró, con una sonrisa irónica.

—No todas te iban a hacer la ola —le contestó caustica y sin mirarla. Oyó cómo sofocaba una risa.

—*Touché.*

Rosa la había llamado el lunes a la oficina para disculparse por su comentario en el hotel. No pretendía ofenderla, dijo, sólo quería romper el hielo. Pero el principal objeto de su llamada era comunicarle que su empresa había recibido una oferta de compra yanqui, apostilló, y que Carla y otros socios se lo estaban pensando. Al parecer dos directivos la habían estado negociando en secreto, al margen de la junta. Era evidente que los *Del lote* estaban apostando fuerte por hacerse con todo el mercado. A Blanca se le esfumó la reticencia de hablar con Rosa, y substituyó su actitud defensiva por una de alerta no exenta de preocupación. La venta supondría la entrada de las multinacionales en un segmento que hasta ahora en Cataluña había pertenecido a las empresas locales. Eso afectaría a Qualitas y a otras del entorno. Afortunadamente la idea no era del agrado de algunos socios de EAQ, que apoyaban más la fusión con otras empresas catalanas del sector para hacerse fuertes y mantener la competitividad en su segmento frente a las extranjeras. Y Rosa defendía aquella tesis. Urgía un encuentro entre ambas empresas para tratar el tema antes de que algunos directivos convencieran a la mayoría de la conveniencia de vender. Le propuso una reunión con ella en Granada aquella misma semana. Blanca no quiso aceptarla sin hablar antes con Barcelona. Cuando lo hizo y constató que la junta estaba al corriente, la llamó a su móvil, hecho que la conectó con tiempos pasados y le dejó una sensación de desasosiego. Aun así, convino con ella en verse aquel jueves.

Rosa había llegado a la oficina a las nueve y no salieron del despacho en toda la mañana. A las once y media, Patri les había llevado café y unos dulces para desayunar y, por la especial corrección y la mirada curiosa de la empleada, Blanca intuyó que sabía de qué Rosa se trataba. Hacia las dos de la tarde, su ex ya había acabado de ponerla al tanto de los movimientos de la empresa, de las propuestas que traía de parte de los socios, y de las condiciones que estarían dispuestos a aceptar en el caso de fusión. Le había pasado un documento que recogía los principales puntos que se habían tratado y en el que se mencionaban los socios dispuestos a apoyar la negociación. Carla no estaba entre ellos. Aun así, eran mayoría. La junta de EAQ había propuesto una reunión con Qualitas el fin de semana para negociar los términos de un posible acuerdo. A Blanca le pareció precipitado, pero entendía que la situación obligaba a moverse con rapidez.

La perspectiva de volver a trabajar con Rosa no era del agrado de Blanca, aún sin conocer en qué términos. Tenía que hablar con los socios para saber por dónde iban las aguas. Si la amenaza era fuerte, era probable que se apostara por la fusión. La idea le produjo ansiedad.

Tampoco era de su agrado el irse a almorzar con ella, pero se trataba de una cuestión de cortesía. Había viajado desde Barcelona, era lo menos que podía hacer. Eligió el Cunini pensando en Rosa. El arroz era su debilidad, y allí preparaban uno caldoso que tenía fama en Granada. Ya en el restaurante, siguieron hablando del tema que las había reunido, y Blanca había agradecido que en ningún momento de la mañana y del almuerzo se hiciera mención a nada que no fuera estrictamente profesional. Hasta que se relajaron con los postres, gracias a la media botella de vino que se habían tomado acompañando a la cazuela, y Rosa pareció decidir que ya había agotado su cuota de prudencia.

—¿Si te hago una pregunta, me responderás con franqueza? —le dijo, observando su reacción con interés.

—Depende de la pregunta. Puede que simplemente no te responda —le contestó ella, segura de sí misma. La jornada intensiva con su ex había ayudado a desmontar paulatinamente la tensión del reencuentro.

—¿Por qué has accedido a verme? Hace unos días no querías ni mirarme.

Blanca, relajadamente apoyada en el respaldo de la silla, jugó con el azucarillo del café, sopesando si contestar o no lo primero que le había venido a la cabeza. Decidió que sí.

—Por la misma razón que tú has tenido en cuenta al proponerme la visita. Sabes que nunca eludo responsabilidades —dijo y la miró, viendo a la Rosa con la que había compartido parte de su vida—. Y porque he pensado que no voy a huir más de ti. El daño ya está hecho. Llevo demasiado tiempo alimentando un rencor que sólo me ha hecho aún más daño.

Rosa guardó silencio, la vista centrada en la copa de café irlandés con la que jugaba. Luego habló sin mirarla, como si temiera la reacción que pudiera provocar lo que estaba a punto de decirle.

—Fuiste tú la que me dejaste, Blanca.

Cuando lo oyó, sintió ganas de levantarse y volver a dejarla, esta vez con la palabra en la boca; pero habría sido contradecirse. Respiró hondo tratando de serenarse.

—Sí, fue el módico precio que pagamos las dos por ponerme los cuernos con Carla —le espetó finalmente con una mirada desafiante—, durante seis meses —enfaticó el número. Rosa clavó los ojos en la base de la copa,

mientras la agitaba nerviosamente.

—Ella no significaba nada para mí. No fue más que un escarceo... — justificó—. Me pierde el morbo, ya me conoces...

—Tú eres la que no me conoce, Rosa —interrumpió—. Te lo dije cuando empezamos a salir, la inseguridad me desequilibra. Puedo compartirlo todo menos la pareja. Yo nunca miré a nadie mientras estuve contigo, nunca.

—Cada una tiene su naturaleza...

—Sí, y es evidente que las nuestras son incompatibles —sentenció ella con el ceño fruncido, molesta con la conversación.

Se produjo un incómodo silencio que rompió Rosa, previo a una mirada intensa que anunciaba una confesión.

—Sinceramente, Blanca, nunca pensé que llegaras a dejarme.

—¿Tan segura estabas de ti? —Apoyó los antebrazos sobre la mesa para tener mejor visión de ella, como una leona acechando los movimientos de su rival—. ¿Tan segura estabas de mí? ¿Por eso te arriesgaste? ¿De veras pensaste que no podría vivir sin ti? —La miró incrédula, como esperando una respuesta—. Con lo que yo no puedo vivir es con una persona en la que ya no confío.

—Yo nunca te hubiera dejado por Carla, créeme, no te llega a la suela del zapato —le contestó a la defensiva.

—Eso ya lo sé —dijo con orgullo; luego se apoyó de nuevo en el respaldo — Pero ¿ahora qué más da, Rosa? Lo que me sorprende es que me estés diciendo esto, justo ahora que la has dejado. —Ante la mirada arrogante que percibió en ella, añadió:— Sí, tus chismes también me llegan a mí.

Ahora fue su ex la que se apoyó en la mesa.

—¿Acaso me has dado una sola oportunidad de hablar desde que rompiste conmigo?

No, no le había dado ninguna.

—Rosa, por más que te empeñes no me vas a hacer sentir responsable de nuestra ruptura. Siempre has tenido la habilidad de darle la vuelta a la tortilla para que caiga por el lado que más te conviene. Y no voy a entrar en tu juego. Me ha costado mucho llegar aquí, pero afortunadamente ya no te necesito para ser feliz, eso lo tengo muy claro.

—¿Y eres realmente feliz? ¿Has tenido que irte de Barcelona para serlo? —le dijo en un tono en el que Blanca percibió su duda y su sarcasmo.

—Lo más parecido a la felicidad que he sentido desde hace dos años — sentenció, y notó una sombra en el rostro de Rosa.

—¿Y qué papel tiene esa chica en ella? —La miró con ironía. A Blanca el giro de la conversación hacia Lucía la cogió desprevenida y se tensó.

—Esa es una pregunta que no te voy a contestar.

—Tu reacción ya ha contestado por ti —dijo con media sonrisa—. Al menos has tenido buen gusto al sustituirme.

—¿Sustituírte? —Soltó una risa amarga—. No me mangonees, Rosa. Mira. —Se acercó de nuevo a ella—. No me dolió tanto que te acostaras con otra, que ni siquiera fue la única, como que me engañaras dos veces. Una, yéndote a la cama con ella y otra, negándome después, durante cinco meses —enfaticó—, que lo siguieras haciendo. Con una tía, además, a la que detesto y me detesta desde la primera vez que nos vimos. Tengo mi orgullo, y tú me traicionaste por partida doble. Yo no te he sustituido, Rosa. Me sustituyiste tú desde el momento en que te liaste con ella.

—¿Quién te dijo que nos seguíamos viendo?

—¿Cómo que quién me lo dijo? —Blanca la miró enojada—. Tú sabes quién me lo dijo.

—No, yo no lo sé —le espetó—. Ni Marta ni Ari lo sabían. O fue alguien de la empresa o lo fue del entorno de Carla.

Blanca la miró con desconfianza, sin dar crédito a lo que le estaba preguntando.

—Rosa, no juegues conmigo a estas alturas...

—¡Joder, no estoy jugando contigo! ¡No sé quién fue! —protestó con vehemencia, el rostro endurecido. Blanca miró a su alrededor, temiendo que hubiera llamado la atención de otros comensales, pero sólo vio a una pareja al fondo del comedor y a un camarero que siguió con su tarea cuando constató que no iban a pedirle nada. Volvió a sus ojos y entendió que le había dicho la verdad.

—Fue Carla —le confesó, y Rosa la miró intensamente, procesando lo que acababa de escucharle, la cara ahora como una piedra. Ante su reacción continuó—. Di por hecho que fue ella quien me lo dijo, porque tú no tenías ovarios para hacerlo.

—No, yo no tuve ovarios para hacerlo porque nunca pensé en dejarte. —Sus pupilas castañas ardían de rabia—. Es evidente que ella tenía en la cabeza otros planes para mí.

—¿Vas a decirme ahora que eres una víctima de Carla? —Blanca la observó achicando los ojos, incrédula—. Mira, Rosa, Carla es una hija de puta, con toda la cuerda dada, como dice Patri. Lo ha sido siempre. Pero tú de

tonta no tienes un pelo. En seis meses tuviste tiempo de saber con quién te implicabas. No me vengas ahora con victimismos cuando te fuiste con ella desde el mismo momento en que nos separamos. No sé ni por qué estamos teniendo esta conversación —añadió exasperada, jugando frenéticamente con el azucarillo—. Las movidas que tú tengas con Carla ya no tienen nada que ver conmigo. Lo nuestro terminó en el mismo momento en que tú dejaste que ella entrara en nuestra relación. ¡*Kaput!* —dijo golpeando contra la mesa el pequeño envase, que acabó por romperse y desparramó su contenido por el mantel—. Yo he sido consecuente con mi dolor y con mi pérdida, ahora selo tú con tus actos, con tus decisiones y con el riesgo que asumiste con ellos —concluyó y comenzó a reunir el azúcar con el dorso de la mano.

Rosa no dijo nada, la mirada fija en la copa cuya base giraba rítmicamente, como si la tensión generada pudiera liberarse de alguna manera con el movimiento. Blanca siguió reuniendo los granos hasta formar un pequeño montón, esperando su respuesta, que no llegó. La violencia del silencio la llevó a continuar hablando.

—Yo asumí mi propio riesgo cuando comencé a salir contigo —dijo, y Rosa la observó intrigada—. Marta me previno por el mote que te había puesto alguien del ambiente.

—¿Mote? ¿Qué mote? —preguntó, con desconfianza.

—Carpanta —afirmó, y no pudo evitar que las comisuras se le elevaran levemente.

—¿Carpanta? —la desconfianza se transformó en extrañeza. A Blanca la sonrisa le alcanzó a los párpados.

—Sí, porque te las comías todas.

Rosa sofocó una risa y miró para otro lado, más divertida que molesta.

—Anda que...

Blanca llegó al despacho a las seis y media de la tarde. Tenía que estudiar la documentación que le había dado Rosa, tenía que hacer muchas llamadas. Cuando se sentó, vio dos carpetas sobre su mesa. Una la había dejado Patri con diversos impresos que tenía que ver y firmar. La otra era de Lucía. La abrió. Contenía las dietas de Málaga y la factura del hotel. También había una nota manuscrita en la que le decía que faltaba el certificado de haber impartido el curso y que mañana se lo enviarían. Se detuvo en la letra, recta y equilibrada. Le gustaba. ¿Qué no le gustaba de ella?... Se llevó

inconscientemente la cuartilla a la nariz. *¿Qué buscas, Blanca?* Pensó. Buscaba otros rastros de Lucía en el papel, pero sólo olía a tinta. Recordó la mirada que le había dirigido cuando entró en la oficina y se le despertaron algunas mariposas en la boca del estómago. Aquella era la Lucía que le quitaba el aliento. Lástima que sólo había durado segundos. En un impulso, seleccionó su nombre en la pantalla del teléfono de su despacho. Cuando iba a descolgar el auricular, se lo pensó. No era el momento de desconcentrarse con ella. Tenía que informar a Joan y a algunos socios sobre su conversación con Rosa. Seleccionó el número del presidente y llamó. Comunicaba. Se echó sobre el respaldo del sillón.

Rosa. No pudo evitar que su mente se fuera a la conversación de la tarde. ¿Qué había pretendido decirle? ¿Qué aún la amaba? ¿Por qué la involucraba ahora en sus enredos con Carla? Se indignó. Rosa era conflicto, un campo minado en el que se movía siempre con el temor de salir dañada. Al principio de su relación el amor había minimizado las señales. Luego, con el transcurso del tiempo, la rutina las había sacado a la luz con toda su crudeza. Rosa necesitaba el conflicto para sentirse viva. Y a Blanca este la mataba poco a poco. Había necesitado casi dos años para desintoxicarse de Rosa y, ahora, después de su charla, se había dado cuenta de que sentía un inmenso alivio de no estar con ella. La sensación de libertad que le produjo la dejó llena de autoestima.

Capítulo 25

Lucía apagó el ordenador y se quedó mirando el teléfono. Había sido un viernes muy largo. Tan largo y angustioso como su fin de semana. La presencia de Rosa en Granada la había estado martirizando desde que la vio salir del despacho de Blanca, con su elegancia y estudiada soltura, mirándola con aquellos ojos que buscaban complicidades que no compartía y que, combinados con su media sonrisa, la ponían de los nervios. Su visita la había preocupado hasta el desasosiego. Estaba convencida de que se traía algo entre manos, más aún coincidiendo con la separación de su pareja. Patri se lo había contado tras salir por la puerta de la oficina, y a ella se le había hecho un nudo en el estómago.

Aquella mañana, para colmo, no había podido pasar más de cinco minutos a solas con Blanca para decirle que había pensado mucho, que asumía su proceso y que estaba enamorada de ella hasta el tuétano. Lo peor era el miedo que tenía a que ya fuera demasiado tarde, y a que Rosa hubiera empezado a enmendar lo que jodió en su momento.

Todo es posible en Granada.

Lucía arrugó el entrecejo. Blanca no podía ser tan tonta; la decepcionaría si fuera así, pensó con mal humor. Aunque ¿qué sabía de la relación que tenían las dos? ¿Acaso no la había decepcionado ella misma tras haberse metido en su cama alegremente para luego cerrarle la puerta en las narices? Por no decir lo del hotel... La conjunción Blanca y cama era terriblemente desestabilizadora para ella, pensó con ironía.

Tenía que hablarle antes de que se marchara a Barcelona, tenía que intentarlo al menos. Quizá no fuera demasiado tarde...

Hacía calor, no había puesto el aire y estaba empezando a sudar. Cogió el auricular y comenzó a buscar su número de móvil, pero abandonó antes de seleccionarlo. ¿Qué le iba a decir? Sabía que Blanca estaría muy liada con el informe y con el viaje. Lo había estado toda la mañana, hablando por teléfono y pidiendo documentación sin apenas salir del despacho. Bueno, estaba la excusa de los presupuestos, pero aquello era algo que podría esperar a la siguiente semana. Lo que no podía esperar ni un día más era su angustia, pensó. Cogió el auricular, volvió a buscar su número y esta vez no colgó.

—Hola Blanca, ¿te pillo en mal momento? —preguntó precipitadamente.

—Hola Lucía, me pillas bien —parafraseó.

—Es que necesitaría comentarte un par de cosas antes de que te vayas a Barcelona, y como apenas nos hemos visto... ¿Tienes tiempo para tomarte un café ahora... o una caña esta noche?

El tiempo que tardó en responder se le hizo eterno y casi deseó una negativa por parte de ella.

—Bueno —dudó—, ahora mismo estoy terminando con la documentación que tengo que presentar mañana en la reunión, pero además tengo que... —Se interrumpió—. Por cierto, estás en la oficina, ¿no?

—Sí.

—Es que me he dejado la carpeta de tesorería sobre la mesa de Patri y estaba pensando pasarme luego a por ella —explicó.

—Te la llevo a donde quieras —se ofreció Lucía, viendo cómo se le despejaba el camino.

—Estoy en mi casa y acabo de poner agua en el fuego para hacerme un chai. Ven si quieres y me acompañas, y ya de paso me traes la carpeta y me cuentas. ¿Te parece bien?

Su tono era cordial, pero Lucía dudó. La perspectiva de volver a la casa de Blanca le ponía nerviosa. Hubiera preferido un terreno neutral.

—¿Pero no te molesto ahora?

—Con el tiempo que me ahorras trayéndome la carpeta puedo permitirme un receso para tomarme un té tranquilamente contigo.

—Vale, voy para allá. ¿Necesitas algo más de aquí? —preguntó solícita.

—Nada más, sólo tu presencia.

Era una frase hecha. Aun así, sus palabras le erizaron la piel de la espalda y de la nuca.

¿A dónde voy a ir yo de esta manera...?

Cuando llegó al portal de Blanca el corazón le latía tan fuerte que pensó en dar una vuelta a la plaza de la Trinidad para intentar tranquilizarse. Se convenció de que venía por asuntos de trabajo y de que no tenía por qué sacar el tema si no encontraba el momento oportuno. Llamó al portero y subió por las escaleras, la agitación del esfuerzo escondería la que le producía la perspectiva de estar a solas con ella. Cuando subió los cuatro pisos, Blanca la esperaba con la puerta abierta y una sonrisa que Lucía no supo interpretar.

—Hola... —le dijo sin resuello, mirándola brevemente con timidez mientras pasaba junto a ella hacia el interior del pasillo. El mueble de la entrada y el olor de la casa le trajeron la imagen de ella misma lanzándose a

su boca. El corazón se le disparó en taquicardia y le temblaron las rodillas hasta dudar si sería capaz de dar un paso.

Yo no puedo seguir así... Se lamentó. Descartó su impulso natural de saludarla con dos besos, pues dudaba de sí misma ante el efecto que le producía la cercanía de su cuerpo y su perfume. Estaba convencida, además, de que notaría su agitación. Afortunadamente ella le facilitó las cosas.

—Ve al salón y siéntate —le dijo—, voy a la cocina a traer el chai.

Cuando desapareció por el pasillo, Lucía se preguntó si Blanca habría sentido lo mismo que ella al entrar por la puerta. Apenas se había atrevido a mirarle a la cara, por lo que no pudo leer la expresión de sus ojos, aunque captó cierto nerviosismo en sus gestos. O quizá sólo eran imaginaciones suyas...

Pasó al amplio salón y dudó entre sentarse en el sofá o junto a la mesa de comedor. Decidió esperar a Blanca. Cuando esta regresó sosteniendo una bandeja con la tetera y un par de tazas de loza, se dirigió directamente a la mesa baja del sofá. Vestía un pantalón corto negro de licra y una camiseta de algodón de tirantes a juego. Al darle la espalda e inclinarse para colocar la bandeja sobre la mesa, Lucía se sorprendió observando con admiración sus piernas ligeramente bronceadas.

Ese cuerpo es un imán, y yo soy una mota de hierro...

—Hace bastante calor fuera, ¿verdad? Y el té está hirviendo... ¿Quizá lo prefieres con hielo?

—No, no, está bien así —dijo mientras se sentaba en el sofá—. Los beduinos se lo toman caliente en pleno desierto, por algo será.

—Quizá porque no tienen frigorífico —bromeó—. Es que el chai no me gusta frío —se justificó, mientras llenaba las tazas. El aroma a especias inundó el salón.

—A mí lo que me apetecería es un café con hielo, pero si me lo tomo a estas horas no pego ojo en toda la noche.

—Si quieres te pongo un descafeinado...

—No, no, de veras —interrumpió—. Toma la carpeta —dijo, y se la pasó. Blanca le echó un vistazo al contenido, cerciorándose de que todo estaba en orden.

—No sé dónde tengo la cabeza últimamente, la verdad —dijo, como para sí—. ¿Qué era lo tuyo? —Miró a Lucía, que pareció bloquearse—. ¿Qué es lo que me querías comentar?

—¡Ah! —Se ruborizó— Hay dos presupuestos a los que me gustaría que

les echaras un vistazo. Te los he enviado al correo.

—¿Urgen? —La miró inquisitiva.

—Bueno, depende de lo que vayas a tardar en volver. —Se sintió descubierta, no era nada que no hubiera podido decir por teléfono.

—Regreso el martes, pero no te preocupes, los miro y te mando la aprobación —dijo con interés, tras captar su incomodidad. Después fue al grano—. ¿Cómo estás? Te veo más relajada.

Su complicidad hizo que Lucía se sonrojara, y bajó la vista a las manos.

—Bien... Málaga me ha venido mejor de lo que esperaba.

—Me alegro... ¿Has visto a Jorge? —preguntó a bocajarro mientras se llevaba la taza a los labios—. ¿Él es de allí, no?

Lucía la miró sorprendida. A qué venía aquello...

—De Vélez... No, no lo he visto. Hablé con él hace unos días. Tiene cosas en el piso, y todavía tenemos que decidir qué hacemos con lo que compramos juntos—. Blanca asintió pensativa, sabía bastante de aquel tema.

—Son los inconvenientes de amueblar la vida en común, como diría Djuna Barnes...

—Está saliendo con una chica.

Blanca la miró con sorpresa.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, los vi por la calle y además me lo han ratificado. Es una amiga de hace tiempo, compañera de carrera —comenzó a darle vueltas al anillo en su dedo.

—¿Te molesta? —inquirió ella, mirándola fijamente a la cara—. ¿Crees que se veían antes de separaros?

—No lo sé —contestó con el ceño fruncido, tratando de ser sincera con Blanca y consigo misma—. Quizá sí. Jorge siempre ha tenido muy buen punto con Marga, pero la verdad es que nunca he dudado de ellos... O puede ser que al separarnos ella lo haya intentado... Yo qué sé.

—O quizá sea él tratando de darte celos... ¿Te molesta que esté saliendo con otra?

Lucía la miró a los ojos. La habitación estaba en penumbra para evitar el sol ardiente de la calle y tenía las pupilas dilatadas, resaltando el verde de su mirada. Se encontró tan vulnerable ante ellos que se sintió abatida. Volvió a darle vueltas al anillo.

—Lo que me molesta es que me hiciera sentir como una capulla cuando él ya estaba en otra película —dijo con algo de amargura—. Pero lo cierto es

que siento más alivio que otra cosa. Me libera de la culpa, que no ha sido poca... —Se sacó el anillo y se lo volvió a meter en el dedo, nerviosamente.

—¿No temes arrepentirte?

Lucía la miró con sorpresa, intensamente, alternando el enfoque de un ojo al otro con tanta insistencia que Blanca bajo la vista a la taza y le dio un sorbo. ¿Cómo podía preguntarle eso a aquellas alturas? Suspiró profundamente, negando, y zanjó:

—Lo tengo muy claro, Blanca.

Lucía cogió la taza con ambas manos para evitar que notara su temblor y se la llevó a la boca. Se hizo un silencio incómodo; luego le espetó sin pensárselo dos veces:

—Y tú, ¿vas a volver con Rosa?

A Blanca le cogió desprevenida.

—¿Qué te hace pensar eso? —La miró, curiosa.

—No sé, os vi hablando en el congreso... Y ella ha venido a verte a Granada, y parece que se ha separado...

Blanca arrugó el entrecejo. ¿Cómo se había enterado de aquello? Se mordió el labio superior, dudando, y luego confesó:

—Rosa ha venido a proponernos la fusión con EAQ. —A Lucía se le abrieron los ojos del pasmo—. Después de comprar Kapital en Madrid, los americanos van a por nuestro mercado en Cataluña. Les han hecho una propuesta de compra, y algunos de sus directivos quieren vender. Otros, la mayoría, preferirían una fusión con nosotros para hacernos más competitivos y mantener nuestra clientela. Como ves, el panorama es preocupante. Por eso voy mañana a Barcelona

Lucía se había quedado sin palabras al pensar en las implicaciones laborales que aquello podría traer de llevarse a cabo, por no hablar de las emocionales.

—¿Y tú quieres la fusión? —preguntó inquieta.

—No es una decisión mía, eso tiene que salir de la junta.

—Pero ¿tú estás de acuerdo? —insistió. Blanca miró al contenido de la taza.

—Tengo mis reservas —dijo, sin dar más explicaciones—. Preferiría que no comentaras nada de esto todavía. La semana que viene os contaré cómo ha ido la reunión y cuál es la propuesta. ¿Vale?

—Vale, no te preocupes —asintió.

—Por cierto, ¿cómo has sabido que Rosa se ha separado?

Lucía se sonrojó, no quería comprometer el canal de información de la oficina. Clavó la vista en la taza.

—Ya sabes... Lo que se sabe en Barcelona, se sabe en Granada... Y viceversa —respondió mirándola evasiva.

—Ya... Patri. ¿Y saben algo de nosotras? —inquirió con curiosidad. Lucía la miró alarmada.

—No, que yo sepa. Bueno... —Volvió la vista a la taza—. No todos...

—¿No todos?

—Estuve hablando con Alberto. Estaba preocupado porque nos veía raras; pensaba que habíamos discutido por el tema de los hosteleros y se lo tuve que aclarar. —Ahora la miraba con toda su franqueza—. Descuida, es muy respetuoso y no va a contar nada —aseguró.

—No me preocupa Alberto, Lucía —la tranquilizó—. Imagino que se quedaría a cuadros, el pobre...

—No me dio esa impresión; aunque no sería para menos... —musitó con la vista perdida en el salón—. Y Rosa ¿qué sabe? No me gusta nada cómo me mira...

Blanca sofocó una risa. Lucía le parecía un pajarillo frente a la boa constrictor que podía ser su ex—novia. La vio tan vulnerable, tan sencilla y ajena a su maquiavelismo y sus estrategias, que le dieron ganas de abrazarla.

—A Rosa le encanta ser la reina de todas las fiestas; eso y meter la cuchara en plato ajeno... —Lucía no pareció entender qué relación tenía eso con cómo la miraba—. Mis mejores amigas lo son también de ella, aunque a mí me quieren más —apostilló, sonriendo con picardía y complicidad—. Marta le ha hecho creer que tengo una historia contigo para castigar su inmenso ego, que le hace pensar que sigue siendo el amor de mi vida —aclaró—.

—¿Y lo sigue siendo? —Se atrevió a preguntar, tragando saliva. Blanca pareció percibir su expectación y sonrió con dulzura.

—Lo ha sido durante mucho tiempo —asintió mirándola a los ojos con cierta nostalgia; luego, con intensidad, y mantuvo así la vista en ellos hasta hacerla sonrojar—. Pero ya no...

Lucía supo que su respuesta tenía que ver con ella y notó cómo se tensaban y electrificaban aquellos hilos que las habían unido tanto antes de que todo se hubiera descontrolado. Deseó besarla con toda el alma, pero sólo habló con el corazón en la boca:

—Esa mujer no te merece, no te llega a la suela del zapato...

Ya lo sé, pensó Blanca y sonrió conmovida. Las mismas palabras, pero qué

escenario tan distinto... Y se sorprendió de lo cómoda que se sentía con Lucía, del aire fresco de su transparencia y su honestidad. Se sorprendió prefiriéndola, a pesar de aquella tormenta de emociones que la habían desequilibrado semanas atrás. Se sorprendió, porque con dos miradas y su nerviosismo había desmontado el sólido entramado emocional que Rosa había dejado como un despojo en medio de su alma. Y sintió un infinito agradecimiento y una infinita ternura por su vulnerabilidad; y después, unas ganas locas de abrazarla y comérsela a besos.

Pero aquella tarde no podía ser.

Miró su reloj y luego a Lucía con ternura. Antes de que abriera la boca, ésta comenzó a hablar.

—Me voy, que ya te estoy entreteniendo más de la cuenta. —Se levantó y fue a por el bolso que había dejado en una silla.

—Tengo que meter los resultados de tesorería en el informe —se excusó con un suspiro; estaba tan a gusto con ella—. Gracias por traerme la carpeta.

—De nada. —Le sonrió—. Bueno, ya nos contarás la semana que viene.

Las dos se dirigieron hacia la entrada. Ya en el pasillo, Lucía se volvió para mirarla.

—Que vaya todo bien —le deseó. Después, tras un segundo de duda, se aproximó para darle dos besos de despedida. Blanca adelantó la cara para recibir el primero; luego, durante el segundo, cerró los ojos y demoró un instante el contacto con su mejilla. Ella lo captó e hizo lo mismo y, tras una inspiración, se separó. Le sonrió brevemente sin poder ocultar la emoción y se giró para abrir la puerta.

—Lucía...

Ella se dio la vuelta de nuevo y se encontró a Blanca en pleno proceso de abrazarla. Cuando se sintió entre sus brazos suspiró de alivio, hundiendo la cara en su cuello y rodeándole la cintura fuertemente, el corazón desbocado latiendo contra el pecho de su compañera.

—Blanca... —gimió. Ésta intensificó el abrazo y le susurró en la sien con la voz más grave que nunca.

—No sabes lo que daría por no tener que ir mañana a Barcelona...

Y antes de que Lucía se diera cuenta, Blanca la estaba besando con tal entrega que a ella se le aflojaron las piernas y perdió la noción del tiempo. Pero no había el deseo desenfrenado de aquella tarde de abril en su beso; solo había alma y emoción contenida.

Blanca se separó con desgana, como si despertara de un trance. Recorrió

con sus dedos el brazo derecho de Lucía y le cogió la mano, apretándola levemente mientras la miraba, diciéndole con los ojos lo que aún no se atrevía con palabras. No hacía falta, Lucía lo había oído perfectamente. Respondió su gesto enlazando sus dedos con los de ella antes de soltarlos y salir del piso.

Blanca observó cómo bajaba por la escalera. Luego empujó la puerta y, sin dar un paso, se apoyó de espaldas contra la pared del pasillo con la emoción fluyendo a borbotones. Se le humedecieron los ojos y los cerró. No iba a llorar. Se quedó así un rato, el rostro hacia el techo, pensando que ya estaba; se había lanzado al río sin salvavidas y, ya puestos, que las aguas la llevaran donde fuera... La mirada dulce de Lucía bien valía el riesgo de otro naufragio.

Capítulo 26

Aprovechando la marcha de Blanca a Barcelona, Lucía había decidido ir al pueblo a ver a su familia. Hacía más de un mes que no los visitaba y tenía cargo de conciencia. El domingo, además, era el cumpleaños de su hermana.

Ya en casa de su padre se dio cuenta de que había olvidado coger el cargador del móvil. Se enfadó consigo misma. Estaba tan obsesionada con Blanca que descuidaba todo lo demás. Odiaba el descontrol en ella y odiaba aún más pensar que no iba a tener el teléfono disponible si Blanca la llamaba. La cobertura en su pueblo dejaba mucho que desear, y allí la batería del móvil se descargaba con facilidad.

Y así fue. Para el sábado el aparato ya estaba muerto. La sensación de incomunicación y la duda de si su jefa la había llamado la estuvieron torturando todo el día hasta el punto de decidir telefonarla ella a través del hijo de su padre. Cuando lo hizo, Blanca no contestó a su llamada.

El domingo, la celebración del cumpleaños de su hermana se extendió hasta la noche, por lo que se había dejado convencer para quedarse en el pueblo e irse el lunes de madrugada. Al menos había conseguido un cargador compatible y al final de la jornada ya tuvo el móvil disponible, pero sin cobertura.

A la mañana siguiente salió hacia Granada cuando aún no había amanecido. A los diez minutos de viaje escuchó la sucesión de avisos del móvil. Paró el coche donde pudo y cogió el aparato. Le temblaban tanto las manos que apenas podía manejar la pantalla, y se exasperó.

Cuando consiguió desbloquear el aparato tenía seis llamadas perdidas, una de Alberto y cinco de Blanca y, entre la veintena de wasaps, uno suyo.

Por favor, llámame cuando puedas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó y golpeó el volante con la cabeza. El sonido de su propio claxon la sobresaltó.

Miró el reloj. No eran horas de telefonar a nadie. Le escribió un wasap con dedos inquietos, maldiciendo su nerviosismo y el autocorrector.

He estado en el pueblo, sin cobertura ni batería. Ahora en carretera. Llámame cuando quieras.

Luego puso el icono de un beso. Tras enviarlo se arrepintió, el mensaje de Blanca era escueto y sin adornos. Quizá la había llamado por una cuestión

estrictamente laboral. Se sintió estúpida. El pequeño corazón que se escapaba de los labios amarillos del muñeco le pareció una declaración de amor fuera de contexto. Se castigó por el impulso. Después, ante la reacción física de malestar, se defendió.

Es un puñetero icono, que piense lo que quiera.

Iba a arrancar el motor cuando se acordó de sus compañeros. Les envió otro wasap avisándoles de que volvía del pueblo y llegaría un poco tarde. Respiró tres veces tratando de tranquilizarse y continuó su camino.

A las nueve llegó a Granada. Se dirigió directamente a la oficina, pero antes llamó a Blanca. El teléfono le dio un aviso de apagado o fuera de cobertura. Abrió el WhatsApp y observó que había recibido otro de ella.

Estoy en el Prat. Llego sobre las diez. Tenemos que hablar.

El mensaje la dejó preocupada, la esperaban para el martes. ¿Qué habría pasado para adelantar el regreso? Empezaba a tener malas sensaciones.

Al llegar a la oficina encontró a sus compañeros reunidos en la sala entre un ambiente taciturno. Alberto, al verla, bajó la mirada, y el gesto le preocupó.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

—Qualitas se ha fusionado —respondió Patri, que parecía tener la exclusiva—. Y Blanca vuelve a Barcelona. Viene hoy para contarnos los detalles.

Lucía sintió como si le hubieran golpeado con una maza en el pecho.

—¿Qué? —balbució.

—No es seguro —intervino Alberto, que se había percatado de su reacción e intuía la causa—. Aún no sabemos los detalles. ¿No has hablado con ella?

—No —dijo, aún noqueada—. He estado sin batería ni cobertura. Acabo de llegar del pueblo.

—Montse me ha dicho que el sábado hubo una reunión extraordinaria, y que han cerrado el acuerdo. Dice que va a haber ajustes en la empresa. ¡Vaya putada! Ahora que estábamos tan a gusto... No quiero ni pensar por dónde pueden ir esos ajustes.

Lucía se sintió mal.

—Perdonad, tengo que ir al baño —se excusó, y desapareció por el pasillo, no sin antes oír el comentario de Felipe.

—¡Uff! Le ha sentado peor que a nadie. Y mira que no tenía mucho *feeling* con ella últimamente.

Lucía bajó la tapa del váter y se sentó. Estaba ligeramente mareada y tenía ansias de vomitar. Cerró los ojos y tragó saliva, intentando tranquilizarse para

que se le pasaran. Estaba tan impactada por la noticia que se había quedado sin capacidad de reacción. Siempre creyó que Blanca terminaría volviendo a Barcelona, pero no tan pronto. Siendo una de las socias tendría la opción de elegir, pensó. ¿Por qué se iba? Tenía ganas de llorar, pero no podía pasarse la mañana en el baño. Ni siquiera en la oficina. No estaba en condiciones de estar frente a sus compañeros como si nada hubiera pasado y, menos aún, de volver a ver a Blanca. Sólo quería irse a su casa. Tenía que encontrar una excusa antes de que ella llegara a la oficina.

Salió del baño y se metió en su despacho. Al momento entró Alberto.

—¿Qué te pasa? —preguntó mirándola a los ojos con preocupación y complicidad.

—Estoy mareada y con el estómago revuelto.

—El sábado me llamó Blanca, quería hablar contigo y no te localizaba.

—Estaba en el pueblo... —Comenzó a justificarse como una sonámbula.

—Ya lo sé —le interrumpió—, se lo dije. La noté alterada. ¿Os ha pasado algo?

—No. —Lucía sacudió la cabeza, mirándolo—. Todo lo contrario... —dijo, y vio la cara de confusión de su compañero—. Alberto, tengo que irme a casa, no me encuentro bien.

Él se alarmó; era de esperar. Si seguía teniendo la misma palidez que se había visto en el espejo del baño, su cara ratificaría sus palabras.

—¿Estás bien, Lucía? ¿Quieres que te lleve a tu casa o a algún lado? —Se ofreció, más preocupado aún.

—No, no —protestó—, no hace falta. Sólo necesito quedarme un poco tranquila hasta que se me pase. Dile a Blanca que luego la llamo.

—Vete y no te preocupes, yo se lo digo.

Ella cogió el bolso y se dispuso a salir del despacho.

—Lucía —la interrumpió él tomándola del brazo—, no te comas la cabeza si aún no habéis hablado.

Ella le sonrió débilmente, agradecida, y se marchó sin dar explicaciones al resto de sus compañeros, que se miraron confundidos.

No había pasado una hora cuando Blanca entró en la oficina con el rostro serio y evidentes signos de fatiga. Se encontró con un ambiente triste y al momento se preocupó. Era un síntoma inequívoco de lo que más se temía. Algo se había filtrado desde Barcelona.

—Hola chicos, esto parece una fiesta, ¿eh? —bromeó.

Todos la saludaron con media sonrisa.

—No estéis preocupados, no hay motivo —añadió para tranquilizarlos. Luego miró al pasillo—. ¿Dónde está Lucía? ¿No ha llegado aún?

—Sí —respondió Alberto—, se encontraba mal y se ha tenido que ir. Dice que luego te llamará.

Blanca parpadeó varias veces, su respiración acelerándose casi imperceptiblemente, el ceño fruncido. Miró hacia la ventana, intentando recomponerse. Después de unos interminables segundos, habló:

—Es evidente que habéis contactado con Barcelona, ¿no? —dijo, y observó cómo se miraban los unos a los otros. Antes de que respondieran, continuó—. ¿Qué sabéis exactamente?

Miró a Patri, que deseaba desaparecer. Alberto la sacó del atolladero.

—Que se ha acordado la fusión y que vuelves a Barcelona. ¿Es verdad? —Alberto la miró con complicidad. A lo largo de los meses habían desarrollado una amistad sincera, basada en la mutua admiración. Blanca le mantuvo la mirada.

—¿Lucía lo sabe?

Alberto asintió. Ella exhaló con fuerza y apretó la mandíbula. Después dijo con prisa.

—Tengo muchas cosas que deciros, pero antes tengo que hablar contigo, Alberto. Por favor, ven a mi despacho.

—¿Tú entiendes lo que está pasando aquí? —preguntó Felipe a una Patri que se estaba mordiendo una uña.

—No tengo ni puñetera idea. Primero Lucía, que se descompone y hace mutis, y ahora Blanca, que se mosquea. ¿Qué se traen entre manos?

—Seguro que van a nombrar a Alberto director y a Lucía le ha sentado mal —aventuró él.

Ella lo miró con el rostro arrugado.

—Para eso antes tendría que saberlo, hombre, y no ha dado la impresión de que tuviera mucha idea de nada antes de llegar a la oficina. Y no veo yo a Lucía molestándose por eso —añadió—, después de lo que protestó porque no lo hubieran elegido cuando se fue Agustín. Además, ¿tú has visto la cara que ha puesto cuando le he dicho que Blanca se va?

—Ha perdido el color. Pensé que se iba a caer redonda al suelo. —dijo él,

asintiendo.

—Aquí hay cosas que no sabemos...

Media hora más tarde Blanca apareció por el pasillo seguida por un Alberto con cara de póker.

—Bueno, chicos —dijo ella dirigiéndose a la pareja—, tengo que salir. Mañana tenemos reunión a las ocho y ya os pongo al corriente con más detalle. Ahora Alberto os adelantará algunas cosas. Hasta mañana, pues —se despidió y se marchó con prisa.

—¿A dónde va? —preguntó Felipe, lleno de confusión.

Su compañero lo miró, dudando qué decirle.

—A buscar a Lucía —respondió finalmente, con un cierto tono de circunstancias.

—¡Alberto, por Dios! —exclamó Patri—. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué les pasa a estas dos?

Él dejó escapar una risa nasal, casi melancólica, y los miró sonriendo débilmente mientras asentía con la cabeza. Luego pasó a negar con ella.

—¿Todavía no os habéis dado cuenta de lo que les pasa a estas dos? —la sonrisa ahora paternal.

Patri se quedó observándolo sin comprender durante varios segundos. Luego abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Ay, la Virgen! —dijo sentándose en uno de los sofás—. Ahora empiezo a entender muchas cosas.

Felipe la miró sin reaccionar, más confuso aún. Luego volvió a él buscando pistas. Después, otra vez a su compañera, que seguía con la boca abierta y los ojos clavados en Alberto. Finalmente, tras un golpe de inspiración, entornó los párpados.

—¡No! —exclamó con socarronería e incredulidad dirigiéndose a él mientras oscilaba levemente dos dedos abiertos, con precaución, temiendo que la malinterpretación se convirtiera en chiste.

Alberto asintió con una sonrisa divertida y Felipe se dejó caer junto a Patri, la mandíbula descolgada.

—¡No me jodas!

Capítulo 27

Blanca salió de la oficina como alma que lleva el diablo. Alberto le había dado la dirección de Lucía, pues nunca había estado en su casa. Ya en la calle tomó el móvil con intención de llamarla, pero desistió; temía que no le respondiera. Decidió coger un taxi, llegaría más rápido y evitaría perderse por el laberinto del Albaicín. No sería la primera vez.

Estaba profundamente preocupada. Alberto la había animado a buscarla, pues había visto su reacción al anuncio de Patri. *Se ha ido hecha polvo*, le había dicho, consciente y cómplice ya de lo que había entre las dos; y el sufrimiento que suponía el gesto de Lucía la agobió aún más. También estaba furiosa con Montse por irse de la lengua. Tenía que hablar seriamente con ella. Una cosa era contar un chisme y otra informar de una operación que aún no se había comunicado formalmente.

Estaba impaciente y estresada. El fin de semana había sido terrible; las negociaciones, los cambios que se vislumbraban, la imposibilidad de contactar con Lucía y la falta de descanso la tenían al borde de un ataque de nervios. Cuando el taxista le anunció que habían llegado a la calle, Blanca pagó apresuradamente sin esperar el cambio, se bajó del vehículo y buscó la vivienda siguiendo la numeración y la descripción que su compañero le había dado. Era una casa rehabilitada y convertida en apartamentos con un portón de madera para el garaje. La encontró rápidamente, con la suerte añadida de que salía un vecino en ese momento por el portal. Entró en el edificio y agradeció el frescor del patio interior al que se accedía, lleno de aspidistras. Apenas eran las once y ya hacía un calor de justicia. Una vez frente a la puerta del apartamento, se estiró la camisa de hilo que llevaba puesta desde que salió de Barcelona; estaba un poco arrugada por el viaje. A pesar de la ducha de la mañana se sentía sucia; era difícil no sudar con aquel calor seco africano. Tenía la sensación de que había pasado un siglo desde que sonó el despertador a las cinco de la madrugada. Se metió los dedos por el pelo y se lo peinó hacia atrás, y se sorprendió pensando si estaba haciendo el ritual por coquetería o por demorar el momento de llamar. En el fondo estaba aterrada. Pulsó el interruptor del timbre dos veces y esperó. No hubo respuesta. Dejó pasar unos segundos y volvió a llamar, temiendo ya que Lucía no estuviera en la casa. De nuevo silencio. Dudó qué hacer. Sacó el móvil, se retiró de la

puerta con intención de irse y telefonarla, pero se detuvo. Decidió intentarlo de nuevo, ahora insistiendo con tres llamadas. Al momento creyó escuchar un ruido proveniente de la vivienda y notó cómo el reflejo de la mirilla se movía ligeramente. Iba a llamarla por su nombre cuando la puerta se abrió, mostrando a una sorprendida y demacrada Lucía. Blanca respiró con alivio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó alarmada. Lo último que habría imaginado era que fuera a verla a su casa.

—Tengo que hablar contigo —dijo con firmeza.

Lucía volvió la cara, intentando esconder los signos que delataban algún momento de llanto, y se apartó para dejarla pasar. Después cerró la puerta y se dirigió al salón.

—No hace falta —respondió con voz átona—, ya me he enterado de que te vas. Ya sabes, lo que se sabe en Barcelona, se sabe en...

—Granada sabe un carajo de lo que ha pasado este fin de semana en Barcelona —interrumpió Blanca enfatizando el tono, exasperada. Lucía se quedó paralizada durante unos segundos; pocas veces la había oído hablar de aquella manera. Luego se sentó en la primera silla que encontró a mano.

—Entonces —balbuceó—, ¿no te vas? —Una fugaz esperanza le iluminó la mirada. Blanca lo notó y arrugó el gesto.

—Lucía, llevo todo el fin de semana intentando hablar contigo...

—O sea, que te vas —afirmó con tristeza tras observar su reacción y giró la cara, la mirada en el suelo. Blanca se agachó junto a ella y le cogió la mano.

—Lucía, escúchame, por favor —Le buscó los ojos, conciliadora, pero no obtuvo respuesta—. La junta ha aprobado la fusión con EAQ por unanimidad. Las condiciones son ventajosas para nosotros, porque estamos en mejor posición financiera que ellos. Además, hemos firmado un acuerdo de compra con Olano Konsultoria, de Bilbao, que estaba a punto de cerrar —Lucía la miró ahora con evidente sorpresa—. Nos quedamos con su sede y sus cuatro empleados. Vamos a ampliar mercado en el País Vasco y Cantabria. Dicen que la mejor defensa es un buen ataque —aclaró sonriendo débilmente. Luego le apretó la mano y se puso seria otra vez, mirándola ahora con intensidad y asegurándose de que Lucía captaba hasta la última palabra que le iba a decir—. Me han propuesto, casi presionado, para que dirija la sucursal de Bilbao —hizo una pausa—. Y yo he aceptado —Lucía frunció levemente el ceño y apartó la mirada—. Con la condición *sine qua non* de que me dejen elegir el equipo, cosa a la que no han podido negarse. Y quiero que tú seas mi segunda de abordo para lanzar la empresa en el norte. Por eso te llamé tantas veces el

sábado. Querían un compromiso por mi parte, y yo quería contar contigo para aceptarlo. Es un proyecto ilusionante, y el trabajo no va a ser muy diferente del que hacemos en Granada.

Lucía se había quedado sin palabras. Intentó balbucear un pero y no le salió nada. Blanca no le dio tregua, le pasó un mechón de pelo detrás de la oreja y le cogió las dos manos.

—Lucía, voy a proponer a Alberto como responsable de la sucursal de Granada, y quiero que tú vengas conmigo a Bilbao. Es una oportunidad muy buena para ti, porque ascenderías en la empresa; pero también es una oportunidad para nosotras, porque me encantaría compartir este proyecto y mi vida contigo si me aceptas como compañera...

Lucía manipuló el mando a distancia del aire acondicionado hasta encontrar la temperatura y ventilación deseadas. Cuando arrancó el aparato se puso delante de él para aliviar el calor que sentía. Su piel desnuda agradeció el frescor, marcándole las zonas que el sudor había humedecido. Se levantó el pelo y se dio la vuelta para refrescarse la nuca; sentía el cuerpo laxo y embriagado. Después de demorarse unos segundos, se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico y se sirvió un vaso de agua fría que bebió de un tirón. Cogió la botella y otro vaso y se los llevó al dormitorio. Cuando llegó junto a la puerta se detuvo, apoyando su cuerpo en el marco. La imagen desde allí bien valía ser degustada, como quien en un museo disfruta por fin de una obra de arte que durante mucho tiempo hubiera ansiado ver. La desnudez esbelta de Blanca en toda su extensión sobre la cama.

Yacía boca abajo, la cabeza reposando sobre el brazo derecho y parecía dormir, pues no se movió al aproximarse. Todo le resultaba increíble. La pesadilla de aquella mañana había terminado en sueño, pensó, y tan dulce... Habían estado casi dos horas haciendo el amor con toda la pasión que se había acumulado en ellas después de tantos meses de desencuentro y deseo reprimido. Se acercó y dejó la botella y el vaso suavemente en la mesita. Luego se sentó con cuidado en la cama, sin dejar de observar el rostro de una Blanca que dormía ajena a la contemplación de su compañera.

¿Qué tenía aquel cuerpo que podía dejarle sin respiración con un movimiento sugerente o una caricia? Había estado colada por Ángel, y su cuerpo la encendía durante el sexo, pero la sensación era fugaz. Había sido así también con Jorge, aunque en su caso se conocían tanto que sus miembros se

entendían sin esfuerzo. El deseo era un ejercicio natural, satisfactorio, cuyo efecto se disipaba horas después.

El cuerpo de Blanca tenía un poder hipnótico sobre ella. Podría demorarse una eternidad en la curva de su cuello, en la del hombro, en la de la cadera; en la suavidad de la espalda, la redondez y firmeza del glúteo, la largura de las piernas, la de los dedos de la mano... Y al momento deseaba recorrerlo con los labios, con la mejilla, con la boca, con toda la extensión de su piel; deseaba tocarlo, poseerlo y fundirse en él. Se preguntó si tendría el mismo efecto en ella el de otra persona con la misma belleza, y al momento supo que no. Aquel cuerpo cobraba todo su poder con el alma y la personalidad de Blanca. Era Blanca misma la que la dejaba sin aliento.

Le posó la mano en el hueco de la cintura. Estaba húmeda. El gesto la despertó con un ligero sobresalto.

—Humm... Me he quedado dormida —dijo, tratando de darse la vuelta.

—Shsss... No te muevas, sigue durmiendo —susurró Lucía, haciendo presión con la mano para evitar que cambiara de postura.

—Llevo dos meses esperando estar contigo de esta manera, no lo voy a desaprovechar con una siesta —rio suavemente.

—Estás reventada por el madrugón de hoy, descansa un poco —Lucía comenzó a acariciarle la espalda delicadamente, con la palma y el dorso de la mano. Le levantó el pelo y le masajeó la nuca—. Estás sudando... He puesto el aire. ¿Quieres agua?

—No —contestó con un ronroneo, disfrutando las caricias—, prefiero tus manos.

Lucía se incorporó, se subió a la cama y, de rodillas, se sentó a horcajadas sobre las caderas de Blanca. Esta gruñó larga y sensualmente al notar el sexo sobre su trasero. La joven comenzó a pasarle las yemas de los dedos por la espalda, a veces arañándole suavemente; otras, subiendo por los flancos y acariciando el nacimiento de sus pechos. La respiración de Blanca se agitó, la piel erizándose en las zonas por las que transitaban los dedos de Lucía, que disfrutaba cada vez más del efecto que tenían sus manos sobre ella. Se echó hacia adelante, pasándole los antebrazos debajo de los hombros, y hundió el rostro en su cuello.

—Me encanta como hueles... —Se apretó contra su cuerpo, inspirando profundamente—. Me has estado torturando con tu perfume todos estos días a propósito. —Le mordió la nuca—. ¿Lo sabías, no?

—¡Jesús, no! —rio, elevando los hombros para defenderse de sus dientes

—. De haberlo sabido me habría aproximado más a ti.

—Eres mala —atacó por el cuello—. Un día hasta me volví por la calle, porque me crucé con una chica que olía como tú.

Sacó las manos de debajo de los hombros, rozándole los pezones con los meñiques en el proceso, y las hizo descender por los flancos y las caderas hasta llegar a las ingles. Blanca cerró los ojos y se dejó hacer. Era un placer sentir la respiración de Lucía en su cuello y su peso sobre la espalda. Le erotizaba notar la blandura de sus pechos y el cosquilleo que le producía su vello púbico. Comenzó a respirar pesadamente.

—Te he deseado desde aquella noche del pub —le confesó Lucía susurrando, acariciándole las ingles de arriba a abajo y hacia el interior del muslo—. Desde que te vi bailar y besar a aquella niñata. Soñé que estábamos en la oficina y me besabas a mí, y me hacías esto. —Le abordó el sexo con la mano derecha, los dedos buscando el clítoris. Blanca abrió ligeramente la boca para respirar, rendida ya a las sensaciones, y adelantó las caderas rítmicamente tratando de intensificar el roce. El movimiento estimuló a su vez el sexo de Lucía, que se apretó más a su trasero.

—Desde entonces no he podido ver tus labios sin desear comerte la boca —continuó con voz ronca, respirando pesadamente, mientras le mordía suavemente la oreja y le besaba las comisuras—. Desde entonces sólo he deseado que me tocan tus manos.

Blanca había empezado a jadear, acelerando el ritmo de las caderas y sudando profusamente por el esfuerzo y el calor que desprendía el cuerpo de Lucía sobre su espalda. Movié el brazo derecho buscando la pierna de su amante, y le apretó el muslo frenéticamente. Luego siguió su extensión hasta encontrar la unión de sus piernas y con la palma hacia arriba le introdujo el dedo medio en su sexo, que lo recibió sin resistencia. Lucía no había esperado el gesto, y gimió de placer y sorpresa. Se frotó contra la mano y aceleró el ritmo de la suya en Blanca, lubricados los movimientos por el sudor y los fluidos, jadeando sobre su rostro y perdido ya todo control. Blanca sólo necesitó la expresión del placer de Lucía para que el orgasmo la sorprendiera a su pesar, arrancándole un profundo gemido que recorrió la espina dorsal de su compañera, acelerando su clímax, que llegó poco después y cuyo grito acalló en el hombro de Blanca.

Lucía se quedó exhausta sobre el cuerpo sudoroso de su amante. Inmóvil, respirando pesadamente, se relajó mientras recuperaba el aliento. Al momento notó un amago de movimiento por parte de Blanca y luego oyó su risa ronca

resonando suavemente en su pecho.

—De esta acabo con lumbago —dijo.

Lucía se retiró rápidamente, haciéndose a un lado, mientras ella trataba de girarse entre gemidos y risas. Le ayudó a darse la vuelta, preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido la postura —le sonrió, acomodándose la espalda y doblando las piernas. Tenía el rostro congestionado y algunos mechones de pelo pegados a la frente—. Y este calor...

Lucía se apoyó sobre el codo y le pasó la mano por el rostro y la cabeza para peinarle el cabello y secarle el sudor. Blanca se dejó hacer, con los ojos cerrados. Luego los abrió para mirarla con intención y le dijo:

—¿Es verdad eso?

Ella dejó de peinarla, observándola con curiosidad.

—¿El qué?

—Que me deseabas desde el día del pub.

Lucía se sonrojó levemente y Blanca se maravilló una vez más de los extremos de la joven. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eres sorprendente, Lucía. Te transformas en la cama. —A ella le bajaba ya el rubor por el cuello—. Nadie que no haya hecho el amor contigo puede decir que te conoce. Nadie se puede imaginar lo que escondes detrás de tu timidez.

Lucía no sabía si encajarlo como un piropo. No solía hablar del sexo tras el sexo más allá de si lo había pasado bien después de hacer el amor; menos aún de su comportamiento en la cama.

—De eso tú también tienes parte de culpa —lo dijo sin pensar y ahora se veía en la tesitura de matizarlo ante la expresión curiosa de Blanca—. Yo también me he sorprendido de mi misma contigo. Y, sinceramente, no sé si todo está en mí, en ti o en las dos. He hecho cosas contigo que no he hecho con nadie, y no me refiero a lo de acostarme con una mujer. Supongo que has ayudado a abrir una dimensión de mi misma que desconocía.

—¿Y te sientes cómoda con ella?

Lucía desvió la mirada, sonriendo; luego se encogió de hombros.

—No sé si cómoda es la palabra... Me siento extraña en ella. Cómoda me siento contigo. —La miró con dulzura—. Lo que sí sé es que no puedo negarla, lo he intentado y casi se me va la cabeza.

Luego se le ocurrió que esa nueva dimensión y su amor por Blanca eran la

misma cosa. La reflexión le hizo fruncir el ceño.

—Cuando te conocí tenías la misma expresión. Eso sí, más sombría — Blanca le pasó el dedo por el entrecejo.

—¿En la oficina?

—No, en la calle. Te vi y pensé que eras una belleza, un poco triste y *entimismada*, y decidí preguntarte por la prensa. Me encantó cuando dijiste *tiendecilla*.

—¡Anda ya! —Lucía le dio un pescozón en el brazo, ruborizada.

—Es cierto, de veras —rio, sujetándole la mano y besándola—, me pareciste lindísima. ¿Qué pensaste de mí?

—Creí que eras modelo o algo por el estilo. Nunca había visto una mujer tan alta y con ese cuerpo. —Sonrió—. Luego en la oficina... Bueno, me quedé bastante cortada.

—Ya... Pensaste: ¡anda, si es la *hijaputa* que mandan de Barcelona! —dijo, imitando su acento.

—No, joder —protestó Lucía, sin poder evitar sentirse culpable.

—Un poco fría estabas.

—Entiéndeme, pensaba que ibais a nombrar a Alberto. Estaba mosqueada —se defendió.

—Ya lo sé... Fíjate, ahora está a un paso de serlo —Blanca la miró, intentando leer sus pensamientos en la expresión de su rostro.

—¿Has hablado con él?

—Sí, antes de venir. Le he puesto al corriente. Creo que se ha quedado un poco preocupado por los cambios y demás... Pero lo he visto implicado — Blanca la miró con cautela, temiendo la respuesta a la pregunta que le iba a hacer—. ¿Vas a aceptar mi propuesta?

Lucía se movió incómoda en la cama, apartando los ojos ante la mirada expectante de su jefa.

—Tengo que pensarlo, Blanca. Tengo que hablar con mi familia. Es un cambio enorme...

Y tanto... Lucía volvió a mirarla, en silencio, pensando lo que supondría decir sí. Y tuvo miedo del reto que se le pondría por delante. Se cuestionó si estaría a la altura de las expectativas que Blanca estaba poniendo en ella, tanto profesionales como afectivas, y le vino un amago de pánico. ¿Y si terminaba defraudándola?

Blanca vio la incertidumbre en los ojos de su compañera y sintió la necesidad de tranquilizarla. Le puso la mano en la mejilla y la miró fijamente.

—Lucía, puedes dudar del trabajo. Puedes dudar de ti misma si quieres; pero no dudes de mí. Por favor, no dudes de mí.

Lucía aprovechó el sueño de Blanca para deleitarse en su belleza. Era tan hermosa... Se habían quedado dormidas después de tomarse un yogur en la misma cama. No habían almorzado en todo el día; la excitación y los últimos acontecimientos les habían quitado el hambre. Luego, tras unas cuantas caricias, habían caído rendidas. En su caso, había sido una cabezada. En el de ella, era un sueño profundo llevada por el cansancio y las largas horas de vigilia. Lucía incorporó la cabeza y se apoyó en el codo, moviéndose con cautela para evitar despertar a Blanca, que yacía de lado, encarándola, y se demoró en cada uno de sus rasgos. En las cejas rectas, con un rubio más oscuro que el de su cabello, ligeramente fruncidas en un gesto que imaginó suyo al dormir. *Nunca somos tan nosotros mismos como cuando dormimos*, pensó. *Nunca tan confiados...* El pelo le caía tras la nuca, dejando libre la línea firme del cuello y el perfil del mentón, relajado, como su boca; los labios, ligeramente separados. El finísimo vello de la mejilla, iluminado por las líneas de sol vespertino que se colaban por la persiana. Lucía reprimió el deseo de acariciarlo con el dorso de los dedos. Reprimió el deseo de besarle el hombro, que se elevaba recio y torneado; y los brazos, que enmarcaban parte de su torso, dejando libre la cadera, que se levantaba como otro pico magnífico en la cordillera de su cuerpo; las manos parcialmente escondidas entre los muslos, las rodillas flexionadas, con tres pequeñas cicatrices en la derecha.

Te siento, bellísima estatua dormida... La letra del estribillo de aquella canción de Matía Bazar, que tanto gustaba a su hermana cuando era una adolescente, y a ella por fuerza de escucharla, le vino a la memoria. ¿Qué habría sido de aquella cinta? Tenía que buscarla en Youtube. Tras más de veinte años la letra había resurgido en su vida llena de significado. *Te siento* —meditó—, *como parte de mi paisaje o como una extensión de mí misma. Y ni siquiera te conozco. ¿Qué me has hecho, Blanca?* Se preguntó si tendría valor para decirle que la amaba profundamente. Luego dudó si no sería más que el efecto de las endorfinas desatadas tras un sexo apasionado y libre. ¿Libre? ¿Libre de qué? ¿Por qué se sentía tan libre con Blanca en la cama? Quizá porque se veía a sí misma sin tapujos ni escudos, sin necesidad de defensa, se respondió. O quizá porque la amaba, sin más, con endorfinas

desatadas o sin ellas.

¿Y el día a día? ¿Cómo sería comprar juntas en el supermercado, cocinar, poner una lavadora, limpiar la casa, salir con los amigos...? ¿Cómo sería la vida con Blanca? Sintió un vahído en el pecho. Era como estar al borde de un precipicio sin fondo y lleno de nubes, sobrecogida por el vértigo, pero deseando lanzarse al vacío con los brazos en cruz.

Blanca se movió ligeramente. Tragó saliva y se remojó los labios. Luego abrió los ojos y encontró a Lucía mirándola, apenas sonriendo.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —dijo, mientras se pasaba una mano por el rostro, como para desembarazarse del sueño.

Ella se encogió de hombros en un gesto casi infantil, y negó con la cabeza. Blanca la miró a los ojos durante una eternidad, sin decir una palabra, y Lucía sintió que se le abría el pecho y que algo se derramaba por dentro. Y reprimió el te quiero que murió en su boca, y lo cambió por una caricia en la mejilla. No se atrevió a ser la primera en verbalizar sus sentimientos, pero tenía la seguridad de que de haberlo hecho, Blanca la habría secundado.

Lucía le pasó el pulgar por el borde de los labios, rozándole las puntas de los dientes, alternando la mirada entre sus ojos y su boca, y Blanca adelantó la lengua hasta lamer ligeramente la yema del dedo. El leve contacto le produjo una onda de deseo que le hizo parpadear y su compañera lo percibió, y lo incrementó atrapando el pulgar en su boca. Lucía se inclinó para besarla, sin retirar el dedo, y el beso se convirtió en un gesto posesivo y salvaje que encendió a Blanca y que la catapultó encima de ella con una fuerza y movimiento felinos. Y así se encontró de espaldas, con el peso de su cuerpo sobre ella y una boca devorando la suya con hambre. Una boca que descendió por su cuello y sus pechos para demorarse en ellos, hasta hacerla gemir, y que luego se aventuró por su vientre y ombligo, para llegar a la ingle. En aquel momento, y tras sentir sus labios sobre el vello púbico, Lucía se tensó. *No va a ser fácil*, pensó con un atisbo de preocupación. Jorge siempre bromeaba con que se le dormía la lengua.

—Ven —le dijo, mientras su mano le bajaba a la cara para traerla de nuevo a su boca—. Te va a costar.

Lucía vio cómo Blanca la miraba, apenas interrogando, sin separarse de los rizos de su sexo, el pelo alborotado y los ojos velados por el deseo; y el erotismo de la imagen le contrajo el vientre. Y Blanca debió notarlo, pues le apretó levemente la mano en un gesto de confianza y, sin apartar sus ojos de los suyos por un momento, hundió la boca en su sexo. Lucía vio su escorzo

como una leona que lame su presa antes de devorarla, y deseó ser devorada. Y los muros defensivos, también entonces, cayeron como por encanto para abandonarla abierta y rendida frente al oficio de su lengua y de sus dedos. El clímax le llegó antes de lo que había anticipado y la dejó laxa, vacía de sí misma y preparada para ser ocupada por la ternura de una Blanca que ahora le subía por la cintura y por el pecho, hasta llegar a su boca y besarla con el sabor de su sexo y decirle un *te amo*, tan natural y sincero como la luz de sus ojos. Y entonces sí. Lucía la abrazó como si fuera su vida misma y le susurró *te quiero, te quiero, te quiero...*

Epílogo

Lucía miró por la ventanilla del avión durante el despegue. El sol acababa de meterse por el horizonte, y se habían encendido las primeras luces de la ciudad. Granada parecía el núcleo de una gran neurona, rodeada por las dendritas de los pueblos del cinturón. Vio la silueta purpúrea de Sierra Nevada, resaltando magnífica sobre el cielo azul oscurecido, y un nudo de emoción le cerró la garganta. ¿Cuánto tiempo estaría fuera de Granada?

El futuro a medio plazo era una incógnita que la habría inquietado dos meses antes. Ahora, después de pasar parte de las vacaciones con Blanca, este había dejado de preocuparla. Estaba dispuesta a asumir el reto que la vida le pusiera por delante.

Se relajó en el asiento y verificó que el móvil estuviera en modo avión. Observó el símbolo que le avisaba de que la memoria estaba al setenta y cinco por ciento, y decidió que era un buen momento para borrar fotos y basura del teléfono. Abrió el álbum y comenzó a marcar las imágenes y vídeos que iba a eliminar. Hasta que llegó al bloque de Florencia. Tenía que pasarlas al ordenador, se dijo; si algo le ocurría al móvil, le daría un ataque. Estaban las que tomó en los Uffizi, y las de la Academia. Abrió una foto del David. Le había hecho una veintena desde todos los ángulos posibles. No se cansaba de admirarlo. Fue pasando una por una hasta dar con la de Blanca a sus pies, entre una multitud, emulando la postura y el gesto fruncido de su rostro. Sonrió. Nunca habría imaginado la vena cómica de Blanca. La había descubierto durante las dos semanas que pasaron juntas recorriendo Roma, Siena, Florencia y la Toscana. Se detuvo en uno de los *selfies* que se hicieron en la Piazzale Michelangelo. Lucía se había sentado en la escalinata y Blanca se colocó a su espalda, abrazándola para que se apoyara en ella. Así habían visto la panorámica de la ciudad durante la puesta de sol, disfrutando del cambio de luz sobre el Arno y el Duomo. En la foto, Blanca, que no se había percatado de la intención de Lucía de autorretratarse, aparecía mirando al horizonte, los ojos iluminados por el sol poniente. Amplió la imagen. Su rostro mostraba una serenidad y una belleza que le inflamaron el pecho y le hicieron tomar aire. En la siguiente ya aparecía mirando a la cámara. Había bajado la cabeza para ponerla a su altura, y las dos sonreían abiertamente para la foto. En el último *selfie*, Blanca le besaba con fuerza la sien. Lucía amplió su

propia imagen y observó su expresión divertida, sonrojada, feliz...

Bloqueó el móvil y cerró los ojos mientras se relajaba en el asiento. La vida era extraña y estaba llena de paradojas. Pensó en la primera vez que vio a Blanca en la calle, aquella mañana de octubre. Si algún enviado del cielo se le hubiese acercado para decirle bíblicamente: *fíjate bien, pues esa mujer va a ser tu jefa, tu amante y el amor de tu vida*, ella le habría mirado como las vacas al tren. En poco menos de un año, Blanca le había puesto su mundo boca abajo para luego volver a ponerlo boca arriba, y el proceso le había cambiado los muebles de sitio con un orden que ella nunca hubiera imaginado contemplar, pero en el que ahora se sentía cada vez más a gusto. La travesía no había sido fácil, pero desde el mismo momento en que llegó a ese límite, no giró ni una sola vez la cabeza. Después, todo había fluido como aquel río de Florencia.

Fluyó, a pesar del nerviosismo inicial, al contar su proceso a Patri y a Felipe, que todavía parecían estar encajándolo; no solo por su relación con Blanca, también por la marcha de las dos a Bilbao. La comida de despedida había terminado entre risas y lágrimas con un derroche de emotividad que había llevado a Lucía y a Patri a llorar a moco tendido. Tenía en la maleta la horrorosa granada de alpaca que le habían regalado con toda la intención para que no olvidara su tierra. Le hicieron prometer entre risas que la pondría en la mesa de su despacho. También llevaba puesto en la muñeca el Viceroy que le habían dado después para que los recordara cada vez que consultara la hora. Miró la esfera. Aún faltaban cuarenta minutos para llegar a Barcelona.

Pensó en Carmen y frunció levemente el ceño. Había recibido fatal la noticia de su marcha a Bilbao. Se había alegrado por ella, pero la perspectiva de perder el contacto la había dejado hecha polvo. No le servía de consuelo el que pudieran llamarse y visitarse de vez en cuando. Ella era su pañuelo de lágrimas y su confidente; la iba a echar mucho de menos. Lucía se había quedado preocupada.

Su familia se lo había tomado mejor, pues lo habían entendido como un triunfo laboral. De todos modos se veían de higos a brevas. El cambio de residencia sólo supondría espaciar algo más las visitas. Les había contado todo sobre su nuevo puesto de trabajo, pero eludió lo referente a su relación con Blanca. Ya habría otra ocasión para decírselo a su hermana. Respecto a su padre, ni se le pasaba por la cabeza. No al menos ahora. En el futuro, la propia relación con ella decidiría si lo hacía y cuándo. En aquel momento tenía otras prioridades en las que pensar. La principal, organizarse para

encontrar piso en Bilbao. La siguiente, toda la planificación para implantarse y promocionarse en la capital vasca. Y la más inmediata, la reunión que iba a tener al día siguiente con la junta de Qualitas al completo para tratar el tema de la nueva sucursal. Le inquietaba, pero estaría Blanca y eso le daba seguridad.

Blanca. Pensó en ella. No se habían visto desde el veintiuno de agosto y, aunque hablaban y chateaban por WhatsApp todos los días, la distancia había puesto un halo de irrealidad y mistificación en la relación que no le agradaba. Necesitaba su presencia para traerla de nuevo a la tierra, para materializar las palabras, las intenciones, el deseo... Necesitaba su compañía y el contacto de su cuerpo.

Los altavoces anunciaron la aproximación al aeropuerto, y a Lucía se le levantaron de golpe todas las mariposas en el estómago. La perspectiva de verla en unos minutos le disparó la impaciencia. Miró por la ventanilla y divisó la línea de costa, luego la extraña simetría del extenso rectángulo de pistas del Prat. Se le hizo eterno el aterrizaje. Se le hizo aún más eterna la espera de la recogida de equipajes. Recorrió el eterno pasillo que conducía al vestíbulo de la terminal, cruzó las puertas y la buscó nerviosa entre la gente congregada. Cuando consiguió localizarla, ella ya la estaba mirando, sus pupilas aguamarinas iluminando su corazón como un faro. Le sonreía, sin moverse, embelesada, como si no existiera nada ni nadie a su alrededor más que ella. Lucía apresuró los pasos que las separaban y la abrazó con una profunda expiración, hundiendo la cara en su cuello. Y el olor de la piel y la calidez de su cuerpo materializaron de nuevo el amor, trayéndolo a la tierra, mientras ella se sentía otra vez en el cielo.